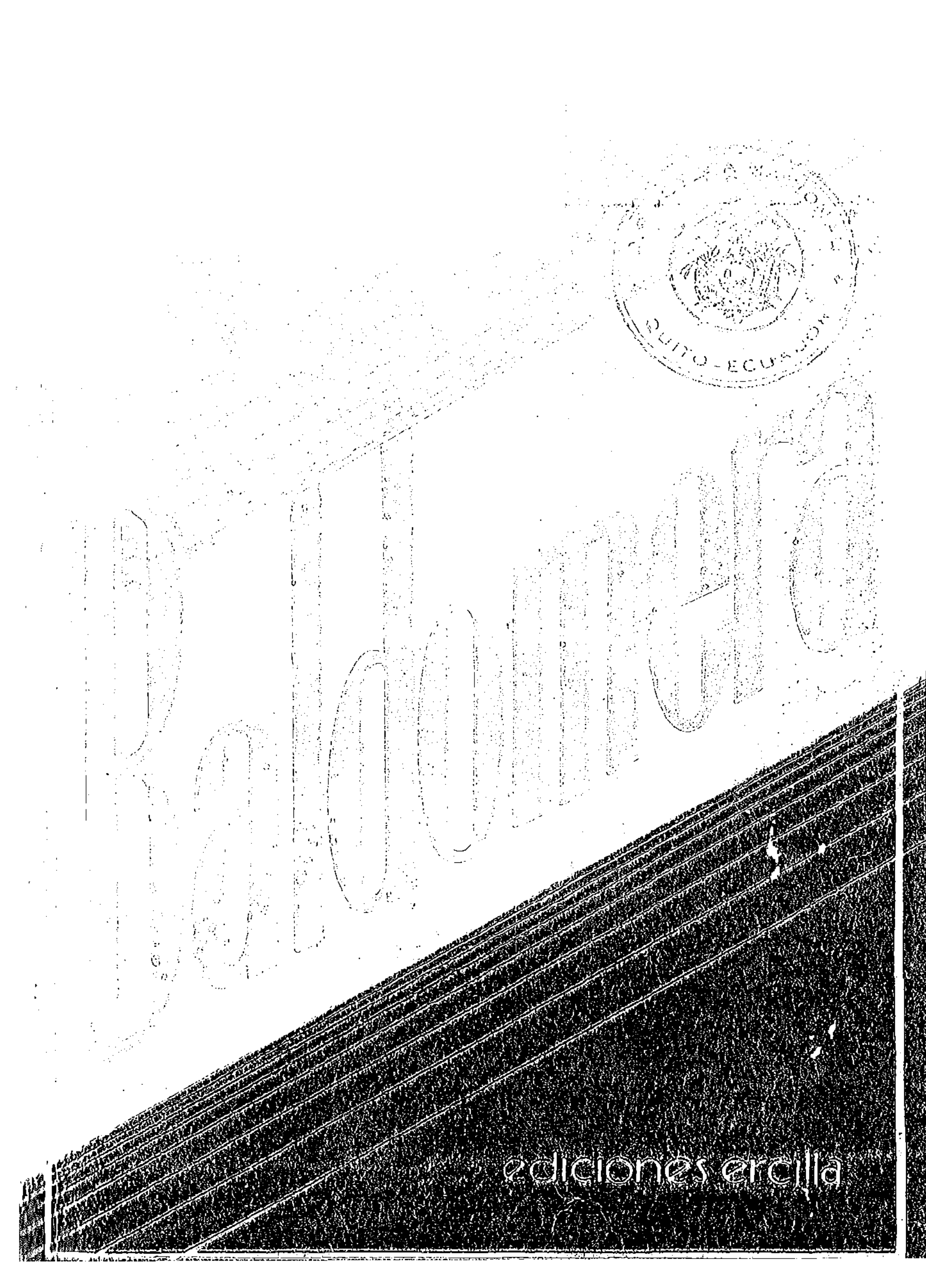



Baldomera
ediciones ercilla

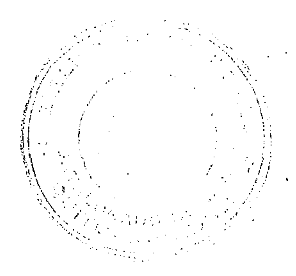


Ya Ercilla ha publicado otra novela de Alfredo Pareja, joven y prestigioso novelista ecuatoriano.

Cuando apareció "La Beldaca", anunciamos a nuestros lectores que se iban a enfrentar a un autor de una gran dramaticidad y de un vigor poco común. El éxito obtenido por esa obra justificó ampliamente nuestro anuncio. Esta nueva novela revela un ascenso más en la carrera literaria de Pareja.

Pareja pertenece a una promoción revolucionaria en la literatura de América. Su grupo, constituído por Gallegos Lara, Aguilera Malta, Gil Gilbert y otros, ha modificado la novelística de Ecuador y, en parte, del continente, aguzando los temas vernáculos.
En "Baldomera", el brioso autor de "El Muelle" corrobora su robusta personalidad literaria y sus méritos de narrador lleno de vida y color.

EDITORIAL ERCILLA





Colección Contemporáneos

BALDOMERA

OBRAS PUBLICADAS DEL AUTOR

NOVELAS:

LA CASA DE LOS LOCOS
LA SEÑORITA ECUADOR.
RIO ARRIBA.
EL MUELLE.
LA BELDACA.
BALDOMERA.

CONFERENCIAS:

LA DIALECTICA EN EL ARTE.—Notas para un ensayo.
EL SENTIDO DE LA PINTURA.

ALFREDO PAREJA Y DIEZ-CANSECO

BALDOMERA

Novela

(LA TRAGEDIA DEL CHOLO AMERICANO)

Editorial Ercilla
Santiago de Chile

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1938

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

I

El calor es bochornoso. Se inicia el invierno, y los primeros días de diciembre, prometedores de lluvias, pasan cargados de vaho y sol insoportable. Sobre todo, allí, en el comienzo de la *legua,* en La Boca del Pozo, no obstante lo abierto de la calle, se siente la atmósfera como si aplastase.

Las ocho de la noche. En el cielo no se ve nada. Ni siquiera una estrella de parpadeo débil. Y el negro tan prieto sólo es roto, de vez en vez, por alguna nube blanquecina que flota como globo. Más que blanca, la nube es gris. Parece de alas enormes. O toma forma de sábanas sucias, de cuyas puntas tirasen y tirasen hasta arrancarlas. Entonces, entre jirones, vuelve a asomar el negro. Pero, en el cerro de la izquierda, al lado del Santa Ana, algo está brillando. El reflejo de los tanques del agua potable, merced a un poste de luz, cae sobre un trozo de la cúspide. Y se ve un círculo plateado, como agua de noche lunada. Todo el que acierta a caminar por esos lugares, instintivamente alza las miradas al reflejo. Como si imantara.

La oscuridad de La Boca del Pozo sobresale más por el contraste con los faros del Paseo Colón y de la Planchada. Estas luces vienen desde el Malecón, dan una curva por frente a La Proveedora de Agua Contra Incendios, y, a raíz, quedan paradas. Luego, terminan-

do la última pendiente del cerro, cuya falda parece tenderse encima de La Proveedora, se inicia la *legua.* La pendiente del cerro sigue hacia la calle Rocafuerte. Y la perspectiva, frente al edificio chato de La Proveedora, se corta en dos: una dirección, que viene recta del Santa Ana, es la que abre la calle de Rocafuerte; la otra, se quiebra, se desvía a la derecha y va, buscando la noche, a meterse en La Boca del Pozo para formar la *legua.*

—Un muchín, doña Baldomera.

—Cójalo, pues.

—Tenga el medio.

Baldomera está sentada junto al portal de la tienda del italiano Landucci, en un banquito de madera, exageradamente minúsculo para sus posaderas. Frente a ella, arde el fogón: un cajón de tablas cubierto de ceniza; arriba, unos fierros delgados; encima de éstos, una hoja de lata requemada; y entre los fierros y la lata arden los carbones. Sobre una mesa, ennegrecida por el humo y la grasa, hay una respetable bandeja de hierro enlozado. Muchines, carne en palito, tortas de plátano verde: todo se encuentra allí, destilando manteca. Al lado de los comestibles, en la misma bandeja, hay un tarrito de lata con monedas. Y apenas más allá, el excitante ajicero de vidrio.

Baldomera, con larga cuchara de palo, da vuelta a las torrejas. Con la mano que le resta libre, avienta el fuego, sirviéndose de un gran abanico de paja. El sudor cae por su cara. Revientan todos los poros. Los ojos están rojos. Los párpados, hinchados.

Es Baldomera una mujer todavía joven. Apenas alcanzará los cuarenta. Sentada, se la ve mediana. Pero si Baldomera se levanta, hay que ver. Parece tener más de un metro ochenta de estatura, aunque, en verdad, no tenga más de los setenta o setenta y cinco. Sólo quien contemplara los pies de Baldomera, metidos en las chancletas, podría calcular su corpulencia. Son unos pies desco-

munales. El traje le da al tobillo. Un traje que ha perdido el color. Y que no dibuja ninguna forma. Porque Baldomera hace tiempo que no tiene cintura. Es cuadrada. Sencillamente cuadrada. Sobre la barriga, casi le cuelgan los pechos. Los pechos de Baldomera son largos y, al mismo tiempo, gordos: dos masas de carne embutida. Pero hay que mirarle el cogote: todo redoblado, con rayas negras y lustrosas de la tierra y de la grasa. Por la espalda, le pende el pelo en desorden, pelo negro, negrísimo, que hace más fuerte su cara. Y hay que decirlo: su cara chata que mantiene constantemente una expresión de furia. Los ojos son pequeñitos; casi no tienen pestañas. La frente de Baldomera apenas si alcanzará dos dedos. Y se le arruga en infinitos pliegues de tanto mirar la candela. Su nariz, roma, de muy abiertas ventanas, se enrojece en la punta. De la boca de Baldomera no hay mucho que hablar: es ancha, carnosa, abultada. En cambio, su barba es llamativa. Al terminar, es redonda, regordeta. Mejor dicho, no termina nunca. Porque siguen abajo varias curvas idénticas que le hace el cogote. Viéndola un poco de lejos, y en sombras, se apostaría que no tiene barba. Pero, no. Es inconfundible: sus pelos. Parecen de un adolescente que aún no se hubiera afeitado. Son pocos pelos, verdad. ¡Pero qué pelos! Largos, duros, gruesos. Y cuando Baldomera está con rabia, su gesto revelador y característico es tirarse algunos y luego sobarse la barba nerviosamente con la palma de la mano para calmarse la picazón.

Además, Baldomera es negra. No tanto. Tiene más bien un ligero tinte violáceo. Y se da el lujo de mostrar los cabellos largos, cosa rara por lo apretados y enroscados que son.

Ahora Baldomera enseña otro detalle importante. Es la cintura un tanto más gruesa que lo de costumbre. Un buen observador afirmaría que está preñada.

Hace tiempo que Baldomera ha escogido ese sitio

para el negocio. Por las mañanas, está desde las diez hasta la una. En las tardes, al golpe de cinco se la ve venir ondulando su enorme cuerpo y con unas pisadas que dejan huellas en cualquier piso que fuere. En la esquina hacen estación los autobuses. Los choferes, siempre comilones, engullen a cada vuelta un muchín, una carne en palito, una empanada de verde. También es que por allí trafica toda la gente que va al Hospital, a la Cárcel, al Cementerio, sitos en la *legua*.

El que ahora compró un muchín es, precisamente, chofer. Ha bajado del autobús y masca con hambruna la yuca frita llena de manteca y pedacitos minúsculos de queso deshilachado. El policía lo apura:

—Ya, andando, ligerito. Elé, que se atrasa.

—Estos longos metidos a pacos — refunfuña entre dientes el chofer.

—Daráse prisa, que de no le multo.

—Ya voy, amigo.

Guiña un ojo a Baldomera, que ríe. El policía los mira con rabia y no sabe qué hacer ni qué decir. Pero el conductor ya ha terminado su refrigerio, pega un salto y monta a su carruaje, del que sale la chillona música de un radio. Arranca el autobús. Baldomera sigue con la mirada al chofer y contonea la cabeza ligeramente al compás del valse que trasmite el radio. Pero como el arranque ha sido brusco, el chofer no puede corresponder las miradas de Baldomera: tiene que fijarse en la rueda. Los resortes gastados del vehículo obligan a los pasajeros a agarrarse del marco de las ventanillas.

Baldomera fríe y fríe. Regularmente, Baldomera trata mal a sus clientes. Y hoy se gasta un genio... De repente, cuando ve venir a un grupo de personas, grita:

—¡Las empanadas calientes!

—¡Se me acaban los muchines!

—¡Carne en palito, señor!

Como nadie le hace caso, se impacienta. Se frota la barba con denuedo. Deja de freír. Ha escuchado so-

nar las nueve en el reloj del Hospital. Sus pies golpean nerviosamente el suelo. Con el dorso de la mano toca la bandeja, y nota que están fríos los comestibles. Acerca la bandeja al fuego.

De minuto en minuto, Baldomera se enfurece. ¿Se irá a quedar varada con todo eso? ¡Qué vaina! Pero, de repente, entran unos borrachos a la tienda de Landucci, cuya bandera italiana flamea todos los días del año a la puerta. En el mostrador, en la parte cubierta de zinc, curva y con un hueco debajo de la llave de agua, se arriman, con los codos apoyados, y piden:

—¡Cuatro puros, gringo!

Baldomera ha sonreído. Espera. Sopla apenas la candela. Cuando ha visto, al través de sus ojillos de conejo, que los borrachos han vaciado sus copas, grita, mirando hacia otro lado:

—¡Muchines para la juma!

—¡Adiós, si allí está la Baldomera! — dice uno.

—Vamos, pues.

Se acercan dando traspiés. Se apoyan en los estantes. Vacilan. Alguno dice, entre hipo e hipo:

—A... ver... Carne... en... pa... lito.

—La plata — responde Baldomera.

—¿Y qué... cre... es? ¿Ah?... ¿Que... no te voy... a... pagar?

Y sin más ni más tiende la mano hacia la bandeja. Los ojos de Baldomera han brillado como tizones. Rápidamente golpea con su manaza la del borracho, al par que pregunta indignada:

—¿Qué te dió?

—¡Carajo! ¡Negra de mierda! Ahora verás.

Hace ademán de írsele encima. Baldomera, tranquilamente, se incorpora, con los brazos en jarra. Y sólo dice:

—¡A ver! ¿Qué quieres?

El borracho vacila un poco. Los amigos lo sujetan.

—No te metas, Papujo, con Baldomera. Espera, yo pago.

—Es que se cree que yo le tengo miedo. ¡Yo soy bien hombre, por la hostia!

—Te digo que no te metas vos. Deja no más.

Retirado el borracho por sus compañeros, los demás van cogiendo, quien una carne en palito, cual una empanada, y pagan por adelantado. Después, a Baldomera sólo le queda èn la bandeja una empanada. Cuando se han alejado del todo los compradores, Baldomera la hace desaparecer entre sus dientes. Luego tose. Escupe flemas y torna a sentarse. Permanece inmóvil. De pronto, se dirige a la tienda.

—¿Son ya las diez, don Landucci?

—Cinco faltan.

—Entonces, voy a guardar.

Apaga los tizones con un jarro de agua que ha solicitado al italiano. Luego carga el fogón y la mesita. Resopla un poco al sentir el peso. Pero no es por cansancio. Es su gordura que la obliga a respirar tan fuerte. Lleva ambas cosas como si nada pesaran. La cocina en el brazo derecho, ajustándola contra el cuerpo. La mesa, casi en el aire, en el izquierdo. Ya en la tienda, guarda sus útiles. Un real diario paga por ese servicio.

—Tome, don Landucci, por el sábado y el domingo, dos reales.

—Pero estamos miércoles, doña Baldomera. Faltan treinta centavos.

—No tengo más, pues. Mañana le pago.

—Todos los días es lo mismo. Ande, pague, pague.

—Le digo que no tengo, don Landucci. Usted sabe que yo pago. Ni que me fuera a brindar un puro...

—Afloje, afloje la plata.

—¡Ah, carajo! ¿De dónde voy a sacar?

El italiano la conoce. Sabe que es inútil insistir.

—Bueno, pues, doña Baldomera, pero no se caliente.

Cuando se han despedido, el italiano cierra la tien-

da. Y al cerrar, ha quitado a la calle la única claridad que tenía. Ahora, La Boca del Pozo es una sombra alargada e impenetrable. Por allí, hacia adentro, hacia la *legua,* se ve, entre la oscuridad, el bulto de Baldomera que se aleja. Se ha detenido un momento. Arrimada a un estante, se aprieta con los dedos la nariz y luego sopla fuertemente. Ahora ya respira con satisfacción. Y comienza a caminar.

Los brazos, como dos grandes embutidos, penden a los lados, siguiendo el vaivén de su cuerpo. Sus pasos resuenan. Chas-chas-chas. Las chancletas producen un ruido aguado, sordo, bronco. El traje se dibuja blanco. Baldomera siempre anda con la cabeza en alto.

No lleva prisa al andar. Pero, por más que quiera andar despacio, sus pasos son largos y firmes. No vuelve ni una vez la cabeza. Sigue por el oscuro callejón. Las covachas de la izquierda se dibujan débilmente en una larga tira. En los techos graznan las lechuzas:

Chuiiiiisss...

Tal que si la llamaran. De vez en vez, un ladrido de perro hace coro. Y así, llega hasta frente a la Cárcel. Baldomera pasa cerca al portal, donde se halla el retén de guardia.

—¡Quién vive! — le gritan.

—¡Baldomera! ¿Y qué pasa?

Ríen los policías. Ya conocen a la negra y le toleran la broma.

La cárcel, de color amarillo claro, con sus celdas de rejas, sucia, desteñida, es lo que más se relieva en la noche. Algunos presos, asomados entre las rejas, miran a la calle solitaria y las lejanas luces del centro de la ciudad. Uno grita:

—¡Ah, Baldomera!

Pero la negra ni mueve la cabeza. Continúa al mismo compás su marcha. Ha cruzado ahora el ángulo que hace una callejuela atravesada, que va a salir a Rocafuerte, y que, por ese lado, remata en una tienda ya cerrada: El Fuerte de Punta de Piedra es su nombre.

Y su color, ladrillo. Baldomera ha mirado insistentemente a ver si hay algún resquicio con luz. Casi se ha detenido. Sigue algo enrabiada.

Ahora camina veloz. Hasta que, de pronto, se detiene. Vira hacia la derecha, y con los brazos en jarras —su ademán favorito—, se queda contemplando atentamente la fachada del Hospital General.

Está frente a la puerta. Frente a la parte nueva, de cemento armado, a la reservada para el Director, la oficina y las Hermanas de la Caridad. No se ve una luz adentro. Más allá, separados por jardines, junto a la calle, siguen los pabellones de madera, viejos, sucios. Y, por último, el Calixto Romero, asilo donde van a morir los tuberculosos.

Baldomera se pasa estática largo de dos minutos. Mueve la cabeza con un ademán incomprensible. Y de repente, lo extraño, lo inesperado: Baldomera lanza un profundo suspiro que remata en un ay. Sacude otra vez la cabeza y vuelve a andar. Andar, andar.

Así va acercándose hacia el Cementerio. Es el pequeño Cementerio de protestantes el que encuentra primero. Las tumbas están en la tierra, subiendo el cerro y rodeadas de altas palmeras. Y es hermoso como un jardín, como un parque cuidado con esmero. Después, es lo monumental del Cementerio grande. Pero Baldomera no se digna dirigir una sola mirada a los muertos. El Cementerio se destaca todo, inmenso, brillante. Se levantan criptas, cúpulas, agujas, cruces. Se enfilan los interminables cuerpos de bóvedas. Y, por fin, la casita del guardián, como una adherencia gris, sin gracia y sin importancia. Aquí se ha detenido Baldomera. Está frente al Cementerio de pobres: sólo un poblado de cruces blancas en el cerro. En la oscuridad, parecen púas de cercados o una bandada de gaviotas que hubiera posado en las lomas. Depende de cómo se las mire. Hasta se piensa que son amontonamientos de huesos. ¡Están tan cerca las unas de las otras!

Pero Baldomera no se ha detenido por contemplar

el cementerio de pobres. ¡Para lo que le importa! Baldomera se ha parado a respirar, que viene agitada con la prisa que traía. Se ha parado y ha mirado porque sí.

Después, a sus espaldas queda el cerro pelado. Es la cantera municipal. Destaca en la noche el gigantesco hueco que ha hecho la dinamita. Se ve claro. Como una gran mandíbula sin carne. Y colgajos de piedras — carnes en tiras — alrededor.

Baldomera sigue la línea del tranvía eléctrico. A su derecha, con el viento ululante, llega un olor salino. Es el estero salado que está cerca. Y es como una fragancia de agua con hedor de mangles. De lodo podrido. A la izquierda, la pampa. Allí, el viento se dilata y su soplar es ancho como de campeón. Se alcanzan a divisar los callejones estrechos con que se inicia el laberinto de la Quinta Pareja. Callejuelas oscuras, desiguales, torcidas. Madrigueras de ladrones y criminales. Pintoresca y trágica.

Baldomera sigue. Lentamente. Todo lo lentamente que esta mujer puede andar. Poco a poco, aparecen más casas. La población se va nutriendo. Así continúa, tranquila, como la noche, con su misma serenidad. Hasta que llega a la transversal que hace el bulevar 9 de Octubre con la calle Quito, que es por donde ella camina. Apenas a una cuadra de la Plaza del Centenario. En la esquina, junto a un cuartel, con sus guardas enfundados en capotes a la puerta, un corro de chiquillos, retrasados de la hora de dormir, está jugando. Se han tomado entre sí de las manos y cantan en ruedas:

> Jugando a la pájara pinta,
> sentada en su verde limón;
> con el pico recoge la rama,
> con la rama recoge la flor.

Baldomera se ha puesto cautelosa. Ha acortado el andar. Escucha con todos sus sentidos. Las piernas de

las chiquillas, unas mujercitas de sesenta centímetros, saltan con frescura:

> ¡Ayayay!, ¿qué dirá mi amor?
> Dame una mano, dame la otra,
> dame un besito que sea de tu boca...

Baldomera se ha parado y mira. Pero esta vez no tiene los brazos en jarra. Las manos están enlazadas por delante y sus ojos brillan. Mas, de improviso, una muchachita ha visto a la negra. Se suelta de las manos de sus compañeras, y grita chillonamente:

—¡La Baldomera! ¡La Baldomera!

—¡Corre!

Emprenden una fuga loca. Una cae. Se levanta y continúa llorando su carrera.

Ha echado Baldomera una maldición entre dientes. Ahora sí ha puesto los brazos en jarras y mira la huída de las pequeñas.

Se pone a andar de prisa. Gana cinco cuadras por la calle Quito. En la intersección de la avenida 10 de Agosto se detiene. Justamente en la esquina hay una chichería abierta. Adentro, media docena de mesas de madera sin pintar y banquitos sin espaldares. El mostrador luce opulento barril. Y en las perchas de las paredes, algunas botellas. Baldomera saca de lo más profundo de su seno un sucre y lo arroja en el mostrador. Sin voltear la cabeza atrás, avanza hacia una mesa, gritando:

—¡Una de puro!

En el acto le sirven la botella de aguardiente. La coge del cuello y va echando licor en un vaso. Al momento dice:

—En el mostrador dejé el ayora.

—Sí, doña Baldomera. Está pagado.

—Es por si aca te vayas a hacer el olvidado.

De un trago vacía cuatro dedos. Vuelve a llenar el vaso. Lo deja en paz unos minutos. Se queda como paralizada. Ni un músculo de su cara se mueve.

Dos, tres, cuatro horas. Se ha bebido dos botellas. Está roja. La cabeza ligeramente inclinada, mira con atención unos garabatos que está haciendo con la uña sobre el sucio de la mesa. Poco a poco se va inclinando más. Ha echado un eructo formidable. Apoya la cabeza en el brazo y se queda profundamente dormida.

A eso de las tres de la mañana, entran varios hombres acompañados de mujeres pintadas. Beben cerveza. Hay una gran algazara. Carcajadas histéricas que parecen salir de las ojeras hundidas de esas mujeres, y no de sus bocas inexpresivas, plegadas en la invariable sonrisa profesional.

—¡Más cerveza, muchacho!

Una de las mujeres ha colocado la pierna derecha sobre las rodillas de su compañero. Tiene descubierto medio muslo. La media blanca, arrugada, deja contemplar una liga celeste que los bordes de la media tapan un poco. Bambolea la pierna la mujer. El zapato se sostiene en equilibrio sólo de la punta. El talón del pie está al descubierto. El hombre tiene la mano encima de la pierna, hace saltar la liga entre los dedos y, luego, jugando, jugando, la va subiendo en caricia. Ella protesta.

—No, eso no. No friegues, hombre. Me calientas por gusto.

—¡Oh! Déjate no más.

Ella no contesta, pero con sus dos manos agarra la de él sin dejarla avanzar. Hasta que, resuelta, desmonta la pierna.

—¡Ja, ja! — ríe el hombre como necio.

Otro tiene a su hembra del cuello. La mano le sobra por delante y manosea los pechos. Se besan. Escupen. Hay una densa humareda de tabaco. Se palpan caderas. Se dan abrazos furibundos.

—¡Más cerveza, muchacho!

Llegan las botellas de seis en seis. Cuando las vacian, las colocan debajo de la mesa en filas exactas. Es para la cuenta, al momento de pagar.

—Oye — dice uno de los jaranistas—, ¿quién es ésa que está dormida allá?

—A ver. Creo que es la Baldomera.

—¡Ja, ja! Vamos a molestarla.

—No, hombre. Si es medio loca la negra.

—¿Y a mí qué? ¡Ah, Baldomera!

Baldomera no despierta. Entonces, el que la ha gritado, arroja sobre ella un pedazo de pan. Le da en la cabeza. Baldomera se pone en pie de un salto.

—¿Quién fué ese hijo de perra?

—¡No te calientes, Baldomera!

Baldomera avanza hacia ellos. Su cuerpo se ha erguido como un tronco. Repite:

—¿Quién fué el hijo de perra?

—¡Ja, ja!

—Si te sigues riendo te rompo la jeta.

—¡Púchica que eres brava! Rompías en un tiempo de veranillo... ¡Ja, ja, ja!

No puede soportar más Baldomera. Estira las manos y agarra al que ha reído del cuello. Sus ojos, sus ojillos menudos, se han agrandado. Las manos se le agarrotan. Sacude furiosamente al hombre. Las caderas se le han brotado hacia atrás. Y tiene las piernas abiertas y firmes. La grupa se le dibuja más por el esfuerzo al inclinarse hacia el hombre sentado.

—¡Hey, negra de mierda! ¡Déjalo que lo matas!

—¡Calla tú, idiota!

Lo suelta un instante. Mas, en seguida, le endereza un fuerte puñetazo al ojo. El hombre se lleva la mano al rostro y se agacha. Uno de sus compañeros toma una botella del cuello y la dirige a la cabeza de Baldomera. Pero ella se adelanta, ahora ágil como una gata, le arrebata la botella y la rompe sobre su adversario. La mesa y la ropa del ebrio se tiñen de sangre. Ha caído sobre la mesa sin decir un ay. Baldomera está frenética. Levanta el labio superior de la furia. Las mujeres corren al portal gritando:

—¡Policía!

—¡Socorro!

Mientras tanto, adentro sigue la batalla. Baldomera ha hecho una trinchera con dos mesas. Levanta una silla a manera de escudo. Con la diestra arroja vasos. Tres hombres la atacan. Parece que ha crecido Baldomera. Se dijera que su cabeza toca el techo.

—¡Maricones! ¡Así pega Baldomera! ¡Toma!

—¡Adentro, carajo! ¡Mata a la vieja!

—¡Matarás a tu madre, desgraciado, mal parido!

Los vasos se rompen contra las paredes, al huir los cuerpos. Hacen ruido estridente al chocar. Los brazos de Baldomera se baten como aspas al viento. Ya no le queda una silla. Todas las ha arrojado sobre las cabezas enemigas.

—¡Vengan, maricones! ¡Vengan a trompearse!

En ese momento llegan los policías. Son suboficiales de espada. Entran cuatro con los sables desenvainados.

—Si es la Baldomera — afirma uno.

—Démosle duro — responde un compañero.

—¡Hey, Baldomera! ¡Vamos, sal de ahí!

—¡Con ustedes, hijos de perra, longos del carajo!

Un policía se lanza con el sable en alto. Baldomera hace un esguince. Se pone de perfil. Echa mano al sable con la izquierda. Con la derecha rompe las narices del policía. La mano izquierda de Baldomera sangra: se ha cortado los dedos.

Los tres policías entran a sable limpio. Le pegan furiosamente en la cabeza, en los hombros, en la cintura. Baldomera se defiende con los pies. Y cada vez que levanta uno de ellos, cae un policía contra la pared. Los pies de Baldomera son ágiles y duros. Caen como planchas, como piedras. Las faldas vuelan y asoma entre ellas un trozo de muslo prieto. Giran y giran las faldas y describen círculos veloces las piernas. Ahora, los hombres que peleaban contra ella, ayudan a los policías. También coopera el dueño de la chingana y el mozo del servicio. Dos policías han logrado ponerse a

espaldas de Baldomera y la hacen avanzar hacia la puerta a punta de sablazos. Asi, empujada además por los otros, llega a la calle.

Ya no hay transeúntes en la calle. Los focos encendidos proyectan en las aceras luces cansadas. Se escuchan los acordes de una orquesta de algún vecino. El silbido de un policía rasga la oscuridad. Chilla como pájaro. Hace gorgoritos.

A pocos minutos llegan jadeantes tres policías más. Baldomera, sin poder ya luchar de pie, se arroja al suelo. Allí la sablean a gusto y le dan de puntapiés.

—¡No me peguen, carajo!

—¡Calla, negra!

—¡No me arrastren, maricones!

Cuando llega a coger las piernas de un policía, lo tumba y lo golpea. A uno le ha mordido la mano.

—¡Maricones! ¡Peleen de uno en uno! ¡No voy, carajo, aunque que me maten!

Pero entre todos la arrastran. Media cuadra han avanzado así. Ya han logrado ponerle los tortores y las cuerdas de los palos se ciñen a las muñecas de Baldomera hasta hacerla gritar:

—¡Ay!

Está de rodillas. Con la cabeza metida entre los hombros. Un policía aprovecha el momento, levanta su garrote y lo descarga sobre la cabeza de la negra.

—¡Duérmete, desgraciada!

El golpe ha sido certero. Baldomera se desploma, hacia adelante, con los brazos abiertos, y cae como sapo, derrengada.

La dejan quieta un momento. De un teléfono cercano han llamado la ambulancia. Cuando llega el automóvil, la cargan entre dos como un fardo.

La ambulancia se dirige a la calle Cuenca, al cuartel de Policía. La noche es aún muy oscura, pero no es calurosa. Sopla un viento que inicia la madrugada. En el momento de llegar a la puerta del cuartel, una cam-

panada da la media. Son las cuatro y media de la mañana.

Baldomera vuelve poco a poco en sí. La sacan del automóvil. Su cara negra, chata, fea, está manchada de sangre. Sobre la frente, un gran coágulo negro forma un promontorio. Mira hacia todos lados. Se ve rodeada de policía, a la puerta del cuartel. El golpe le ha despejado algo la borrachera. No se resiste. Camina despacio. Murmura entre dientes:

—Me jodieron.

A la entrada, la anotan en un libro y hacen una papeleta: el parte. La conducen, luego, por el patio hacia un calabozo. El calabozo es un hueco negro y pestilente. Trasciende a humedad de cemento y tierra mojados. No hay nada adentro. Ni sillas ni cama. Sólo el suelo húmedo. Cuando Baldomera pasa la puerta, la hace incorporar un olor agrio, como de coles podridas y orines viejos. Es vómito también. Algún borracho que ha estado antes.

—Y cuando Baldomera, adentro, se voltea tranquilamente a mirar a los policías que van a cerrar la puerta, uno de ellos, herido por sus golpes, le da una tremenda patada en el estómago.

—¡Tomarás este dulce, negrita!

Cae Baldomera sin sentido, largo a largo. Con los brazos hacia adelante. Se escucha un ronquido grueso y apagado.

Después crujen los goznes de la puerta. Chillan las llaves al cerrar. Se muere la luz dentro del calabozo. Y ni se oye ni se ve nada.

El policía se guarda las llaves en el bolsillo del pantalón. Tiene una sonrisa burlona en los labios. Retorna a la entrada. Allí se cuadra militarmente, y, al momento de llevarse la mano a la gorra, dice muy serio:

—Sin novedad, mi capitán.

II

El toque de diana pone en movimiento a todo el cuartel de policía. Todavía la madrugada es negra. Sólo por el lado del río se va poniendo azul.

Tra-la-ra-tra...

Los policías corren al patio. Unos se abrochan al paso las guerreras. Arriba hay un boquete. Pasa una nube. La mitad es negra y la mitad, azul. El viento la lleva enlazada. La ha ceñido tan fuerte, que adelgaza en el medio y se le forma cintura.

En la calle, trafican ya los lecheros. Como grandes sombras ruidosas, pasan los camiones, con las botellas de leche moviéndose y chillando al chocar. Por las aceras, algunos hombres llevan cargados otros cajones de botellas, a pasos apresurados, en trotecitos menudos.

Ha callado la corneta. Los hombres de tropa se numeran. Algunos ni han tenido tiempo de limpiarse las legañas, y sus ojos parecen pegados en los extremos.

—¡Vamos, los presos! — ordena una voz.

Hay que tenerlos listos, a las órdenes del Comisario que los juzgará. Por eso pasan revista. Van abriendo los calabozos. Cuando llegan al de Baldomera, gritan:

—¡Afuera, negra!

Nadie contesta. Sólo un quejido se oye. Entra el policía con garrote en mano. Pero, en seguida, sale a toda prisa. Informa de algo a un teniente. El oficial sonríe. Los ojos del policía son de susto. Los del oficial,

de una indolencia estúpida. El teniente se dirige al calabozo: abre la puerta.

Allí, tendida en el suelo, yace Baldomera. A sus pies, hay un charco de sangre. Desde la cintura para abajo, todo el traje es rojo y blanco, como una cometa de colores. El policía va iluminando con una linterna el enorme cuerpo de la negra, por cuyas piernas corren hilos de sangre. Por las piernas abiertas y medio dobladas. La luz de la linterna sube hasta la cara de Baldomera y le ilumina sus ojos abiertos y húmedos. El pecho y los lados del cuello están llenos de vómitos.

—¿Qué será, mi teniente?

—Una hemorragia. Vamos a llamar al médico.

Pocos minutos después, el oficial habla por teléfono con el médico de policía.

—Sí doctor, se va en sangre.

—. . . . .

—Sí, doctor, parece de urgencia.

Y no obstante, es a las seis y media de la mañana, después de haber tomado su buen desayuno, caliente y sabroso, que el médico llega. Inmediatamente, luego de unas preguntas al oficial de guardia, va hacia el calabozo.

—¿Qué te pasa?

—Creo que. . .

—¿Estabas mal, eh?

—Sí, doctor.

—¿Te dieron algún golpe?

—Sí, doctor, una patada.

—Ajá. ¿Cuántos meses?

—Tres, me creo.

Sin decir más, el médico sale. Dice luego al oficial:

—Hay que llevar a esta mujer a la Maternidad en el acto. Está abortando a consecuencia de un puntapié.

—Pero, mi doctor, tiene que saber el Intendente.

—Llámelo por teléfono.

—No me atrevo, doctor. Es muy temprano.

—Allá usted. En fin. Le advierto que se puede mo-

rir. Pierde sangre de una manera horrible. Yo no puedo hacer nada. Necesita urgentemente de una operación, un raspado.

El oficial, cuando el médico se ha retirado, se pasea nervioso a lo largo y lo ancho de la Prevención. ¿Qué hacer?, se pregunta. Claro, puede morirse. Y después le echarán a él la culpa. ¡Caray! Pero, no, lo que es él no despierta por nada del mundo al Coronel. No, señor. Eso sí que no. Si hasta le pueden dar de baja.

Así transcurre cerca de dos horas. Algo más de las ocho son cuando el oficial se atreve por fin a llamar al Intendente por teléfono.

—Sí, mi Coronel, se está desangrando. El doctor dice que es aborto.

—. . .

—Desde que la vimos serían las cinco y media, mi Coronel.

—. . .

—No sé, mi Coronel. Yo no estaba anoche de guardia.

—. . .

—No, mi Coronel. Es que temí despertarlo. Sí, sí. Está bien, mi Coronel. En el acto, mi Coronel.

Se rasca la cabeza el oficial, echando hacia adelante la gorra con los dedos. Le han metido dos ajos y unas cuantas cebollas. . . Y todo por la negra del demonio, que se le ocurre parir en el cuartel y antes de tiempo, se dice con rabia.

—¡Vamos, ligero, brutos! ¡Pronto! ¡La ambulancia! ¡Anden vivos, inútiles! A llevar a la negra Baldomera a la Maternidad. De orden del Intendente. ¡Pero muévanse, animales!

Ha sido cuestión de pocos segundos. El automóvil ha ido por el patio, saltando encima de las piedras, hasta la puerta del calabozo. La cargan. Cierran las portezuelas de la ambulancia. Sale el carro a prisa.

—¡Anda despacio, bruto!

Pero el chofer, apenas virada la esquina, ajusta con

el pie el acelerador. El automóvil da un brinco. Se bambolea Baldomera. Se mueve bruscamente. Sólo dice:

—¡Chuzo!

En la portería de la Maternidad se detienen unos momentos. No hay un solo médico en el Asilo Mann. Había que confiarse en el estudiante interno.

Ya la tienen en la sala de operaciones. Ni siquiera la han llevado primero a una cama. Para qué perder tiempo. Hay que intervenir rápido, ha dicho el estudiante. Tiene a su lado una mujer que lo ayuda.

—¿Anestesia?

—No tengo la llave del botiquín. Parece fuerte esta mujer. Y hay que operar en el acto. Vaya, traiga un balde grande.

Viene la enfermera con el balde y lo coloca a los pies de la mesa. Comienza a desnudar a Baldomera. El estudiante, nervioso, fuma un cigarrillo. Abren las piernas de Baldomera. Los muslos anchos, anchísimos, como columnas prietas, muestran serpentinas de sangre enroscadas. Acomodan los talones en unos ganchos como estribos para que suspenda las piernas, doblando las rodillas hacia arriba.

—¡Pero si esta mujer se va como un grifo! — grita el estudiante.

Le pone inyecciones hemostáticas, que ha encontrado a mano en la Sala, y empieza a trabajar. Junto a sí, en una mesita, está una bandeja con los instrumentos, alcohol, mercurio cromo, algodón y gasa. Primero pone un lavado, mientras la enfermera sostiene en lo alto el irrigador. Luego, introduce el dilatador. Poco a poco, se va abriendo el instrumento como un pico de pato. En seguida, mete por la cavidad del dilatador una larga cuchara de metal. Mueve la muñeca y extrae coágulos, trozos de membranas y una cosa larga, como lombriz. Baldomera se queja, con voz ronca, gruesa, dominadora.

—¡Ay! ¡Cachimba! Por el desgraciado ése.

—Ya mismo, negra. Aguanta un poco.

El rostro de Baldomera está color de ceniza. Sus narices se dilatan y los filos de las ventanas se ven transparentes, casi, casi como micas. Respira con respiración de fuelle. Ha colocado las manos hacia arriba, apoyadas en los codos, con los dedos abiertos, que contorsiona horriblemente. Caen de los dedos gotas de sudor sobre la mesa.

El estudiante también suda. Se muerde los labios. Trabaja rápido, al tiento. Clava los ojos en el techo, como pensando. Mueve el instrumento ágilmente. Está raspando. La muñeca gira y gira. Saca un poquito la punta de la lengua.

—Ya mismo, negra. Aguanta, que tú eres valiente.

Por fin, saca la cuchara. Otro lavado. Un largo lavado sin sacar aún el dilatador. Las entrañas de Baldomera se cocinan con el agua caliente. Luego desinfecta con gasa empapada en mercuro cromo. Y deja un tapón.

—Listo.

La mujer que lo ayudó se lleva el balde. Está lleno de líquido rojo. El mandil del estudiante, todo salpicado de sangre, muestra en el lado derecho, justamente debajo del bolsillo, una mancha grande, rota como estrella. Algo que ha saltado con fuerza y se rompió allí, haciendo impacto en la tela blanca.

—Bueno, ahora — dice a la enfermera—, toma esta fórmula. Apenas abran el botiquín, se la das. Una copita cada hora. Todo el día. Nada de alimento, hasta las cuatro o cinco de la tarde. Por si acaso. Tiene el estómago inflamado.

Han llevado a Baldomera a una cama, enfilada junto a otras. Baldomera tiene en el rostro la satisfacción de haber dejado de sufrir. Y sin embargo, sin embargo, a los lados de la boca se marcan dos rayas profundas, y en los ojos pequeñines luchan por salir, a todo trance, gruesos lagrimones.

Durante tres días le dan lavados a Baldomera. Al

cuarto, la despachan en la mañana. La entregan a dos policías, que la conducen, de nuevo, al cuartel.

—Mucho cuidado — dice el interno—. Necesita reposo.

La conducen a pie. Paso a paso. Baldomera se deja llevar sin decir una palabra. Anda levemente inclinada.

Ya en la policía, un oficial le dice:

—Te ha tocado siete y treinta.

—Yo no tengo plata.

—Entonces, tienes treinta y siete días de cárcel. Siete de todas maneras, y treinta, a un día por sucre.

—Pero estoy enferma. El doctor dice que tengo que reposar.

—Yo no sé nada. El Comisario es el que manda.

Una multa de treinta sucres no es cosa de desdeñar. El oficial la mira indiferente, esperando. Baldomera se lleva la mano a la cabeza para rascarla, pero sus dedos encuentran el chichón, aún no cicatrizado, le duele y queda entre las uñas un pedazo de costra fresca.

—No tengo plata.

—Bueno —dice sencillamente el oficial—, llévenla adentro. Esta noche pasará a la cárcel. Dame la papeleta de la contravención.

A poco de estar nuevamente encerrada, Baldomera, la vuelven a sacar. Un muchacho, como de quince años de edad, la espera y ha obtenido permiso para hablarla.

—¿Y qué quieres vos?—pregunta Baldomera frente a él.

—Este, vengo de la Maternidad, y allí me dijeron que se había venido para acá. Desde hace días que la ando buscando, pues.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cómo están todos? ¿Los muchachos?

—Bien, mama. Por doña Petra fué que supe lo de la Maternidad. ¿Y qué mismo es lo que le ha pasado?

—¡Cállate! No ha pasado nada. Perradas de estos pacos. Ya me las pagarán. Nada más.

—¿Y qué le han dicho?

—¿Qué van a decir? Nada.

—¿No hay multa?

—Claro que no... Humm... Este... Unos días a la sombra, convaleciendo nada más... Te digo que nada más...

En ese momento, el oficial se acerca y, viendo al muchacho, le grita:

—¡Hey, tú! ¿Vas a pagar la multa?

El chico mira a su madre con sorpresa y luego al policía. Cuando va a preguntar, Baldomera interrumpe:

—Cuenta, que él no tiene que pagar nada. ¿Acaso ha sido él?

—¿Cuánto es la multa?—inquiere el hijo.

—Ve, Polibio, no te metas vos en lo que no te conviene.

—Sólo treinta sucres—responde lentamente el policía.

—¡Treinta sucres! Ah...

—Ya mismo te largas, Polibio, y cuidado con ir a buscar esa plata. ¿De dónde la vas a sacar?

—No sé, mama. Voy a hablar con Inocente. Tal vez por un pueda...

—Te digo que no, zoquete. Si no son más que pocos días, que pasan volando. No digas nada.

—No, mama. Hasta mañana.

Baldomera lo mira irse, clavando sus ojos en el chico. Es un muchacho moreno, chiquito y flaco. Los pómulos salientes muestran el pellejo pegado al hueso, el paludismo y el raquitismo. Viste pantalón de dril oscuro y camisa café, con las mangas recogidas hasta el codo. Va descalzo. El pelo es zambo.

Polibio camina ligero. Anda hasta el barrio de La Tahona. Por la calle Chile se va recto hasta allá. En "Las Cinco Esquinas" vive Baldomera. Es en una casucha de un solo piso, caída, desvencijada. Hay arriba un corredor que da a la calle. Faltan algunos balaustres, tal que boca desdentada. Se entra por una puerta que da a un callejón, cuyo piso es de piedras. Así se sale al ancho patio cuadrado, que enseña, por todas partes, ropas blancas colgadas de alambres y piolas, pipas vacías al-

gunas y otras llenas de agua, tinas redondas de madera para lavar. Por ciertos sitios, el piso de piedras está roto, y hay agua y lodo sobre la tierra. Dos o tres gallinas se contonean buscando gusanillos. Y hay que atravesar casi todo ese patio para llegar a la escalera al piso alto, donde Baldomera tiene sus cuartos. Unas mujeres —lavanderas de oficio y de costumbre— preguntan a Polibio cuando pasa:

—¿Apareció doña Baldomera?

—Sí.

—¿Y dónde mismo estaba, ah?

—Enferma donde una parienta, pues.

—Ah...

Doña Petra —la más vieja, la más gorda, la de manos más firmes para lavar— bate la ropa entre las espumas. Agarra la tela con la mano izquierda. Estira el brazo todo lo que puede. Con la derecha sostiene la tela que se tiempla. Luego, con rapidez increíble, mueve hacia adelante y hacia atrás la mano derecha. Refriega enérgicamente. Salta la espuma a los dedos y encima. El agua se agita y chilla. Pero doña Petra, de repente, para el lavado. Ha visto a Polibio y, cautelosa, se acerca a él.

—¿La encontró?

—Sí, doña Petra.

—En la Maternidad está ahora, ¿no?

—No, doña Petra; ya no.

—¿Y dónde si no?

—Este... En la Policía... No diga nada, doña Petra.

—No, hijo. ¿Y por qué? ¿Cómo ha sido, ah?

—Yo ni sé. Algún chivo que ha de haber tenido.

—Ahá.

Sube Polibio las escaleras. Encuentra con un largo corredor. Avanza por él hacia los balcones. Allí están los cuartos que ocupa Baldomera. Dos grandes que dan a la calle y uno pequeño que sirve de comedor y cocina. Dieciocho sucres mensuales paga por el arriendo.

El primer cuarto está abierto. Pasa Polibio la puerta angosta. Amarrada con fuertes cabos de las vigas que suben hasta el techo, cruzadas de trozo en trozo por tablones, pende la hamaca. Una gran hamaca que atraviesa en cruz todo el cuarto. En la esquina derecha hay una cama hecha de cajones de kerosene. Se ve el filo del petate sobre los tablas, y encima, un par de gruesas frazadas de algodón. En el suelo, junto a la cama, un baúl tan viejo que está lleno de huesos de comején. Las bisagras de la tapa están rotas y cuelgan como labios caídos. La tapa, por eso, sólo está colocada bonitamente encima. Del otro lado de la cama, hay dos sillas con asientos de paja, y sin espaldares. Además, se ve un poco de ropa guindada. Y junto a la ventana, una mesa, sobre la que luce el tubo ahumado de la lámpara de kerosene.

Polibio cierra tras sí la puerta y sigue hacia el segundo cuarto. En éste hay una cama grande parecida a la anterior, una hamaca más chica y un petate en el suelo. Sobre él juegan dos chiquillos: un hombre y una mujer. Tendrán el uno diez y la otra ocho años.

—¿No ha venido Inocente todavía?

—No. ¿Y qué es de mi mama?

—Está donde una amiga. Más tarde viene.

—Dame medio, Polibio.

—No friegues la pita. No tengo plata.

—Sí, ñaño; dame medio.

—¡Ah, caramba! Calla la boca.

Y al decirle le da un empujón, porque el chico se le había pegado a sus rodillas. Se arrincona el muchacho y se pone a llorar y a hurgarse las narices. Su llanto es estridente, cortado, como con hipo.

Polibio da un portazo y se retira al primer cuarto, donde se echa a la hamaca.

Ya son más de las once e Inocente no regresa. A cada rato, Polibio se asoma a la ventana. Retorna a la hamaca. Se impacienta. Ha esperado ya más de media hora cuando Inocente llega.

Inocente parece de veinte años. Es alto y fuerte. Ancho de espaldas. Negro y zambo. Pero bien cuidado. El cabello luce abundante vaselina y refleja como charol. Lleva muy lavada la cara. Y no es tan feo su perfil. Cierto es que la nariz, chata y roma, es idéntica a la de su madre, pero a los lados el rostro es algo fino. Y los labios, menos gruesos. Una corbata blanca y americana azul. Talle ceñido, que hace resaltar lo amplio de las espaldas, y el pecho erguido como de soldado. El pantalón es crema —un casimir barato— y cae doblándose sobre los zapatos, a la última moda.

—¡Caramba que te he esperado, Inocente!

—¿Qué es de la vieja? ¿Apareció?

—Ahá. En la Policía está.

—¿Y no me dijiste esta mañana que en la Maternidad?

—Sí, pero ya ha salido. Y la han multado, Inocente.

—¡Ah, caray! Vea que mi mama no se compone.

—Es buena, Inocente. Es que el trago...

—Ahá. ¿Y cuándo saldrá?

—Hay que pagar la multa, pues.

Inocente no contesta. Inocente se rasca la oreja. Introduce el dedo meñique y la sacude como si estuviera llena de agua.

—Oye, Inocente, hay que pagar la multa.

—Ahá.

No ha dicho más. Inclina un poco la cabeza. Luego, de repente, con brusquedad, como si súbitamente se resolviera, dice:

—Bueno, ¿y a mí qué?

—Pero hay que sacarla de la Policía... La van a llevar a la Cárcel de no pagar... La multa... La multa ésa...

—Yo no tengo ni medio... Este... Si pasa, pues unos días en la sombra le servirá. Puede que se componga.

—No, Inocente, no digas eso. Mi mama no puede ir a la Cárcel.

Los ojos de Polibio se humedecen. Mira suplicante.

—¡Todo por el maldito hombre ése! ¡El tiene la culpa!—ha gritado Inocente.

—¡No es cierto! ¡Cállate!

—¡Claro que sí! ¡Ladrón no más es! Ni sé qué le habrá visto al muy desgraciado para enamorarse de él.

—¡Cállate, Inocente, que es mi papá!

—¿Y a mí qué? ¿Qué saco con que sea tu papá? ¡Bonita cosa!

—Y de él comiste tanto tiempo.

—¡Mentira! Era ella la que me daba. Ya mismo no más te pego.

—Aunque me pegues. Hay que pagar la multa. ¿No dices que ella te daba?

—¡Oh! ¿Ya habrá hecho la comida doña Petra? Tengo hambre. Ya ves, ahora mismo yo estoy pagando el come de toditos ustedes.

Inocente se pasea a lo largo del cuarto. Polibio está firme, cogido con ambas manos de las cuerdas de la hamaca.

—Yo no quiero comer. Dame los treinta sucres para la multa.

—¡Ah, carajo! Sigues fregando la pita. ¿De dónde quieres que los vaya a sacar?

—¿Y no tienes? Haste no más.

—Claro que no tengo. Si no, te diera.

—Pídele a tu patrón. El siempre te da.

—¡Oh! Ya he pedido mucho, y me ha dicho que no. No me friegues.

Se va Inocente a comer. Polibio atrás. No dicen nada. Los chicos corren entre las piernas de Polibio. En el cuarto de doña Petra almuerzan. Caldo de verde, carne asada, arroz con menestra, un arroz tostadito, reventado, lleno de manteca, un verdadero arroz montuvio.

Inmediatamente después de haber terminado, Inocente sale a la calle. Polibio lo sigue hasta el zaguán.

—Anda, Inocente, no seas así. Dame la plata.
—Ya te he dicho que no tengo.
—Sí, Inocente. Pídele al jefe. A las tres voy por la plata. ¿Ah?
—No. Que se friegue por bruta. Cuenta con ir, que te va a pesar.
Con esta última palabra se marcha. Polibio lo mira alejarse. Regresa al cuarto. Se tiende en la hamaca. A él siempre le gusta dormir un rato después de almuerzo. Ahora no puede conseguirlo. Toma posturas inverosímiles. Se revuelve. Se queda inmóvil. Tanto rato,
Abajo, en el patio, el agua sigue haciendo bulla en las tinas. Y las lavanderas que comentan, parleras, lo de la vecina presa...
—En algún lío se halla doña Baldomera.
—Pero usted, doña Petra, debe saber.
—Yo ni sé nada.
—Ande, cuente no más, que somos de confianza.
—¡Adiós!, si no sé nada, pues.
—¡Jesús, que es desconfiada! Como si fuéramos diablos. Enantes no más la vide conversando con el Polibio. Toditas aquí somos amigas. Parece que la desprecian a una.
—Este... Es que... ¿Y para qué quieren saber?
—¡Adiós! Todo es bueno saber, como usted misma dice. Y doña Baldomera también es amiga, pues...
—Cuente, doña Petra—ruega otra.
—Sí, cuente, cuente.
—Diga no más, ande.
—Chisss... Cuidado con el Polibio. Vengan acá... Despacito...
Doña Petra ha inclinado el cuerpo sobre la tina de lavar. Tiene los ojos muy abiertos. Sus compañeras la rodean. Se ponen en círculo alrededor de la tina. También inclinadas, ansiosas. Unas tienen aún las prendas de vestir entre las manos: ropas mojadas, llenas de jabón, recién exprimidas. Nadie respira. Una dice muy quedo:
—¿Qué pasa, ah?

—Este... Chiss... No vayan a decir nada, ¿ah?

—No, doña Petra, ni crea. Pierda cuidado. Aquí no hay ninguna sinvergüenza.

Hablan en voz bajísima, leve, como soplo.

—Este... Está presa... En la Policía...

—¿No diga?

—Ahá. Seguramente la mandarán a la Cárcel. Quién sabe cuánto tiempo.

—¿Y por qué, ah?

—Este... Ni sé. Me creo que alguna puñalada que le metió a un paco.

—¡Uy! ¿No diga?

—Ahá. Seguro. Eso sí que es seguro. El pobre Polibio está tristísimo. Si me da una pena...

—¿El le ha contado?

—No. Yo qué sé.

—Ah. ¿Y qué más, ah?

—Estuvo en la Maternidad abortando.

—¡Caray! ¿No diga, doña Petra? ¿Y por qué, ah?

—Un golpe que le dieron en la pelea.

No sacian su curiosidad. Se suceden las preguntas. Todas preguntan. Todas hablan. Levantan la voz sin pensarlo. Al murmullo de sus chismes, sale Polibio, y las mira en actitud de confidencias. Las mujeres, en seguida, corren a sus puestos, a lavar. No alzan las miradas. Una canta:

—"Si quieres comer iguana, vámonos al arenal..."

Polibio cierra la puerta. Sólo unos instantes ha visto hacia el patio. Tiene el ceño arrugado. Ni más cuento nada, piensa. Resuelve salir en busca del hermano. Pero vacila. Le da vergüenza pasar entre las vecinas. Regresa de la puerta a la hamaca dos veces. Al fin, vence y sale.

Inocente trabaja en un gran aserrío de madera. Es oficial. Ayudante. Es hábil. Es duro para el trabajo. El jefe diz que lo quiere. Y ya está ganando tres sucres diarios. ¡Una fortuna!

Polibio, al llegar, se introduce entre las tablas lar-

gas colocadas sobre puentes de palos. Inocente palidece al verlo.

—¿Qué quieres vos?

—Vengo, pues, por la plata para la multa.

—Ya te he dicho que no tengo. Lárgate o te pego.

—Pégame si quieres. Pero, por la luz que me alumbra —y lleva los dedos en cruz a los labios—, que hago bulla y grito todo, todito mismo.

—¡Desgraciado!

—Anda, háblale al jefe. Apura.

—¡Perro!

—Más perro serás vos. Anda o grito. Todo lo cuento.

Inocente, que acaricia sus aspiraciones, no puede soportar la idea de que sus compañeros sepan que él es hijo de la Baldomera, de la famosa Baldomera, la negra borracha y escandalosa. Y ahora que Polibio vaya a contar que está presa... Lanza una mirada de odio sobre el hermano. Rechina los dientes. Pero va en busca del jefe y obtiene el suplido.

—Toma, hijo de perra. Ahora me las pagarás.

Polibio no responde. Le bailan los ojos. Sale a escape. Pero va pensando en el encuentro con el hermano, por la noche. Resuelve esconderse. "De no, hasta me mata", se dice. Y al par que piensa veloz, corre casi por las calles, hasta que llega al cuartel de Policía. Sin fijarse en nada, se mete al Retén.

—¡Alto!

Cree Polibio que casi lo pasan con las bayonetas de los fusiles

—¡Alto!

Polibio está jadeante. No puede hablar.

—Este... Yo... La multa... Permiso...

En tal momento lo ve el oficial. Lo hace entrar. Recibe satisfecho la multa. Sonriente. Se embolsica los treinta sucres, acariciándolos, luego de haberlos contado dos veces. ¡Ah, billetitos colorados, de a cinco y casi nuevos! ¡Qué buen negocio ha hecho! No es verdad que

haya multa. No la han juzgado. Con el viaje a la Maternidad, no se han vuelto a acordar de Baldomera. Ni siquiera ha sabido nada el Comisario de turno. Pero treinta sucres son treinta sucres, se dice el oficial.

—¡Cabo de guardia! Saque a Baldomera.

Viene, luego de un momento, alta y rígida.

—¿Qué quiere?

—Ya puedes irte, Baldomera. Para que veas que soy bueno, te perdono los siete días de prisión... Andate. Y cuidadito con otra vez...

Y al decirlo, palmotea por encima del pantalón en el bulto que le hacen los billetes. Baldomera lanza una mirada de profundo desprecio al oficial, y luego mira a Polibio, que inclina la cabeza.

—¿Y por qué has pagado, idiota?

—Vámonos, mamá—es toda la respuesta del chico.

Empieza a discutir Baldomera. Pero un policía la saca del brazo. Intenta protestar Baldomera:

—A mí no me estruja.

—¡Largo, largo de aquí!

Ya en la calle, Baldomera insiste:

—¿Quién te dió?

—Este... Inocente fué.

—Inocente, siempre pidiendo a Inocente. ¡Maldita sea! ¿No ves que no le alcanza para vestirse futre? Y como a él le gusta... Y a mí también.

Ya el sol se esconde a esa hora. Se ha hinchado. Y los rayos oblicuos hacen cosas infantiles en la tierra. Todo un lado está de oro. Arriba, de sangre. Baldomera camina a grandes pasos. Polibio va ágil y alegre, con el corazón rebozante de júbilo. El sol broncea más el rostro de Baldomera y fija, de modo preciso, el relieve de sus arrugas, ahora más enérgicas y más duras.

III

Entre el alto janeiro del potrero, se oyó un ruido como de algo que se arrastraba. Se adivinaba más que se veía en esa noche cerrada. Se paró un instante el ruido. Luego, crujió una rama. Hicieron bulla los pájaros. Los negros tilingos, saltando de las ramas, dieron la señal de alarma. En seguida, un enorme carrao, sacudiendo sus alas cafés, se alejó cantando:

Carrao... Carraoo...

Mil voces se multiplicaron por toda la montaña. Los ecos plurales, distintos, chillones y broncos, repetían y repetían. Y de pronto, a pesar de la jubilosa gritería, el ollero dió la hora.

Volvió a escucharse el ruido, sigiloso y lento. Los últimos pájaros cercanos batieron las alas. El viento sopló recio. Y las ramas más altas de los árboles más altos se inclinaron. Siguió soplando fuerte. Y entonces, todo se fué de lado. Las melenas hirsutas de la montaña se iban a la izquierda. La perspectiva se doblaba. Y hasta la hierba del potrero tenía su ademán de fuga. Pasaba el viento entre las ramas y las abría como dedos. Se veía claro el viento que corría por entre ellas. Silbaba. Aullaba. Todo temblaba en angustia de alarido. Al fondo, la negrura inmensa de la selva, la grande sombra que llegaba al cielo, lanzó un lamento largo, profundo, penetrante...

Uúuuuuuuuuuu...

Una nube, en su carrera, se enredó en un árbol y quedó hecha jirones. Sus retazos siguieron el vuelo de las aves.

Se confundían los lamentos de la selva con el chillido fino y el gutural ahogado. Los sonidos eran cada vez más fuertes. Y más recio el viento. Y un olor, envolvente y poderoso, llenaba la noche de agrio, de savia, de tierra nueva y jugo verde.

Tal que un hálito de fuga que arrastrara la infinitud de la montaña.

Poco a poco, en grávidos minutos, se restableció el silencio. El viento reposó. Los chillidos y los gritos bajaron de tono. Y volvió de nuevo aquel susurro lento, triste, grande, suave...

Otra vez se agitaron las mechas de janeiro con el mismo ruido cauteloso de antes. Pero ahora los pájaros estaban lejos y el viento fatigado. Fué apenas un temblor de alas y un moverse las hojas junto a la tierra.

Al final del potrero, a la derecha, ensombraba el horizonte un grandioso algarrobo. Esta cosa rara que se iba arrastrando por entre la hierba se acercaba al árbol. Despacito.

Cada vez que algún ave levantaba el vuelo o que una rama se quejaba, el extraño andar felino de esa cosa impalpable hacía un alto. Hasta que llegó a las plantas del algarrobo. Quedó un rato en el silencio, inmóvil, como un capricho de las ramas. Después, se fué enderezando lentamente. La sombra erguida se arrimó al tronco. Era un hombre.

Miró hacia todos lados. En seguida, como un mono, trepó ágil. En las ramas del algarrobo se acostó. Esperó algún rato. Y después, llevó los dedos índice y pulgar a los labios, y rompió la noche un silbido penetrante que se fué a perder entre las cumbres de los árboles colosos, entre las manchas negras de la montaña, entre el viento que corría por la tierra madura y por lo

alto, lo más alto que podía imaginarse en ese lugar vacío del color azul de arriba.

Pasaron unos segundos. Pareció que otro silbido respondía. Volvió luego la calma. Mucho rato. Tanto rato que las aves ya empezaban a retornar con los cuellos medrosos. Hasta que, de nuevo, se escucharon varios ruidos arrastrándose hacia el algarrobo.

Frente a la montaña, luego del potrero, apenas se veía un corral. Y dos cuadras atrás, la casa de caña. No había luz.

Ahora eran cuatro sombras. Partieron del árbol en dirección al corral. Tan despacio, que el movimiento podía negarse, comenzaron a avanzar. Ya el corral era una cosa más visible. Se fué acercando el olor caliente del ganado y las inmundicias del corral. Y una deliciosa fragancia a leche fresca, recién sacada, espumante, gruesa.

Allí, junto a la puerta, se agacharon más aún. Esperaron. Las vacas lanzaron con pereza su mugido largo y destemplado.

En seguida, los terneros llamaron. Pasaron unos minutos. Luego, una sombra en cuclillas, fué abriendo la puerta: cuatro cañas atravesadas que pasaban por unos huecos. Las iba sacando de una en una sin dejarlas caer con ruido. Las vacas, acostadas, se sentaron y volvieron a mugir.

Una de las sombras se separó de la puerta. Dió un rodeo. Se alejó unos cortos pasos de la cerca. Y con una ligereza increíble, tomó impulso, asentó ambas manos en la caña de arriba y cayó dentro del corral. Permaneció un instante agazapado, detrás del cuerpo de una vaca. Aguaitaba hacia la casa. El ganado, mientras tanto, se inquietaba. Algunas vacas se pararon inclinando las testas. Y cuando esa sombra audaz comenzó a arrearlas hacia afuera, se movió toda la masa. Los terneros eran ágiles y buscaron la salida precozmente. Los últimos en salir fueron los toros. La sombra, entonces, retornó a la puerta. Se unió a las otras. Y

después, juntas, se alejaron del potrero. Las pisadas de las bestias fueron, al principio, lentas, calladas. Las apagaba en el corral la capa suave de los excrementos, y afuera, la hierba apretada y moza.

Pero apenas pasaron las cañas, y se vieron libres, llenaron el potrero con sus gritos poderosos y lastimeros. Todos los animales gritaban a una. La tierra retemblaba a sus pisadas y el viento se llenaba de voces. Se agitaba la hierba. Y quedaba un eco sordo, retumbante, de quebradura ancha y fuerte. Los toros, virilmente, pretendieron cubrir a las vacas. Y corrían, corrían persiguiéndose, con los cuernos al cielo y los rabos erectos. Los terneros balaban tristemente y de manera aguda, al par que saltaban ágiles entre las patas de las madres. Un escándalo formidable, de vida, enjundia agreste, colmó el potrero.

Fué entonces que las sombras, agachadas antes, emprendieron la carrera, al mismo tiempo que arreaban el ganado. Así ganaron la montaña. Debajo de un árbol había cuatro caballos. Montaron.

En ese instante, una detonación de escopeta incitó la carrera de las bestias.

Con la bulla del ganado despertaron en la casa. Al principio, soñolientos, de ese fuerte sueño campesino, no se explicaron bien. Fué Manuela, la mujer del mayordomo, quien primero cayó en cuenta. Se movió en la cama varias veces. Hasta que se sentó. Su marido dormía junto a ella.

—¡Gregorio! ¡Gregorio!

Pero el mayordomo, rendido por el esfuerzo diario, no respondía. Le sacudió el brazo Manuela. Lo estiró Gregorio y, dando un quejido, volvió a dejarlo caer sobre el rostro. Precisó remecerlo con fuerza su mujer.

—¡Gregorio, yo no sé qué pasa con el ganado! Anda ve.

Abrió los ojos el hombre. Tuvo que restregarlos varias veces con los dedos. Se incorporó.

—¿Qué mismo dices?

—¿No oyes el ganado? Ve que vos eres dormilón.

Se arrojó Gregorio del lecho y fué hacia la ventana. Vió correr el ganado por el potrero. Vió las sombras que fugaban hacia la montaña.

—¡Cuatreros! — gritó.

Corrió en busca de la escopeta. La cargó presuroso. Bajó la escalera. Luego de los primeros pasos, se detuvo, apuntó unos segundos y disparó. En seguida, se prendió de la cuerda de la campana, que se hallaba debajo de la casa, y tocó a rebato. Llegaron tres peones con sus machetes. Corrieron junto al mayordomo. En el corral, Gregorio, afirmándose en las cañas, volvió a disparar.

Se oyó un galope de caballos montaña adentro. Y también el correr del ganado golpeando con sus pesadas patas la tierra. Gregorio ordenó ensillar. Montaron dos y salieron en persecución de los ladrones.

Era inútil. Iban veloces. Y con mucha ventaja. Tuvieron que regresar los perseguidores a meter el ganado en el corral. Ahora andaban con dos linternas de nafta. Contaron los animales. Faltaban cinco vacas.

—¡Maldita sea! Ahora qué dirá el patrón...

—¿Y quién habrá sido, don Gregorio, el vivo?

—Yo qué voy a saber. Hay tanto cuatrero por aquí.

—Y nosotros ni sentimos nadita mismo... Como vivimos tan lejos — dijo uno de los peones.

—Desde mañana hay que hacer guardia — dispuso don Gregorio—. Y más que mañana llega el patrón.

—Entonces mañana nos mete a la barra... Ganas que tengo de largarme...

—Ahá.

Mientras tanto, los cuatreros galopaban. La tierra temblaba con estrépito. Adelante iban las vacas en un andar desesperado. Parecía increíble que esos animales, de pesada apariencia, pudieran correr tanto. En veces, al chocar con una piedra, brotaban chispas de los cascos de los caballos. En la noche, apenas se divisaban

las crines soltadas al viento. Resoplaban las narices dilatadas y, de cuando en cuando, rechinaban los dientes en el freno o temblaban las jetas en un relincho silencioso.

En el último caballo habían amarrado unos palos atrás. Y de ellos, una rama, llamada escoba, que barría la tierra y borraba las huellas de los animales. Y como el sendero era estrecho, la tarea resultaba fácil.

No decían una palabra. Se metieron ahora por un camino más angosto. Fuerza fué correr enfilados de uno en uno. A los lados, los troncos de los árboles se curvaban y estiraban. En lo alto, el moverse de las ramas parecía excitar a la carrera.

Apareció la pampa después. Uno gritó:

—¡Por allá! ¡Tú, a la derecha! ¡Rodea bien! Yo me quedo aquí.

—¡Ponte, pues, a la cabeza con Escorpión!

Escorpión era el caballo más vaquero. Había que maniobrar con tino para que las vacas siguieran corriendo sin desviarse. Ya no les importaba gritar.

—¡Ooooh! ¡Ooooh!

Eran gritos largos como de canto. Alzaban los brazos y abrían las piernas. Los caballos daban curvas cerradas. Las vacas estaban ariscas. Se revolvían, se paraban, corrían por uno y otro lado, a cada instante.

—¡Ooooh! ¡Aaaah!

Escorpión iba primero. Se desvió una vaca, altanera y desafiante. Tuvo que regresar el caballo. Levantóse en dos patas. Giró con las traseras, describiendo un círculo en el aire, y lanzóse en carrera tendida. Hasta que logró hacer regresar a la vaca. Escorpión sacudía la cabeza. No tenía ni siquiera necesidad de la rienda: seguía el ganado por costumbre. Enderezaba la oreja y ya sabía en el momento en que se le iba a escapar la presa.

Poco después, volvieron a entrar al camino, terminada la pampa. Pero había que atravesar un paraje cubierto de monte, un brusquero, como dijo Lamparita,

el jinete de Escorpión. No se veía ni las sombras de las bestias. Se guiaban por gritos.

—¡Aaaah!

Al recobrar el camino ancho, siguieron corriendo. La luna, tardía, comenzaba ya a salir. Fué primero una tenue claridad de plata mate que brotó de un pedazo de cielo. Después, poco a poco, se abrió paso entre las nubes. Una enorme masa negra era atravesada con su luz. Se encogieron las nubes como copos de algodón carbonizado. Pero al lado, y en lo alto, eran transparentes. Se vieron los perfiles de la montaña recortarse en cartón sobre la noche. Brilló un poquito la hierba. Los árboles también se iluminaron levemente. Y las sombras de las vacas y los caballos se relievaron lustrosas y macizas.

Así caminaron dos o tres horas. Llegaron al río. Pasaron un pequeño estero, que hacía el río al internarse, y trotaron sobre el angosto sendero de la orilla del barranco. El río, en la noche, era como espejo. Y la luna se quebraba allí con la corriente en millones de brillantes pedacitos.

Fueron sólo diez minutos que anduvieron encima del barranco. Un tamarindo frondoso se abría en la orilla, hacia la montaña. A su derredor, una pequeña sabana desnuda le hacía sitio. Alistaron los lazos los cuatreros. Lamparita acomodó la beta. Agarró un extremo de la derecha. Sobre su cabeza, en maravilloso equilibrio, el rollo abierto dió vueltas veloces. La muñeca giraba sobre su mismo centro. Tenía levantado el brazo. De repente, el brazo se hizo atrás, la muñeca desvió su giro, dió la vuelta la mano a la cabeza, se curvó apenas la espalda, y la beta cortó el aire en un silbido. Como si una culebra se extendiera sobre el rabo erguido, partió el lazo y cayó sobre el cuello de la vaca. Se paró el animal. Dió tres saltos apoyada en sus patas traseras. Sacudió con energía la testa. Y acabó por inclinar los cuernos ante el templón de la cuer-

da. El caballo se había parado firme. Y temblaba, con el extremo del lazo ajustado al pico de la montura.

Así enlazaron a las cinco vacas. Y luego, desmontaron. Las riendas de los caballos fueron colgadas de las ramas bajas del tamarindo. Se acostaron boca abajo en la tierra, apoyando los codos, la cabeza entre ellos. Allí conversaron.

—¡Bueno estuvo! ¿Ah?

Lamparita no repuso nada. Lamparita era un hombre pequeño. Tenía las piernas abiertas en el medio, curvadas, separadas casi hasta los talones, donde se volvían a unir. Era flaco. Se le veían los huesos pegados a la piel. El cabello, liso. Las manos, extremadamente largas y huesudas. La nariz de Lamparita era fina y un tanto ganchuda. Las cejas abundantes daban más profundidad a sus ojos, ya de por sí grandes y negros. No tenía casi uñas en las manos, porque todas se las comía en sus ratos de nervios. Andaba un poco inclinado hacia adelante, y no tanto, que no se adivinara un cuerpo ágil y dispuesto a la carrera. Y sus hombros sobresalían en punta por la espalda. Lamparita era, en verdad, un hombre chiquito y encogido.

—Bueno, pues, Lamparita, hagamos el reparto.

—Son cinco vacas.

—Y nosotros somos cuatro.

—Asimismo es.

—Tenemos una cada uno y sobra una. ¿La matamos?

—La que sobra me la llevo yo — dijo calmadamente Lamparita.

—¿Ah?

—Sí. Te digo que la que sobra me la llevo yo — afirmó con tono enérgico y categórico.

Nadie osó, entonces, contradecir a Lamparita. Alguno refunfuñó entre dientes. Pero Lamparita se hizo el sordo.

Descansaron media hora. Al cabo de ella, volvieron a montar y tomaron por distintos caminos.

Lamparita era el cuatrero más listo y más conocido de todo el río Yaguachi. Recorría las haciendas desde más arriba de Naranjito hasta Eloy Alfaro. Conocía de cruces peligrosos sobre el río y sabía emplear diez minutos en ir de un sitio a otro, donde normalmente había que gastar una hora. Siempre paraba por Boliche, sitio pequeño, cercano a Yaguachi viejo. Pero, en realidad, nadie sabía con certeza su paradero. Estaba en todas partes. Y todos los hacendados habían sufrido sus fechorías. Rara vez asaltaba a un caminante. Lo hacía sólo cuando estaba limpio, como él decía, sin un cobre. Entonces, picaba a Escorpión, y se lanzaba encima con un revólver. No dejaba de quedar arrepentido, luego de llenar el bolsillo con el dinero del asaltado, porque esa forma de trabajo estaba proscrita de su código de honor. Pero, ¡qué hacer! El comer me obliga, se decía.

Lamparita tenía, a pesar de sus nervios, una serenidad pasmosa. Y cuando peleaba, Lamparita reía. Porque, no obstante su aspecto enfermizo y débil, era el mejor trompón de la comarca. Su agilidad no tenía par. Y su puño, al caer sobre el rostro del adversario, giraba apenas y rápido, con el objeto de cortar la piel. También era que sabía, así tan pequeñito, abofetear con los pies. Pero, sobre todo, lo que le daba la supremacía era el manejo de la cabeza. De una velocidad increíble, no había hombre que con él hubiera peleado que no hubiese caído a la embestida con un fuerte cabezazo en el estómago. Por eso lo temían. Y cuando Lamparita decía una cosa, muy pocos eran los que se atrevían a contradecirlo.

Era divertido escucharlo en las peleas, rodeado de amigos y enemigos, lanzando su frase, popular ya, de:

—¡Ñaño lindo, que me llevan sofoco!

Y pelaba los dientes blancos y torcidos. Soplaba con la nariz y embestía.

En cuanto al machete, Lamparita era positivamente temible. Favorecíale su extraordinaria agilidad y su

magnífica vista. Con el poncho a la izquierda — buscado especialmente para la pelea—, adelantando la pierna del mismo lado, en actitud de guardia, era imposible tocarlo con la hoja. Reía como siempre y atacaba con un a fondo más rápido que un salto de pescado. A veces, por vanidad, gritaba:

—¡Tápate la oreja, que te la bajo!

Y a lo mejor, dejaba en la oreja enemiga un hilo de sangre.

Su apodo le venía de una pequeña lámpara de bolsillo que usaba en sus robos cuando era necesario, y a la que él atribuía su buena suerte en todas las empresas que acometía. Fué así que cierta vez que la olvidó le ocurrió un percance. Al robar ganado, los peones lo sorprendieron. Eran tres y manejaban machetes. Lamparita, desarmado, tomó un palo y se batió en retirada.

—¡Para so hijo de una! — le increpaban.

—¡Abrete o te bajo la jeta con la peinilla!

Lo tenían acorralado. Lamparita saltaba y saltaba hacia atrás, defendiéndose, como un valiente, con el garrote de los golpes de machete. Así alcanzó el caballo. Pero lo difícil era montarlo en ese trance. Tomó la brida en una mano y la apoyó contra las crines. Se puso detrás, sirviéndole el caballo de defensa. El caballo sufrió un machetazo en las ancas, que le hizo dar un gran brinco. Ese brinco salvó a Lamparita: afirmó los pies en la tierra; se encogió; puso ambas manos en el lomo del caballo; y, al par que éste saltaba, calculándolo todo con exactitud matemática, se elevó en los aires como un muñeco. Cayó sentado en la silla. Pero su pierna derecha, al cruzar el anca del caballo, recibió un corte. Fugó herido. Desde entonces, no abandonaba nunca su lamparita. Y lo decía: sin esto, soy nadie. "Con mi lamparita, me siento gallo". Para todo sacaba a relucir su lamparita, y se quedó con el nombre.

Escorpión también tenía su historia. Era mozo. Apenas si hacía cuatro años que llevaba silla. Lampa-

rita lo halló en un asalto, al robar una yeguada. El potrillo siguió a la madre.

Era un potrillo negro, con una mancha blanca en la frente, como estrella, y dos rayas claras en las manos. Los ojos le brillaban. Saltaba junto a la yegua. Lamparita, cuando vendió la yegua, no quiso deshacerse del potrillo. Fué él quien lo bautizó.

—¡Chuzo con el maldito! ¡Si parece escorpión mismo, de lo que levanta el rabo! Escorpión... Desde hoy te llamo así, bandido.

Lo había dicho porque el potro, al acercarse Lamparita, levantó las patas intentando cocear, y emprendió una carrera loca. Saltaba como venado entre las sartenejas. El rabo lo llevaba al viento. Tenía los belfos abiertos y mostraba los dientes. De vez en vez, sacudía la cabeza, y la erguía, parando la corrida. Era una maña que le quedó para siempre. Mas, al acercarse Lamparita, paró tiesas las orejas, estiró el cuello como una garza, y, levantando las patas traseras, otra vez volvió a correr. Agachaba la cabeza y levantaba la grupa. Luego, tornaba a erguirse, esbelto, fino, orgulloso. Así fugó hasta que tropezó con una cerca de alambres. Quiso pasarla, despavorido, con los ojos llameantes. Pero allí se clavó las púas en las costillas. Relinchó de dolor, Lamparita aprovechóse y tiró la beta. El potrillo se ahorcaba, a causa del nudo mal hecho en la precipitación de Lamparita. Entonces, lo tumbó certero. Hábilmente, desde lejos, hizo saltar la beta. Culebreó enlazándole las piernas. Cuando lo tuvo acostado, le puso el pie en el cuello y examinó la herida. Después, introdujo el dedo en ella para sondear su profundidad. Cogió ñoña caliente de vaca y rellenó con ella el hueco de la herida. La taponó con un trapo. Al día siguiente, obtuvo un poco de alquitrán. A los seis días, Escorpión estaba sano.

Mas, le dió aún mucho que hacer. Todo el tiempo lo cuidaba, y, sin embargo, el potro se dió maña para

escaparse. Ya se dejaba acariciar. Pero parecía tener el diablo en el cuerpo, de lo inquieto y lo travieso. Correteaba como loco y se iba a cocear a las vacas que Lamparita robaba. Embestían los animales y, entonces, el potrillo fugaba y fugaba sin descanso. Cuando le ladraba algún perro, lo dejaba acercar bonitamente y, ya al alcance de sus patas, le tiraba una coz formidable. Hasta que, por fin, tuvo edad de llevar silla.

El primer fracaso de Lamparita como chalán fué al amansar a Escorpión. Lo montó a pelo de un salto. Escorpión corcoveó. Lamparita se agarraba como demonio. Corrió el potro. Se detuvo. Se puso a dar vueltas como carrusel, hasta que, levantando las patas de atrás, echó por la cabeza al jinete. Tres veces lo intentó Lamparita, y las tres midió la tierra.

—¡Carajo! — decía—. Si nunca mismo me ha pasado esto.

Entonces, enrabiado, lo cogió y amarrólo a un árbol, con el cuello templado. Allí lo tuvo todo el día sin comer, hasta la mañana siguiente. Le llevó un poco de hierba. Apenas. Y lo dejó colgado. Por la tarde, le puso barbiquejo y le colocó un poncho atado en el lomo. Al otro dia lo montó. Escorpión estaba débil. Por más que corcoveó, ya Lamparita se sostuvo. Así llegó a dominarlo.

Después empezó a amaestrarlo con las mañas para que nadie lo pudiera montar. Entre otras, le enseñaba ésta: colocábale una pequeña piedra debajo de la montura, del lado izquierdo, de manera que, al montar, se ajustase contra la piel y el potro saltase de dolor. Así lo acostumbró a montarlo por la derecha, para que nadie, a más de él, pudiera hacerlo. Lo hizo, asimismo, saltador de zanjas y obstáculos, o de cualquier pequeño lodazal, de suerte que, por ser el brinco tendido y brusco, cualquier jinete despreocupado podía caer.

Llegó a guiarlo sólo con ligeras presiones de la rodilla. Y muchas veces, por alarde, a carrera tendida, Lamparita le aflojaba las riendas.

Escorpión había cobrado una soberbia estampa. Era alto y fuerte. Los remos, finos y nerviosos, temblaban de impaciencia. El cuello era algo corto, recogido, y terminaba en pequeña cabeza y de diminutas orejas. El pecho se dividía en dos: brotado y potente. Era lustroso, negro, brillante. De piel tirante y fresca, que saltaba al menor ruido. Los ojos parecían jugar de acuerdo con las orejas, y sus patas casi nunca estaban quietas. Daba continuamente brincos, saltando de lado, con gracia, donairoso, y bastaba un ligero apretón de piernas para que, de un impulso, emprendiera la carrera.

Pero, ya por las mañas enseñadas, ya por el afecto que cobró a su amo, a Escorpión no lo podía montar sino Lamparita. Cuando otro hombre le ponía las piernas encima, como si le diera ataque retemblaba primero. En seguida, extendía la cabeza relinchando o la ponía vertical a la cruz. Y corría. Levantaba las patas traseras. Quería arrancar el freno. Se revolvía como loco. Daba saltos sobre sí mismo, quebrando las patas a los lados. Y si, por desgracia, había por allí una cerca o un árbol, se arrimaba violentamente tratando de romper la pierna del jinete. Si el jinete era bueno, se estacaba en la carrera, inclinando la cabeza. Si aún con eso no lograba echarlo, entonces se tiraba al suelo. O se paraba en dos patas varias veces hasta tirarse a la tierra de espaldas.

Lamparita gustaba de hacerlo jinetear por otro. Se reía. Y al último, cuando el atrevido salía por la cabeza, era tanta la risa que le daba, que abría las piernas, apoyaba ambas manos en las rodillas y se encogía todo como acordeón.

Cuando Escorpión se paraba en dos patas, era imponente. Siempre lo hacía con un sonoro relincho. Primero escarbaba la tierra con las pezuñas. Después, movía la cabeza. Era un síntoma seguro. Daba, luego, unos cuantos pasos, y, en seguida, se alzaba casi vertical. Quedaba inmóvil, con una mueca en los belfos y

un temblor en las ancas. El cuello recogido, las narices hinchadas en una respiración fogosa.

El salto de Escorpión era elegante. Extendía al par que la cabeza los remos y salía disparado. Hinchaba el pecho y todo él retemblaba con un gusto... Caía suave, flexionando apenas sus extremidades. Era de verle las crines coronando la cabeza soberbia en el momento de saltar. Y al tratar de subir algún barranco alto, todo él se recogía, y de allí tomaba impulso y de un salto, de un solo salto enorme, estaba arriba.

El cariño de Lamparita por Escorpión era un cariño fraternal. A veces, cuando lo acariciaba, lo llamaba dulcemente:

—Hermano, hermanito.

Y luego, se colgaba del cuello. Escorpión quedaba quieto, feliz, y movía con suavidad la cabeza contra el pecho de su amo, como rascándose.

Escorpión adivinaba cuando su amo estaba triste. Entonces, se le acercaba despacito. Y con sus grandes ojos ágiles lo miraba de un modo, que parecía llorar.

—Hermanito, hermanito.

Aquella noche, Lamparita salió al paso, de la pampa del tamarindo. Gritó:

—¡Hey! ¡Mañana nos vemos en Boliche! ¡Yo llevo puro!

En seguida, se marchó por un camino que atravesaba en su mitad la montaña, guiando sus dos vacas. Toda la noche anduvo despacio. Dejaba suelta la rienda. Iba como dormido. Pensando, pensando...

Así lo tomó el amanecer. Un canto de gallo le hirió los oídos. Arriba, el cielo estaba añil. Poco a poco, se hizo azul, azul, azul... Escorpión lanzó un relincho y se paró. Lamparita había abierto los brazos y las piernas. Se estiró sobre el caballo. Bostezó.

La madrugada movía toda la montaña. Los pájaros ya cantaban. El viento era dulce. Había una tonalidad gris en el verde desdibujado del amanecer. A lo lejos, Lamparita vió una casa oculta entre nutrida ar-

boleda. Picó el caballo. Las vacas apresuraron el andar. Escorpión iba al paso, gallardo, ansioso de llegar, tirado de la boca por las riendas recogidas que obligaban a su pescuezo a encogerse y a hincharse.

El sol ya aparecía por un lado. Las ramas más salientes del bosque se doraron apenas. Lamparita, quién sabe por qué, volvió la cabeza levantada, miró hacia el sol, y se rió.

IV

En Boliche había pocas casas. Pero, en cambio, había guarapo, chicha, puro y un par de hembras, sanas y rollizas, que le quitaban el sueño a Lamparita. Las guaraperas eran llamadas por el cuatrero. Y en cuanto había cometido algún robo, Lamparita decía jubiloso:

—Vámonos donde las guaraperas.

Aquella mañana durmió más de la cuenta. Venía cansado de la mala noche. El conocía de varias casuchas, abandonadas ahora, con la crisis en los campos, y en ellas se guarecía. Y para que nadie supiese del refugio, él siempre se marchaba solo. En la casa de esta vez acostumbraba aposentar con frecuencia. Tenía, allí, un gallo y tres gallinas, que se alimentaban, cuando él no estaba, con gusanillos de la tierra. Era el gallo que lo saludó esa mañana al saludar al sol.

Estaba la casa desmantelada. El mismo, para dormir tendía en el suelo las mantas que llevaba en la montura de Escorpión, y allí se encogía y quedaba diminuto como un niño.

Pasadas las doce, levantóse. Abrió un hueco en la tierra. Lo llenó de palos secos. Hizo fuego. Torció el pescuezo a una gallina. Era de verlo, en cuclillas, muy atareado, frunciendo la boca y arrancando las plumas, con los dedos rojos del agua caliente. Se la comió toda de un tirón. Después, volvió a dormir hasta las tres.

A esa hora, montó, luego de un baño que se dió en el río, corriendo entre los peces que le rozaban las piernas. Se fué, montaña adentro, a cierto pueblucho cercano a vender las vacas. Se trataba de un carnicero conocido que, aunque sabía a ciencia cierta la procedencia del ganado, por lo bajo del precio, prefería a Lamparita. Y como beneficiaba en el acto las reses, no había peligro. Trató la paga:

—Tome, pues, Lamparita, cincuenta sucres le doy por las dos.

—No chingue, don Silverio. ¿Cincuenta? Si cada una no vale más que eso. Lo menos que cuesta es ochenta cada una. Y están grandes. Y me creo que preñadas.

—Pero, Lamparita, usted sabe... Yo me expongo... Así es el negocio.

—¡Adiós! Las últimas me las pagó a setenta el par.

—Eran más grandes. Ahora también es que no hay mucha venta.

—Entonces, pues, no las vendo. Mi trabajo me cuestan.

—Vea, yo le doy sesenta por las dos.

—No. Quedemos en los setenta, para preferirlo...

—Sesenta y cinco. Ni medio más. Si quiere...

—Bueno, pues, eche la plata y bríndeme un trago.

Recibió Lamparita el dinero. Lo guardó cuidadoso en el bolsillo derecho del pantalón. Y, de un salto, estuvo encima de su caballo. Lo picó. Iba alegre. ¡A Boliche! Escorpión tendió los remos en carrera. Lamparita, ligeramente inclinado sobre el pescuezo, reía.

No tardó más de tres horas en llegar a Boliche. Y era la del ocaso cuando vió el río y sintió el viento fresco azotarle el rostro. Venía abochornado por el calor de la montaña y la carrera. Respiró con ansias. Pasó un pequeño estero de dos saltos. Escorpión, no obstante lo mucho que, desde el día anterior, había corrido, estaba entero. Lanzó su relincho de siempre y trepó el barranco. Las patas del caballo hacían enorme triángu-

lo con la tierra. Abiertas, tendidas, firmes al tenderse, parecía que no tocaban el suelo.

—¡Hey! ¡Allí viene Lamparita!

—¡Ah, Lamparita!

Le gritaron, desde lejos, al verlo. La puerta de la cerca estaba abierta. Sin detener la carrera, Lamparita agachó la cabeza para no tropezar con el alambre de arriba, y pasó veloz. Siguió hasta la puerta de una casa de caña, algo grande, con un corredor afuera, donde lo esperaba un grupo de hombres y mujeres. Allí tiró la rienda, Escorpión tendió sus manos adelante. Por el impulso de la corrida, dió aún dos pequeños saltos y, antes de que quedara firme, desmontó brincando Lamparita.

—¿Qué hubo? ¡Aquí estoy porque he venido! —gritó riéndose.

En seguida quitó el freno y la montura a Escorpión, le palmoteó las ancas y lo dejó libre. El caballo se fué derecho al río. Por el barranco se vió elevarse la grupa. Se ocultó la cabeza. Después, sonaron los cascos que rompieron el agua.

—Pase, pues, para adentro — le insinuó una de las guaraperas.

Eran dos hermanas jóvenes que vivían del negocio del guarapo. Ellas lo preparaban desde machacar las cañas dulces y dejarlo fermentar. Vendían a real y dos reales la botella, según el caso y el cliente. Eran mozas de buen parecer y mejor índole: la una, Candelaria, era alta y de anchas caderas de guitarra, con las nalgas templadas brincándoles al andar. Los pechos se le notaban duros y no tan grandes al través de la zaraza colorada del vestido. Usaba moño en el pelo negro. Su cara, tostada, de moreno pálido, no era del todo fea. Y sus ojos, como los de Lamparita, eran grandes, negros, abismales. Pero, sobre todo, su gracia y su donaire la hacían admirable. Toda ella suelta, garbosa, acertada al decir, fina para injuriar y casquivana a los requiebros, aunque firme y reacia para dar.

La menor, Agustina, era menuda y pequeña. Delgada. De delgadez elegante. Cuando se enfurecía — cosa en ella corriente — parecía caña brava de lo fina, lo arisca y lo vibrátil. Tenía parecido con la hermana, siquiera en el rostro. Sus caderas de mancebo apenas se notaban. Y los pechos, pequeñines y duros, apuntaban a lo alto como picos de caciques.

Ambas vivían de su trabajo y eran honestas, cuando el deseo no las incitaba. Si algún cholo atrevido las cortejaba, lo hacían sufrir días de días, dándole largonas con miradas y sonrisas, con vivarachas respuestas, hasta que, en la tierra, junto al río, bajo un árbol, o en el lecho de su casa, se entregaban, allí, en el lugar mismo donde las tomaba el deseo. Pero si el galanteador no era de su agrado, y si mucho insistía, tenían las manos largas y las uñas listas. Nadie las pudo conseguir por dinero. Ni los señoritos que, a veces, pasaban a caballo a visitar sus propiedades, lograron convencerlas enseñándoles billetes. Candelaria, sobre todo, los odiaba. Cierto que les vendía guarapo y, rara vez, les otorgaba una sonrisa. Pero hay de ellos si se sobrepasaban.

—¡Vaya a defogar con su blanca! — decía iracunda.

Esta frase tenía su virtud. Al señorito le sonaba a ofensa. Rechinaba los dientes. Arriscaba la nariz. Espoleaba al caballo. Y, eso sí, con la frente muy alta y las cejas plegadas, se largaba.

Lamparita requebraba a las dos. Pero era Candelaria quien merecía sus preferencias. Hacía largo tiempo que la solicitaba. Pero lo más que había logrado era besarla en el cuello, pellizcarle las piernas, cogerle un pecho al paso. Entonces, ella, alegre, jacarandosa, le golpeaba la mano con la suya, haciéndola sonar ruidosamente. Lamparita se retiraba mohíno.

—¡Y con lo que me gusta la bruta! — decía entre dientes.

Cuando Lamparita llegó esa tarde, ya la concu-

rrencia estaba algo bebida. Desde temprano había comenzado la fiesta. Y tanto se hizo esperar Lamparita, que el sol se hundía a lo lejos, y las hembras preguntaban inquietas por él, sospechando de la rural.

Con el ocaso se veían tiras de sangre flotando en el agua del río. La montaña negra, a la izquierda, era dorada y roja a la derecha. El viento, que viene siempre con la tarde, la sacudía, como entreteniéndose en desdibujar los colores que las nubes en lo alto iban pintando. El río, al frente, se cortaba por alta pared de monte. Allí, el sol, escondiéndose anaranjado y grande, perforaba las ramas y llegaba a la corriente. Por eso se veían como encajes al través de la arboleda. Pedacitos de oro, granate, violeta y encarnado. Y todo eso se movía y se movía como un caleidoscopio.

Lamparita entró. Todos se acercaron a saludarlo. Candelaria le alcanzó un vaso de guarapo que, él, sediento, vació en el acto. Le insistieron, que se pusiera al día, que él era el jefe, que no desdeñara a las hembras, y los vasos le llegaban uno tras otro.

Pasado el corredor, no había más que un cuarto grande y la cocina. En el cuarto, pegados a cada pared, dos catres viejos. Una hamaca en el centro. Un baúl. Un gran cajón y encima una lavacara. Atrás, en el siguiente cuarto, el fogón de madera, requemado, la mesa para comer, una tina de lavar ropa, platos de fierro y de barro, dos cucharas, y una enorme barrica con los aros torcidos. Esto era todo. No había más en esa casa. Pero las lindas guaraperas lo llenaban todo.

Habían invitado a tres vecinas. Y en total, incluyendo a Lamparita, se divertían adentro ocho hombres.

Después de beber tan firme y tan seguido, se metió la mano al bolsillo y sacó un billete de a diez. Lo tendió a Candelaria, diciéndole:

—Toma, Candelaria, para lo que falte.

—Ya estuvo, Lamparita. Gracias... Estuvo bueno el rodeo... ¿No?

—Cállate.

—Ajá. Mi pico habla cuando quiere y no hay hombre que lo obligue. ¿Sabes?

—Bueno, pues, dame un trago.

Le sirvieron, ahora, puro. Una copa llena de aguardiente. A pocos minutos se reanudó la jarana. El cantor, un cholo viejo, empuñó la guitarra. Lamparita cogió a Candelaria para el baile. Era un pasillo.

El viejo cantaba con una voz gangosa, las narices apretadas y saltándole la yugular y los tendones del cuello.

Las parejas daban vueltas. De vez en vez, zapateaban. La casa crujía. Lamparita alzó la voz.

—¡Que vivan las guaraperas!

—¡Que vivan!

Candelaria se rió y se apretó más a él. Sentía Lamparita sus muslos recios entre las piernas, y los pechos hincándole los sobacos. Le daba vueltas la cabeza. Bailó más lento para sentirla mejor.

—Estás rebuena, Candelaria — le dijo a media voz.

—Ahá. Seguro. Y con unas ganas... Si estoy medio juma y me siento alunada.

—Ahora sí. ¿Ah? ¿Quieres, Candelaria?

—Lo veremos.

—Sí, Candelaria. Ahora más tarde te tumbo.

—Tal vez por un pueda...

—Seguro, hoy te como.

—¿Y si no me da la gana?

Lamparita calló. La ajustó más contra él. Sudaban. Aspiraba el aliento de Candelaria. Se metía entre sus piernas, loco por el olor de hembra recién lavada y sudando. Se sentaron en el suelo. Candelaria se levantó a servir.

—¡Que viva la dueña del cuarto!

—¡Que viva!

La noche había caído ya. Se encendieron dos lámparas de kerosene. Bailaban en el corredor y en el pri-

mer cuarto. Afuera, se veía, de cuando en cuando, el brillo veloz de las luciérnagas. Las luces cloróticas de los cocuyos rayaban la espesura. Los murciélagos volaban raudos cazando candelillas. Y un chillido constante, agudo, se escuchaba de todos los ángulos. El viento entraba también en la montaña y la movía acompasadamente. Había un olor agrio de monte batido.

Ya ebrios todos, comenzaron a lanzarse amorfinos en desafío. El viejo templaba la guitarra. Quiso cantar primero Lamparita. Tosió. Arrebató la guitarra al viejo. Iba a improvisar, según la costumbre.

—¡Se fué! — dijeron todos.

Frente a frente estaba Candelaria. La miró receloso y sonriendo. Volvió a toser, mientras pensaba. Candelaria, de pie, echaba el cuerpo hacia atrás. En sus cabellos negros, de lado y lado, como dos grandes prendedores, se había colocado cocuyos. Y brillaban entre el pelo como plata azul.

Al fin, Lamparita se lanzó de lleno.

> —Cuando estaremo lo dos,
> como lo piecito de nuestro Señor:
> el uno encimita del otro
> y un clavito entre los dos.

Una salva de aplausos lo premió. Todos rieron. Candelaria gritó:

—¡Aguárdense que todavía yo no he contestado!

En seguida, escupió con énfasis. Esperó la guitarra. Y a su son cantó:

> Lamparita, eres más bruto
> que er buey de ño Serafín.
> Pa tu mujer es de sobra
> la vaca pintá de gris.

Quedó corrido Lamparita. Sus mismos compañeros rieron a más no poder. No quiso seguir el duelo Lam-

parita. Se escabulló por un rincón. Buscó una copa y se quedó acariciándola, acariciándola.

Los amorfinos seguían en su apogeo. Alguien decía:

—Yo no puedo, porque sólo soy poeta de brindis.

Se templaba la guitarra. Mientras tanto, Lamparita había visto en el corredor a Candelaria. Se escurrió hasta ella. Sin decirle nada, saltó a la tierra. De allí la llamó:

—¡Candelaria! ¡Candelaria!

—¿Qué quieres vos?

—Cuenta te oyen. Ven acá, que te quiero decir una cosa.

Bajó Candelaria. Lamparita la tomó de la mano y la llevó hacia la montaña. Allí la increpó:

—Nada quiero de vos. ¡Carajo! Ni aunque me lo des, no quiero. De mí no te burlas.

—¿Y para qué me has llamado, entonces?

—Para eso. Para insultarte. Para decirte que no me importas, que yo hembras tengo una porción.

—Lamparita, Lamparita.

Quedó, luego, callada Candelaria. Estaba ebria y fogosa como una yegua. Le tomó la mano, y lo arrastró hacia adentro. Entre una cerrada oscuridad, Lamparita se detuvo.

—¿Dónde me llevas?

—Aquí, Lamparita.

—¿Y para qué?

—Siéntate.

Lamparita obedeció. Sentóse hermético, pensativo. Candelaria se fué acercando, acercando.

—Lamparita...

Lo envolvía con su aliento. Su cuerpo de hembra bien hecha lo rozaba. Una mano de ella había caído sobre la pierna de Lamparita y allí agarraba fuertemente la de él. Lamparita perdió la serenidad. Buscó ávido la boca de Candelaria y sus manos le tantearon todo el cuerpo. La fué echando casi con brusquedad.

Gozaron largamente con pereza alcohólica. Crujían las hojas secas. Los cocuyos, entre el cabello de Candelaria, brillaban. Se le podían ver, con su luz, la frente y los ojos. Se plateaban y un destello azulino la iluminaba. Ahora estaban los ojos cerrados en éxtasis. Candelaria se quejaba despacito. Al final, habló:

—Te quiero, Lamparita.

—Yo también, Candelaria.

En la voz de la hembra había gratitud y humildad. Se había transformado. Lo besó largamente. Se unía a él con brío, con ansias de tenerlo para siempre.

En ese instante, oyeron un tropel de caballos. Luego, una descarga. Lamparita se enderezó. Iba a correr hacia la casa. Pero Candelaria lo detuvo.

—No seas bruto, es la rural.

Tenía razón Candelaria. Era la policía rural que andaba en busca de Lamparita. Habían denunciado el robo del ganado, y hasta el Gobernador del Guayas se había interesado en la captura del tremendo cuatrero. Alguno indicó Boliche como un sitio preferido por Lamparita.

Eran ocho policías bien montados y armados de carabinas. Uno de ellos. al llegar, reconoció a los compañeros de Lamparita. Y con el odio que les tenía — había perdido un ojo en cierto combate con ellos — sin esperar más, se echó el arma a la cara y tiró. Los demás también hicieron fuego. De la casa respondieron con revólveres. Los cuatreros se agazaparon detrás del corredor y de allí comenzaron a defenderse. Las mujeres corrieron a la cocina.

—¡Fuego!

Las carabinas tecleaban. Ruidos secos, cortados, y, en seguida, el rastrillar de la nueva carga. Inmediatamente, otra descarga. Los caballos saltaban. Avanzaron a la casa. Sacaron los policías sus sables. No cejaban, al mismo tiempo, de tirar.

Traaaac... Tac-tac-tac.

De repente, uno de los ladrones se irguió. Tiró el revólver al suelo y gritó.

—No me maten, que me entrego.

Pero el policía tuerto no hizo caso. Apuntó. El cuatrero echó un grito, se empinó en los pies, el cuerpo entero se distendió como una cuerda y cayó hacia adelante. Quedó colgado en el corredor, con la cabeza hacia abajo y las nalgas en las cañas. El policía tomó el sable y lo atacó furiosamente. Le daba en la cabeza de filo. Se ensañó con el cadáver. Le cortó el cuello. Se oía el caer de la sangre a la tierra.

—¡Esto cuesta mi ojo, desgraciado!

Los demás agazapados hicieron fuego con sus armas. Entonces, el que mandaba la tropa ordenó:

—¡Paren el fuego! ¡A amarrarlos! ¡Al que resista, lo mato!

Se entregaron, como una salvación. Los fueron amarrando como bueyes. Descubrieron, luego, a las hembras y se fueron sobre ellas tal que salvajes. Uno dijo:

—¿Y Lamparita?

—Se ha largado.

Nombró el Jefe una comisión de cuatro hombres para salir en su busca. El se quedó con Agustina, a quien había tumbado en el suelo. Le subió las faldas hasta arriba. Le tenía puesto los brazos en el pecho sosteniendo los de ella. Y allí, en presencia de todos, la violó.

Mientras tanto, Lamparita escondido entre el monte, se llevó los dedos a la boca y lanzó un agudo silbido. Esperó. Volvió a silbar. A pocos momentos, oyó gozoso el correr de su caballo.

—Ya viene Escorpión — dijo a Candelaria.

—Ahá.

—Vente conmigo.

—Ni creas. Yo me escondo por aquí, hasta que se vayan. Tengo que ver a Agustina. Y también es que solo corres mejor. Andate pronto.

—Vente no más que Escorpión nos lleva volando.

—Te digo que no. Lárgate ligero.

—Bueno, pues. Te vengo a buscar después. ¿Vos te quieres salir conmigo para siempre?

—Ahá.

Escorpión se puso junto a su amo. Y así, sin riendas ni montura, Lamparita saltó a su lomo. Acarició el cuello del caballo. Y partió a toda carrera entre los estrechos senderos de la montaña.

Corrió mucho rato. Se metió por caminos desconocidos aún para él. Escorpión guiaba. El caballo encontraba siempre el sendero. Así llegó a una pampa. Se estiró Lamparita sobre el cuello del caballo y le tapó los ojos. Escorpión, en el acto, se detuvo. Saltó al suelo el jinete. Se tendió en la tierra. Y durmióse toda la madrugada, pensando en Candelaria, ajustándose contra la tierra como si toda ella fuera el cuerpo canela y ubérrimo de la hembra.

Temprano estuvo en pie jubiloso. Ahora, sin la fuerza del alcohol, se puso a considerar la situación. Se creyó feliz habiendo conseguido a Candelaria. No le importaba lo de la rural. Sabía que no lo encontrarían. Quiso orientarse y trepó a un árbol. Luego bajó, y montado en su caballo, se alejó de la pampa.

A media hora de camino encontró un poblado. Dirigióse a la primera casa. Llamó:

—¡A don Antonio!

—¡Adiós, Lamparita!

—¿Qué hubo? Véndame, pues, una montura y freno.

—Bueno. Oye, la rural te anda siguiendo. Aquí estuvieron hace un rato. Andate pronto.

—¿No diga? ¡Caray! Bueno, pues, deme la montura.

Apenas ensilló Escorpión, salió. Tomó a la izquierda, por un camino ancho, junto a una cerca, y, al cabo de una hora, llegó a otro caserío. Quiso descansar. Pero tampoco le fué posible quedarse. La rural lo seguía. Habían estado allí los policías. Lamparita comenzó a desconcertarse. Se internó en la montaña. A pleno sol,

la montaña, enjundiosa, lo aturdía de calor. Cuando pasaba bajo las huertas de cacao, de vez en vez, miraba a una serpiente colgada de la mazorca lacre. Las iguanas bajaban veloces de los árboles a ocultarse entre las matas espesas. Y apenas divisaba un caserío, corría e indagaba.

—Te busca la rural.

Volvía a fugar. Fugar, fugar. Caía el sol perpendicular. El verde brillaba y crujía de calor. Los árboles parecían tostados. Se escapaba la fragancia de la selva, agria y poderosa. Los caciques en lo alto cantaban. El Dios-te-de desperezaba su canto lento, largo, augurando malas nuevas. Y siempre:

—La rural.

Ya Lamparita andaba al paso. Después, aflojó las riendas a Escorpión y lo dejó andar a su gusto. Por fin, resolvió valientemente ir a Yaguachi a informarse. Se internó más en la montaña y allí esperó la noche, tumbado, comiendo mangos. A eso de las siete se dirigió a Yaguachi. Frente al río, al llegar, dejó a Escorpión. La noche era oscura y no había gente en el pueblo. Pasó el puente. Atravesó la población por el medio y fué a golpear a una puerta. Allí le tenían siempre todos los informes. Era su compadre Manuel, propietario de la tienda en la que Lamparita, de ordinario, hacía sus compras.

—Sí, Lamparita — le decía su compadre—, te andan buscando por todas partes. Hay como seis comisiones especiales. Han jurado que te cogerán, vivo o muerto. Ofrecen doscientos sucres al que te pesque. Un hacendado es quien da la paga. Ayer mismo me lo contó el telegrafista. Desde Naranjito andan más de cincuenta hombres, regados por todas partes. Escóndete.

—Gracias, compadre, ni sé mismo adonde ir.

Retornó con el ceño arrugado al puente. Lo atravesó despacio. Con las mandíbulas apretadas de rabia.

Montó a Escorpión y se alejó de nuevo por la montaña.

Cuatro días y cuatro noches anduvo sin sosiego. Dormía al pie de los árboles. Se había recorrido los pueblos vecinos. No hallaba reposo en ninguna parte. Lamparita desesperaba. Por las noches, tendía su manta en el suelo y se acostaba. Durante el día, andaba en su caballo, despacio, muy despacio, con el ojo avizor y afinado el oído. Al primer ruido de caballos, se escondía en los matorrales. Allí esperaba anhelante, hasta que pasara el jinete.

¡La rural! ¡La rural!

Había enflaquecido. Las ojeras marcadísimas le llegaban casi hasta los pómulos. El rostro era amarillo y seboso. Tenía los cabellos alborotados y llenos de hojas chiquitas y de garrapatillas. Todo el cuerpo le picaba de una manera horrible. Se rascaba hasta hacerse sangre. En los pies tenía niguas. De noche, se revolvía, sin dormir, de la comezón. Y muchas veces, se sentaba a matar pulgas o a coger garrapatas. En su cansada humanidad, le sobresalían los ojos más que nunca: grandes, negros, profundos, con un brillo de coraje, bajo el arco tupido de sus enmarañadas cejas. Y en todas partes, del hueco de los árboles, del lecho del río, de las hojas secas, de entre la caliente huerta de cacao, la misma voz:

¡La rural! ¡La rural!

Fué al cuarto día que lo resolvió. De repente. Se le vino la idea como un azote que lo hiciera saltar. Hasta alzó la voz para decirse:

—Me voy al Guayas, ¡qué carajo!

En Guayaquil no lo conocían. Estaba loco entre la selva, viviendo de raíces y de frutas, de agua cenagosa, de sol y de maraña. Si hasta había momentos en que lloraba. De rabia, de miedo o de dolor. ¡Qué importa! Su queja continua y única era:

—¡Maldita sea mi estampa!

Además, estaba absolutamente resuelto. Guayaquil

era grande y podía esconderse. Y si lo cogían, ¡qué carajo!

Todo esto se lo había dicho a sí mismo, sentado, profundamente pensativo, mirándose los pies y golpeándose las rodillas con los puños. En seguida, se paró. Cogió las riendas de Escorpión.

—Nos vamos, hermano.

Pero en el acto volvió a sentarse. ¿Qué haría con el caballo? No lo podía llevar. ¿Lo vendería? Y en ese instante, se sintió abatido, con la más grande pena de su vida. Se le humedecieron los ojos. Volvió a ponerse en pie y acarició largamente a Escorpión.

Decidido ya, partió al galope, cortando el camino en ángulo para llegar por la vía más corta a Eloy Alfaro, por la vía que nadie, a más de él y su gente, conocía, y los que sabían tal cruce no se atrevían a pasarlo por temor a los bandoleros. Ya caía la tarde cuando partió. El sol se bajaba por los montes más altos, hinchado y rojo. Escorpión resoplaba satisfecho con la carrera. Sus cascos hábiles rompían las sartenejas y saltaban menudos pedacitos. Poco a poco, se cubrió el horizonte de violeta fuerte. Por el otro lado, la penumbra era ya una cosa cierta. Y verticalmente a Lamparita, el cielo se azulaba en contornos morados. El viento comenzó a correr entre esa algarabía de colores. La camisa de Lamparita, destrozada y sucia, volaba hacia atrás. El cuerpo inclinado sobre el caballo, las piernas abiertas, taloneando los ijares. La camisa, las crines, la cola, todo hacía ademanes de fugar atrás. Y sentía él un fresco delicioso que le entraba por los poros. Desde las seis de la tarde, se levantó la luna. Cuando aún el cielo estaba claro, mientras el sol se echaba, la luna, blanca, perla, subía y subía, como un *ayora* falso que lo hubieran echado a sonar sobre el mostrador de la tierra.

Pronto la montaña, otra vez, se dibujó en cartón sobre la noche. Los árboles barrían el cielo con sus ramazones fuertes. La selva toda parecía un gran decorado. Y en lo alto, la luna corría y corría.

De improviso, el río. Lamparita se detuvo. Pero no fué por el río, ennegrecido en trozos, y en otros, plateado, brillante, que debía atravesar. Lamparita vió dos caballos perseguir a una yegua. Sus relinchos, con los cuellos estirados como garzas, eran sonoros, fuertes, desafiantes. Se sonrió Lamparita. Alistó el lazo. Picó a Escorpión. Se atravesó entre los caballos y, ya a tiro de la yegua, se paró en los estribos y lanzó la beta como un cuchillo. Saltó la yegua fogosa. Era un animal hermoso. Color gris con pintas blancas. Escorpión se inquietó. Pero Lamparita tenía las piernas firmes y la rienda recogida. La beta se tendía como alambre. Los caballos se pararon, levantaron las orejas, y miraban con un modo... Poco a poco, Lamparita se fué acercando. Después, taloneó a Escorpión y llegó a la orilla del río. Amarró la beta fuertemente al pico de la montura de su caballo. Lo picó decidido. Vaciló un instante Escorpión. Al fin, volteó la cabeza hacia su amo, la sacudió dos veces, retembló toda su carne, y se lanzó barranco abajo. Fué un salto enérgico. La yegua, con los ojos brotados y las crines al viento, muy cerca a Escorpión, quiso hacer resistencia y se encogió. Pero el impulso del caballo la arrastraba. Cayó del barranco, medrosa, con las orejas tiesas. Ya en el río, Lamparita se desmontó. Empuñó con una mano las crines de Escorpión y las riendas, y nadó junto al caballo. Lentamente, fué desapareciendo el lomo del animal. Sólo quedó afuera la cabeza levantada y ansiosa. Le daba trabajo la yegua. También nadaba ya. Pero, a cada rato, volvía la cabeza y pretendía regresar. Escorpión vacilaba. Se sumergió un poco. Lamparita nervioso, comprendió el trance. Entonces, se echó a pique. Fué a salir detrás de la yegua y comenzó a arrearla.

En la orilla, los dos garañones, firmes, atentos, contemplaban.

Escorpión llegaba ya a la otra margen. Tomó tierra con las patas. Relinchó de gozo. Trepó de un salto el

barranco, al par que Lamparita gritaba a la yegua. Ya arriba, Escorpión, la beta se templó. Subió la yegua y se fué a arrimar a un árbol, queriendo deshacerse del lazo.

Lamparita pensó un instante. Después, se escondió entre los montes. Allí, sentado, esperó. Los caballos, en la orilla opuesta, vacilaban. Llegaban hasta el barranco, y en él se detenían. Aguzaban las orejas. Relinchaban. Se mostraban los dientes. Y hubo un momento en que ya se iban a morder, cuando la yegua llamó con un relincho. Los caballos se pararon en seco. Alargaron los cuellos. Y, por fin, se lanzaron al río. Se quebró el agua como espejo, y saltaron por los flancos de los caballos las astillas luminosas a mojar las crines. El agua se abrió en surcos. Y dejaba dos estelas como dos abanicos triangulares y arrugados. De las trompas de las bestias, se colgaban como bridas de plata. Y el lomo oscuro de sus cuerpos, al salir la cruz a flote, relucía. Los caballos se miraban en la noche y nadaban más de prisa, como en una competencia de carrera. Se afirmaron los cuellos. En un momento, cayó derecho la luz lunada sobre ellos y se vió colgar los belfos y apretarse las dentaduras. De la cabeza caían gotas de agua reluciente. El río sonaba dulcemente y se abría.

Al llegar a la ribera, comenzaron a salir sus carnes prietas y ensombradas. Se volvió a romper el agua, pero ahora los árboles hacían sombra y en el contraste eran luces ambarinas las que brincaron. Luego fueron sólo los cascos. Se formaba como un remolino a sus pisadas, que sonaban frescas y estridentes en los avances últimos del agua. Chapoteaban, chapoteaban. Se pararon con los cuellos tiesos. Y con un resoplido formidable, se sacudieron en nerviosos estremecimientos.

Lamparita tenía listos dos lazos. Apenas estuvieron los caballos en la tierra, los cogió. Después, largo rato estuvo pensativo. No podía llevarlos así. Sin acordarse que la yegua lo había ayudado, rezongó:

—¡Maldita yegua!

Se le ocurrió una idea. Luchó hasta que pudo cambiar la montura y freno de Escorpión a uno de los dos garañones. Lo montó. Y así, más tranquilo, contando con la lealtad de Escorpión, se internó en la montaña, tirando de las otras bestias, menos de su caballo, que lo seguía solo. Por dos veces, Escorpión intentó montar la yegua. Pero ambas, tuvo que cocearse y morderse con el otro caballo. Lamparita, a su pesar, lo castigó duramente, con un bejuco plazarte. Escorpión, entonces, inclinada la cabeza, parecía pedir perdón.

Una hora después llegó a Eloy Alfaro. El tenía en todos los pueblos conocidos. Buscó a esas horas, comprador de los caballos. Quedaron en cuarenta sucres por cada uno.

—¿Y los fierros?—preguntó el comprador.

—¡Adiós! Mañana mismo usted lo arregla. Usted ha de tener fierros de plomo. Les borra no más las marcas.

Le pidió de comer. Pagó. Luego solicitóle un mate de agua.

—¿Se va al Guayas?

—No. Ni sé adónde.

—¿Y no quiere venderme el Escorpión?

—¿Ah?

Meditó un rato. Dijo:

—¿Cuánto me paga?

—Cuarenta mismo.

Lamparita dió un salto.

—¡Desgraciado! Por este caballo... ¡Ladrón! Ni en doscientos lo dejo.

—No se caliente, amigo. Hasta ochenta le doy.

—¡Váyase al carajo!

Y Lamparita se dirigió, sin decir nada, hacia la orilla. Contrató una canoa para atravesar el río. A lo lejos, al frente, se veían las luces de la ciudad. Las contempló con deseos. Estaba en pie en la orilla, del lado sur, donde ya no hay población. La canoa es-

peraba. Lamparita descinchó a Escorpión. Le quitó el freno. Se abrazó a su cuello. Así estuvo largo rato. Susurraba:

—Hermanito, hermanito...

El canoero le llamó la atención.

—Apúrese, que nos va a coger la contra.

Escorpión estaba inquieto. Como nunca, sacudía la cabeza muchas veces y pateaba. Resonaban los cascos en tierra. Lamparita lo dejó. Sentóse en la canoa, que, en seguida, empezó a alejarse de la orilla.

Escorpión lanzó un relincho lastimero. Parecía llamar. Bajó el barranco, y enterrado en el lodo, se quedó mirando el río anchísimo y correntoso. Volvió a trepar arriba. La canoa bajaba veloz con la corriente. Escorpión, desesperado, se lanzó a carrera por el barranco en la misma dirección, con la cabeza volteada hacia el río, siguiendo la canoa.

Sus relinchos lloraban. Tenía una queja angustiosa. Sus crines, sus hermosas crines negras, en ademán desesperado, se batían. Su cabeza, siempre noble, temblaba, torcida increíblemente hacia la canoa. Y sus patas, firmes y recias, elocuentes de inquietud, se tiraban de dos en dos, formando enorme triángulo, y en momentos parecían aéreas, como si no tocasen la tierra. Resbaló. El terreno, desigual y lodoso, en partes requebrado por el sol de aquellos días, lo hacía tropezar. Como nunca, Escorpión no miraba el camino. Sólo el río, el agua, la canoa, Lamparita sentado en la popa. Y un galope, un gran galope aturdía los sentidos.

Durante mucho rato Lamparita estuvo viendo a su caballo que corría, se paraba, descendía hasta la orilla, volvía arriba, daba un salto, y de nuevo a lanzarse en carrera por la noche, por la tierra humedecida, por los árboles burlones, por la pampa y por el viento.

Pero al alejarse más la canoa, el caballo se fué desdibujando. Hasta que ya se vió en las sombras sólo el recorte de la orilla, negro oscuro, y nada más.

V

Lamparita hizo el viaje encogido por el frío. A esas horas, con la tarde, el río se encrespa. El viento es recio y penetrante al azotar. La canoa iba saltando, golpeando la proa contra el agua. Era un sonido amartillado. Tas-tas-tas. Inacabable. El canoero se doblaba hacia adelante, por el esfuerzo. Metía el canalete en el agua, empuñado por ambas manos. La derecha arriba, la izquierda algo más abajo. Lo clavaba con fuerza. Todo él se movia. Pero en su cara, la inmovilidad impenetrable no dejaba sitio sino a los ojos. Por suerte, la corriente, rápida, ayudaba. Y la canoa iba ligera sobre el agua. Al llegar al cerrito, en la mitad del río, hubo que maniobrar con cuidado. La corriente se cruza y el río corcovea.

—¡Cuenta con moverse!

Pasaba el canalete de lado a lado. Rápido. Enérgico. Certero. Así iba nivelando los golpes del agua, la chupada de la corriente que tiraba la canoa contra las piedras del cerrito. Y el viento, ahora se arrojaba como sobre una presa. Silbaba en los oídos. Clavaba mil agujas en las carnes. Y las pequeñas olas, veloces, cortas, unas tras de otras, peores que las extendidas y anchas, pretendían romper las tablas de la frágil embarcación.

Tas-tas-tas.

Todo el tiempo el golpeteo de la proa contra el agua. Y todo el tiempo el viento que cortaba. Y lo

brillante, lo agresivo del río, quebrándose, al entrar el canalete, en colores de plata.

Lamparita, sentado, no dijo una palabra en todo el viaje. Hicieron la travesía y fueron a caer por las últimas casas del barrio de Las Peñas, esquivando el encuentro con la revesa de la Cervecería. Ya podía contemplar el malecón de Guayaquil. Sólo cuando ya pasaron la Rotonda, preguntó:

—¿Adónde apegamos?

—En la Plaza.

Siguieron río abajo. Pasaron por entre los muelles, sorteando los pilares. Los muelles se tendían, flacos, rectos, como brazos al río. La marea estaba aún algo llena. Pero ya se veía el lodo que se iniciaba en el muro y descendía en playa. Habían navegado largo de una hora cuando llegaron al Mercado.

Allí la canoa viró para atracar en contra. El cholo canoero cambió el canalete a la derecha, y bogó con destreza. Se metieron al costado de una escala de piedra. Era abajo como una plancha empedrada. La canoa golpeó en las piedras, y se balanceó un rato.

—Balumosa la canoa, ¿ah?

—Un poco no más. Es buena.

Pagó Lamparita el flete. En seguida, con las manos en los bolsillos, sufriendo el viento que se le metía por las ropas destrozadas, con la cabeza entre los hombros, subió las gradas del Mercado. Atravesó la plaza vieja, aspirando fuertes olores a cebollas y ajos. Ya en la calle, preguntó al primero que encontrara:

—Oiga, amigo, ¿puede decirme dónde hay posada?

—Por aquí no hay.

—¿Y dónde puedo dormir? Lo pago.

—Este... Espérese. Aquí en la Avenida Olmedo puede ser.

—¿Quiere enseñarme?

—Bueno, pues.

Acompañado así, anduvo hacia el norte, algunas cuadras. Encontró con la estatua de Olmedo y cruzó

a la izquierda. Allí la avenida se ensanchaba y, enfilada con árboles a los lados, se internaba hacia el suburbio. Todavía tuvo que andar seis cuadras en esa dirección. Al fin, llegó a una casa vieja. Su acompañante llamó, golpeando la puerta.

—¿Quién es?—preguntaron al cabo de largo rato.

—Una posadita, señora.

—A las horas que vienen. Caray. A ver. ¿Quién es?

Abría la puerta en ese momento. Pero, al ver a Lamparita, en la traza en que venía, volvió a preguntar:

—¿Quién es el que quiere posada?

—Yo, pues. ¿Y quién si no?

—Se equivoca. No hay cuartos.

Lamparita, rápidamente, la tomó del brazo. Con la mano que le quedaba libre, sacó el rollo de billetes.

—¿Ve? Yo no soy de aquí. Vengo desde Balao —mintió.

—Bueno, bueno. Está bien. Este... Es que yo creía... Bueno. Un sucre no más vale la dormida. Pero sólo la dormida. Sin el desayuno. Eso se paga aparte.

Lamparita asintió. Regaló otro sucre a su acompañante.

—¿Y no ha traído atado?—inquirió la posadera.

—No. Se me cayó al agua en el viaje.

—Ah. Venga por acá.

A la luz mortecina de una lámpara ahumada, le mostró el cuarto. Era un cuarto pequeñín y alargado. Tenía, cuando más, dos metros de ancho por tres de largo. No había más sitio que para la cama. Cierto es que se trataba de un catre de fierro, aunque viejo y rechinante. Lamparita tocó el colchón con las manos. Le pareció sabroso.

—Está bueno, señora.

Le pusieron, a duras penas, una silla para la ropa y, debajo de la cama, una bacinilla. A poco, Lamparita, sin desvestirse, se echó sobre la cama y se quedó profundamente dormido.

A eso de las ocho se levantó. Llamó a la posadera

y se hizo servir el desayuno. Café con leche y bolón caliente de verde. Pagó un sucre por la dormida y tres reales por el café.

—Oiga, señora. Yo voy a venir acá todas las noches. Resérveme el cuarto. Y también quiero el desayuno todos los días. ¿Ah?

—Bueno, pues.

—Pero me tendrá que hacer una rebaja, porque, viniendo todos los santos días, no me va a cobrar a un sucre.

—Sí, sí. Descuide. Después nos arreglamos. No le ha de pesar.

Lamparita se hallaba contento. Después de las noches pasadas a la intemperie, en la montaña, en las pampas desnudas, ese cuarto miserable le parecía delicioso. Se sonreía del gusto. Pero, así no más, de repente, se quedaba triste. Pensaba en Escorpión. No podía imaginarse qué habría sido de él. Escorpión, Escorpión, y tanto tiempo como lo había acompañado. Su hermanito...

Se marchó a la calle, vagando toda la mañana, sin ton ni son. Almorzó, cuando tuvo hambre, en la primera fonda que halló. Por la tarde volvió a caminar, pero ya tenía un objetivo. Estudiaba el terreno para su futura acción. Se pasaba horas frente a un almacén de telas. Sin embargo, no se atrevía aún. No conocía el medio. Vacilaba. Le parecía que lo perseguían. Cada polizonte que pasaba, era un susto. Andaba agazapado, hundido entre los hombros, más que lo ordinario. Y, siempre con las manos en los bolsillos. Y su mirada larga y oscura.

A las cinco ya comió. Fué por allí mismo en la Avenida Olmedo, en una fonda sucia, chiquita. Saboreó, encantado, el caldo mantecoso y rojo de achiote. Comió, luego, patas lampreadas. Y arroz con menestra. Después, comenzó a beber. Afinó el oído. En una mesa vecina, conversaban dos muchachos.

—¿Cuánto sacaste?

—¿Yo? Veinticinco sucres había en la cartera. Y casi me pilla.

—Has andado con suerte. Yo sólo cinco sucres cogí. Págame tú la comida y el trago.

—Ya estuvo.

Lamparita se inclinaba poco a poco hacia ellos. Parecían tener, a lo sumo, quince años. Eran morenos y flacos. Aguileños. De caras astutas.

Ya Lamparita había bebido algunas copas de aguardiente. Se levantó. Acercóse a la mesa de los muchachos y propuso:

—¿Quieren tomarse un puro? Yo pago.

—Ya estuvo.

Trajeron sendas copas de aguardiente de caña, que cada quien vació de un trago. En seguida, entablaron conversación.

—¿Y usted de dónde es?

—¿Yo? Del campo. Está malo el trabajo por allá. Yo soy famoso, muchachos.

—Eso de lo del campo, se le ve en seguida. ¡Ja, ja!

—No te rías, hombre —corrigió el compañero—. ¿Cómo se llama?

—Lamparita me dicen. ¿No han oído hablar de mí?

—No.

—¿Cómo no? ¡Mentirosos! ¡Lamparita! ¿No han oído mentarme?

—No, no hemos oído.

—Muchachos de mierda. A Lamparita lo conoce todo el mundo. Lamparita y Escorpión. Yo soy Lamparita. Escorpión era mi caballo..., mi hermanito...

Los chicos rieron. Lamparita se enfureció y golpeó la mesa fuertemente con sus puños.

—¡Cuidado, mocosos! ¡Por la rechupeta que los hago ciscos!

—No se caliente, amigo.

—Claro, yo soy Lamparita, el mejor cuatrero de Yaguachi...

—¿Cómo?

—¡Lo que oyen, carajo! Eso mismo... Y si dicen que no...

—No, amigo; está bien. Vuelva a sentarse —le dijeron, porque Lamparita se había levantado fogoso.

—Bueno, vamos a ver. ¿Ustedes, qué son?

—¿Nosotros? Nosotros somos pungueros.

—Pungueros... ¿Qué es eso?

—¡Ja, ja!

—No se rían, por Cristo. ¿Qué son pungueros?

Los chicos no podían contener la risa. Se miraban. Uno acertó, por fin, a decir:

—Pero, bríndese otra copita.

Lamparita asintió. Llamó al sirviente. Y para pagar, sacó el gran rollo de billetes. Los chicos miraron el bulto ávidamente.

—A ver, dime: ¿qué es punguero?

Entonces le explicaron que así llamaban en la ciudad a los ladrones de carteras. Lamparita les pidió que le enseñaran. Y allí, en seguida, le hicieron algunas demostraciones de su oficio.

Lamparita siguió bebiendo y pagando. Se sintió mal. Tuvo sueño. Y se despidió. Fué a su posada. Pero, al momento de irse a acostar, notó su bolsillo vacío. ¡Le habían robado! Rápidamente, salió de nuevo a la calle, diciendo en alta voz:

—¡Maldita sea!

Regresó a la fonda. Buscó a los dos muchachos: habían desaparecido. Volvió Lamparita, desalentado, con el ceño fruncido, triste, con ganas de llorar. Se sentía solo en la ciudad y sin un centavo. Sin embargo, no fué tanta la pena ni tan subida la rabia que no le permitieran dormir. Y lo hizo como siempre: de un solo tirón y sin sobresaltos.

Acostumbraba Lamparita, no de su gusto, sino por obligación impuesta por la patrona, a pagar cada mañana el hospedaje y el desayuno. En esta vez hubo, pues, de afrontar la situación. Y fué así:

—Sabe, señora, que esta noche le pago.

—¡Adiós! Si cuando usted viene yo ya estoy durmiendo.

—Entonces, le pago mañana, pues.

—No, yo no fío. Me tiene que pagar en seguida.

—Pero es que dejé a guardar la plata donde un amigo y no tengo aquí. Mañana le pago sin faltita.

—Ni crea. Véanlo, pues. Y ni ropa tiene aquí para garantizar.

Pensó Lamparita, en ese momento, que lo primero que debía haber hecho era adquirir ropa. ¡Qué bruto!, se dijo. En seguida, reaccionó, violento:

—¡Oiga, entiéndame, por Cristo! No tengo plata. Le pago mañana. Le hablo en perfecto cristiano para que me entienda.

—Y yo le contesto en perfecto cristiano que no fío a nadie.

—¡Carajo! ¡Vieja desgraciada! No pago. Váyase a joder a otro.

Y sin más, se largó. La posadera salió atrás insultándolo y amenazándolo con la policía. Pero ya Lamparita estaba lejos.

Anduvo sin rumbo. No tenía un centavo. Pero Lamparita era audaz y rápido al concebir. Tuvo, de repente, un plan. Se colocó en una esquina. Al pasar un señorito, le cruzó el camino.

—Señor, no tengo qué comer.

El señorito le dió cinco centavos. Tuvo Lamparita una sonrisa de triunfo. Buscó la estación de un tranvía y se pasó algún tiempo examinando la fisonomía de los pasajeros. Al cabo, optó por seguir a uno. El vehículo estaba repleto. Muchos pasajeros iban de pie. Lamparita logró colocarse justamente atrás del sujeto que venía siguiendo. Era un caballero de respetable edad y sereno aspecto, que indicaba su posición. Se ajustó contra él. El tranvía iba de bote en bote. Luego comenzó el trabajo. Ya había sentido, contra el cuerpo, el bulto de la cartera que el señor llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Y como, para sostenerse y evitar la caída,

por las bruscas paradas y curvas que hacia el tranvia, el caballero tenía que agarrarse con una mano de la argolla del techo, se le alzaba la americana por ese lado. Si casi dejaba al descubierto la boca del bolsillo. Fué un trabajo fácil. Lo que más le mortificó fué desatar el botón. Casi lo pillan, porque el señor hizo un movimiento brusco. Pero, en verdad, no se dió cuenta. Había sido algo instintivo. Lamparita abría el botón con las uñas muy despacio. Cuando lo logró, sintióse feliz. Después, tal como le habían enseñado —y su plata le costó— la víspera, introdujo suavemente los dedos índice y pulgar y palpó el filo de la cartera. Tiró apenas. Asomó la punta. Allí descansó para evitar sospechas. El tranvía paró. En seguida, arrancó de golpe. Lamparita cayó encima del caballero, aprovechó del golpe y la confusión y dió un jalón a la cartera, aunque lo hizo lleno de cuidado. El caballero seguía impávido. En la siguiente parada, Lamparita se bajó del tranvía.

Había robado ciento cuarenta y cinco sucres. Lamparita contaba el dinero con avidez. La alegría le salía a los ojos, de suerte que se le habían agrandado y eran fogosos. Y la boca se plegaba en sonrisa de satisfacción. Encontró el oficio fácil. Se compró ropa. Y después de pagar adelantado el valor de una semana de hospedaje, incluyendo el sabroso desayuno, salió en busca de mujer.

Lamparita vestía ahora pantalón de dril oscuro. Camiseta rosada de algodón. Y una linda cotona de céfiro blanco rayado en amarillo y cerrada hasta el cuello. Largo tiempo dudó para la adquisición del sombrero. Gustaba más de los grandes de paja, como los usara en el campo, y tenía ante sus ojos una tostada de mocora de baja copa y anchas alas. Así usaban en la ciudad. El mismo había ya contemplado a los cacahueros con sus sombreros alones terciados sobre la ceja, a lo maldito sea, y asomándoles por debajo del ala y sobre la frente los zambos mechones de pelo. Se decidió por el mocora. Y así, con limpia cotona, pantalón oscuro, sombrero tieso y los pies al aire, Lamparita sentíase futre. Lo malo era que

su cuerpo tan pequeño no quedaba bien del todo con el ancho sombrero. Y ahora se le veía aplastado, más hundido.

Se refociló con la primera hembra que halló en la calle Quito. Pagó con aires de grandeza, estirando un nuevito billete. Y pensó en Candelaria.

Poco a poco, Lamparita se fué relacionando. Conoció a Jején. Jején era también un hombre pequeño, pálido y transparente, de agudos pómulos y voz chillona. Su especialidad eran las tiendas de abarrotes y conservas. Hiciéronse grandes amigos. Jején saltaba y zumbaba al hablar. Fué él quien le presentó a Encomiendita. Este, un mocetón casi negro, alto y fornido, de grandes biceps y enmarañado pelo de matón, estaba familiarizado con los almacenes de telas, especialmente con los turcos. Robaba de esta manera: una vez que encontraba almacén en cuyo mostrador hubiera algunas piezas de tela, esperaba el momento propicio, cuando más ocupados estaban los empleados, y se acercaba. Materialmente se acostaba sobre el mostrador, empuñando una pieza de tela. Y decía:

—Cómpreme esta pieza de ruán.

—No, hombre. No queremos.

—Se la doy bien barata.

—Le digo que no. Hay muchas aquí. Váyase.

—Bueno, pues —terminaba Encomiendita.

Agarraba la pieza y se iba muy fresco. Cuando el empleado o el dueño del almacén caían en la cuenta, ya era tarde. Encomiendita había desaparecido. Pero donde más demostraba sus habilidades era al entrar a alguna casa con un paquete.

—Téngame esta encomiendita, señorita. Yo soy del campo y acabo de llegar. Tengo que ir a un trabajo y no me reciben con paquetes.

Apenas su interlocutora volteaba las espaldas, Encomiendita —llamado así por este su último método de faena, de su exclusiva propiedad— agarraba lo que más a mano hallaba, y muy tranquilo, dando los buenos días,

se marchaba. El paquete que dejaba contenía siempre desperdicios: cáscaras de mango, plátano o mamey. Y lo hacía muy bonito, con sus piolitas y todo.

También Lamparita conoció a Zarapico. Este era el más audaz de todos y el que en más ocasiones había hecho visitas a la cárcel. Era delgado, alto, encorvado. Su rostro, todo el cuerpo, mejor dicho, terminaba en una escandalosa nariz de lo larga y lo filuda. Los ojos, chiquitos, le bailaban. Y sabía hacer sonar la lengua entre el paladar y los dientes de particular manera. Era parlero e ingenioso, y sabía conquistar las simpatías de todo aquel que lo tratase. Andaba por los techos, con su linterna, un manojo de llaves falsas y siempre una pistola. Por los aleros del tejado mandaba la luz de su linterna de mano y estudiaba los cuartos al través del boquerón que los ventilaba. Después, con sumo cuidado, iba levantando, en varios días de labor, las planchas de cinc y las tejas del techo, hasta que daba —cuando lo había— con el tumbado. Si mientras andaba por el techo, tropezaba o rechinaba muy fuerte el cinc, entonces sabía, con maña singular, producir el mismo ruido de las lechuzas al gritar o de los zorros al posarse y al andar. En el tumbado ya, era tarea relativamente fácil levantar una tabla, descolgarse a la habitación deseada, hacer un atado y bajar tranquilo y feliz por las escaleras.

Para cada caso, Zarapico inventaba una manera especial. Era el más inteligente y audaz de los colegas. Muy conocido y muy cínico. Cada vez que lo conducían preso, los muchachos le gritaban:

—Zarapico, ¿por qué te llevan?

—Por nada, sino por esto.

Respondía cantando, con el mismo son de la pregunta, haciendo, al mismo tiempo un movimiento con la mano derecha, abriendo los dedos y cerrándolos luego en abanico, empezando del meñique al pulgar. Con lo que indicaba que lo llevaban por ratero. Tan popular se hizo

el estribillo, que pronto se lo aplicaban a todo ladrón; pero, claro, sólo Zarapico respondía.

Lamparita se aburrió pronto de ser punguero. Era trabajo demasiado fácil. Y no siempre se encontraban carteras saludables. Y sin grandes emociones. ¡Y qué falta que le hacían Escorpión y su galope cuando huía de la rural! Le encantó la especialidad de Zarapico y se hizo ladrón de alto vuelo. El negocio era, también, más productivo que el de punguero. Compró una pistola, que la suya en el campo la había dejado perdida en casa de las guaraperas, y acompañó las primeras veces a Zarapico en sus fechorías.

Casi un año tenía Lamparita en el trabajo. Siempre anduvo con suerte. Ganaba bien, y el sudor de su frente le costaba, como él decía.

—Así lo mandó Dios. Por eso, yo trabajo como Dios manda—solía repetir con sorna, frecuentemente.

Lamparita era feliz. Gozaba de la vida. Tenía dinero y mujeres. Bebía. Casi todos los sábados se emborrachaba. Lamparita no hubiera cambiado entonces su vida por ninguna otra del mundo.

Hasta que un día...

Un día, Lamparita, que también había aprendido a cantar los aires urbanos, enseñados por Zarapico, cantor de nota, estaba de farra. Era, naturalmente, sábado. A las nueve de la noche, fué en busca de los amigos de la liga. Y, con sendas guitarras bajo el brazo, se internaron por el callejón Mendiburo hacia la Quinta Pareja. Cruzaron algunos callejones tortuosos, llenos de sorpresas. Y al llegar a una pared, que parecía poner fin a la callejuela, encontraron un estrecho pasadizo. No tenía más de cincuenta centímetros de ancho y estaba lleno de fango. Por eso, tenían que atravesarlo sobre un palo colocado allí a manera de puente. Un palo de balsa, en partes redondo, y en otras, achatado. Al pisarlo se movía. Pero como iban descalzos, no era muy difícil pasarlo con éxito. Ponían los pies de través y marchaban contoneando los cuerpos. Al terminar

el puente, la callecita se anchó un poco y se enfiló hacia adentro. Allí fué que Lamparita preguntó:

—¿Adónde mismo me llevas, Zarapico?

—Ya verás. No preguntes tanto. Vamos a bailar.

Poco más anduvieron. Torcieron a la derecha y encontraron un cuarto de caña que servia de tienda, a juzgar por las botellas alineadas en sus improvisadas repisas. Cuando entraron, todo se hallaba solitario. Sólo se veían tres mesas y tres bancos largos y las paredes de caña empapeladas con periódicos y revistas. Zarapico golpeó el mostrador, un mostrador chiquito y pipón, medio redondo y medio largo, algo blanco y algo gris. Dejó caer su manaza llamando:

—¡A ver!

A poco salió una viejecita arrugada y encogida como un tres. Salió doblándose la manta sobre la cabeza, a pasos menudos, con los ojillos diminutos bajo la frente quebrada en mil pliegues. Su nariz, ganchuda, mostraba una verruga en la punta, un poco hacia la izquierda. Al ver a Zarapico, sonrió y enseñó las peladas encías de color mamey mal hecho.

—¡Adiós, Zarapico!

—¡Hola, doña Serafina! ¡Queremos farra!

—¿Y éstos quiénes son?—preguntó, señalando a los otros con un dedo largo y doblado en la punta.

—Son mis amigos. De la pandilla. Lamparita, Jején, Encomiendita, Corvina y Rompebuche. Se los presento.

—Gracias, pues. Pasen adelante. ¿Les sirvo del bueno?

—Sí, señora Serafina; pero traiga a las hembras.

Sirvió primero una copa a cada uno. Luego se fué adentro. Y se la oyó llamar:

—¡Gertrudis! ¡Baldomera! ¡Doloritas! ¡Aquí hay unos amigos decentes!

Salieron las muchachas. Todas vestían blusa y falda, entallada arriba, muy arriba, y con largos y complicados vuelos al ruedo. Gertrudis era pequeña y gordita, con

una ancha sonrisa que llenaba toda su cara mofletuda. Baldomera, joven entonces, era la más alta. No era aún muy gruesa. Su cintura se estrechaba, pero dejaba libre una soberbia grupa desenvuelta, con dos tremendas nalgas firmes y ágiles. Los grandes pechos, tras la blusa, sobresalían macizos y erguidos. La cara, sin ser bonita, parecía graciosa, no obstante lo chata y gruesa y lo roma de la nariz y lo insignificante de los ojos. Era que tenía un ademán atrevido y lucía su sonrisa entre lo oscuro de su piel. Entre los zambos cabellos tenía incrustada una fenomenal peineta. Se paró con los brazos en jarras, y la mirada tiesa. Doloritas, en cambio, era fina, ni alta ni baja, ni gruesa ni flaca, ni bonita ni fea. Su aspecto era humilde y resignado. Se cogía con las manos la falda y clavaba las uñas en la tela.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Lamparita a Baldomera.

—¿Yo? Baldomera, para servirle.

Lamparita se dirigió a Zarapico. Y le habló:

—Me gusta esta hembra.

—Cogétela, pues; pero ten cuenta, que es bien bragada.

—¡Ja, ja!—rió Lamparita.

—No es broma. Anda con cuidado.

—Veremos.

Ya comenzaba la farra. Jovial y lenta, un poco insulsa, con melancolía choluna, al principio. Bebieron puro, del bueno, como decía doña Serafina. Bailaban cuecas y marineras, y el famoso bolondrón. La pareja de Lamparita fué, desde el primer momento, Baldomera. Y contrastaba su estatura pequeñita con el esbelto cuerpo de la negra. Cuando juntaban los pies, movía a risa. Porque los pies de Baldomera eran unos señores pies, enormes y enfundados en chancletas de tela con punteras de cuero; y los de Lamparita, menudos y descalzos, se perdían entre los de la hembra.

Lamparita se entusiasmaba momento a momento. Ya los ojos le brillaban del deseo y del alcohol. Y

en los bailes, se mostraba torpe con las ganas que le daban de abrazarse más a Baldomera.

Descansaron un rato. Lamparita, después de vaciar su copa, propuso a Baldomera, agarrándole un brazo:

—Vamos adentro, Baldomera.

—¿Qué es que dice?

—No te hagas; vamos adentro, negra.

—Anda, llévate a la perra que te jaló las patas. Así no me lleva nadie a mí.

Rió Lamparita y pretendió cogerle un pecho. Baldomera, ágil y furiosa, le golpeó la mano.

—¡Chuzo, que eres brava!

Zarapico intervino:

—Cuenta, Lamparita; ya te dije.

—No friegues, hombre; no hay mujer que a mí me pise el poncho.

—Eso lo veremos—repuso Baldomera.

—Vente no más para adentro y no te hagas la cojuda.

—Y yo te digo que no voy. Y ya te vas callando, hormiguita.

Cuando Lamparita intentó de nuevo agarrarla, Baldomera le dió una sonora bofetada. Los ojos de Lamparita se prendieron. Le cogió la muñeca y comenzó a torcerla. Pero no pudo con Baldomera. Se levantó la zamba y se puso en jarras, lista para la pelea.

—¡Maricón! ¡Ven para enseñarte a ser hombre!

—¿Y vos? Con esos aires... ¿Cuánto quieres para llevarte adentro?

Baldomera lanzóse con todo su cuerpo contra él. Y lo hubiera golpeado con formidable puñetazo, si Lamparita no lo esquiva, ágil como un mono. Baldomera, por el impulso, se fué contra la mesa. Vacilaron las botellas y los vasos y algunos se rompieron contra el suelo. Doña Serafina, con los brazos en alto, y dejando asomar por la entreabierta manta el comienzo de un pecho flaco y caído, con manchas cafés, gritó:

—¡No me hagan escándalo ¡Andate adentro, Baldomera!

De un empujón Baldomera la hizo a un lado, y la vieja cayó vociferando. Volvió a arremeter contra Lamparita. Se agachó éste. Falló nuevamente el golpe la negra. Entonces, rechinándole los dientes, Baldomera agarró una silla. Y ya la iba a lanzar contra Lamparita, pero él tomó impulso y en el mismo instante en que Baldomera levantaba la silla sobre los hombros, Lamparita la embistió de una cabezada. Cayó Baldomera cogiéndose con ambas manos la barriga. Quedó un momento en el suelo. Lamparita, muy tranquilo, dijo:

—Y no te he querido dar duro de verdad.

Baldomera, levantada ya, pretendió volver a golpear. Ahora, Lamparita, riéndose, le cruzó el pie entre las piernas de ella y lanzóla al suelo. Esta vez, Baldomera, al caer se dió un fuerte golpe en las costillas. Frunció los labios. Y allí mismo, en el suelo, habló:

—Eres el único hombre que me ha tumbado... Y con lo garrapata que pareces...

Después, se sentó en una silla, sobándose las costillas. Al cabo de un momento, mirando a Lamparita, que, de pie, esperando, reía, le dijo:

—Vámonos adentro, Lamparita.

VI

Positivamente, Baldomera estaba enamorada de Lamparita. Se amancebó con él dos semanas. Y al cabo de ellas, contóle que tenía un hijo, que doña Serafina cuidaba. Una criatura de cinco años. Lamparita preguntó:

—Y de quién es, ¿ah?

—Yo qué sé. Mala suerte de una. En tanta farra...

—Ah.

Inocente era el nombre del chico. Lamparita no logró hacer nunca buenas migas con él. Era el muchacho malcriado y altanero, y, después, al crecer, fué odiando a Lamparita. Baldomera volvióse honesta. Se marcharon a vivir a la Avenida Olmedo. Ella lo auxiliaba en sus robos. Lo escondía. Y si el caso llegaba, Baldomera sabía defenderlo a puñetazos en las broncas o cuando algún policía quería conducirlo preso. Fué ella quien lo propuso una tarde en que, apaciblemente, conversaban en el patio de la casa. En poco tiempo de vida en común se habían acostumbrado el uno al otro. De repente, con brusquedad, cortando la charla, habló Baldomera:

—Oye, Lamparita, vámonos casando.

—Ya estuvo, Baldomera.

—Ahá. A lo civil no más.

Lamparita quedó gozoso. Como a todos los cholos,

le gustaba casarse. Adquieren un derecho y pueden golpear a su gusto a la hembra. En cambio, son ellas las que oponen resistencia. Pero Baldomera estaba subyugada por ese hombre pequeñín, terriblemente astuto, pendenciero y bravo.

Y así, un buen día concurrieron al Registro Civil acompañados de Jején, Zarapico y Encomiendita. Zarapico y doña Serafina que llegó atrasada, jadeante y con mal humor, fueron los padrinos. Los otros, testigos.

Retornaron a la covacha de doña Serafina a celebrar la boda. Era la última vez —se decía Lamparita— que iría a esa casa, donde Baldomera tanto había pecado. Desde las cinco de la tarde, hora en que regresaron de la ceremonia, se inició la farra. Allí estaban, además de los amigos y colegas de Lamparita, Gertrudis, Doloritas y una hembra patucha, de cortas piernas y elevado vientre, a quien llamaban la barrilito. Hizo el gasto Lamparita. Había ordenado matar un puerco, la chicha y unas cuantas botellas de aguardiente de caña. Los chicharrones, apretados y rubios, invitaban con su olor fuerte y mantecoso. Doña Serafina se las valió para preparar un exquisito encebollado de chancho. La fritada tampoco faltaba. Y para los que quisieran, que al cabo habían de ser todos, tenían una olla de arroz, con cocolón y plátanos verdes y maduros asados. Quién sabe adónde doña Serafina se había conseguido más sillas. Hicieron un círculo con ellas. Y en el medio, destacándose de los otros, reservaron las sillas a los novios.

Lucía Baldomera falda morada muy ceñida, chancletas de cuero y blusa verde. Se había lavado a conciencia y le olían los zambos a agua de cananga. En el lado derecho de la cintura habíase anudado un gran lazo de terciopelo negro. El novio usaba camisa, abotonada arriba con un botón de hueso, pero no llevaba corbata. Eso sí, tenía americana, del mismo dril listado en blanco y negro que el pantalón. Pero lo notable era que se había puesto zapatos. Unos zapatos serranos,

de ganchos para enlazar los pasadores y con puntas retorcidas como trompas de perro bull-dog. Al sentarse, apoyaba los zapatos en el filo, del lado de afuera, levantando las plantas y doblando las piernas más de lo que naturalmente lo estaban. Por eso, por los zapatos, era que venía por las calles tan liviano y melindroso, como pisando algodones. Se le arrugaba la cara del martirio y se levantaban las cejas hasta arriba, pareciendo sus ojos más grandes que lo ordinario.

Zarapico era gran guitarrista. Su pecho, poderoso, aunque al levantar la voz apretaba la nariz, de suerte que el canto resultaba gangoso y plañidero. Las manos de Zarapico eran ágiles sobre las cuerdas. Las arañaban primero dulcemente, como rascándolas. Después, en los tonos requeridos, lo hacía con fuerza y la mano se movía como un azote sobre las cuerdas. La izquierda arriba hacía saltar los dedos apretándolos junto casi a las llaves. Era muy hábil Zarapico. Encomiendita le hacía la segunda, con una voz templada y gruesa.

En seguida de las primeras copas, salieron a bailar. Cuando Lamparita se levantó, un grito unánime y chillón le hizo sonreír.

—¡Que vivan los novios!

—¡Que viva!

Pero Lamparita fracasó en el baile. Eran esos malditos zapatos. A las primeras vueltas renunció. Entonces, con decidido gesto, se fué a un rincón y allí, sin más, se los quitó. Todos rieron. Luego, Lamparita se puso a dar vueltas, abrazado al tronco de Baldomera.

Todos bailaban. Y hasta doña Serafina, en un ángulo de la habitación, se levantó un poco las faldas, hundió la cabeza inclinándose hacia el suelo, y sus pies comenzaron a seguir el compás, abriéndose y cerrándose. De repente, dejaba la falda, y sus manos, huesudas y venosas, con los índices doblados y colgando, palmoteaban al mismo son.

—¡Uja! ¡Que viva!

Zarapico decía a todo vuelo:

Vela como saca, vela como saca,
vela como saca la punta del pie.
Y esa rosa negra, y esa rosa negra,
y esa rosa negra que no se le ve.

Encogían las rodillas en los momentos sobresalientes. Se paraban de punta y talón. En veces, Lamparita sonaba las manos y gritaba:

—¡Uyayay!

—¡Entrala, Lamparita!—le chillaban.

Baldomera tenía giros lentos, pero firmes. Sus piernas no fallaban jamás con la música. Y sabía torcer tan bien la cabeza hacia el lado de Lamparita, cuando era de bailar sueltos, que resultaba graciosa y con donaire. Jején era una etcétera bailando con la barrilito. La cogía, en veces, de las ancas para mayor comodidad.

Al cabo de un rato, el sudor los ahogaba. Y aunque cansados, eran infatigables. Ya la noche les había caído. Y se prendieron las lámparas de nafta. No tuvieron hora para comer. Lo hacían en el momento del hambre. Remataban el bocado con un mate de chicha y volvían a danzar.

—¡Ahora, Lamparita! ¡Esa!

Zarapico tampoco se cansaba. Bajaba y subía su mano derecha en un mismo y ágil son, al par que decía:

Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,
ocho, nueve, diez, once y doce,
canta el gallo, canta el gallo.
As, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,
sota, caballo y rey
y en mi casa, soy el gallo.
y en mi casa, soy el gallo.

Eran los momentos de mayor entusiasmo, cuando Zarapico alzaba la voz rotunda, que todos a una zapateaban recto. Crujían las tablas. Y toda la covacha se movía.

Así fueron pasando las horas. Quién sabe cuántas habían sonado ya. Lamparita, borracho, en la última vuelta, propuso, ansioso, a Baldomera:

—Vámonos adentro, Baldomera.

—Ahá. Yo también quiero.

Se escurrieron sigilosos por la única puerta que daba a la parte interior. Apresurados, ganaron el patio húmedo, para internarse en uno de los cuartos que, enfilados, estaban atrás. No había luz. Caminaban a tientas, como ciegos, mirando con las manos. Lamparita olía placentero el agrio sudor de Baldomera.

—Por aquí—indicó la hembra.

—Ahá. Apúrate.

Cerraron la puerta. Y al cerrarla, los acordes de la guitarra y la voz tonante de Zarapico llegaron apenas, en tono apagado y dulce.

*

* *

Algún tiempo transcurrió para Lamparita y Baldomera. Ya el vientre de la zamba comenzaba a redondearse y sus pechos se hinchaban y endurecían. Pronto había de nacer Polibio. Sintieron la necesidad de extenderse, y como Lamparita obtenía éxito en sus negocios, resolvieron irse a la casa de don Jesús Andrade, en la misma Avenida Olmedo, y alquilar en ella tres cuartos, a los que subían pasando por el ancho patio de las lavanderas. Lamparita pagaba con satisfacción dieciocho sucres mensuales de alquiler.

Uno de los placeres de Lamparita era el paseo. Sobre todo, después del almuerzo, hasta las tres o cuatro de la tarde caminaba. Se metía por toda calle, concurrida o alejada, estrecha o ancha. Gustaba descubrir lo nuevo. Andaba y andaba, meditando. Pero no se trataba de un placer inútil. Lamparita forjaba planes, estudiaba próximas excursiones, medía la altura de las casas, el acceso al techo, las ventajas de la huída. Todo lo preveía.

Uno de aquellos días, en una intersección de la calle Vélez, al oeste de la ciudad, donde comienzan los amplios corredores cubiertos de cortinas y los gruesos pilares estilo colonial, Lamparita se paró en seco. Arrugó las cejas. Introdujo, cauteloso como un felino, las manos en los bolsillos, y miró. Era una hembra que pasaba. Alcanzó a verla de espaldas. El escote dejaba al aire una espalda pulida color canela, con torneada hendedura al medio. La cintura, muy ceñida, y la soberbia grupa moviéndose a cada alcance enérgico de las piernas. Se notaban las nalgas tiesas, firmes, saltarinas. Las piernas rectas y gruesas después del tobillo. Llevaba medias rosadas y zapatos de taco. El vestido, de seda, color celeste, con un lazo rosado sobre la cadera izquierda, se pegaba a las líneas del cuerpo, tal que mojada. No llevaba sombrero la provocativa mujer. Pero sí un gran moño con cinta, sobre la nuca. Lamparita determinó seguirla. Y así lo hizo. La persiguió cinco cuadras. Pero no se atrevía. Hasta que, cerca de ella, le habló:

—Preciosura.

La mujer no se dignó voltear la cabeza. Movió algo las nalgas, levantó el rostro, balanceó los brazos y apretó el puño derecho, en el que llevaba, muy ajustado, el pañuelo de color. Lamparita, lanzado ya a la aventura, insistió:

—Si es más linda que María Santísima vestida de paisana... Por Dios...

La hembra seguía impávida. Entonces, provocador, corajudo, le propuso:

—Déjese ver la carita, mamacita linda...

Cansada ya, o creyendo el momento propicio, ella volvió ligeramente el rostro. Pero, en seguida, quedóse firme, extática. Clavó los ojos en Lamparita, levantó los brazos a la cintura. Palideció. Lamparita, sin querer, alzó la voz:

—¡Candelaria!

Candelaria tenía un temblor en las aletas de la na-

riz. Pocos segundos después, volvió a la normalidad. Levantó aún más la cabeza. El labio inferior sobresalió, y mascó las sílabas, desafiantes:

—Sí; yo. ¿Y qué?

Sonrió Lamparita. Ya estaba tranquilo y sentíase gallo. Avanzó dos pasos. Colocóse junto a ella. Quiso tomarle una mano. Preguntó dominador:

—¿Y de qué andas vos aquí?

Candelaria esquivó la mano. Hizo un mohín con sus labios carnosos y morados como carne de caimito. Hinchó, nuevamente, las narices y le aventó a la cara esta sola frase:

—¿Yo? ¡De puta!

Y, en seguida, se marchó a largos pasos.

Evidentemente, Lamparita quedó desconcertado. No supo qué hacer en los primeros minutos. La vió alejarse por una encrucijada. Aún dudó un poco. Y, al fin, resolvió perseguirla. No quiso acercársele. Esperó. Así llegaron a la calle Quito. En ésta, cortada por la Colón, había un cuarto al nivel de la calle. En la puerta colgaba un trapo rojo a manera de cortina. Alzó Candelaria el trapo y entró. Lamparita, resueltamente, la siguió hasta la habitación. Adentro se detuvo. No había más que un par de sillas. Una cama de fierro, cuyas tablas dejaban ver el colchón. El lavabo en una esquina. Y colgado de un clavo, el irrigador con su manguera lacre. Adornaban las paredes algunos desnudos y retratos de artistas de cine. Candelaria, sin volver la cabeza, continuó hasta un cuarto vecino. Entonces Lamparita, muy tranquilo, sentóse en la silla más cercana.

A poco volvió ella. Lo midió con feroz mirada.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada, Candelaria.

—¿Tienes plata para estar conmigo?

—¡Candelaria!

Se levantó Lamparita y quiso abrazarla. Ella lo rechazó, insistiendo:

—¿Tienes plata?

Ya Lamparita, violento, la increpó:

—¡Desgraciada! ¡Perra!

—¿Sí? ¿No? ¿Y por quién estoy así?

—Yo qué voy a saber.

—¡Por vos, maricón!

—¿Por mí? ¡Esto sí que es bueno! ¿Qué te he hecho yo?

Rió Candelaria. Después, cambió de actitud. Sentóse al filo de la cama, balanceando las piernas, unas hermosas piernas afeitadas. Esperó.

—Déjate de cosas, Candelaria. Cuéntame qué es que te ha pasado. Yo siempre te quiero. Pero vos estás muy rara.

—Ahá, Lamparita. Vos tuviste la culpa. Yo también te quiero. No volviste por mí. ¿Te acuerdas de la rural?

Comenzó a contarle sus aventuras. Cuando esa noche, ya segura de que no había nadie en la casa, retornó, encontró a la hermana Agustina echada en la cama, llorando. Todos los policías habían pasado por su cuerpo. Se sentía macerada. Golpeada. Asqueada. Se abrazaron. En el corredor, aun seguía guindado el hombre que habían asesinado. Fué a la madrugada, cuando vino la luna tardía, que Candelaria lo notó. Ya empezaba a descomponerse. Entonces, ella, ella sola, lo había arrastrado algunas varas. La sangre fría se quedaba en la tierra, dejando manchas oscuras. Tenía el cuello destrozado a sablazos. Los ojos, saltados. Manchas lívidas en las espaldas y al comienzo de los brazos, lo hacían repugnante. El tiro había sido en la cabeza. Se veía el agujero en la frente. Allí habían posado las moscas y se habían cagado. Un grueso hilo de sangre coagulada daba vuelta a la oreja, se metía en el ojo izquierdo, buscaba el canal de la nariz y se perdía entre la boca que, horriblemente abierta, dejaba ver la lengua fláccida y morada. Candelaria tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Logró, al fin, llevarlo un poco lejos. Abrió la fosa a flor de tierra y lo

enterró. Pero a los dos dias, los perros escarbaron la tumba. Quedó afuera una mano. Y comenzaron a comérsela. A media noche, despierta Candelaria por los feroces aullidos, tuvo que salir a espantar a los perros. Llevó una linterna. Y allí, con la luz brillante de la lámpara, recortada su silueta blanca contra la mancha oscura de la montaña, inclinada y jadeante sobre la tierra, sepultó el cadáver más profundamente. A cada rato se llevaba la mano a la nariz. Los gallinazos, desde lo alto de las ramas, miraban celosos.

¿Después? Agustina quedó enferma. Hubo de llevarla al Hospital del Milagro. Le habían contagiado una enfermedad venérea. Se le complicó la matriz, por el descuido. Tuvieron que operarla. Al día siguiente de la operación, se presentó la septicemia y murió.

Candelaria, sola, averiguó por Lamparita. Esperó algunos meses, vagando por los pueblos. No supo nada de él. Y como tenía que vivir, el primero que la gozó fué el médico del hospital. Siguió de mano en mano. Guapa y alegre, no tenía igual para la farra. Hasta que un día, un alto empleado de un ingenio de azúcar la trajo a Guayaquil. Dos meses la tuvo en un cuarto, gozando de la licencia de su trabajo. Hasta que se aburrió de su carne y la echó.

—Desde entonces me lancé a la vida—remató Candelaria.

Y gregó:

—Ahora he aprendido bastante. Tengo miedo a las enfermedades, desde lo que le pasó a Agustina. Todos los viernes paso visita a la Sanidad. Ve, mira mi carnet. Y siempre...

Al terminar sonrió de un modo doloroso e irónico. Se quedó mirando a Lamparita. No dijo nada él. Tenía los ojos húmedos y el corazón apretado.

Mucho rato estuvieron callados. Se hizo noche. En la semioscuridad del cuarto, Lamparita, jadeante y atormentado, narró sus peripecias, huyendo de la rural.

Ella lo escuchaba, anhelosa. Terminado el relato, Lamparita la llevó a la cama y la gozó. Luego, le dijo:

—Me has gustado más que nunca. Estás rebuena, Candelaria.

—Ja. Es que ahora sé, pues.

Toda la noche la pasó allí. Se olvidó de Baldomera. Y en la mañana pensó quedarse para siempre. ¡Qué le importaba! Le dió dinero para el almuerzo. Lamparita se hallaba satisfecho. Lo único que lo molestaba era el constante golpear de los hombres a la puerta del cuarto. Ya había tenido alguna pelea. Hasta que se regó la voz:

—Oye, la Candelaria tiene camote.

—¿No digas? ¿Y quién mismo es?

—Yo no sé... Creo que del campo.

—No seas bruto, vos... Si es el famoso Lamparita—agregaba un tercero.

—¡Ah!

Sin embargo, aquello no podía durar mucho tiempo. Cuatro días habían transcurrido ya. Baldomera, celosa, se puso a la busca de Lamparita. Pidió informes a todos sus amigos. Su instinto la llevó al barrio de mujeres de placer. Allí fué sabiendo la verdad. Y una tarde, como a las cinco, Baldomera los sorprendió juntos en el cuarto.

—Ajá.

Esto fué lo único que dijo al principio. Tenía las manos en jarras. La mirada, fogosa. Candelaria respondió:

—¿Qué quiere aquí?

—¿Yo? ¿Y me lo pregunta?

Lamparita estaba mudo y trémulo. Intensamente pálido.

—Oye, Lamparita, ¿quién es esta mujer?

Vaciló Lamparita. La miró a los ojos. Luego inclinó la cabeza. Y dijo entre dientes:

—Mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Tu mujer, Lamparita? Otra cosa más. Eso no me lo habías dicho...

—No, Candelaria. No te lo había dicho. Somos casados.

Baldomera, roja de ira, intervino.

—Hazte el hipócrita, condenado. Y tú, perra desgraciada, ni siquiera tienes vergüenza.

—A mí no me insulta usted, so negra.

—¡Silencio! Te callas la trompa o te pego.

—¡Vaya a hacer callar a la madre que la parió!

Ya Baldomera no pudo soportar. Se fué como una tromba. Enderezó a Candelaria un formidable trompón en la cara. Cayó Candelaria. Entonces, Baldomera la levantó agarrándola del pelo. Le volvió a dar de trompadas con la derecha, mientras que con la izquierda la tenía del cabello.

La cara de Candelaria sangraba. No podía hacer nada. Ponía las manos delante y trataba de esconder la cabeza. Gritaba:

—¡No! ¡No! ¡Ay! ¡Me matan!

Lamparita de un salto fué en su auxilio. Y después de mucho trabajo, logró hacerla soltar de Baldomera.

—Y vos, sinvergüenza, ni te has acordado de mí... Y ya voy a parir...

Esta última frase hizo efecto en Lamparita. Abrió los ojos y se le arrugaron las cejas.

—Tienes razón, Baldomera. Vámonos ya.

Candelaria, en un rincón, lloraba.

—No ve que yo lo quiero... El me dejó en el campo... Pregúntele... Y por él es que yo estoy así...

La miró Baldomera con los ojos fijos. Ajustó las quijadas. No dijo nada. Salió y comenzó a alejarse con Lamparita.

Ya el sol había caído cuando salieron. Frente a ellos, el horizonte era un guiñapo rojo. Las nubes, desprendidas de lo alto, caían sobre el incendio como algodones

inflamados. Del otro lado, el cielo, blanco y transparente, era alegre y dulce.

Siguieron los dos contra el ocaso. Ella, alta, engarbada, con la cabeza derecha y la barriga crecida. El, pequeño, cazcorvo, agobiado. De vez en vez, sin saber qué hacer, se cogía los pantalones con ambas manos y se los acomodaba en la cintura.

Así caminaron hasta seis cuadras. Callados. Serios. Baldomera fruncía la frente y apretaba la boca. De rato en rato, abría los labios y exhalaba una fuerte respiración. Hasta que no pudo más y dijo a Lamparita:

—Ve, sigue vos solo. Yo ya mismo regreso.

—¿Qué vas a hacer, Baldomera?

—¡Nada! ¿A vos qué te importa?

—No le vas a pegar de nuevo... porque si no...

Casi no le contestó Baldomera. Y ya se iba, cuando repuso:

—No, no le voy a hacer nada... Hum... Este... Andate no más.

Y lo dijo con un poco de dulzura, a pesar de su ronca voz. Más bien parecía un tono conciliador.

No agregó nada. A grandes pasos deshizo lo andado. Lamparita quedó de pie un instante. Luego, la siguió, escondiéndose tras los pilares de los portales.

Baldomera halló a Candelaria echada en la cama y aún sollozando. Cuando vió a su rival, se sentó. Secóse el llanto y la sangre del rostro con una toalla.

—¿Otra vez quiere pegarme? ¡Cuidado con meterse, carajo!

Y agarró una botella que estaba en el suelo, resuelta a defenderse.

Ya el ocaso se había perdido. Ahora el cielo tenía un dulce y sosegado color violeta. Casi morado pálido. Había en la calle una deliciosa penumbra. Una media luz tranquila. Se dibujaban las covachas inclinadas sobre la calle, como tras un velo apacible. Adentro, en el cuarto, estaba casi oscuro. Candelaria llegó a pararse con la botella en la mano.

Baldomera, serena, avanzó despacio. Desconcertóse Candelaria. No pudo hacerle nada. Apenas se esquivó cuando Baldomera sentóse en la cama.

—¿Qué quiere? ¿Qué le pasa? ¡Hable! ¿Ya no se lo llevó?

—Sí... Este... Hum...

Y la miraba de un modo. Candelaria, poco a poco, fué dejando la botella en el suelo. Estaba asombrada, aunque más tranquila.

—Pero, dígame qué le pasa.

Baldomera alzó la mirada, que durante un rato la había tenido inclinada. Repuso muy bajo:

—¿A mí? Nada. ¿Qué me va a pasar?

—¿Entonces? ¿A qué ha venido?

—Este... Hum... ¡Quiero, pues, que me disculpe, carajo!

No pudo más Baldomera. Le reventaron los ojos del llanto. Su cara fea y chata se aplanó más. La boca se hizo deforme y larga. Toda ella era una mueca. Con los ojos menuditos, perdidos bajo las cejas y entre los párpados.

Candelaria no entendía. La miró fijamente un buen rato. Después, sentóse a su lado.

Lamparita había avanzado hasta la puerta. Escuchó primero. Luego, sentado en el suelo, se puso a esperar, notando que no había ruido de pelea. Mucho rato estuvo así.

El crepúsculo fué una cosa rápida, fugaz. Se cayó la noche. Se encendieron en la calle unas bujías débiles y empalagosas. Y entonces, las covachas se copiaron negras sobre la tierra.

El trapo del cuarto de Candelaria se puso a mover con el viento. Porque ya soplaba una brisa agradable. En veces, a lo lejos, se balanceaba un foco colgado de un alambre. Y las sombras de las covachas temblaban.

Lamparita, impaciente, comenzó a pasearse. Andaba con las manos en los bolsillos. Ahora ya hacía frío. La

camisa le golpeaba la carne con el viento. Y un solo soplo, grande, encajonado, corría a ciegas por la calle.

Decidióse Lamparita. Levantó despacito la cortina. No vió nada. Todo estaba a oscuras. Avanzó de puntillas. El corazón le latía arrítmico. "Si la habrá matado", pensaba. Se fué acercando a la cama. Y allí las vió a las dos que, abrazadas, hablaban muy quedito.

El viento se puso travieso, y no sabiendo qué hacer, se fué contra la tierra y la hizo saltar en un polvo menudo y ligero.

VII

Cuando Baldomera parió a Polibio, quedóse más gruesa. De la cintura le colgaban lonjas de grasa y de carne. Lo menos, aumentó veinte libras. Pero su animosidad no disminuyó. Seguía, como antes, dinámica, resuelta, roncadora, como decía Lamparita.

Inocente miró con malos ojos al hermano desde que éste nació. Le tomó inquina. Y un día lo dejó caer desde la hamaca. A sus gritos acudió Lamparita. Lo bañó en agua templada y lo arropó. Y como Baldomera estaba en la calle, azotó a su gusto a Inocente. Desde entonces, el hijastro aumentó su odio a Lamparita. Lo llamaba el cuco y apenas lo veía, corría a meterse entre las faldas de Baldomera.

Lamparita siempre tenía su botella de aguardiente en la casa. Y tomaba con Baldomera. Se sentaban a la mesa de la cocina, frente a frente, callados, mirándose como idiotas, hasta que se iban a dormir completamente ebrios.

Por eso ya la nariz de Baldomera coloreaba. Bebía más que su marido. Era fuerte y necesitaba mucho alcohol para embriagarse. A veces, peleaban. Era, casi siempre, cuando Lamparita bebía en la calle. Lo recibía Baldomera a sopapos. Lamparita se defendía, hasta que, rabioso, golpeábala con destreza y la tumbaba.

—Ya te he dicho que no te metas conmigo. ¿Ah? ¿No aprendes?

—¡Calla, maricón!

—Cuenta, Baldomera... Ve que eres cueruda.

Baldomera, levantándose trabajosamente, lo miraba con ternura. Se ponía a retorcerse los dedos nerviosamente. Tragaba saliva dos o tres veces. Vacilaba. Al fin:

—Bueno, pues, vamos a dormir, Lamparita.

—Yo no tengo sueño.

—Anda, vamos, Lamparita.

Seguía Lamparita replicando que no tenía sueño; pero como estaba tendido en la hamaca, se le iban cerrando los ojos. Luego de unos minutos, roncaba.

Entonces, Baldomera, que, tranquila, había esperado, se acercaba a él. Le metía los brazos por debajo del cuerpo. Lo alzaba en vilo. Y lo llevaba a la cama.

*
* *

Cuando Baldomera se emborrachaba en la calle, era terrible. Esto sólo llegó a hacerlo cuando ya Polibio tuvo más de dos años. Se iba a pasear, decía. Pero, en verdad, buscaba una tienda, una chingana, una chichería. Sacaba de su enorme seno un sucre y pedía una botella. Al cabo de un rato, se alejaba bamboleándose y cantando.

Todos la conocían. Los muchachos, desde lejos, le gritaban:

—¡Ah, Baldomera!

La zamba, furiosa, recogía unas piedras de la calle y arrojábalas contra los muchachos, que salían despavoridos.

También los hombres la molestaban. Y ella, indignada, formaba la bronca. Y, al par que pegaba, gritaba:

—¡Toma! ¡Toma! ¡Maricón!

Las mujeres le temblaban. No había una que osara ponérsele frente a frente. Murmuraban de ella. La seguían desde lejos y se la comían con los ojos. Así contaban que un día se metió a una casa en construcción. Estaba allí un obrero sudado y jadeante, aserrando un

tronco. La dueña de la obra también se hallaba presente. Pasó Baldomera. Se quedó mirando fijamente al obrero. Sus ojillos menudos y encendidos por el alcohol no se movían. Se acercó al hombre. Se puso los brazos en jarras, diciendo:

—¡Ja!

El obrero la miró y no le hizo caso. Siguió en su trabajo. Entonces, Baldomera tuvo en sus labios una ancha sonrisa. Avanzó resuelta. Junto a él, le dijo, contoneando la cabeza:

—¡Dame un beso, ñato!

El obrero detuvo su trabajo. Se puso rojo. Miró a su ama que sonreía de la burla. Hizo un mohín, y ya iba a continuar su trabajo, luego de un "oh", lanzado con vergüenza, cuando Baldomera se le fué encima. Lo sujetó con sus brazos fornidos. Y lo besó. Fueron dos besos sonoros, agresivos. Después, se rió y se alejó cantando.

Las mujeres contaban aquello en corrillos. Casi siempre decían algo parecido de Baldomera. Y casi siempre, también, terminaban con este comentario:

—¡La muy perra!

*

* *

Sin duda, Baldomera era una mujer de arrestos. Y si no, que lo digan los que la vieron el 15 de noviembre.

Los primeros días permaneció tranquila. Indiferente. Se asomaba no más a la ventana y veía pasar la multitud delirante. Sonreía. Pasaban los hombres gritando:

—¡Vivan los obreros!

—¡Abajo el cambio!

—¡Viva la huelga!

Baldomera, desdeñosa, se quitaba de la ventana. Y decía a Lamparita:

—¡Bah! No hacen nada. Gritan no más. Son unos maricones.

Pero el problema se fué complicando. Se lanzaron los obreros decididos al paro. La Confederación Obrera del Guayas tomó las riendas del movimiento y llegó a ser la dueña de la ciudad. Había comenzado la huelga en Durán, con los trabajadores del Ferrocarril. La vida subía de precio. El dólar estaba por las nubes. Un viejo político quiso aprovechar del momento. Valióse de dos hombres de talento para engañar a las masas. Después, era cosa fácil virar la tortilla, como decía. Poco a poco, se unieron a la huelga los choferes, los conductores de tranvías, los panaderos, los lecheros.... Y ya fué un vértigo. Día a día se presentaban novedades alarmantes. Hasta que uno de esos hombres de talento, acomodóse los delicados anteojos sobre la nariz, y, en feliz oratoria, golpeando el barandal de las ventanas con sus puños, exclamó:

—¡Nos quitaremos la piel del cordero para ponernos la del león!

Cerca de treinta mil almas lo escuchaban. Aplaudieron como locos. Volvieron a dar mueras a los especuladores y a pedir la Incautación de Giros. La masa toda se movió como una ola gigantesca. Los estandartes que portaban flotaron al viento listos a romperse. Y de todos los pechos salió un solo grito:

—¡Abajo el Gobierno! ¡Viva la revolución!

El orador había triunfado. Se sobó las manos, satisfecho. Y por poco, se echa a reír a carcajadas.

Sin embargo, Baldomera no salía de su casa.

—Yo sé lo que te digo, Lamparita. Nada han de hacer. ¡Son unos maricones!

Hacía una semana que la huelga mandaba. No transitaban carruajes, y hasta las autoridades portuarias traficaban con permiso de la Confederación. De noche no había luz. Faltaban los comestibles. Lamparita, al ver todo esto, pensaba de otro modo:

—Oye, Baldomera, esto se pone grave.

—Ni creas. Cuando la policía les dé sable, toditos corren. Ya verás.

Hasta que esa mañana llegó un batallón fresquito. El Cazadores de los Ríos. Eran famosos los soldados. La misma mañana en que se había convocado una grandiosa manifestación y solicitaban al Gobernador libertar a los presos que se hallaban en el cuartel de policía. Accedió el Gobernador a lo pedido. Pero le exigieron que lo hiciera en el acto. Tuvo que bajar decidido y se puso al frente de la multitud. Su gesto lo salvó. No recibió ni un muera ni una injuria.

Mientras tanto, el jefe de zona, un general de pelo en pecho, exclamó, lleno de rabia, como un matasiete:

—¡Ahora los barro! ¡Con orden o sin orden del Gobierno! Yo asumo la responsabilidad.

Lo dispuso a las mil maravillas. Trazó un verdadero plan de combate. Tomó todas las avenidas para acorralar a la multitud. Era un genio militar. En cada bocacalle, apostó una ametralladora. Así, ni podrían huir. Una verdadera cacería. Con técnica y todo.

Le habían contado cómo los manifestantes insultaban a su paso a las señoras que estaban en los balcones. Cómo gritaban a las cocineras:

—¡Ven a la manifestación! ¡Que te paguen cincuenta sucres! ¡Y si no tiene, que se consiga la blanca otro marido y haga más plata!

Francamente, para el general esto era intolerable. Se hinchó románticamente su corazón. Se dijo que él salvaría los muy nobles hogares de la muy noble ciudad de Santiago de Guayaquil. Decidido, tomó el teléfono. Pero no salió del edificio de la Zona.

Fué así que, al llegar la manifestación frente al cuartel de policía, la recibió una lluvia de balas.

Baldomera, desde su casa, oyó los tiros. La avenida Olmedo no está muy lejos de la policía. Se asomó y vió a la multitud moverse y correr. Se puso trémula. Llamó a Lamparita. Le hundió las uñas en un brazo y le gritó:

—¡Ahora sí que se puso serio esto! ¡Vamos allá, Lamparita!

Y echó a correr escaleras abajo. Lamparita protestó:

—Oye, espera. No seas loca...

—¿Qué? ¡Maricón! ¡Ven si eres hombre!

Pronto estuvo Baldomera mezclada en el bullicio. Se abrió paso a pescozones. Lamparita se había perdido. La ola humana comenzó a retroceder. Era inevitable la huída. Todos se empujaban. Sin embargo, muchos hicieron esfuerzos para avanzar. Se asfixiaban. Pero el Cazadores de los Ríos entró en escena. Se echaron los soldados en guerrilla. Las ametralladoras funcionaron.

Ta—ta—ta—ta—ta—ta

Baldomera iba avanzando, erguida como un tronco. Cogía a los hombres con sus manazas y los hacía a un lado.

—¡Adelante! ¡Paren! ¡No corran!

Y empujaba con toda el alma. Tuvo que echar trompadas a los que huían.

—¡Maricones! ¡Paren!

Muchos, enloquecidos, la siguieron. Así llegó hasta un grupo de mujeres que portaban unas banderolas. Las increpó. Las empujó. Aquella infeliz que tenía un niño en los brazos la miró sobresaltada, con los ojos desmesuradamente abiertos. Después, levantó al nene mostrándolo a los soldados. Al instante dió una voltereta y cayó, aplastando a la criatura.

Baldomera vió caer a muchas a su lado. Se desplomaban y ni siquiera sus gritos se oían. Sólo a cada momento, la voz del oficial:

—¡Fuegoo!

Y la descarga cerrada, estridente, silbante. Las calles se teñían en sangre. Baldomera había llegado a la cabeza de la manifestación. Movía los brazos en el aire y gritó hasta enronquecer. Poco rato duró la sugestión de su figura. Los brazos, con los puños cerrados, cortaban el aire. Se alzaban picos, palos, banderas rojas, letreros. Y los cabellos de las mujeres flotando, flotando al viento. Y las voces que atolondraban todo. Y los empujones. La asfixia. El ir de un lado al otro, llevado por todos, sin pisar el suelo. Alaridos y quejas. El sil-

bido cortante de las balas. El olor de la pólvora. El inclemente martilleo de los ametralladoras. Los cuerpos humanos tronchándose como racimos, fecundando la tierra, sembrando la venganza y el odio. Las quijadas abiertas, los ojos saltados, los brazos queriendo subir y subir para escapar por algún lado. Los niños con las manos crispadas, arrugando las mantas de las madres, chillando, las facciones paralizadas. Y sin armas, carajo, con qué matar soldados y generales.

Ahora, desde lejos, vino un movimiento de marea en la multitud. Parecía que regresaba. Después, poco a poco, se fueron haciendo claros. Baldomera, con sus chancletas, pasaba encima de los cadáveres. En veces, de los cuerpos saltaba un chorro de sangre. Y las pisadas sobre esas cosas blandas, sobre estómagos vacíos, sobre pechos hundidos, entre piernas y brazos enlazados en la angustia de la muerte. Baldomera gritaba:

—¡Asesinos!

De repente se vió rodeada de un grupo de hombres. Eran pocos. Dióse cuenta de la situación y corrió al portal de la esquina. Llegó salva. Pero allí, tras un estante, había un soldado parapetado. Cuando la vió, no tuvo tiempo de disparar. Puso el fusil a la altura de las caderas y la embistió con la bayoneta. Baldomera, ágil, esquivó el golpe. Se ladeó como en vértigo. Extendió la mano izquierda y empuñó con ella la boca del fusil. Se le fué encima al soldado. Se agarró, ahora, con ambas manos del arma. Y apoyada de esta manera, levantó un pie y lo descargó sobre el pecho del soldado. Quedó así, sentado en el suelo, encogido, contra el estante, con los ojos medrosos. Entonces, Baldomera viró el fusil. Afirmó la culata contra el pecho y le enterró la bayoneta en la garganta. Entraba suave, rompiendo los tendones del cuello. El soldado exhaló un espantoso ronquido para adentro, estiró un brevísimo instante las manos hacia adelante. Y se tronchó su cabeza. Baldomera lo dejó clavado allí, contra el estante.

En seguida, Baldomera torció la esquina. Por ese

lado también se batían. Se echó al suelo. A lo lejos vió una zanja llena de lodo. Había que atravesar media calle entre el baleo. Lentamente se arrastraba. Como culebra. Se daba impulso y se quedaba, luego, quieta. Las balas le zumbaban. Oía con nítida claridad el silbido. Veía cómo los hombres que corrían a la desesperada eran matados por la espalda. Se acercó más a la zanja. Le faltaba una vara. Fué más nutrido el fuego. Algunos soldados pasaron corriendo a su lado. Se resolvió de una vez. Cuando estuvo en el filo de la zanja, se dejó caer adentro. Se aplastó la cara contra el lodo y el agua podrida. Todo el cuerpo se le humedeció. Levantó la cabeza. Luego se dió la vuelta. Y así, boca arriba, con las manos anudadas bajo la nuca, se estuvo quién sabe cuántas horas.

En el centro, en los almacenes del Malecón, la multitud asaltó las tiendas. Fué un grito que condujo a todos:

—¡Vamos a sacar armas de las tiendas!

Rompieron los cristales de las vidrieras y por allí se introdujeron. Lamparita fué con ellos. Trepó a las perchas. Hizo un paquete con lo que más a mano halló. Después, con maña, hizo saltar la Registradora, y llenóse los bolsillos de monedas. Lamparita, astuto, comprendió que había que huir. Y lo hizo a tiempo. Poco después, llegaron los soldados. Mataron a los que había adentro como a ratas. Cazándolos en las paredes, en los rincones, en las perchas de mercancías. En las fachadas de los edificios, a los que trepaban por los estantes, los bajaban a tiros.

—¡Hey! ¡Paloméate a éste!

Fué un oficial que habló a otro, de conocido buen punto. El hombre trepaba el estante como una mosca. Rió el oficial aludido. Levantó la pistola a la altura de la cabeza, y así, sin apuntar, como quien señala con el dedo, lo tiró. Ya el fugitivo llegaba a la fachada y había levantado una pierna para trepar al balcón. Ahora se le abrieron ambas, igual que los brazos. Cayó de lo alto,

como un pelele, descuajaringado. Se estrelló la cabeza contra el pavimento. Fué un impacto seco y breve. Saltaron los sesos. El oficial estaba a su lado, cazando a otro. Y su brillante bota de hule se manchó con unos pingajos blancos y sanguinolentos.

Lamparita se ocultaba y todo lo veía. Alcanzó a trepar a un techo, por la parte de atrás. El era ducho en eso. Y lo hizo en un segundo. Desde allí, vió cómo en el Malecón ponían en fila a los fugitivos. No le valía para nada levantar las manos. Apuntaban despacio, recreándose. Sonaba la descarga. Después, arrojaban los cadáveres al río.

Era avanzada la noche cuando Lamparita atrevióse a regresar a su casa, sorteando los peligros de la ley marcial. Encontró allí a Baldomera que se lavaba el lodo. Sonrió Lamparita. Y alegre, muy alegre, echó las monedas sobre la mesa, y se puso a contar.

*

* *

Polibio, en la escuela, aprendió las cuatro reglas, a leer y a escribir. No quiso saber más. Era tímido y humilde, aunque, una vez decidido por algo, se ponía tenaz. En cambio, Inocente siguió estudiando hasta los quince años. A esa edad, comenzó a ejercitarse en el oficio de carpintero. Después, logró emplearse en un aserrío de madera.

Inocente tenía sus ambiciones. Quería ser señorito. Se peinaba siempre a la moda. Y cuidaba de la ropa. Era zambo, fuerte, parecido a la madre.

Comenzó a faltar a la casa. Apenas si iba a dormir.

—Pero, vos, ¿qué te haces, Inocente?—decíale Baldomera.

—¡Adiós! ¿Y a usted qué le importa?

—¡Sinvergüenza! Vuélveme a contestar así y te rompo la crisma.

Callaba Inocente, pero seguía faltando. Fué después,

cuando le entraron ansias del ahorro, que no faltó nunca a almorzar ni a comer. Llegaba justo a la hora.

—¡A ver! Mi comida.

—¡Oh! Espérate... Tanto apuro.

—Es que tengo que ir a trabajar.

Baldomera engañaba a Lamparita, diciéndole que Inocente ayudaba para la comida. Y como Lamparita era poco amigo de hacer cuentas, se lo creía. En realidad, Inocente nunca dió un centavo a su madre.

Allá, en el taller, Inocente ocultó siempre el nombre de su madre. Pero una vez, en una pelea, se lo dijeron:

—Igualito a tu madre, la Baldomera...

Alguien se lo había averiguado, y, en la primera oportunidad, se lo lanzó al rostro como ofensa. Vivamente, encendido en cólera, Inocente repuso:

—¡No es cierto! Esa no es mi mamá.

—¿No? ¿Y qué se ha hecho, pues?

—Mi mamá se murió. Yo vivo allí pagando mi plata, como en posada. ¡Desgraciado!

—¡Mentira! ¡Si es el entenado del ladrón Lamparita.

Allí se agarraron a las trompadas. Sangró la nariz de Inocente. De regreso, en la casa, habló con Baldomera a solas.

—Sí. Todos me insultan. Me dicen entenado del ladrón Lamparita... Ese hombre... ¿Por qué se casó con él? No puede uno ni estar tranquilo...

—Cállate. Cuenta te oye y te pega.

—¿Te pega? Yo también tengo brazos, mamá. ¡Desgraciado!

—Cállate, te digo.

—No. ¡Qué carajo! ¡Es un maldito ese hombre!

—O te callas, Inocente, o soy yo la que te rompo.

—¡Váyase a la mierda!

Baldomera, rabiosa, temblaba unos segundos. Pero, en seguida, reparaba en Lamparita, dormido en la hamaca de la habitación vecina. Se contenía. Y optaba por irse a otro lado.

Esto sucedió varias veces. Siempre de noche. Baldomera, arrastrando sus chancletas, se asomaba a la ventana y se entretenía contando las estrellas.

*
* *

La situación se hizo cada vez más tirante. Cuando ya Inocente se acercaba a los veinte, no pasaba palabra con Lamparita. Tenía éste entonces treinta y ocho años. Y seguía ágil, trompeador y jaranero. Comprendía bien lo que ocurría. Sólo un día habló a Baldomera del asunto:

—Oye, yo no quisiera, pero el hijo de perra de tu hijo ya me lleva acedo. Voy a tener que pegarle .

—Es que... Déjalo no más, Lamparita... Es así con todos... Es raro...

—Entonces, debe largarse de mi casa, pues.

Calló un rato Baldomera. Poco después, dijo lentamente:

—Como vos quieras... Pero él si te quiere... A mí me ha dicho.

—Mentira. Es un desgraciado. El mejor día me desgracio rompiéndole el alma.

Baldomera comenzó a encresparse. Lo interrumpió:

—Cuidado. Ten cuenta. Es mi hijo. Donde le toques un pelo, te rajo.

—¡Ja! ¿Tú? ¡Valiente pendejada!

Se calló Baldomera. No agregó nada. Al día siguiente, habló al hijo:

—Debes tratar mejor a mi marido. Está caliente.

—¡A mí qué me importa! Es un ladrón.

—Ve, Inocente, yo no te quiero botar, pero si sigues fregando, te boto. Aquí mando yo. Y das mal ejemplo a los muchachos — agregó, refiriéndose a los dos últimos que hacía pocos años había tenido.

Inocente se aterró. La miró como un necio y acabó por marcharse a la calle.

Baldomera, con la frente doblada en infinitas arrugas, fué a ver a los dos hijos menores, un hombre y una mujer, nacidos con diferencia de dos años. En la última se había plantado, largo, varios años. Los chicos jugaban a manotazos. El mayor, Lupercio, se paró frente a la madre.

—Oye, ¿por qué es que Inocente pelea con mi papá?

—No pelea. Es que Inocente es enfermo. Vos no sabes. No preguntes.

Como ya eran las doce, Baldomera se fué a aventar el fuego y a poner sobre el fogón, en las varillas de fierro, unos plátanos verdes. Sonó la lengua. Tragó saliva. Volteó dos veces la cabeza. Por último, se paró en un banquito y tanteó con la mano detrás de una alta repisa. Cogió del cuello una botella de puro. Se bebió a pico más de cuatro dedos.

—¡Ah! — dijo después, chascando la lengua con satisfacción.

No pasaron dos minutos sin que Baldomera, siguiendo el compás con el abanico, se pusiera a cantar a todo pecho.

*
* *

La suerte comenzó a mostrar los dientes a Lamparita. El negocio se le fué de cabeza. Un nuevo Intendente de Policía y un nuevo Jefe de Investigaciones se propusieron acabar con los cacos. Iniciaron una recia campaña. Doblaron el personal de vigilancia. Sobre todo, a Lamparita le tenían siempre una pesquisa a la pata. Hasta ahora, nunca había caído preso: su buena estrella lo había salvado. Pero, ya, no podía hacer ni una, como él decía entristecido.

—Estoy fregado. Me siguen a todas partes.

Comenzó a faltar para la plaza. Ya no se podían tomar, entre Baldomera y Lamparita, más de media bo-

tella de puro al día. Redujeron la comida. Inocente no hizo mayor caso de la situación. Procuraba mantenerse alejado. Seguía, mientras tanto, la racha así, virada de revés, cuando Baldomera, muy seria, habló a Lamparita:

—Oye, estamos fregados. Yo voy a trabajar.

—¿Y en qué mismo vas a trabajar?

—¡Adiós! ¿Por qué no voy a poder? ¿Me crees tan inútil? Tanto tiempo que vos me has matado el hambre... Ahora mismo empiezo. Ja. Ya verás. Voy a ponerme a vender. Tengo que buscar un buen puesto para poner un fogón... Te aseguro que haré negocio, por la razón o la fuerza. Necesito que me habilites con unas diez tablas.

—Es la única plata que me queda.

—Dámelos.

—Toma, pues.

Así fué cómo Baldomera puso su asiento en la esquina de "La Boca del Pozo", al pie de la tienda del italiano Landucci. El lugar era bueno. Mucho tráfico. Ganaba sus dos o tres sucres diarios. Comúnmente, se bebía uno y el resto lo llevaba para el comer.

Pero Lamparita, ocioso, escondido en la casa, comiendo mal, no se conformaba. Y una noche, luego de madurado el plan, se echó a la calle. Tenía aún su pistola. Baldomera no había retornado todavía. En el zaguán, con medio cuerpo afuera, miró a todos lados. Se escurrió entre las sombras, convencido de estar solo. Iba despacio, con los pasos menudos y suaves. Llevaba en la pretina del pantalón, del lado de adentro, un serrucho, un martillo y su lámpara de mano. Del otro lado, la pistola y un afilado cuchillo. Por las nalgas se había acomodado una cuerda. Sentía el frío de los instrumentos en la carne. Y en veces, los dientes del serrucho le picaban.

Caminó algún tiempo. Llegó a la calle Rocafuerte. En la intersección de Roca, se detuvo. Ya, hacía mu-

cho, había estudiado el terreno. Era casa de gente rica. El acceso, fácil. No había más que saltar una tapia de caña, pasar dos patios grandes, abriendo huecos en las tablas y llegar al pequeño que daba entrada a la azotea y cocina de la casa.

Dió la una de la mañana. Se paró un largo momento en la esquina. La calle estaba a oscuras y solitaria. Sólo un foco proyectaba su luz macilenta contra el suelo. Se aproximó a la cerca. Ajustóse la pretina del pantalón con la piola, que siempre llevaba en la cintura. Volvió a mirar hacia atrás. Al subir sus piernas por las cañas, parecía gato, de lo encogido y de lo ágil. Se recortaba su silueta entre las sombras. Y era como una mancha movible que trepaba. Arriba, cruzó la pierna. Descendió al otro lado de un salto. Se orientó un momento. Llegó a la división del segundo patio. Arrodillóse y comenzó a serruchar las tablas. Después de unos minutos, se deslizó por el pequeño hueco que había hecho. Avanzó por el patio húmedo, frío. Andaba encorvado, silencioso, como si no pisara, y ya había atravesado todo el ancho del cercado, cuando llegó a la última división: la que lindaba con el pequeño patio de la casa. Se encontró en una cerrada oscuridad. Le pareció oír un ligero ruido. Y, en el acto, se tendió en tierra. Pegó el oído contra el suelo y esperó largos minutos. Nada. Entonces, aún acostado, irguió la cabeza. Levantó en la mano derecha la linterna y dirigió la luz a todos los ángulos. Ya más tranquilo, pero aún con la respiración acelerada, enderezó la linterna hacia el patio al cual daba la azotea. Hizo pasar la luz por las rendijas, entre las tablas. Se fijó en todos los detalles. Como antes, volvió a arrodillarse, y comenzó a trabajar en el horamen.

Así estaba, inclinado, sudando, mordiéndose los labios y recogiendo en la punta de la lengua el salado sudor que le caía del bozo, cuando percibió claramente el ruido de una carrera. Volvió el rostro de súbito y echó mano a la pistola. A una distancia de veinte me-

tros, de lado y lado del corral, estaban dos sombras derechas. Le gritaron, al par que lo enfocaban con las linternas:

—¡No te muevas, Lamparita, o tiramos!

Lamparita no repuso. Se tiró rápido al suelo y apuntó. Se oyeron dos tiros simultáneos. No dió en el blanco Lamparita, encandelillado como se hallaba. Con la mano izquierda se palpó la rodilla.

—¡Carajo! Ahora no puedo correr. ¡Hey! ¡Ya no tiren! ¡Me han jodido!

Sin embargo, rayó la noche otra detonación. Los perseguidores temían un ardid. Lamparita lanzó un hipo y se aplastó contra las piedras del patio. Los brazos le quedaron tendidos a los lados de la cabeza. Y se le aflojó la pistola de la mano.

Poco a poco los pesquisas se fueron acercando. Lo habían cogido infraganti. Llegaron cautelosos. Pusieron una rodilla en tierra, al notar que la pistola estaba suelta, y lo miraron así, cómodamente.

—¡Ay! — dijo Lamparita.

El segundo balazo le había dado en el vientre. Los pesquisas se miraron.

—¡Hey, ñato! ¿Por qué tiraste? ¿Ah? ¡Desgraciado! Casi nos matas.

—¡Chuzo! ¡Me han jodido! ¡Ay!

Al mismo dueño de casa a quien Lamparita quiso robar le prestaron el teléfono. El señor había salido, revólver en mano, al oír los tiros.

Pidieron la ambulancia. Lo condujeron a la Pesquisa. Allí pasó la noche, casi inconsciente del dolor. Temprano, como a las ocho, lo trasladaron al Hospital General, con dos policías de guardia, que se quedaron allí, al pie de la cama.

La herida del vientre fué diagnosticada como muy grave. La de la rodilla, no.

—Cuando más, quedará cojo — dijo el doctor.

VIII

Por eso es que Baldomera, cuando pasó frente al Hospital, una vez que guardó aquella noche el fogón y sus utensilios en la tienda de Landucci, se detuvo y lanzó un profundo suspiro.

Una semana hacía que Lamparita estaba en cama, entre la vida y la muerte. A Baldomera no le habían permitido visitarlo. Para ello, necesitaba de mucho palanqueo, de recomendaciones, y no podía hasta ahora conseguirlas. Se limitaba a tomar ese camino para ir al centro de la ciudad, dando una larga vuelta, en vez de hacerlo por la recta de Rocafuerte. Y todas las noches, después de sonadas las diez, se detenía frente al edificio donde Lamparita yacía, permanecía inmóvil unos minutos, y luego lanzaba su profundo suspiro.

Al segundo día, Lamparita tuvo fiebre. Hablaba agitándose en el lecho. Retiraron la guardia, en vista de la gravedad. Y sólo una vez al día iba un policía a informarse. Lamparita tenía perforados los intestinos. No soportaba ningún alimento. Lo mantenían a pequeños sorbos de leche. Era inminente la peritonitis.

Su cama era la número veintiocho de la sala San Miguel. Una sala cuadrangular, rectísima, flaca, con dos filas de camas pegadas a la pared, de las cabeceras. En medio de ambas filas, quedaba un claro de metro y medio de ancho por ochenta centímetros de largo. Y en la mitad de esa tira de piso había una mesa, también larga, en la que ponían los platos de comida, la

lista de los enfermos y las disposiciones del médico. Había cosa de sesenta y tantas camas en esa sala. Las camas eran de color gris, de fierro, angostas, con rejas en los espaldares. Al lado de la cabecera, un pequeño velador. Y en el suelo, una escupidera. Las sábanas, amarillas y sucias. Y en cada cama se notaba lamentable desaseo. Además, la gran sala, tenía una minúscula adherencia: la llamada sala de curaciones. En ésta, cuadrada, estrecha, no cabía sino una mesa de operaciones de color fierro ceniciento, un par de escupideras, un balde grande con soporte bajo la mesa, y junto a la pared unos cuantos frascos de vidrio y paquetes de algodón y gasa esterilizada.

A esta última sala conducían todas las mañanas a Lamparita para hacerle la curación. Llevaban la camilla dos hombres y la ponían junto al lecho. Otros dos cargaban a Lamparita y lo pasaban a la parihuela. Repetían la operación a la inversa para trasladarlo a la mesa de curaciones. Y, una vez tendido sobre el fierro, sin sábanas ni nada, lo abandonaban, en ocasiones por horas, hasta que buenamente se le ocurría llegar al doctor. Entonces, ayudado por una monja, el médico curaba a Lamparita. Lo hacía de prisa. Sacaba y metía gasas empapadas en desinfectantes en la herida de la rodilla. Limpiaba con agua oxigenada o alcohol. Examinaba el vientre, haciendo una limpieza superficial y externa en el hueco de la bala. Y dejaba sus instrucciones a la monja.

—Tome. Esta bebida cada hora.

—Está bien, doctor.

—¿Le tomó la temperatura ayer?

—Sí, doctor. Un momento, hágame el favor.

Corría la hermana de la Caridad a la cama veintiocho y cogía la tablilla que tenía colgada a los pies. A poco volvía con sus pasitos menudos y ligeros, como impedidos de avanzar a causa de la gruesa pollera azul que se le metía entre las piernas.

—Tome, doctor.

—¡Pero aquí no hay más que dos temperaturas en el día, hermana!

—Es que... sí, doctor, dos no más.

—¡Y yo le he dicho que le ponga el termómetro cada tres horas!

—No lo creí necesario, doctor.

—Pues aunque usted no lo crea, debe hacer lo que le mando. ¿Entiende?

Callaba la monja. Luego, preguntaba el médico:

—¿Le dió la bebida cada hora, ayer?

—Este... Sí. Pero en la tarde sólo le di cada dos o tres horas, porque se iba a acabar y de otro modo no le hubiera alcanzado para todo el día.

—¡Pero yo he ordenado que tome cada hora! ¿Me oye?

—Es que... No lo creí necesario... Como no había...

—¡A mí qué me importa lo que usted crea! ¿Es usted el médico o yo? ¡Concrétese a cumplir mis órdenes y se acabó!

Esta escena se repetía diariamente. No había componte para la monja. Era ésta, una mujer de edad indefinible y rostro ceroso. No tenía arrugas en la cara. Y, sin embargo, no podía llamársele joven. En tal caso, se le diría petrificada. Tenía una tal impasibilidad en el rostro, que asustaba a los enfermos. Ni nunca se ponía brava: hacía, sencillamente, lo que le daba en gana, sin importarle consecuencias. Cuando el médico la reprendía o la llamaba al orden el Director del Hospital — cosa excesivamente rara—, limitábase a responder en un tono de piedra:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Era la hermana de nombre Leoncia. A juzgar por sus puños, parecía gorda. Pero si se le miraba el rostro de perfil, se juraba que era flaca. No era nada: ni flaca, ni gorda, ni alta, ni baja. Nunca tenía palabras cariñosas para los enfermos. Ordenaba:

—Siéntese.

—No se descubra.

—Virese a la derecha.

—No escupa en el suelo. Para eso tiene escupidera.

Jamás decía otra cosa. Porque cuando ponía el termómetro, cogía la cara del enfermo, le introducía el instrumento en la boca y se dedicaba a mirar su reloj, un gran reloj de cobre sujeto por gruesa cadena de acero. Y cuando se trataba de poner una inyección, no salía de estas palabras:

—Vírese a la derecha.

—Vírese a la izquierda.

Después, a lo mejor, sonaba una campana. Entonces, dejaba en el velador la copa que iba a dar al enfermo y volaba al rezo. Esto ocurría algunas veces durante el día. Y mientras tanto, venía una mosca y se paraba en el filo de la copa.

Lamparita en cuatro días no volvió del todo en sí. Hablaba en delirio y se agitaba en la cama. Al quinto se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Pero no tuvo fiebre alta. A la hora del termómetro, sólo anotaron treinta y ocho grados. Se atrevió Lamparita a hablar a la monja:

—Madre, me duele mucho la cabeza.

La monja no repuso. Insistió:

—Madre, oiga, me duele mucho la cabeza.

La hermana lo miró con una mirada de estaño que salía de sus ojos grises, sin fondo, y le dijo:

—Rece a Dios para que le perdone todos sus pecados.

Y se marchó.

Así transcurrió una semana. Todavía Lamparita sólo tomaba leche. Cada tres horas le traían una taza. Lamparita empezaba a tener hambre. Y así lo dijo:

—Madre, tengo hambre.

Pero la monja no hizo caso. Cuando se fué de la sala, llamada por la campana del rezo, Lamparita se

la quedó mirando hasta que salió, sin comprender, con miradas de imbécil.

Un día, el doctor mandó ponerle inyecciones. Fué la hermana Leoncia quién le puso la primera, no obstante corresponderle al practicante de turno. Pero la monja gustaba de poner inyecciones. Y siempre lo hacía, con deliciosa y lenta voluptuosidad. Tal vez por ofrendar a Dios esa nueva prueba... Lo cierto es que una tarde cogió la jeringuilla, mal hervida, agarró el esquelético brazo de Lamparita y le clavó una aguja despuntada. Le corrieron por el brazo unas gotas de sangre. La monja pasó un algodón en el sitio de la picadura. Lo frotó reciamente. Y se fué a atender otro enfermo.

No había pasado tres días, cuando el brazo de Lamparita comenzó a hincharse. Se puso rojo, enorme. Lo examinó el doctor.

—¡Caray! Un absceso. ¿Quién le puso la inyección?

—Yo, doctor.

—Pero, ¿no le he dicho, hermana, que es el practicante quien debe poner siempre las inyecciones?

—Es que... no creí necesario llamarlo por tan poca cosa.

—¡Diantre! ¡Ve que usted friega la paciencia! Y en el estado en que está este pobre hombre... Hay que operar, en el acto, el absceso.

Tomó el doctor un tubito claro. Apretó un gatillo que había en la extremidad y roció el brazo inflamado con la anestesia. Esperó unos minutos. Luego, empuñó el bisturí. Hizo dos profundas incisiones. Lamparita se quejó débilmente. La anestesia local no fué suficiente. Y, sobre todo, estaba tan débil. Pero lo que más le dolió fué al estrujarle el doctor el brazo, apretando dos algodones en los filos de la herida. Corría un pus grueso por el brazo. La monja sostenía al lado una pequeña bandeja para recogerlo. Allí también arrojaba el doctor los algodones sucios. Cuando salió la madre —

el pus más espeso y duro, lo último—, cesó de apretar. Entonces, desinfectó la herida. Y con un fierrillo introdujo adentro una mecha de gasa empapada en mercuro cromo.

Todos los días lo curaba. Y Lamparita sufría con los tirones que daba el médico para arrancar la mecha, pegada en las carnes en pleno proceso de cicatrización. Después, con el mismo fierrito se ponía a sondear la profundidad de la herida. Dejaba otra mecha. Y nada más.

Cierta mañana, a eso de las diez, Lamparita, que había pasado la noche mal, dormía cuando se despertó con un brusco ruido. Abrió los ojos y halló delante de sí a Baldomera. Estaba parada a los pies de la cama, silenciosa e inmóvil. Lamparita se estregó los ojos con la mano derecha. La izquierda la tenía metida en una bolsa que le hacía el pañuelo para sostener el brazo enfermo. Al abrir de nuevo los ojos, dijo:

—¿Vos has venido, Baldomera?

—Ahá. Me metí no más. ¿Y qué es que te pasa también en el brazo?

—Una apostema de una inyección. No es nada.

En efecto, Baldomera se había metido porque sí. Era la hora de visita. Sin permiso no la dejaban pasar, y mucho más tomando en consideración que el enfermo era un delincuente. Ella estaba en la entrada, junto a la puerta de fierro, esperando el momento oportuno, cuando llegó un médico, profesor, entre un grupo de estudiantes. Se abrió la puerta de par en par. Baldomera empujó a un estudiante. Y cuando el portero se dió cuenta y comenzó a llamarla, sin poder abandonar su puesto, Baldomera ya había doblado la esquina del pasillo. Se acercó después, en el jardín del centro, a un grupo de empleados. Y preguntó:

—¿Dónde es que está Lamparita, hágame el favor?

—¿El famoso ratero?

—Ahá.

—En la sala San Miguel.

—¿Y cuál es la sala San Miguel?

—¡Oh! La que tiene en las narices.

Corrió Baldomera sin acordarse de dar las gracias. Y así es que se encontraba ahora frente a la cama del marido.

—¿Cómo va la conservación, Lamparita? — preguntó luego de un rato de silencio.

—Así no más, Baldomera. Ya no me da tanta fiebre.

—Pronto te has de curar.

—Ahá. Pero me han de llevar a la cárcel. . .

Calló Baldomera. Después, como para aliviarlo, dijo:

—¿Y no eres hombre para escaparte de aquí cuando estés mejor?

—Veremos. Si no vuelven a traer a los pacos, me largo de noche.

—Ahá.

—Y vos, pues, ¿cómo has estado?

—Fregada. Aborté, Lamparita.

—¡No digas! ¿Y cómo así?

—Un golpe. De esos puñeteros pacos. Pero soñé a más de uno.

—¿Para qué te metes estando así? ¡Bruta!

—¡Oh! No vengas vos también a fregar.

—¿Y cómo andan los muchachos?

—Buenos todos.

—Ah.

—Bueno, Lamparita, ya me largo. Si me demoro, a lo mejor me botan. Oye, dime, ¿dónde queda el director?

—¿Para qué quieres saber?

—Anda, dime no más. . . Es que voy a hablar con él para pedirle permiso para venir a verte toditos los días.

—Ah. . . Arriba. Allá. Fíjate por la ventana.

—Sí. ¿Por dónde mismo se va?

—Por acá está la escalera.

—Oye, ¿tienes hambre?

—De lagarto.

—Toma, cómete este muchín que te traje envueltito.

—A ver. Cuidado. Calladito... Chis... No me dejan. No hay nadie, ¿no? A ver. Trae. ¡Ah! Chas... ¡Qué rico! ¡Púchica!

—Te lo tragaste en seguida. ¡Qué hambriento!

—Si no me dan más que leche. Me creen pájaro. Ha de ser para economizar. Un pedazo de carne no le hace daño a nadie.

—Si me dan el permiso, yo te he de traer todos los días. ¿Ah?

—Ya estuvo, Baldomera.

—Bueno, pues, ahora si que me largo. Hasta mañana.

—Hasta mañana. No te olvides del muchín. ¿Ah?

Baldomera, luego de responder al andar con un no sonriente, dirigióse al despacho del señor director del Hospital General.

En una espaciosa sala, rodeada de ventanales de vidrios, estaba el despacho del Director. Era sólo un gran escritorio de acero. Encima había una canasta para papeles, libros, el archivador, el ganchito para las planillas, y, a la derecha, el teléfono. Nada más. Las puertas estaban abiertas. El señor Director escribía y no sintió a Baldomera.

Ya había pasado la puerta Baldomera, cuando se detuvo esperando. Parecía encogida. Medrosa. El temor se le veía en los hombros, de lo hundidos que estaban. Se agarró un pedazo del vestido y se puso a rayarlo con las uñas. Hasta que, de repente, inflando el pecho, resolvióse y avanzó dos pasos. Pero el director no levantó la cabeza. Baldomera dió un par de pasos más. Nada. Así llegó hasta frente al escritorio. Todavía esperó un rato.

—Buenos días, doctor.

—¿Qué pasa? ¿Qué busca usted aquí? ¿Qué quie-

re? ¿Por qué ha venido? ¿Con qué permiso me interrumpe? ¿Ah? Conteste. Apúrese. Ligero. Estoy muy ocupado. No tengo tiempo que perder.

—¡Jesús! Si ni me deja hablar...

—Vamos, vamos, ¿qué le ocurre?

—Este, doctor, yo vengo porque este...

—Vamos, hable recto.

—Yo soy, pues, la mujer del enfermo...

—Bueno, ¿y qué?

—Está aquí. ¿No ve que lo trajeron desde hace días?

—¡Ah, diablos! ¡Hable de una vez o váyase!

—¿Y no estoy hablando, pues? — contestó Baldomera encrespándose ya.

El Director tiró apenas la cabeza atrás. Se acomodó los lentes. Luego dijo calmadamente, pero con energía:

—Quiero decirle que me exponga concretamente el objeto de su visita. Si no, puede usted retirarse en el acto.

—No, doctor, yo no me retiro. Perdone. Quiero pedirle el favor de que me dé un permisito para venir a ver a mi marido todos los días. Ese condenado de portero no me deja pasar.

—¿Y para eso me viene usted a fastidiar?

—Es que nadie me quería dar permiso. No me dejaban ni entrar. Hágame el favor.

—¿Y cómo entró ahora?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted, usted misma.

—Este... Porque, vino, pues, un doctor, el que lo cura y me hizo entrar, porque él me conoce desde tiempísimo... desde cuando... (Mintió Baldomera.) Luego añadió: Me dijo que por hoy no más. Deme el permiso, doctor.

No repuso el director. Aplastó el botón del timbre que estaba en el borde del escritorio. Pensó para sus

adentros que así se libraría de esa mujer. Al cabo de un instante vino una monja.

—Dele usted a esta mujer un permiso para que pueda visitar a un enfermo.

La monja hizo señas a Baldomera con el dedo. Fueron juntas a otra habitación. El director no contestó las gracias a Baldomera. Inclinó de nuevo la cabeza y volvió a trabajar.

Desde entonces, Baldomera, a diario, a las diez de la mañana, con chuchaque después de las borracheras, o sin él cuando no bebía, visitaba a Lamparita.

La mejoría de Lamparita era muy ligera. Estaba de flaco que se le veían los huesos. La cara, cetrina, mostraba el pellejo caído en partes y en otras tieso y tirante, mostrando los huesos como una calavera. Sus espesas cejas le daban aspecto, que si era bueno, para inspirar lástima, lo era tanto para asustar.

Cierto que la fiebre había cedido un poco, lo que significaba que no seguía la infección, pero le quedaban sus décimos y aún no podían alimentarlo.

Una mañana dijo el doctor:

—Hay que operar a este hombre. Pero es necesario robustecerlo antes. Si no, se me queda en la mesa.

Lo oyó Lamparita y se prometió comer dos muchines diarios en vez de uno. Con todo, tenía miedo por la operación. Así se lo dijo a Baldomera:

—Dice el doctor que me va a operar. Yo no quiero. Pero como dice que agacho el pico si no estoy alimentado, tráeme dos muchines y también, cuando puedas, un pedacito de carne, pero con pimienta.

—Bueno, Lamparita. Pero sin pimienta, que te puede hacer daño, porque es pesada.

Mas, el primer día que comió la carne, por poco se muere. Pasó muy mal la noche. En la visita diaria que hacía el médico lo notó. Llamó a la hermana Leoncia.

—¿Qué le ha pasado ayer a este hombre?

—Nada, doctor. De noche tuvo cuarenta.

—Malo, malo. ¿Qué ha comido?

—Sólo la leche y una taza de champús, que usted ordenó.

—Pero no puede ser. Tiene que haber comido algo. A ver, ¿nadie lo visita?

—Sí, doctor, su mujer. Tiene permiso del director.

—Ajá. Fíjese muy bien cuando venga.

Así ocurrió. Al llegar Baldomera, con sus dos muchines y el trozo de carne, bajo la manta, envueltos en papel de periódico, la monja, la pálida hermana Leoncia, le salió al paso.

—Oiga, usted, ¿qué es lo que le trae al enfermo?

—¿Quién? ¿Yo?

—Claro. Deme acá ese paquete.

—Si yo no le traigo nada.

—¡Cómo no! Ayer le ha dado fiebre y por poco se muere. ¿Sabe? Deme lo que tiene.

—No tengo nada, madre.

—Démelo inmediatamente o le cancelo el permiso para siempre.

Baldomera, con el temor de no ver más a Lamparita, dobló el brazo. Buscó bajo la manta. Y extrajo el paquete que entregó a la monja.

—Ajá. A ver. ¡Uy! ¡Qué cochinada! ¡Muchines! ¡Válgame Dios! ¡Carne! ¡Virgen Santísima! Con razón. No entra usted más aquí, ya lo sabe.

—Madrecita, por Dios, ya no lo volveré a hacer.

—¿Me lo promete usted? ¿Lo jura?

—Se lo juro.

—Bueno, entonces, queda usted castigada por una semana. Es decir, que hasta el martes próximo no puede entrar a la sala.

—Pero, madre, si yo no le voy a traer nada; ¡Una semana! ¿Y si se muere?

—Tiene usted que purgar su pecado. Todo se paga.

—Yo no sabía, madre.

—Así lo aprenderá. Son las órdenes de Dios.

—Pero, ¿y si se muere?

—Venga a preguntar por él. Ya le avisaremos si la voluntad de Dios es llevarse su alma. Y no me insista, porque le cancelo el permiso para siempre.

Baldomera hizo un gesto particular con la boca, encogiendo la barba. Miró a la monja. Y viró cara sin añadir una palabra.

Lamparita había escuchado la conversación. Al marcharse Baldomera, cuando vió que la hermana Leoncia se llevaba el paquete de provisiones, exclamó en voz alta:

—¡Ay, mis muchines!

Sólo dos días duró la gravedad de Lamparita. Al tercero, mejoró. Cedió de nuevo un poco la infección. El doctor opinó:

—Este hombre es de fierro. Otra ya no contaba el cuento. Hay que operarlo. No deje usted de darle el champús y la leche puntualmente. Todavía está muy débil. ¿Se podrá conseguir leche de burra?

—Imposible, doctor.

—¿Imposible? ¿Cree usted que no se puede comprar?

La hermana Leoncia sonrió.

—No, doctor. ¿Y el dinero?

—Hay que pedirlo a la Proveeduría.

—Falta el permiso del señor Director. Además, yo no creo necesario.

—¿Cómo? Es lo indicado. Usted siempre creyendo no sé qué. Voy a recetar. Y abajo, aquí en la receta, dejo una nota para el Director, diciéndole que es indispensable la leche de burra. Ojalá se pueda. No deje usted de llevarle la nota lo más pronto posible.

Sin embargo, la leche de burra no se compró. Y sin embargo, también, Lamparita seguía mejorando lentamente. La hermana Leoncia caminaba por los corredores, por las salas, por los jardines, por los amplios

patios llenos de luz, y sus leves pisadas no se oían y su pollera azul iba como en el aire, la cara cetrina, las miradas largas y sin fondo, estática, rítmica, sin una sonrisa, sin nada que delatara emoción, pesadumbre, o alegría.

*

* *

En casa de Baldomera, todo marchaba a la diabla. Ella salía a eso de las nueve y media de la mañana. Tomaba el camino del hospital. Y después de la visita a Lamparita, cuando se terminó el tiempo de la condena, seguía por "la legua" hasta llegar, al golpe de diez, a la esquina de la tienda del italiano Landucci, en la entrada de La Boca del Pozo.

Despacio, comenzaba a arreglar el fogón. En un gran paquete, que al entrar al Hospital dejaba encargado al portero, llevaba la carne cruda, la manteca, la yuca y los condimentos. A las once ya había comido. Pero a las doce era el momento mejor para el negocio.

*

* *

Polibio desesperaba. Había recorrido taller por taller en busca de trabajo. No lo hallaba. Pensó hacerse sirviente. Una mañana, inició la marcha de casa en casa. Subía las escaleras hasta el portón. Allí tocaba el timbre.

—Buenos días, señorita.

—¿Qué desea?

—¿No necesitan un sirviente?

—¡Oh! ¡No!

Muchas veces subió escaleras y muchas recibió análoga respuesta. Sólo en una casa le preguntaron:

—¿Tiene usted recomendaciones?

—No, señorita.

—¿Entonces? ¿Lo manda alguna agencia?

—No, señorita. Pero tómeme no más. Ya verá que me porto bien — suplicaba en un tono quedito, con los ojos abiertos y sobándose las manos entre ellas.

—No. Eso sí que no. Sin recomendaciones no es posible. Busque en otra parte.

Tanto había caminado que le ardían los pies. Regresó ya tarde a la casa. De noche comió algo: una sopa de plátanos y un poco de arroz hecho pelotas por la falta de manteca.

Muchos días dejaba de almorzar. No había qué. Enflaquecía. Los dos hermanos menores también adelgazaban. Y cuando llegaba Polibio de la calle, se le prendían de los pantalones.

—¡Polibio, tengo hambre!

—¡Dame medio para comprar guineo!

—¡Polibio! ¡Ay! Tengo hambre. ¡No seas tan malo!

Entonces, lo más que hacía en veces era hervir una taza de agua de canela y darles a beber la infusión alentadora.

Tarde llegaba Baldomera. Traía las sobras del negocio. Y tocaba a cada quien ya un muchín, ya una carne de palito, una empanada. Después, en veces, con el sucre que le quedaba se iba a buscar alcohol Baldomera.

Era que el negocio andaba peor. Una serrana le hacía ahora la competencia. Y como su sazón era mejor, le compraban más. Sobre todo, la serrana, dueña de capital, mataba casi siempre su chanchito. Y los choferes y transeúntes preferían las longanizas, los chicharrones calientes, el encebollado. Baldomera rabiaba. Hasta pensó buscar otro sitio. ¿Adónde? Ya lo encontraría, pero, mientras tanto... Y la sed de alcohol que padecía la torturaba. El día que no bebía lo pasaba mal.

Esa noche llegó a la casa sin haber bebido. Polibio había estado durante toda la tarde tumbado en la

hamaca meditando. Apenas subió Baldomera, la abordó:

—Oiga, mamá, ya no puedo seguir así. No tengo trabajo. Como poco. Estoy flaquísimo. Mis hermanos se mueren de hambre también.

—Ahá. Hay que esperar que salga Lamparita del Hospital.

—Pero lo han de llevar preso, mamá.

—Ni creas. El se ha de huir.

—No, mamá. Yo no aguanto más. Yo...

—¿Y qué mismo vas a hacer?

—Este, yo me voy al campo.

—¿Y para qué?

—Me voy a trabajar. De peón. De lo que sea. Y a lo mejor, me hago cuatrero... Al menos, si no encuentro nada...

—Como tu padre...

Arrugó el ceño Baldomera. Asintió:

—Has como te convenga más mejor.

Se asomó al balcón. La noche era clarita. La luna se paró un instante y a su luz brillaron tal que hilos de plata los pelos, tiesos y erectos, de la barba de Baldomera.

IX

Al día siguiente de su conversación con Baldomera, Polibio debía salir para el campo. Lo tenía ya resuelto desde que se encontró con Andrés, el sirviente montuvio del Hotel Guayaquil, de quien, por azar, se hiciera amigo. Fué el día en que habló a su madre.

—Andate no más. Por allá no falta el trabajo. Yo me vine desde más arriba de Catarama por conocer el Guayas. Andate te digo.

—¿Y adónde voy a trabajar?

—En una hacienda cualquiera. Yo serví a don Facundo Ortiz, de Catarama. Si quieres, te doy una recomienda para él.

—Ya estuvo. Dámela.

Después, le había explicado sucintamente cómo debía hacer el viaje.

Y aquel día, a las cinco de la tarde, tomó el vapor, con pasaje de segunda hasta Catarama. Tres sucres, de los cinco que le dió Baldomera, pagó por el pasaje. Vino derecho del Hospital. El portero, a sus ruegos, lo dejó entrar.

—Bueno, papá, ¿cómo se siente?

—Así no más. ¿Y vos? Flaquísimo que estás.

—Ahá. Un poco enfermoso. La situación está mala. No hay trabajo. Y yo... este... venía porque...

—¿Qué es que mismo te pasa?

—Nada, papá.

—¿Y entonces? Tartamudeando estás.

—Ahá. Es que me vengo, pues, a despedir.

—¿Despedir? ¿Y adónde es que te vas?

—Al campo. Más arriba de Catarama.

—¿Pero qué carajo vas a hacer por allá?

—A trabajar, papá.

—Ni sé en qué.

—¡Adiós! Si es facilísimo. Llevo carta de recomienda, para don Facundo Ortiz. Me ha de emplear en una hacienda. Facilito es.

—Yo no sé. No te vayas mejor.

—¿Y cómo usted anduvo por el campo también? Y me han dicho que por allá es la mejor parte, que hay bastantísimo café y el cacao ha mejorado y necesitan peones.

—¡Mentira! Pagan poco y todito se lo roban. Son unos desgraciados. Se enriquecen con el sudor del pobre. No te vayas. Yo no fuí peón. Los hombres no son peones nunca. Yo fuí cuatrero — remató Lamparita con un tono de orgullo.

—¡Adiós! Si me va mal, yo también me hago cuatrero. Ya aprenderé. Lo que es yo me voy.

Lamparita lo miró un rato, levantando la frente en arrugas de la sorpresa. Se quiso sentar en la cama, pero le faltaron las fuerzas. Entonces, caído, con la cabeza hundida en la almohada y el aliento veloz, le repuso:

—Andate, pues. Sé bien hombre, Polibio. No te pares en pelo. Hay que hacerse el gallo para que lo respeten a uno. Roba, roba. Roba todo lo que puedas. Y, oye, ten cuenta con la rural. Que Dios te acompañe y la suerte te apañe.

—Hasta la vuelta, papá.

Lo dejó marchar Lamparita, con orgullo de su hijo que, antes, tan débil y cobarde le parecía.

Todo el camino desde el Hospital hasta el muelle del "Rocafuerte", que así se llamaba el vapor en que iba a viajar, lo hizo con la cabeza baja. Sólo cuando vió el río y la brisa le golpeó la cara, levantó la

frente y aceleró el paso. Se sorprendió. Allí, en el muelle, lo esperaba Baldomera.

—Tanto que te has demorado.

—Despidiéndome de papá, pues.

—Ahá. Vamos, apúrate, que ya mismo se va el vapor, cuenta te quedas.

Casi lo empujaba al andar. Baldomera tenía prisa. Le bailaban los ojos y movía los brazos. A medio muelle, comenzó a hablar.

—Oye, Polibio, te quiero decir una cosa para tu mismo bien.

—Diga, pues, *mamá*.

—Este... No seas nunca zoquete. Haste entrador. La gente no es nunca buena. Eso es mentira. Si quieres que te vaya bien, ataca duro y primero. Así te han de tener miedo. Polibio. La pelea es peleando y vos vas a pelear. ¿Me oyes?

—Sí, mamá.

—Y ten cuenta con las mujeres. Las mujeres son unas condenadas. Yo he visto matar por ellas. Ten cuenta, Polibio. Todavía estás muchacho. No las quieras... Y cuenta te haces de hijos...

—No, mamá. Ni crea.

—Hazte curtido. El hombre cuerudo se come al pato. Trabaja bastante pero no para otro. Y agarra todo lo que te dé la gana, que para todos hay porque Dios ha hecho así la tierra de grandota — y señaló con los brazos, abriéndolos desmesuradamente.

—Sí, mamá.

—No te amaricones nunca.

—Eso ni crea.

—Reza cuando te dé la gana. Y aunque dicen que Dios quiere a los humildes, esas son pendejadas. Al camarón que se duerme, se lo lleva la corriente...

Ya habían llegado al vapor. Dos agudas pitadas se fueron derechas al cielo. Polibio agarró el atado del nudo y un machetillo, que llevaba consigo, y saltó aden-

tro de la embarcación. De allí, arrimado a la borda, se volteó a saludar a su madre.

—Hasta la vuelta, pues.

—Hasta la vuelta, Polibio. Ten cuenta, ten cuenta...

Lentamente el vapor se abrió del muelle. Al dar la vuelta, se ladeó. Fué el primer susto de Polibio. Se puso un poco pálido. Pero, en seguida, restablecido, miró hacia el muelle. Allá estaba Baldomera, erguida, recia, firme, con la cabeza en alto y los brazos en jarras, sin hacer una seña.

El vaporcito navegaba a favor de la corriente. Iba rápido. Cogió el río de la derecha. Las paredes del barranco se iban estrechando. Llegó a la vuelta de los Angeles. Una fuerte correntada se estrelló en la proa y el vapor de nuevo se inclinó. Polibio, sentado sobre un cajón, se levantó sin querer y corrió al lado contrario del que se inclinara... Los demás pasajeros rieron.

—No pasa nada, hombre. No tenga miedo.

—Si yo no tengo miedo, ¡Bah! Es que es la primera vez...

Volvió a sentarse, mohino y avergonzado.

El sol fugaba. La tarde comenzó a pintarse de colores. El verde fogoso de las orillas se fué desdibujando y se enredó con el morado del cielo, como un encaje de adornos. Se movía la montaña con el viento, y el río, saltarín, se puso a jugar con el barranco.

Después, la noche se encargó de poner paz. Y obligó al descanso de las cosas. Se perdieron las dimensiones y las diferencias. Un afán totalizador cubría el río, el barranco, la montaña y el cielo. Sólo la máquina del barco, nerviosa, chúcara como un potro, iba disonando en el gran ritmo general.

Habían encendido ya las linternas. Y las caras de los pasajeros de segunda, sentados, quien en un saco de arroz o de patatas, quien en un cajón vacío o sim-

plemente en el suelo, se recortaban pálidas, amarillas, como pantallas de pergamino.

Polibio, inquieto entre el silencio aislador del barco, se asomó a la borda. Allí quedóse de codos quién sabe cuánto tiempo. Sólo se veían, recortadas en el barranco, las luces del vapor. Sobre todo, las luces de una ventana se reflejaban haciendo un rectángulo que andaba y andaba mostrando el lodo ocre y amarillo a retazos. Habían momentos en que parecía saltar el rectángulo. En otros, se doblaba. Se encogía. Y luego se estiraba planchadito.

Los árboles casi no se veían. Semejaban tan sólo manchas más oscuras contra el cielo. Y una cosa lejana y alta que subía y subía sin fin y sin paredes.

De repente, pareció que se iba a estrellar contra una fila de palmeras que, a lo lejos, se veían surgiendo del agua, atravesando el río. Eran altas, erguidas, rectitas, las palmas reales. Con el reflejo de las linternas de abordo, se notaban claras, recortadas sobre el agua que corría. Al acercarse, quedaron diagonales y elegantes, rectas, firmes, con los cogollos recogidos, abanicando lentamente.

Cinco horas así. Monótonas y duras. Pesadas. En el ritmo nocturno, el vapor se movía perezoso. Y a no ser por la máquina, se diría que no andaba.

De repente, un grito estremecía a los pasajeros:

—¡Hey! ¡Trae agua para el caldero!

—¡Allí hay!

—¡No han cortado leña, mi capitán! ¡Ah, capitán! ¡El marinero de guardia se ha dormido! ¡Hay que levantar presión! ¡Capitán!

De vez en vez esos gritos y alguna conversación silente como zumbido de moscas. El piloto iba buscando el barranco, que por su lado el río es más profundo, y tenía que maniobrar ya a la derecha ya a la izquierda. De improviso, el barco se detuvo como en choque. Se acostó de lado. La gente, asustada, se levantó. Se oyó la voz del piloto:

—¡No se muevan!

Volvió a enderezarse la embarcación. Y ahora se fué al otro lado. Dieron máquina atrás. El río no había crecido por la falta de lluvias. Y en la noche tan oscura, se había varado el vapor. La luna saldría más tarde, según los cálculos del piloto.

Pero antes que estuviera afuera, a eso de las diez de la noche, atracaron en Babahoyo. Allí debían descargar por más de tres horas. Polibio tomó su atado y el machetillo y saltó a conocer la ciudad. Una ciudad pequeña, destruída por los incendios, en realidad un pueblo largo y angosto, cuando más de tres o cuatro cuadras de ancho.

Caminó Polibio conociendo. Le provocaba tomarse un café. No había comido. Pero no había dónde. Tuvo que regresar a bordo. Mientras descargaba el barco, Polibio colocó el atado como almohada y se echó en el suelo, encogido por no tropezar a un vecino. Así estuvo, dormitando, hasta que el ruido de la máquina lo despertó.

Ya amanecía cuando pasaron Caracol. La madrugada era dulce y olorosa a leche fresca y tierra húmeda. Los tonos azules se confundían por un lado del cielo. El plata de la luna, el profundo de la noche y el celeste que rompía el sol se unieron hasta desaparecer vencidos unos por otros. Ahora tan sólo la claridad malva de la mañana. Después, por una ovalada hendidura, el sol se fué trepando. El canto de los pájaros completó el paisaje mañanero.

En Caracol estuvieron cerca de una hora. Una vez dejada la carga, siguieron a Catarama. Polibio iba mirando el río que se estrechaba más y más. Las curvas se hacían cerradas y continuas. Interminables. A los lados, una lujuriosa vegetación estaba extática. Los árboles gigantescos, de troncos anchos y retorcidos, sobresalían. Pasó el vapor muy cerca de un cañaveral. Se levantaban las cañas delgadas, finas, apenas arqueadas en lo alto. Sus ramas finitas tejían arriba una transpa-

rente tela de araña. No se movían. En su rigidez conservaban un ritmo parejo al doblarse todas ligeramente como el final de una escoba.

Del otro lado se veían los alambres del teléfono. De un poste al otro, se habían parado las golondrinas. Estaban enfiladas, sin dejar un trozo de alambre libre.

En una vuelta del río, muy cerca a las ocho de la mañana, vieron Catarama los pasajeros.

—¿Qué es eso? — preguntó Polibio.

—Catarama. Ya llegamos.

Pocos minutos después saltaron a tierra, atropellándose por ganar primero la orilla. Polibio inquirió:

—¿Dónde mismo se puede tomar café?

—En la fonda, pues. Yo también voy allá. Si quiere, vamos juntos.

Con su acompañante, Polibio, hambriento, comió un gran trozo de carne, café con leche y abundante pan. Después, se hizo llevar a donde don Facundo Ortiz.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Este... Tome esta carta de Guayaquil.

—A ver.

Leyó don Facundo — gordo, serrano de la provincia de Bolívar, bajito, de gruesos bigotes, cuadrado de espaldas, ensombrerado en ancho mocora—, y, en seguida, se soltó a reír.

—¿Pero dónde vas a trabajar, muchacho?

Se le pintó la sorpresa a Polibio. Se quedó mirando a don Facundo sin responder. Polibio no alcanzaba a entender la sincera exclamación de don Facundo. Seguía saltándole adentro las palabras del amigo: "si es facilito. Andate no más".

—Has hecho mal en venir, muchacho. Por aquí no hay ahora trabajo. Todo está mal. Muy mal.

La cara de Polibio era de miedo. Un viaje tan largo, tan costoso, para nada. Le parecía mentira. Y haberse separado de su madre. Don Facundo preguntóle:

—¿Ya tú has trabajado antes en el campo?

—No, señor. Nunca. Pero yo sí puedo, señor —dijo, arrimado a una esperanza.

—Peor así, hijo. Si no tienes práctica... Yo no sé qué hacer contigo. ¿Para qué te habrá recomendado la bestia ésa? En fin, quizás en una hacienda. "La Pompeya" es la que más café está sacando ahora. Si quieres, te doy una carta para el administrador.

—Sí, señor. Deme una recomienda.

—Bueno. Pero no aseguro yo que consigas trabajo. Tienes que irte a pie hasta allá. Porque caballos, sí que cuestan caros.

—Bueno, señor. Muchas gracias.

Al poco rato, don Facundo volvió con una carta y la entregó a Polibio.

—Toma. ¿Ves ese camino ancho? No tienes más que seguirlo y dentro de unas tres o cuatro horas llegarás a San José y La Soledad. No te pierdas del camino ancho. Desde cualquiera de las dos, en una media hora de camino largo, llegarás a La Pompeya. En Soledad te han de indicar el camino para La Pompeya.

—Está bien, señor. Muchas gracias.

Le saltaba el corazón a Polibio. Caminar, caminar. Hacia lo desconocido. Hacia el trabajo. Hacia la libertad. Ganar dinero. Comprarse su ropita, sus cigarrillos, enamorarse de una chola descalza, bonita, y, de vez en vez, mandarle unos diez sucres a la vieja, a la Baldomera. Polibio sentíase feliz. Positivamente feliz. ¿Qué trabajo le darían? ¿A rozar? ¡Bah! Muy fácil. ¿A recoger café? No importaba. El se pondría práctico al instante. Para eso era él hijo de Baldomera y Lamparita. Se imaginaba el trabajo una cosa sencilla, de distracción. Pensó: "Y dicen que diz que hasta las cuatro de la tarde no más trabajan en el campo".

Ya Polibio se hallaba en todo el camino ancho. Andaba de prisa. Había anudado el hatillo en la punta del machete y habíase puesto éste encima del hombro, empuñado por el mango. Su pantalón de dril oscuro se mojaba en el lodo. Días antes llovió. Y el lodo

estaba resbaloso, como jaboncillo. Llevaba camisa azul. Se le pegaba al cuerpo con el sudor. De rato en rato se quitaba el sombrero de paño negro y se soplaba agarrándolo con las manos. Era un sombrero viejo, sin forma, caído desde la punta hasta las alas a manera de embudo. No tenía más adorno que una piola blanca, que él mismo había cosido en ruedo con una agujeta, en el sitio donde comenzaban las alas.

El sol picaba. El sol ardía sobre el camino. El sol hinchaba la cabeza y picaba en la nuca. El sol, a esa hora, era una cosa mala. No se podían levantar las miradas. El sol venía derecho, perpendicular, sobre las ramas y el lodo. Había una exagerada iluminación: el verde brillaba jubiloso y hasta el fango lucía pulido. Los pájaros chillaban. Millares de tonos distintos sonaban de rama en rama. Se veían arder las últimas hojas de los árboles. Y un vaho penetrante, grandioso, venía de la selva y se tiraba sobre el camino con necesidad de extensión. Si no, se diría que hubiera reventado la montaña.

A veces, el brillo de las hojas verdes era tan fuerte que a Polibio le ardían los ojos. Era que el sol reflejaba en ellas. Y al moverse las hojas, la luz bailaba como en un espejo.

Un cacique, saltando de rama en rama, lo acompañó un rato. Polibio silbó. Y el ave, se puso a cantar más alto. Eran tres notas agudas, cortadas, que terminaban en una verdadera exclamación finita y dulce. Polibio repetía el silbo. Y así se entretenía en el camino.

Polibio no era muy caminador y después de un largo rato le dolían las piernas. Las pantorrillas le brincaban. Pero sólo anduvo tres horas. Suspiró de satisfacción cuando vió el poblado. Era la hacienda "San José". Varias casas se alineaban. Frente a una paró.

—Buenas días.

—Buenos.

—¿Puede obsequiarme un poco de agua?

—Cómo no. Suba no más para que tome.

Era una cabaña rectangular. El techo de bijao dejaba colgar las últimas ramas como barbas. Debajo se cortaba la pared y quedaba un ventanal largo. Mejor, un hueco que tenía de borde un palo redondo descansando sobre las cañas. Tal especie de corredor se paraba sobre unos palos flacos, que eran los puntales. La escalera estaba debajo. Y había que agacharse ligeramente para pasar. Consistía la escalera en dos cañas unidas por palos a manera de escalones. Por allí subió Polibio. Le dieron un gran jarro de agua fresquita. En seguida, se sentó en el suelo.

—Déjeme descansar un ratito, señor.

—Siéntese, pues. ¿Y adónde mismo va?

—¿Yo? A La Pompeya.

—Ahá. Corto es. Una hora no más porque el camino está malo por los aguaceros de la semana pasada.

Polibio tenía hambre. No se atrevía a pedir. Al fin, decidióse, luego de un rato de vacilación.

—¿Podría venderme algo de comida?

—¡Uy! Si nada mismo tengo. Sólo un poquito de arroz.

—Véndame, pues, eso.

—De venderlo, no. Espérese.

Se levantó su interlocutor y a poco volvió con un plato servido de arroz hasta los bordes y una cuchara de palo al lado. Comió Polibio con un gusto. Al terminar, bebió otro jarro de agua. Y preguntó:

—Dígame no más cuánto le debo.

—¿Qué le voy a cobrar por un poquito de arroz? No vale nada.

—Muchísimas gracias.

El corazón de Polibio seguía saltando de júbilo. Todo le parecía sencillo. Fácil. Cosa de muchachos. Tenía tal fe, que no se le ocurrió por un instante no hallar trabajo. Contemplaba la tierra con amor. Le tomó en el acto la dulzura del campo. Olía la tierra con el calor. La evaporación era melosa y fuerte. Vecinas estaban las

huertas de cacao y se veían los árboles plantados en ellas para hacer sombra.

—¿Esa es la montaña?

—No. Por este lado no hay montaña. Son sembríos.

—Ah. ¿Y esos árboles tan grandotes?

—Son sombras para el cacao.

—Ah.

Así estuvo preguntando y viendo todo una media hora. Ya descansado, se despidió.

—Bueno, señor, ya me voy. Muchas gracias. ¿Por dónde mismo dice que es el camino?

—Allá. Fíjese. Donde se mete adentro. Más adentro se angosta más y no hay más que un trillo. Tiene que seguirlo todo el tiempo. También se puede porque va cerca del río casi todo el tiempo. Siga no más por allí. Hasta que llegue.

Volvió Polibio a ponerse el machetillo en el hombro con el atado en la punta. Se internó por el camino indicado. Comenzó a atravesar las olorosas huertas de cacao. En ratos, se quedaba en suspenso. No veía el camino. Avanzaba por la huerta entre el ruido chillón de las hojas secas que tapaban la tierra. Parecía una alfombra café. Y producían un sonido particular y metálico. como de cosa fina que se quiebra. Así andaba de un lado para otro, hasta que le salía al encuentro el trillo.

Las mazorcas de cacao pendían de las ramas y salían del mismo tronco de la mata. Muchas eran amarillas. Otras, el cacao llamado extranjero, eran rojas, preciosamente rojas. Y una gran cantidad de mazorcas negras, secas, comidas por la peste. Polibio, curioso, tocó una de éstas con el machete y en el acto se desprendió y cayó al suelo. Se quedaba mirando las ramas extrañas de "la escoba de bruja". Retorcidas, rematando como escoba, sobresalían entre el cacao, enlazadas al ramaje.

En la misma huerta había café florecido ya de granitos verdes y redondos. El sol no penetraba del todo en

la huerta y se sentía, ahora, un poco de fresco. En veces, caían en su frente hojas y pedacitos de palo. Un ruido lo hizo parar. Una gigantesca iguana se arrojó de un árbol y corrió entre las hojas secas que, a su paso, gritaron como cristales quebrados. Polibio, medroso, siguió el rastro. Y así halló de nuevo el río, por cuya margen izquierda iba el camino.

Era el río poco ancho y casi no tenía agua. Los barrancos eran altísimos. El lecho de arena se veía claro, al través de la transparencia del agua. De lado y lado, sobre el barranco, se levantaban al cielo los árboles tupidos. Le encantó a Polibio el espectáculo. Y se quedó parado contemplando. Cantaban los caciques. Los negros garrapateros saltaban de rama en rama. Un brujo, como un salto de sangre, cayó sobre una rama. Polibio avanzó unos pasos. Y el ave extendió las alas chillando.

Después de un momento, Polibio tuvo que bajar al río para seguir el camino que continuaba por el otro lado. Lo atravesó subiéndose un tanto los pantalones. Sintió el cosquilleo de la arena fresca y sin mancha. El agua lamió sus piernas. Agachóse y se mojó la cabeza. En el fondo del agua se veían millones de puntitos brillantes: diminutas partículas de oro.

Luego de haber subido al barranco del otro lado, Polibio se arregló los pantalones. Continuó el camino. Oyó pisadas de caballo. Esperó. Vió venir hacia él a un montuvio montado en una mula.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—Oiga, ¿por aquí es el camino a La Pompeya?

—No. Esto no va para allá. Tiene, pues, que recular.

—¿Y por dónde mismo es?

—Aquí no más. Está cerca. Vuelva al otro lado. Caminando un poco, encuentra para allá un árbol de mangos. Por allí mismo pasa el camino.

—Muchas gracias.

Volvió Polibio a atravesar el río. El sol aún estaba

fuerte y pasaba al través de los árboles. Penetró a la huerta de cacao. Unos hombres trabajaban en ella. Se quedó mirando cómo hacían la tumba. Con una palanca, que remataba arriba en un cuchillo atravesado, cortaban el tallo de la mazorca. Otro hombre, con la punta del machete las recogía del suelo y arrojábalas sobre la espalda, con tal maña que caían en una gran canasta. Allí se amontonaban las mazorcas. Hasta que las partían con el machete y con una costilla de vaca, enlazada con una piola a la mano, sacaban las pepas envueltas en baba blanca. Era sólo un veloz movimiento de rotación que imprimía la muñeca a la costilla. No quedaba una pepa en la mazorca. Después, las trasladaban a las grandes árguenas de lona, que montaban en una mula.

Polibio, entretenido con la tumba, preguntó:

—¿Y después es que se saca el cacao?

—Ahá. Ya está maduro. Rico es. ¿Quiere probar?

Se puso a comer Polibio. Como pepas de guaba, las chupaba hasta quitarles la capa blanca y babosa. Era un sabor agridulce, sensual y fuerte. Luego pidió que le indicaran el camino.

—Por aquí no más. Váyase derechito por ese trillo — le dijeron.

Mucho rato anduvo Polibio. Hasta que encontró con la montaña y tuvo que internarse. El calor sofocante lo agobiaba. Sintió la sangre arder. Todo húmedo, con la ropa adherida al cuerpo sudoso, sentóse en un tronco. Era al pie de un árbol de nigüitos. Y de repente, como un murciélago, se puso a comer las bolitas verdes.

Levantóse y continuó. "Si me dijeron una hora", pensaba. ¿Cuántas habían pasado? No lo podía calcular. Notó sólo que el sol ya se iba de lado. "Hay que apurarse, se dijo. Y trató de caminar ligero. Pero, a veces, las espinas se le clavaban en las plantas de los pies.

De improviso, el viento penetró en la montaña. Los árboles movieron las ramas como brazos. Salió de la tierra olor de hembra, recio y penetrante. Las hojas secas

volaron vibrando como cuerdas de guitarra. Los pájaros chillaron. Así fué un rato. Hasta que Polibio se encogió de miedo. Quedóse en cuclillas, como gallo trabado. Había escuchado un ruido extraño entre las hojas. Y al cabo de unos ansiosos segundos, vió dos cabezas de culebras que avanzaban a encontrarse. Poco a poco se unieron. Se enlazaron amorosas. Se fueron poniendo verticales, unidas por el rabo. Así quedaron con los rabos abiertos, y, a partir del sexo, agarrados y enroscados. Arriba, se abrían en círculo, haciendo un gancho que se cerraba de nuevo en las cabezas, como un caduceo. Unieron las lenguas en un beso largo, largo.

Polibio no quiso ver más. Huyó a toda prisa. Había escuchado otro rumor. Como de mil cosas que se rompen. Fuerte. Recio. Rompedor. El río, que ahora venía saltando entre las piedras. El agua, clara, hacía figuras atolondradas y, en partes, caía en torrente desde lo alto de un peñasco.

Parecía, en veces, lenguas multiplicadas que chascaran, o gritos interminables. Ronquidos. Y estridencias frescas, húmedas, de una garganta poderosa.

Polibio se fué acercando, acercando, tembloroso. Abrió unas ramas. Alargó el cuello. El río se rompía entre las piedras, como un gran espejo hecho trizas. Y más allá, del otro lado, un cuerpo de mujer se dibujaba sobre una piedra. Echábase agua con un mate. El camizón, cortito, pegado al cuerpo, la ceñía, y las piernas se relievaban perfectas. Los senos erguidos saltaban ágiles con los pezones hinchados en sazón. Caía el agua, dejando gotas brillantes, en la piel canela del rostro. Luego de mojarse, la hembra —joven y fresca montuvia—, agarró del suelo el jaboncillo. Se jabonaba, se jabonaba, y, en un momento, para mayor ligereza, se levantó el camisón y pasó la espuma blanca por sus muslos oscuros. Ascendió la espuma, cubriendo el cuerpo, hasta que llegó arriba. Allí la chola se quedó contemplando el vientre propicio, y sobándolo con el jabón como en ma-

saje, el rostro inclinado, la mano izquierda sosteniendo el camisón bajo los pechos.

Más allá, alcanzó a divisar una casa de caña. En lo alto, por un extremo del techo, un gallinazo se espulgaba. Y quedaba, a momentos, con la cabeza perdida entre las alas.

Polibio enderezó sus pasos hacia la mujer. Había cobrado bríos y lanzó una exclamación de júbilo.

La tarde ya tenía poca luz. Y el verde de la montaña comenzó a opacarse. El griterío de las ranas indicó la proximidad de la noche. Eran tonos diferentes. Fué primero un gran ronquido repetido por millones. Después, chillidos agudos, agudamente extraños. Y, luego, un tableteo seguido y seco.

Por fin, el sol se quebró en el agua juguetona. Y saltaron chispas de luz en las cascadas.

*
* *

Contarán los montuvios, pasados los años, que por allá, galopando sobre la tierra enjundiosa, ocultándose entre las fuertes ramazones, saliendo al paso de los caminos, entre la noche, en las tardes doradas y fogosas, azotado por el viento, tostado por el sol, un cuatrero, un gran cuatrero, valeroso y audaz, jinete en ágil caballo, infunde el pavor a los patrones.

Y será como una sombra, medio leyenda, medio historia, que arrasará con todo, arrogante, en una perenne actitud de desafío y de reto, con un eterno grito de dominio sobre los campos.

X

El tranvía eléctrico, pintado de amarillo patito, con su letrero en la trompa que decía: "Alfaro-Hospital", pasaba cada cinco minutos frente al aserrío de maderas "San Luis".

El aserrío "San Luis" estaba ubicado en el sector destinado a las fábricas. Un corralón alto, con techo de cinc, pintada la fachada de azul. En letras blancas, en el filo del techo, destacaba el gran letrero que se divisaba desde cuadras por la ventanilla del tranvía. A las siete de la mañana, en punto, con el pito de la sirena, bajaban algunos obreros del eléctrico. Ya el conductor sabía. A esa hora, se detenía justamente en la esquina. Y a las once, o a las cinco de la tarde, el tranvía, si venía retrasado, se apresuraba para coger a los obreros y no dejarse ganar del ómnibus.

Tenía el aserrío una gran puerta. A su lado había una ventana de rejas, que parecía celda de cárcel. Desde la calle Eloy Alfaro hasta el Malecón, ocupaba el aserrío. Media cuadra de edificio era cubierta por las oficinas. Varios departamentos se titulaban con placas de bronce. Al entrar, a la izquierda, había una ventanilla y una puerta de resortes. Arriba se leía: Pagos y recibos. Al frente, otro letrero indicaba: Informes. Más al fondo estaba la Contabilidad. Y, por último, las oficinas generales, en las que se hacía la correspondencia. Junto a éstas, una elegante puerta, con preciosas

letras que decían: Gerencia, conducía a un departamento pequeño y cómodamente amoblado.

El resto, hasta la orilla, contenía el taller. Desde el comienzo se enfilaban tablas y tablas sobre tarimas de madera. En el suelo, multitud de troncos sin labrar. Las maquinarias eran imponentes. A simple vista destacaba la gigantesca transmisión de cuero que movía, a lo lejos, una colosal rueda dentada. Aquí el bullicio de las máquinas no permitía conversar. La madera crujía. A veces era como un rechinar de dientes. En otras, sonaban golpes matemáticos, precisos, continuos. Giraban los émbolos dentro de los cilindros vertiginosamente, enrareciendo los flúidos. Los ejes se movían brillantes y parecían estáticos, al par que las ruedas laterales lanzaban chispas de luz entre el bronce bruñido. Un grupo de cuatro dínamos, carapachudas, con trompas llenas de ojos, metían una bulla endiablada. Era el departamento generador. De allí salía la energía mecánica transformada en energía eléctrica y la rotación mareaba al contemplarla por un rato. La sección de las sierras era la más bonita. Las sierras cortaban con sus dientes agudos y triscados. Al pie, se amontonaba la viruta como pelo ensortijado. Y un polvillo menudo, aéreo, se introducía en los bronquios de los obreros, haciéndolos toser.

Iban saliendo tablas y tablas. Cortadas, bonitas, labradas. De todo ancho. Salían chillando, con agudeza. La madera más dura —el ébano— rompía, a veces, los dientes de las sierras pequeñas. Y había que penetrar adentro, muy adentro, hasta encontrar el corazón, la parte más negra y dura. El caoba, el bálsamo, rosado y oloroso, se pulían y quedaban brillantes. El amarillo lagarto abundaba, amontonado hasta el techo en millares de tablas. Media pulgada, una pulgada, dos pulgadas, todas clasificadas las tablas olían sabrosas y ásperas. Los grandes troncos de roble se hallaban agrupados, redondos, unos encima de otros, como un bosque seco venido al suelo. El laurel de Puná, el

laurel prieto, el palo de vaca, separados, enfilados hasta el río.

En la orilla estaba el muelle. Era largo, con balaustradas de fierro y un piso de tablas nuevitas. Medía muy bien sus veinte metros de largo por cuatro de ancho. Así llegaba como un brazo hasta más allá del lodo, aún con marea baja. A cierta distancia, casi al final, el muelle descendía, quebrado, hasta la balsa, con unos palitos atravesados en el piso, de lado y lado, a objeto de asentar bien los pies, sobre todo, cuando por la marea vacía se inclinaba ese trozo casi vertical. Con marea llena, la balsa cuadrada que estaba al extremo, subía, y entonces la extremidad del muelle perdía su inclinación tan brusca. Por allí llegaban los troncos de Daule, de Vinces, de Puná, hasta de Esmeraldas, el palo de balsa de la zona de Quevedo. Por allí también pasaba el cargamento de maderas exportables. Las iban amontonando ordenadamente en la balsa, y en lanchones de fierro, remolcados por un poderoso vaporcillo, eran conducidas al barco que debía llevarlas al Perú, o, casi siempre, a San Francisco de California.

El aserrío "San Luis" era, por todo esto, famoso. Muchos obreros trabajaban allí. Eran varios departamentos. Desde el muelle, los cargadores de madera, los estibadores. El departamento de sierras. El de labrado. Y entre todo, el mejor, el más costoso, el más bonito, el de las maquinarias, el llamado taller mecánico. Las organizaciones cambiaban, según el trabajo: los cargadores, estibadores y hombres de análogas funciones tenían, cada grupo, su capataz. En los talleres la cosa era distinta. Había el jefe, los ayudantes, los maestros, los oficiales, los aprendices.

Los trabajadores ansiaban, como un premio lejano, llegar a trabajar en el taller mecánico. Cuando no eran obreros experimentados, el propietario, un don Honorio Paredes, prefería tomarlos muy jóvenes, alrededor de quince años. Comenzaban como muchachos del servicio: unos en las oficinas, llevando el agua, barriendo

la gerencia y despachos adyacentes; otros, recogiendo, en los talleres de aserrar, la viruta de la madera: con grandes escobas la iban amontonando, y, luego, la metían en sacos para ir a arrojarla al río; quienes —y eran los más aventajados— engrasando, bajo la dirección de un oficial ya experimentado, las máquinas, y quitando el polvo de las sierras. Algunos, ya crecidos, ascendían a cargadores. Los primeros comenzaban ganando cincuenta centavos diarios, excepto los domingos y el sobretiempo, que, para ellos, sólo era de una suma igual a la del jornal, dividida en las ocho horas de trabajo, o sea, más o menos, unos seis centavos la hora. Los cargadores y estibadores de madera, ya gozaban de ochenta centavos, un sucre y hasta uno cincuenta diarios. Luego venían en escala, taller por taller, dos sucres, tres, cuatro, llegando a alcanzar, los mecánicos, unos cinco o seis sucres diarios. Por esta razón era que también todos ansiaban llegar al taller mecánico, donde el jornal bajo era de dos sucres o dos cincuenta.

El propietario, don Honorio Paredes, no gustaba de tomar mecánicos hechos. Le costaban caros. Tenía su grupo de hombres experimentados en el trabajo, y los demás eran todos tomados desde sirvientes. Así podía pagarles poco y los jefes le enseñaban, advirtiéndoles, por expresa orden de don Honorio, que les hacían el favor de enseñarles. Quedaban satisfechos y agradecidos, sobando la esperanza del ascenso que, ordinariamente, se hacía esperar por años.

En las oficinas había hasta unos veinte empleados. Los inferiores ganaban ochenta sucres los hombres, y treinta o cuarenta las mujeres. Los altos empleados, título que poníalos orgullosos cuando los publicaban en el periódico: el señor Fulano de Tal, alto empleado del Aserrío "San Luis", ha caído enfermo en cama. Ganaban, más o menos, trescientos sucres mensuales. El contador, gozaba de quinientos. Este era el sueldo mejor.

Allí estaban en la Contabilidad todos los emplea-

dos, ayudantes del Contador, agachados sobre la mesa larga, pegada a la pared, sentados en unas sillas altas de asientos redondos, sin espaldares, que subían y bajaban a voluntad con un tornillo. Todo el día inclinados, escribiendo en los grandes libros. Aparte de este mueble, se encontraba el escritorio del Contador y una mesa pequeña con una máquina de sumar, que todo el día estaba funcionando.

En la sección de corresponsales, unas ocho máquinas de escribir metían continuamente gran bulla. Tecleaban, tecleaban. No se oía otra cosa. Un corrector de las cartas, les iba poniendo el visto bueno y llevándolas a la Gerencia para la firma.

Después, el empleado de la sección Informes, con su ventanilla, atendiendo a los clientes, dándoles razón de los precios, indicando el camino a la Gerencia, escribiendo órdenes para la bodega y llevando el libro de almacén, que era chequeado en la Contabilidad.

Junto a esta ventanilla, estaba otra que era la del Control, y adentro, en la oficina, trabajaban tres empleados, contralores de la madera. Estos entraban y salían al taller, al muelle, a la bodega, con libretas de apuntes, llevando un estricto control que era revisado personalmente por el propietario.

Y, por último, la Caja. Y allí el cajero pagando vales, recibos, planillas, recibiendo el dinero, llevando las cuentas y saldos de los Bancos.

Era una perfecta organización la del aserrío "San Luis".

Pocos obreros conocían bien a don Honorio Paredes. Nadie sabía, en los talleres, exactamente, la hora de llegada del patrón, ni, menos, la hora de salida. De repente, una rareza, entraba a algún taller y, entonces, los trabajadores, con el rabillo del ojo, lo miraban: enjuto, seco todo él, alto, de angostas espaldas, los pómulos salientes y tersos y los ojos grises. Usaba recortado bigote y peinaba con raya a un lado. A la izquierda, se levantaba un copete graciosísimo que sabía

domar con el cepillo. Meticuloso en el vestir, llevaba siempre recta y sin arrugas la raya del pantalón, ordinariamente de blanca franela, y no muy bajo, por dejar al descubierto el tobillo enfundado en finas medias de seda y, más allá, los zapatos yanquis importados de contrabando. La americana, azul marino las más de las veces, era ceñida y no muy larga. Jamás usaba corbata larga, cosa que consideraba de mal gusto. Y sabía anudarse un lazo coquetón y pequeño, a colores en tono con la camisa.

Esto era todo.

Nunca hablaban con él. No conocían el metal de su voz. Pocos, en verdad, le oyeron dar órdenes al jefe de los mecánicos, el negro jamaicano John.

—¿Todo marcha bien, John?

—Bien. Mucho bien. No hay novedad.

Y el jefe de mecánicos, negro alto, erguido, con la infaltable pipa entre los labios, sonreía.

—Espléndido, John.

Estas palabras sólo podían escucharlas los que se hallaban cerca. Después, nada. Una vez por semana, y esto cuando lo hacía con frecuencia, que, ordinariamente, dejaba de entrar a los talleres hasta por quince o veinte días, lo veían pasearse a lentos pasos. Iba mirando, contemplando las tablas, calculando, con ojo aritmético, el tiempo necesario para el primer embarque.

Venían los comentarios.

—Nunca casi viene por aquí el patrón.

—Ahá. Si yo casi no lo conozco.

—A mí no me ha hablado nunca mismo.

—Ni a mí.

—Ni a mí.

—Diz que tiene bastantísima plata.

—Ve que eres zoquete. ¿Y no ves la fábrica?

—Y tiene automóvil.

—Sí, y bastantísimas casas.

—Buenas hembras que se ha de comer.

—Seguro. A mí me han contado. Dicen que se

va por las tardes a pescarlas a la salida de las oficinas y las invita a pasear en auto. Les da plata. Y como lo ven rico, bien vestido, se van no más con él. Después se las lleva a un cuarto.

—Suerte la del patrón.

—¡Suerte! ¡Plata, cojudo!

—Pero él es casado, ¿no?

—Ahá. Yo conozco a la mujer. Bien alta, bien templada, la blanca es rebuena. Y nada elegantísima.

—¡Mentira! Vos no la conoces. ¿Adónde la habrás visto?

—¡Adiós! ¿Y acá no vino el otro día? Yo estaba en la puerta y la vi entrar. Vestida de amarillo andaba.

—Yo no te creo.

—Bueno, pues; y a mí qué.

—¿Y cierto mismo que el patrón es bueno?

—Yo no sé. Como no lo he tratado.

—Sí, dicen que es bueno. Que hace caridades.

—Tal vez.

—Yo no creo. He oído contar cosas. Dicen que a una viuda fué que le robó la plata.

—No es así. Se la encontró en el incendio grande, buscando en los escombros. Entonces diz que andaba sin zapatos, como nosotros. ¿No sabías?

—No.

—Ahá. Y entonces se fué a París y allí se pasó bastantísimos años y se vino con el título de conde, que compró allá.

A esta palabra, los obreros se reunían en círculo y escuchaban ávidos. Todo lo que se hablaba de don Honorio les interesaba. Era, para ellos, un personaje medio misterioso, imposible de conocer, imposible de acercársele, imposible de hablarle. Sabían miles de cuentos, miles de leyendas. La imaginación florecía en cuentos. Cada quien quería saber más y amontonaba los detalles.

—Entonces fué cuando se trajo a la francesa que

tuvo de moza como tres años, y le regaló un automóvil. Así la tuvo hasta que se casó.

—¿Y qué la hizo después?

—La ha de haber mandado a su tierra.

—Ah.

Conversaban siempre sobre el mismo tema. Hasta que el jefe, el jamaicano John, se acercaba:

—¡Caraja! ¡Qué tanta hablar! ¡A trabajar, que no están ganando de balde! ¡Ociosos! Ustedes no saben trabajar. Para eso paga el patrón. ¡Vamos! Anda, a la máquina. Si no, mi hacer descontar del jornal. ¡Caraja!

Sonreían los obreros y retornaban a sus sitios. Y cada vez que don Honorio entraba al taller, por cualquier circunstancia, cuando se marchaba volvían a juntarse.

—¿Qué será, ah?

—¿Estará bravo?

—¿Qué habrá venido a hacer?

—Me creo que a retar al jefe. Quiere que produzcan más las máquinas.

—Ah.

Nuevamente regañaba John y nuevamente se retiraban los obreros, sonrientes y bonachones, a continuar en sus trabajos.

John, el jamaicano John, jefe de mecánicos en el Aserrío "San Luis" desde más de quince años, era un negro simpático. No se le conocía la edad; pero ya, en la cabeza, asomaban algunos zambos plateados. Era alto, fornido, de anchas espaldas, con poderosos biceps, ya algo fláccidos por la edad, y un pecho levantado y amplio. En veces, a la hora de salida, los obreros lo rodeaban y él comenzaba a narrarles trozos de su vida.

—Oh, yes. Mi recuerda muy bien de Yomeica. Mí hablar también un poco francés. Yomeica ser muy bonito, muy saludable. Mucho mejor que esta cosa. También conocer Panamá, Honduras, Filipinas. Yo era muchacho cuando estuve en Filipinas. Allí me fregaron:

me cogió la guerra con Estados Unidos. Y tuve que pelear.

Se ponía a relatar el negro John sus aventuras. Su llegada, de mecánico en un barco inglés, a Filipinas. Cuando, en medio de la bahía, fondeó el barco, rodeado de una flota de piraguas, maniobradas por hombres semidesnudos, con una rapidez inconcebible.

Después contaba cómo salían los negritos gritando para que les arrojasen pesetas al mar. Los tiburones rondaban, con la aleta afuera, como una vela de barco. Los pasajeros les echaban monedas al agua, y, entonces, los chiquillos, negros, achinados otros, de varias nacionalidades, se lanzaban de cabeza, sorteando el peligro de los tiburones y asomaban con la moneda entre los dientes.

Pero cuando el negro John cobraba entusiasmo y se paraba y se ponía a gesticular, moviendo los brazos y haciendo muecas con su enorme boca, colgándole un tanto el labio inferior, era al narrar las escenas de la guerra.

Comenzaba desde cuando, apenas roto el día, salió el destacamento del pueblo a través de unas sementeras, pasando, luego, por puentes de caña sobre un estero. El camino, agrietado y terroso, dificultaba la marcha. A lo lejos, asomaban bosques enteros de bambúes. Los primeros pelotones se desplegaron para otear hacia los bosques y los barrancos.

Llegaron al barranco. Se destacó la línea de las fortificaciones. Desplegaron dos compañías, y quedó la primera de reserva. Avanzaron por el flanco izquierdo. Las órdenes eran pronunciadas en voz baja.

En la sementera los bambúes se movían con lentitud, sacudidas por la brisa madrugadora.

A poco apareció la cresta de los parapetos, en las fortificaciones, dibujada en el espacio por una sucesión de nubes de humo. Llegó rauda una rociada de balas, con traqueteo de tiros lejanos. La tropa, bajando las cabezas, avivó la marcha. El fuego cubrió pronto de

gasa densa las trincheras enemigas. Hubo que avanzar contestando el fuego, y las fuerzas desplegadas en guerrilla, hincando las rodillas, rompieron un violento tiroteo sobre las trincheras.

De un achuchón que abrió claros en las filas, e hizo rodar a los hombres por el suelo, ganaron cien metros. Se reforzó el tiroteo de la defensa. Un tiroteo rabioso. Replegaron por la izquierda y acometieron un reducto que, destacado de la línea general de trincheras, encerraba una fila de cabezas visibles a través del humo. Faltaban seiscientos metros. Había que avanzar sin interrupción. Dando pequeños saltos entre la agitación creciente y tumultuosa y el estruendo de los disparos que apagaban las voces. Los hombres rodaban como tacos, abriendo brechas, dejando claros que, luego, luego, se cerraban con el instinto defensivo de la agrupación.

Al llegar a este punto, los obreros, jadeantes, curiosos, con los corazones apretados, se imaginaban estar ellos combatiendo. Preguntaban:

—¿Y qué más, mister John?

—Oh, pelear muy duro, muy duro. Mucho tiro. Mucho humo. Mucho grito.

¡Arriba! ¡Arriba!

Era el grito unánime. Había que cerrar la distancia. Aullaban las voces anhelantes. Era como salvando una cuesta insuperable.

¡Arriba! ¡Arriba!

La ira, el temor, la furia, ponían los semblantes pálidos. Los heridos se quejaban.

¡Arriba! ¡Arriba!

Era preciso avanzar. Era preciso tragar la muerte. Sorberla, con la respiración entrecortada.

El reducto era un incendio. Asomaban las cabezas de los defensores. Y siempre, en las filas, el mismo grito:

¡Arriba! ¡Arriba!

La tropa, ávida por llegar, por terminar de una vez, vaciaba las cartucheras, gastando municiones locamente,

cayendo y levantando con el fusil en las manos crispadas, mordiendo el polvo al caer, al rodar como peleles. Uno saltó como una cuerda, se distendió y quedó boca abajo, clavando las uñas en los terrones, las piernas abiertas.

¡Arriba! ¡Arriba!

De improviso, la explosión. Vomitó candela hasta cerca de las filas. Una tromba de hierro sacudió la tierra. La guerrilla retrocedió arremolinada como guiñapo arrollado por el viento. Volvieron a avanzar.

¡Arriba! ¡Arriba!

Se pisaron los caídos. El pelotón de tiradores se guareció bajo un matorral. Otra descarga de artillería hizo leña del árbol más alto y más fornido.

Tocaban las cornetas paso de ataque. Los sables brillaban al sol reciente. Se abatían los sombreros. En medio de un griterío infernal, entre resoplidos de fatiga, de ira, de sofoco, la línea toda, hincando el espacio con las filudas bayonetas, se lanzó tras los primeros tiradores al asalto.

Los cuchillos del máuser, al hundirse en los cuerpos, sonaban como despanzurrando reces de cuero templado.

Después, el triunfo. La embriaguez. La persecución de los fugitivos. La locura de haber ganado. Los heridos lamentándose en montón. Sangre, sangre, sangre. Piernas cercenadas. Brazos que quedaban en huesos con piltrafas de carne. Y la triste tarea de recogerlos, de pasarlos en las parihuelas, tintas en rojo, de conducirlos entre quejidos, viéndolos con los miembros hinchados y deformes.

Míster John tosía. Encendía su pipa. Luego, lanzaba un soberbio escupitajo. Y agregaba:

—Mucho feo, mucho feo. Demasiado muerto. Todos quejando. ¡Caraja! Muy fea es la guerra. Mí no quiere más guerra.

—¿Y después?—inquirían los obreros, curiosos.

—¡Oh! ¿Qué más quiere saber? Después, el regreso.

pues. Los primeros a perseguir a los que corrían. Otro día cuento más.

—Oiga, míster John, ¿y usted qué grado tenía?

—¡Oh! Mí era segundo cocinero. También limpiaba los fusiles y las pistolas.

Todos querían al buen negro John. Exigente en el trabajo, verdad, pero amable y pintoresco, siempre lleno de aventuras, dispuesto a narrar, divirtiéndose en contemplar a sus oyentes crédulos que lo admiraban como a un héroe.

Pero, desde que le cobraron más cariño fué cuando el accidente de Tapia, el que trabajaba en una de las sierras pequeñas.

Aquella tarde ocurrió. Tapia, ágil y buen obrero, se cuidaba poco. La polea saltaba. La sierra, entorpecida en su marcha, tenía bruscas detenciones y bruscos arranques. El negro John lo advirtió:

—Esa sierra trabajando mal. Pon cuidado.

—Voy a ver, míster John.

Se puso Tapia a mirar la sierra. Luego, corrió a la polea, pero no pudo hacer nada allí. Regresó a estudiar la razón de la falla. Faltaba media hora apenas para la salida. No había tiempo de interrumpir la marcha. Era menester acabar así no más el trabajo y revisar la maquinaria al día siguiente muy temprano.

—Oye, Tapia, mañana venir más temprano para limpiar la sierra y la polea. Ten cuidado.

—Sí, míster John.

Y como la media hora se alargaba y la sierra a cada momento se detenía, Tapia metía sus manos entre los dientes para limpiar, le daba un pequeño empujón y otra vez la sierra funcionaba.

Hasta que, en una de esas, la sierra chilló antes de tiempo. Se lanzó frenética. Tapia había vuelto la cabeza hacia la polea. No lo pudo evitar. Echó un alarido:

—¡Aáaay!

Míster John, casi al mismo tiempo, había gritado:

—¡Cuidado!

Era tarde. Corrió el negro y paró la transmisión. Cogieron a Tapia, sangrante la mano. A la altura de los dedos, la sierra la había cercenado. Brotaban cuatro chorros de sangre. Una intensa palidez tenía en el rostro. Y la mano, roja, tinta en sangre, al lavarla con el agua que le aplicó John, para después fajarla fuertemente, dejaba ver los huesillos descarnados, partidos por la sierra, chiquitos y retorcidos, en partes triangulares, siguiendo la forma del serrucho, como dientes de tiburón.

El mismo John, solícito, lo echó sobre sus hombros y dijo:

—Vamos a la Clínica "Guayaquil".

*

* *

Una tarde, vagando por el sur de la ciudad, Inocente se detuvo frente al Aserrío "San Luis". Dió la vuelta a la manzana y por una hendija del cercado estuvo mirando trabajar las sierras y cortar las tablas. Le encantó.

Las sierras chillaban agudas y estridentes. Y la madera, amontonada, olía agria y amarga, como fruto cogido antes de tiempo.

XI

Al fondo, y en un tablado que tocaba el techo, de tal manera que se veía muy bien desde que se comenzaba a subir las escaleras, mejor dicho, desde que se pasaba el portón de fierro, con rejas simulando adornos, estaba todo arreglado para la orquesta.

El mismo pianista, sentado de espaldas al salón, era quien la dirigía, con movimientos de cabeza, trepando a cada compás el cogote y moviéndolo como resorte, Junto al piano, el *jazz band*: el tambor, los platillos. Y enfilados sobre la baranda, con las caras hacia los concurrentes, tres violines tocaban. Del otro lado del piano, la flauta y el contrabajo. Era toda la orquesta.

El director, pianista de fama, era un inteligente moreno patizambo, con las piernas extraordinariamente torcidas y de estatura enana. Gordo, rebosante de salud por el tórax y los ojillos vivos y saltones. Todo él, cuando tocaba, era una fiesta. A cada momento interesante de la pieza, lanzaba, a buen compás, una sonora carcajada, pelando los dientes blancos y perfectos. Y al par que reía, inclinaba y movía la cabeza, la llevaba a derecha e izquierda, terminando por abatirla en la última risa, al momento en que sus dedos imprimían las notas más fuertes.

—¡Una rumba, maestro!

—¡Sí, sí, una rumba!

—¡Dale con la rumba!

Sonreía el maestro. Y, en el acto, empezaba la rum-

ba, con notas cortadas, compases secos, armoniosos, sensuales al extremo. Las parejas salían y cada quien bailaba de más extravagante manera. Unos lo hacían bastante bien, elegantes, cortando los pasos y balanceando el cuerpo hacia adelante y atrás a cada acorde que se cortaba. Introducían las piernas entre las de la mujer, y así, los sexos juntos, se movían. Otros, en cambio, querían hacer piruetas, y cruzaban y descruzaban las piernas a increíble velocidad, arqueando el cuerpo, doblándose sobre la pareja, y resultaban ridículos. Cada quien hacía lo que podía, y cada quien se imaginaba ser el mejor bailarín de la noche. Algunos, que conocían Panamá, y habían bailado el danzón y la rumba, o lo habían hecho en la propia Habana, tejían el baile sueltos, con libertad, sin exageraciones, dominantes de la situación.

—¡Otra rumba, maestro!

Luego, alguno, queriendo mostrar sus especiales habilidades, solicitaba:

—Echele un tango. ¡"Melodías de Arrabal"!

—¡Un tango!

—¡Sí, un tango!

Y venía el tango cadencioso. Pocas parejas lo bailaban. Los demás, envidiosos, permanecían bebiendo contemplando el baile.

El cabaret de Generoso Martínez iniciaba sus fiestas a las diez y media de la noche. El mismo lo regentaba desde la cantina, junto al monumento de hembra —la verdadera dueña del negocio, la Judith—, con quien se había amancebado para bien de su vida. Era una mujer de alrededor de cuarenta y cinco años, extremadamente gorda, mantecosa, con doscientas libras de grasa saliéndole por el cogote, los pechos, los redondos brazos y la insolente grupa que movía como una gelatina mal hecha. Los ojos pintados, morados, se cubrían bajo unas pestañas tiesas del tinte y tenían una mirada avarienta sobre todas las cosas. Ella también estaba en la cantina, ayudando a Generoso, a su idolatrado Ge-

neroso. Este era hombre pequeño, español, chulo en sus buenos tiempos de Madrid, bastante delgado de cuerpo, narigón y ensombrada barba. Usaba navaja y con ella amenazaba a sus parroquianos en cuanto no querían pagar la cuenta o pretendían armar escándalo.

Los clientes conocidos, oficinistas de altos sueldos, gerentes de empresas o simplemente niños bien de papás adinerados, firmaban vales. Pero, los otros, los pobretones, los verdaderos bohemios, continuamente sufrían contratiempos y dificultades.

—Acépteme este vale, Generoso. Mañana mismo se lo vengo a pagar.

—Imposible, chico. Deja la pluma en prenda.

—No, hombre. Si no son más que veinte sucres. Mañana mismo le pago, sin falta.

—No, chico, no puedo. En los tiempos que corren...

Otro, chusco, que ya tenía consumidos sus cincuenta sucres, le gritaba, tonante y amenazador:

—¡Generoso! ¡No haces honor a tu nombre!

Con todos se entendía Generoso y con todos, ordinariamente, salía bien, obligándolos a pagar o quedándose con algún objeto que valía tres veces el consumo. Y como contaba, para el ascenso de la cuenta, con las mujeres, todo le resultaba a las mil maravillas.

Tenía un par de mujeres, al decir de ellas, francesas; pero, en realidad cuarentonas polacas expulsadas por inservibles y enfermas de la zona del Canal, que eran las más solicitadas. Sabían arreglarse y conversar. Y sus carnes blancas y sus cabellos rubios y sus ojos verdes, no eran plato que en Guayaquil se podía obtener a diario. Las demás, unas doce en total, eran criollas. Zambas, negrunas, de pelo ensortijado y grandes nalgas, vestidas comúnmente de rojo. Cholas, de cabello lacio y negro, con ojos profundos. Otras, achinadas. Mestizas jóvenes traídas, conquistadas en Daule o en Vinces y civilizadas por don Generoso.

Ya estaban muy bien aleccionadas. En cuanto venía un nuevo cliente y les preguntaba:

—¿Qué te sirves?

—Una menta.

—Un whisky.

—Un coñac.

Si menta, le traían una agua verde cualquiera; y si whisky o coñac, una simple infusión de té enfriada. Naturalmente, eran dos los objetos perseguidos: la ganancia loca y el que las mujeres no se emborrachasen y estuvieran hábiles para seguir explotando a todo el mundo hasta las tres o cuatro de la madrugada, hora en que cerrábase el cabaret, y el que lo deseaba así se podía llevar a la mujer de su predilección.

Pero, cuando llegaba un viejo parroquiano, conocedor, y la compañera le pedía un whisky, él, sonriendo, respondía:

—No me vengas con cosas. Conmigo tomas cerveza. ¡Hey! Trae cerveza bien helada.

Y allí se quedaba la mujer hasta que veía venir a otro, a quien le podía sacar la menta consabida. Y como le entregaban un vale por cada trago, lograba su comisión por el consumo.

Aquella noche, al compás de una rumba, bailaba un jovencito elegante y suelto. No pasaría de los dieciocho años. Era disputado de las mujeres, por lo simpático y lo mucho que gastaba. Bailó, entonces, con varias. Se acercaba bonitamente a la mesa de cualquier parroquiano, y decía:

—Con su permiso.

Inmediatamente, tomaba del brazo a la mujer y danzaba. Luego llevábala a la cantina, invitábale un trago y, si mucho le gustaba, la conducía a su mesa y se quedaba con ella haciéndose el olvidado.

Pero, indudablemente, hay gente de pocas pulgas. Y he aquí lo que sucedió esa noche.

Al acercarse el jovencito de marras a cierta mesa

en busca de una de las polacas y al invocar su acostumbrado:

—Permiso.

El otro le repuso:

—No me da la gana, jovencito.

—¿Cómo que no? ¿No tiene usted educación?

—Le digo que no me da la gana.

La mujer intervino:

—No peleen. Déjame ir a bailar con éste. Me gusta.

—Tú no te mueves de aquí. Y usted, mequetrefe, lárguese con la música a otra parte.

—¡Cómo! ¿Sabe usted quién soy yo? ¡Yo soy José Luis Paredes, el hijo de don Honorio Paredes! ¡Para que lo sepa!

—¡Váyase al carajo con su Paredes!

José Luis, indignado, levantó la mano y le cruzó la cara. El otro, que sabía que allí arriba teníala perdida, lo tomó rudamente del brazo y lo obligó a bajar las escaleras.

Ya en la calle, lo agarró a trompadas. José Luis, aprendiz de boxeo, siguiendo las enseñanzas de su profesor Chinique, se defendía bastante bien; pero sin remedio, la enorme superioridad física del otro lo vencía. Recibía golpes en todas partes. Y a cada golpe, un insulto:

—¡Aprende, futrecito!

—¡Toma!

—¡Tápate, maricón!

Y la hubiera pasado del todo mal, si en ese momento un cholo que iba de jarana, no levanta la guitarra y la hunde sobre su adversario, dejándolo inconsciente.

En aquella época, el hijo de Baldomera, Inocente, acostumbraba jaranear. Y como era bastante buen guitarrista, las farras no le costaban medio y era muy solicitado. Rondaba entonces por las afueras Inocente, en compañía de varios amigos, buscando sitio adecuado

ofrecer un sereno, cuando al pasar por el cabaret, vió un tumulto de gente oyendo los insultos.

—Oye, una bronca—dijo a sus acompañantes.

Intervino, pues. Algunos que presenciaban quisieron en el acto tomar parte en la refriega a favor del atacado y contrincante de José Luis; pero, en seguida, saltaron los compañeros de Inocente —cholos fuertes y aguerridos— y despejaron el campo.

—Muchas gracias. Me has salvado. Anda a verme mañana al Aserrío "San Luis". Toma para que te eches un trago.

Dejó José Luis un billete de cinco sucres en la mano de Inocente, quien, le repuso sorprendido:

—¿Trabaja usted en el Aserrío "San Luis"?

—Sí, hombre, allá trabajo.

En seguida, José Luis montó en su carro, que él mismo manejaba, y partió.

A la mañana siguiente, Inocente estuvo infaltable en el aserrío.

—Buenos días, niño.

—¡Hola! ¿Cómo te va?

Le dijo con desgano José Luis. Y ya estaba arrepentido de haberle dicho la noche anterior que fuera a verlo, cuando Inocente habló:

—Quiero pedirle un favor, niño.

—A ver. ¿Qué te pasa?

—Consígame un trabajo aquí.

—¡Espléndido! Serás mi guardaespaldas. Espérate. Voy a hablar con papá.

Inocente quedó colocado. Sólo ocho reales diarios le pagaron al comienzo. Pero, con el apoyo de José Luis, y el buen comportamiento que observaba, le subieron pronto el jornal a un sucre cincuenta centavos. Era que también Inocente quería prosperar. Procuraba llevar buena ropa y demostraba, siempre, aseo, cuidado de su persona y ejemplar conducta.

Primero, por suerte de la influencia de José Luis, trabajó como cargador. Se echaba al hombro los palos,

acompañado de otro hombre, y los llevaba desde el camión que los traía, hasta el departamento de las sierras. A veces trabajaba en el muelle y cargaba tablas o pulidos palos de balsa. No le gustaba mucho el trabajo. Renegaba de él. Lo fatigaba. Se le manchaba la camiseta. Y colocábalo frente a sus compañeros en situación de inferioridad. Un día habló a José Luis:

—Oiga, niño; hágame cambiar el trabajo.

—¿Y en qué quieres trabajar?

—Hágame pasar al taller mecánico. Quiero aprender.

—Veremos. Ahora, en el almuerzo, le hablaré a papá.

—Gracias, niño José Luis.

—¡Ah! Oye, no te olvides de ir esta noche a Colón y Seis de Marzo, a la esquina de la hembra. Por si aca... ¿Ah?

—No, niño. Desde las ocho he de estar allí.

—Bueno. No te vayas a olvidar.

Inocente acompañaba siempre a José Luis en sus aventuras amorosas. Se trataba, ahora, de la mujer de un chofer. Inocente le hacía la guardia, mientras José Luis hallábase adentro. En algunas ocasiones, Inocente hubo de trompearse. Era fuerte, musculoso. ¡Y qué no hacía él por el niño José Luis! ¡Bah! Un puñetazo más o menos.

Al empezar la nueva semana, Inocente pasó al departamento de máquinas. Comenzó de guaipero. Se paraba las horas dando lustre a los bronces, todo sucio de aceite, chorreando sudor ennegrecido. La limpieza entera estaba a su cargo. Procuró hacerse amigo del jefe, del jamaicano John.

—¡Ah, míster John!

—¿Qué pasa?

—Esta máquina está fallando, míster John.

—¿Cómo saber tú?

—Porque oigo el golpe, pues. Venga, fíjese.

Se quedaba ayudando a John fuera de sus horas

de trabajo. Mostrábase servicial. Todo lo que deseaba el jefe, él se lo hacia.

Así fué ganándose el afecto del jamaicano. Se hizo enseñar poco a poco el manejo de las máquinas. Y a los cinco meses justos, Inocente fué promovido al cargo de ayudante de míster John, con el jornal de tres sucres.

—Este muchacho ser mucho bueno.

—...

—¡Oh! Yes. El saber trabajar. Merece subir.

—...

—¡All right! Mí necesitar de ayudante. Es inteligente.

—...

—¡Okey!

Inocente vivía contento. Le era, ahora, más fácil el trabajo. Más que nada, vigilaba la marcha de las máquinas y el trabajo de los obreros. Era severo con éstos, y, aunque él no tenía autoridad ninguna, el hecho de ser ayudante de míster John, se la daba. Además, le bastaba llevar una queja para que el trabajador fuera reprendido.

—Oiga, míster John; Cabrera vaga mucho y la sierra está siempre sucia. No piensa más que en fumar y en conversar.

—¿Fumar? Eso ser prohibido.

—Sí; pero como nada le dicen, hace lo que le da la gana.

—¡Hey! ¡Cabrera!—gritaba John.

—¡A la orden, mi jefe!

—Hay que cuidar mejor máquina. Próximo tiempo vuelva fumar, yo botar usted. ¿Oyó?

No había duda. Inocente tenía asegurado el porvenir. Ya contaba con sus sucres guardados. ¡Ciento cincuenta! Y pensaba seguir ahorrando.

Cuando Baldomera estuvo mal de fortuna, cuando la maldita serrana llegó a hacerle la competencia, Ino-

cente sacaba el cuerpo y se presentaba sólo unos minutos a la hora de la comida. Y hasta renegaba:

—¡Qué malo está esto!

—No hay para más, Inocente—respondía Baldomera.

—¡Oh! No hay para más... Siempre dice usted lo mismo. Pero, mientras tanto, bien que se pega sus borracheras.

—Calla, Inocente.

—¿Y no es verdad?

—Sabes que estoy fregada. Si no, te diera mejor comida.

—Ahá. Para usted no más tiene. Bueno, pues, ya me voy al trabajo. Hasta luego.

Baldomera, callada, lo miraba irse. En ciertos momentos, llegó a pensar en pedirle algo para la comida. Pero, en el acto, rechazó escandalizada el mal pensamiento. ¡Pedirle! ¡Nunca! ¡Cobrarle la comida a su propio hijo! Pobrecito. Con lo poco que gana, ni para mujer tiene, se decía. Porque Baldomera nunca supo que Inocente había llegado a los tres sucres diarios. Para ella, el jornal era sólo de uno veinte. Y le parecía tan poco. ¿Qué iba a darle?

Para Inocente, la cosa no tenía importancia. Creía firmemente que Baldomera estaba en la obligación de darle el sustento. Sabía que su madre era borracha y su padrastro, ladrón. Se avergonzaba de ella. Y hasta pensaba: siquiera que me dé la comida la vieja; todo se lo gasta en emborracharse y le hace pasar a uno vergüenza.

Nunca Inocente faltó a su trabajo. El mismo don Honorio Paredes, según decían, llegó a tenerle afecto, por las referencias de míster John. A veces, desde lejos, cuando lo veía, corría a saludarlo, descubriéndose:

—Buenos días, don Honorio.

—Buenos.

Cierta mañana se notó inesperada agitación en los talleres y en las oficinas. Algo extraño ocurría. Los

empleados se miraban con caras de susto. José Luis entró dos o tres veces al despacho del padre. Nadie se atrevía a hacer conjeturas. Don Honorio Paredes no había salido ni una vez siquiera de su oficina. Y con lo misterioso, con lo desconocido que aparecía, se agravaba la situación. Los únicos comentarios eran éstos:

—¿Qué pasa?

—No sé.

—Han traído un telegrama.

—¿Y qué será?

—Yo qué voy a saber.

Por fin, salió José Luis, algo pálido, con un papel en la mano. Se dirigió al escritorio del contador.

—Vea usted.

—¿Qué ocurre?

—Lea.

—¡Caramba! ¿Y qué piensa hacer don Honorio?

—¡Tres balsas desbaratadas! ¡Qué animales! Las han dejado ir con la corriente. Mi papá está furioso. ¿Por qué demonios no las amarrarían bien?

—Habrá sido la creciente del río.

—Eso le he dicho a papá. Pero me ha contestado que qué creciente ni qué pan caliente. Que son unos canallas. Y resulta que hay once balsas cargaditas más en Vinces. Y a esa gente no se le ocurre qué hacer. Y las han dejado allí esperando instrucciones.

—Oiga, ¿y no se puede esperar unos días a que pase la creciente?

—Dice mi papá que es imposible. El sábado próximo hay embarque fuerte. El vapor entra el viernes de noche. Tienen que aserrarse todavía. Es, pues, indispensable que las balsas lleguen a tiempo, y no se puede confiar en esos cholos. Además, en Quevedo hay cinco balsas más por prepararse. No sabemos cómo estará el río. Todo se trastorna.

—¿Y qué ha resuelto don Honorio? ¿Por qué no manda a alguna persona a traerlas?

—Eso le he dicho yo. Y le he propuesto que mande a Inocente.

—No estaría malo. ¿Aceptó?

—Ha quedado en pensarlo hasta la tarde. Como a la noche sale la lancha, hay tiempo todavía.

—Aunque yo no sé si Inocente es práctico. Creo que no.

—No. Pero es fuerte y muy valiente. Y no tiene un pelo de bobo. El se hará respetar de los cholos, y yo aseguro que traerá las balsas en buenas condiciones.

—Tal vez.

Esto era el motivo de tanta alarma. Algunos empleados se sentían ya despedidos y no levantaban las miradas de los escritorios, todos medrosos, con los cuellos encogidos y la pluma rápida sobre los libros o los dedos ágiles sobre las teclas de la máquina de escribir.

Por fin, se decidió el viaje de Inocente Fué su hora feliz. Se le salía el corazón por la boca. Una ancha sonrisa dibujábase en el rostro. Los ojos le brillaban. Diéronle instrucciones y dinero para los gastos. Esa misma noche, a las siete, debía partir a Vinces y Quevedo. Apurado, fué, apenas salió de la fábrica, a su casa:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡La comida ligero!

—Si acabo de llegar, muchacho. Todavía no está. Y sólo vengo por eso.

—¡Oh! No hable nada. ¿Sabe a dónde voy? ¡A Vinces y Quevedo! Mandado por mi jefe, el señor Paredes, a traer unas balsas. Con todo pagado. ¡Ya ve cómo subo! Si no fuera por usted...

Baldomera ni entendió las últimas palabras de su hijo. Sonrió primero. Luego, soltó una carcajada jubilosa. Corrió a abrazar a su hijo.

—Inocente...

—Bueno, bueno; apúrese, que pierdo la lancha.

Corrió Baldomera a terminar la preparación de la comida. Andaba, sudorosa, de un lado a otro, asentando con vigor sus grandes pies. Se acercó a servirle los

platos a la mesa. Baldomera jadeaba. Baldomera se movía como loca. Baldomera estaba ágil y un tanto atolondrada. Baldomera se hallaba gozosa. A la carrera se recogía el pelo que molestaba sus ojos.

Cuando Inocente terminó su comida, arregló un atado de ropa, se puso el sombrero y salió:

—Hasta la vuelta, mamá.

—Hasta la vuelta. Que te vaya bien.

Se asomó Baldomera. Allá, Inocente, a largos pasos cruzaba la esquina. Baldomera quedó un rato en la ventana, sonriendo, sonriendo. Después, se sentó a comer con los muchachos.

Inocente, durante el viaje, iba pensando en que don Honorio le daría una buena gratificación y que, al regreso, le aumentaría el jornal. Lo menos, cuatro sucres. ¿Y cuánto le regalaría? ¡Quién sabe! Se había tendido en el suelo de la lancha. Así quedóse dormido. Cuando despertó, estaba frente a Vinces. Amanecía. La luz malva de la madrugada caía suavemente sobre el poblado aún en silencio. Sólo en el muelle había ruido y movimiento.

Como la lancha tardaba una hora en el puerto, Inocente desembarcó. Buscó las balsas de don Honorio, todas amarradas al barranco. Estiró la carta que lo autorizaba. Y como ya habían recibido telegramas ordenando esperar su llegada, todo fué fácil. Tomó, en seguida, un aire adusto, severo, con las cejas terriblemente arrugadas, y dijo:

—Nadie se mueva de aquí hasta que yo regrese de Quevedo. Traeré cinco balsas más de allá. Todas juntas las soltaremos. ¡Cuidado con las balsas! ¡Cuenta se roban un palo! Ustedes me responden. Hagan guardia, por turnos.

No habló más. Retornó a la lancha orgulloso de sí mismo. Volvió a echarse como antes.

Al día siguiente, a eso de las doce del día, llegó a Quevedo. Le gustó el pueblo. Tenía intenso movimiento comercial, con las muchachas entrando y sa-

liendo de las tiendas y meneando al andar el lazo que tenían en la cintura. Preguntó cómo debía ir a La Eulalia, y le respondieron que remontando el río en canoa. Sólo a unas tres horas estaba la hacienda. El canoero, habida cuenta que era viaje expreso, pidió doce sucres.

—Toma, y vamos en seguida.

También habló ahora en tono autoritario y desdeñoso. Tomó asiento en el fondo de la canoa y arrimóse a un saco de arroz.

El río se angostaba. Una agua clara y burladora corría haciendo curvas por los virajes del barranco. Los árboles, enlazados entre sí, formando un enmarañado prieto, metían las raíces por el barranco, y algunas llegaban hasta el agua. Multitud de aves cantaban en las ramas. Y todo era ruido: el viento, la montaña, la corriente tumultuosa y bromista, los pájaros ágiles y esbeltos. Miles de garzas pasaban y pasaban sin mover las alas, y al alejarse de la canoa rozaban el agua. Un lagarto gigantesco zapateó y sumergióse dejando un remolino. Más allá, sobre la playa, dormían hasta media docena de lagartos. Su cuero verde oscuro brillaba al sol. Parecían muertos. A veces, llegaba una garza y se paraba en su lomo en una sola pata. De allí oteaba el horizonte verde y volvía a volar.

En La Eulalia salió a recibirlo el mayordomo.

—¿Qué desea usted?

Inocente no respondió. Alargó la carta que para él habíanle dado. Leyó el mayordomo. Dobló cuidadosamente la carta y dijo:

—Está muy bien, señor. Las balsas están listas. Pero no hay creciente por acá. Ha dejado de llover. Hay que esperar.

—¿Y no se pueden llevar así no más? ¿No hubo creciente el otro día?

—Imposible. No le gustaría a don Honorio, porque costaría mucho: habría que bajarlas a palanca. Lo de la creciente fué hace una semana. Lo que es ahora

necesitaríamos lo menos cuatro hombres para cada balsa y son cinco...

—Ajá. Bueno, esperamos hasta mañana. Si no, las llevaremos de cualquier modo. ¡Son de urgencia! ¿Cree usted que llueva esta noche?

—Yo no sé. Puede ser que tal vez sí, puede que tal vez quién sabe no.

El mayordomo lo invitó a su casa. Allí pasaría la noche. Aceptó Inocente. Fué ufano, oyendo el trato de señor que el buen mayordomo le daba. Y, para sus adentros, sin atender a lo que su acompañante hablaba, se dijo: "¡Oh, algún día..."

Bajo la casa del mayordomo, una vez terminada la comida, a las cinco y media pasadas de la tarde, se reunía la peonada a conversar. Inocente, por no tener qué hacer, escuchaba:

—Oiga, ¿y cómo está el Guayas?

—Bien está.

—Hace tiempísimo que no voy yo. Yo tengo un cuero por allá. Ahora para el verano pienso ir y me lo robo y me lo traigo para hacerla mi moza acá. Buena hembra es.

—¿Y si te siguen y te pillan?

—Ni creas. Me meto en la montaña y no salgo hasta que me crezca un matapalo en la nuca.

—Cierto es que hace falta un recurso por acá. No hay hembras.

—Ahá. Yo por eso siempre me voy a Vinces. Allá están que tetean.

A las ocho comenzó a llover. Ya Inocente se había acostado. De golpe cayó el aguacero. Parecía romperse el techo en mil pedazos. Inocente hasta se asustó un poco. Nunca había oído llover tan fuerte, y temía un hundimiento del techo. Eran como ladridos. O ruidos de cadenas. Toda la noche, la casa, pequeña y vieja, se movía con el ventarrón. Por las hendijas de las paredes de caña se metía el viento y silbaba en los partos. Agudamente corría por el piso y chocaba, al levantarse,

contra las ventanas. Inocente sentía en la cara como bofetones. Agarró la colcha y se cubrió hasta la cabeza.

En la madrugada levantóse. Aún llovía. Parecía que no iba a amanecer nunca. Todo era gris y se veían las cosas desdibujadas y lejanas. El río gritaba. Había subido hasta el barranco. Los perros, en el patio, mojados, con los rabos encogidos, ladraban para que abrieran la puerta.

A las seis, tomando café, el mayordomo dijo a Inocente:

—Ahora sí que es cierto. El río está crecido. Más tarde puede ya bajar las balsas.

—Ahá.

Llovió incesantemente toda la mañana. Ahora caía el agua sobre el lodo, produciendo un ruido de gigantes con chancletas húmedas. Las cosas seguían grises. Y el río seguía gritando. Inocente, fastidiado, preguntó:

—¿Y hasta cuándo dura esto?

—Yo ni sé. Aguacero blanco parece y ese dura bastantísimo.

A las tres comenzó a aplacar. Después de media hora, como si hubieran pasado un borrador por el cielo entizado con los nubarrones cenicientos, el sol lució arriba y todo brilló. Quedaron las hojas de los árboles con diamantes. Y la hierba del potrero luciente y moza.

Pero el río siguió creciendo y gritando. Venía de muy lejos, desde donde se juntan las aguas con el cielo, en los altos nevados de la cordillera. Se hinchaba. Ya mismo pasaba el filo del barranco. Y daba la impresión que las dos orillas bajaban a un mismo tiempo. El agua, en partes, se arremolinaba. Daba vueltas como loca y buscaba salida. De repente, saltó desbocada. Se levantó una gran ola. Se oyó un rugido tumultuoso y bronco. Reventó la hinchazón. Y el agua corrió libre por la hacienda. Así llegó hasta la casa. Se comenzaron a cubrir los pilares. El río, ya más tranquilo, bajó de tono. Ahora parecía lamerlo todo. Un rumor de

barrido golpeaba las casas de los peones. Rápidamente subía el nivel de las aguas. De improviso, Inocente gritó:

—¡Hey! ¡Esa balsa se está yendo a pique!

Habían amarrado la balsa a uno de los pilares de la casa del mayordomo y comenzó a sumergirse. Las otras, con largas amarras, flotaron. Tuvieron, además, tiempo de arreglarlas. El mayordomo repuso:

—¿Quién habrá sido el bruto! ¡Hay que cortar!

—A ver. ¡Pronto! ¡El cuchillo!—pidió un peón.

Desde la ventana se lanzó de cabeza con el cuchillo entre los dientes. Sumergióse. Se acercó por debajo del agua como un cangrejo. Agarró el cuchillo con la derecha y de un solo tajo, cortó la amarra. En seguida, nadó hacia un lado, por no quedar preso debajo de la balsa, y salió tranquilo, diciendo:

—¡Chuzo, que está fría la maldita agua!

Ya la balsa flotaba en dirección de la corriente. Tuvieron que cogerla y juntarla a las otras. Terminada esta operación, Inocente ordenó:

—Que venga la gente, porque nos vamos en seguida.

Los pilares de la casa grande dejaban, al ir y venir el agua, señales húmedas y onduladas. Un ternero nadaba resoplando. Flotaba una mesa, medio sumergida de lado. Y los peones salieron en canoa a recoger las cosas que se les había llevado la creciente.

Todo se hallaba mojado. Ni siquiera el sol picaba ese día, y parecía fresco, recién bañadito. Pasó una bandada de patocuervos, graznando locamente como puercos rabiosos. Los caballos habían fugado hacia la montaña con las crines erectas. Todavía se oía el rumor seco y repetido de sus galopes. Como si en la fuga de sus cascos se llevasen el último calor de la sequía.

XII

Celia María no fué nunca una mujer interesante. Flaquita y alta, se le veían los huesos del pecho y quedaba la piel como transparente. El busto sí que era erguido, muy mucho desarrollado, y al andar temblaba y saltaba como palpitar de gaviotas. La cara de Celia María era una cara de perpetuo asombro. Tal vez se debía esta expresión a lo grande y profundo de sus ojos negros. O acaso a las marcadas ojeras que los señalaban abajo. Cierto es que lucía hermosas pestañas, pero cierto es también que era lo único de que Celia María podía ufanarse, si de algo se ufanaba. Porque la frente angosta y arrugada, los pómulos agudos y la nariz roma, doblada en la punta hacia arriba, no tenían nada de bonito, pero sí de ligeramente gracioso. La boca de Celia María tampoco ofrecía interés alguno: dos labios morados y carnosos, prontos a la risa alborotada o a la mueca llorosa. En verdad, no era esbelta. Y a pesar de su delgadez, fué siempre lenta al andar. No eran tan feas las piernas, que no dejasen de atraer la admiración de los hombres. Y tenía, por sobre todo, la grupa levantadita y redonda.

Su palidez era tema de conversación en la familia a la que servía. Según la madre, desde muy chiquita quedó así a consecuencia de los parásitos intestinales y luego del paludismo, que le dejó el hígado maltrecho.

Celia María no guardaba recuerdos precisos de su

niñez. Vagamente sabía que fué pequeñina. Y que, en las noches de Navidad, pedía perdón de sus pecados al Niño Dios, porque nunca le ponía nada en los zapatos. El gran recuerdo de su infancia fué la muerte y el entierro de su padre, el difunto José María, como siempre decía la madre al nombrarlo, relatando sus habilidades como vendedor de huevos y legumbres frescas y procurando imitar el tono canturrón y sonoro que daba a la voz al pregonar. Pues Celia María ignoraba lo que ocurría, cuando la llamaron.

—Ven, para que veas a tu papá.

Había entrado a la alcoba, y allí, en una cama junto a la pared de caña, vió a su padre tendido y con los ojos cerrados. Lo tocó y sintiólo frío.

Desde entonces, Celia María quedó con un movimiento casi imperceptible en el hombro izquierdo, que constantemente subía y bajaba, como si le molestara la ropa.

A los ocho años de edad la regalaron. Llevóla la madre a la familia Izurieta y allí rogó que la recibiesen para siempre, que ella no tenía cómo darle de comer.

—Me la viste no más, señorita. No es mala y aprenderá a servir.

Ahora Celia María contaba dieciocho años. Llegó a ser sirvienta de confianza. Además de tender la mesa, barrer los cuartos, servir la comida, quitar el polvo de los muebles y otros parecidos menesteres, Celia María era la portadora de recados y billetes de los enamorados de las señoritas Izurieta.

Solamente ahora, cuando cumplió los dieciocho años, le pagaron sueldo. Fué su regalo. La señora se lo dijo con aire ceremonioso:

—Desde hoy día te voy a dar ocho sucres al mes para que te compres lo que quieras. Aquí te he dado todo.

—Sí, señorita.

—Nunca te ha faltado ropa ni comida. Ahora quie-

ro que ciertas cosas las compres tú misma. No te faltarán mis consejos. Procura ahorrar.

—Sí, señorita. Muchas gracias.

También Celia María iba a mandados. Y estaba entre sus obligaciones hacer diariamente, todas las mañanas, de ocho a nueve, las compras en la tienda de la esquina. Esta ocupación hizo variar profundamente su vida: en la tienda siempre la cortejaban, cuando no los compradores, el mismo serrano don Eleuterio, que era el dueño del negocio:

—¿Cuándo, pues, ñatita?

—¡Oh! No moleste. Déme ligero el azúcar.

Procuraba don Eleuterio sobarle las manos. Y a Celia María producíanle terror los dedos sudados, sebosos, lisos como lomo de pescado, de don Eleuterio. En veces, la cogía del brazo. Sentía Celia María algo frío y húmedo y estremecíase.

—No agarre, don Eleuterio. Se lo voy a decir a la señorita.

—¡Boba! ¡Elé, la guambra, haciéndose no más! ¿Cuándo será siendo que nos revolquemos?

—Déme el vuelto ligero y no moleste, que de no me voy a otra tienda.

Nunca Celia María cedió a galanteos de nadie y menos del repugnante don Eleuterio. Tenía siempre presente las palabras de su ama:

—Ten cuidado con los hombres. Te harán una perdida. Yo no digo que no te cases. Pero cualquiera de esos que no conozcas se aprovechará de ti y te dejará un hijo el rato menos pensado. Son unos sirvergüenzas. Tampoco necesitas mucho casarte. ¿Para llenarte de hijos y hacerte desgraciada? Tú no necesitas de hombres. Pero, en fin, si lo quieres, será escogiéndolo mucho.

Así las cosas, cierta tarde Celia María salió a comprar. El ocaso era extraordinario: un lado del cielo se manchó de rojo oscuro; y súbitamente, sin bajar de tono, comenzaba abajo un negro prieto en contraste. No se

mezclaron los colores. Estaban divididos y juntos, de manera precisa. Como si fueran brochazos de tintes opuestos que, al juntarse, se hubiese tenido esmero en dejarlos unidos y rectos. A lo lejos, las torres de una iglesia se metían pinchando con sus cruces las nubes coloradas, entre ese fuego nocturno. Y parecían iluminadas con un incendio. Destacábanse mejor en el negro, como torres de monasterio colonial. En sentido opuesto, el cerro, cortado, con sus casitas de caña y sus corrales, recibía el reflejo. Aquí el rojo era dulce y se veía el monte como al través de un papel de transparente seda colorada o de una lámina de fina celuloide. Poco a poco, el rojo del cielo dejó de ser intenso. Y comenzó a tirar a negro. Las torres de la iglesia se veían blanquitas y altaneras. Después, todo quedó color concho de vino.

Celia María retornaba con la cesta al brazo cuando vió todo esto. Detúvose en media calle alelada. Su palidez parecía haber enrarecido. Su aspecto pretuberculoso tomó vigor. El traje blanco se llenó de tonos rosados. Y había una frescura, una cosa rara y ligera, un vaho de color y de susurro en su triste figura delgada y escurrida.

Un hombre se acercó. Le habló. Pero ella no se detuvo a escucharlo. Entonces, el hombre la tomó del brazo:

—¡Déjeme!—gritó, asustada, e hizo ademán de correr.

Pero él no la soltó. Con voz borrachosa, trató de convencerla:

—Pero, mamacita linda, no te vayas. Vente conmigo y verás. Vente, preciosa.

Celia María temblaba. Sus ojos se agrandaron más. En eso, un hombre alto, zambo, vestido con cierto cuidado, se llegó:

—¡Hey! ¡Déjala!

—¡Qué bravo! ¿De qué lo haces?

—¡De macho! ¡Suéltala o te pego!

Dejóla el borracho, no sin recibir un empujón, y

se fué murmurando injurias.

El zambo se explicó:

—Yo no había visto antes, señorita. Si no, no la hubiera tocado, se lo juro.

—Muchas gracias.

—¿Quiere que la acompañe, por si acaso?

—Si aquí en la esquina no más vivo.

—No importa. Mejor la dejo en el zaguán, señorita.

Extrañábase Celia María de oírse llamar así. Pero sentía una complacencia inevitable. Y fué con él. En el zaguán se despidieron.

—¿La veré mañana?

—¿Y para qué?

—Quiero ser su amigo. ¿A qué hora sale a comprar?

—¿Para qué quiere saber?

—¿No le digo que quiero ser su amigo, señorita?

—Este... muy temprano. A las ocho.

—Ah. Procure salir a las once y cuarto. A las ocho yo ya estoy trabajando. ¿Me lo promete?

—Tal vez. Si es que puedo...

Inocente, que era el galante, se alejó placentero. Celia María le había gustado mucho. Y parecía una señorita. No tenía el cuerpo retaco y redondo, patizambo, de las cholas. No. Era delgada y fina, de talle ajustado, como una señorita. "Y parece buena", se decía. "¡Qué suerte!"

Hasta tarde de la noche estuvo pensando en ella. Y durante el trabajo de la mañana permaneció callado y pensativo. A las once corrió en busca de Celia María.

—Creí que no iba a venir—dijo ella.

—Del fin del mundo viniera para verla.

Pronto se enamoraron ambos. A los quince días, Inocente la llamó su novia. La había enamorado como a una señorita. El se lo había aprendido bien del niño José Luis. Celia María, viviendo horas que siempre creyó sueños, lo adoraba. Y comenzó a servir mal, a romper platos, a no entender los recados.

—A ti te pasa algo, Celia María—decíale la patrona.

—Nada, señorita.

—¿Nada? Así se ponen las sirvientas cuando un hombre las sigue. ¿Quién es que te anda rondando?

—Nadie, señorita. Si a mi no me ronda nadie.

—Ajá. Mira bien lo que haces. Piénsalo. Y dímelo. Ahora, ándate ya a poner la mesa.

Para Inocente, las cosas no podían seguir así. Habló resueltamente al niño José Luis. En la fábrica trabajaban también mujeres, en la sección de marcas. Ganaban desde siete reales hasta uno ochenta de jornal. Había que colocar a Celia María. Era su novia. Y ahora, con el ascendiente que tenía, a causa de haber llegado con éxito de Quevedo, trayendo el palo de balsa, sin dejar perder uno, don Honorio no pudo negar a su hijo lo que, por Inocente, solicitaba.

Y esa misma tarde en que habló al niño José Luis, Inocente, con los cincuenta sucres que le había dado de gratificación por el viaje a Quevedo, se compró dos anillos de oro bajo. Y fué en busca de Celia María. La esperó en la esquina hasta que salió.

—Oye, Celia María, te he traído una cosa.

—¿Qué, ah?

—Ve.

—¡Ay, qué bonito!

—Déjatelo poner. A ver. En ese dedo no. Ajá. Bien. Te queda de allí. Yo tengo otro. ¿Te fijas? Ahora somos novios de verdad.

—¡Inocente!

—Ahá. Novios. Y yo te puedo mandar. Pronto nos casaremos. ¿Quieres? Pero hay que ahorrar. Tú en esa casa ganas muy poco. Te he conseguido un empleo para que me ayudes y estés cerca de mí, siquiera hasta que nos casemos, en que tendrás que quedarte en la casa.

—Pero yo no dejo a la señorita.

—Tienes que dejarla. El empleo es en el Aserrío "San Luis", en el mismo en que trabajo. Es fácil.

—Pero yo no puedo.

—¿Me quieres o no?

—Sí te quiero, Inocente.

—Entonces, tienes que hacer lo que yo te digo. Además, ya somos novios.

Los ojos de Celia María brillaron húmedos. Le latió el corazón apresuradamente. Sintió una cosa tan dulce, tan tierna adentro, que no pudo hablar e inclinó de lado la cabeza, con el rostro encendido. Y se quedó cogida de la mano de Inocente tanto rato que, cuando se dió cuenta de la hora, salió corriendo para no merecer un reto de su ama.

Pero el regaño fué inevitable. Al terminar la escalera, esperábala su ama con los ojos brillantes de cólera.

—¿De dónde vienes?

—¿Yo? De la tienda, señorita.

—¡Mentirosa! ¿Quién era ése con quien estabas?

—Nadie, señorita. Si yo no he estado con nadie.

—Yo te he visto. Dime quién es y qué quiere contigo.

Celia María, asustada, se obstinó en callar. Y por más que la señora Izurieta preguntó en todos los tonos, amenazó y reprendió, Celia María seguía en su silencio impenetrable. Inclinó la cabeza y lloró, lloró ardiente y ruidosamente como un niño.

Meditó mucho la señora Izurieta sobre lo que debía hacer. Consultó con sus hijas. Al cabo de mucho discutir, optó por llamar a Marina, la lavandera, parienta lejana de Celia María.

—Oye; Celia María se está perdiendo. Anda con hombres en la calle. Todo lo hace mal. Se demora en los mandados un mundo. No sé lo que le pasa. Yo no quiero tener esa responsabilidad. Es indispensable que sepamos el nombre de ese tipo y qué clase de propuestas le ha hecho. Tú eres la única pariente que tiene y debes preguntárselo.

Se prestó Marina al interrogatorio. Dudó aún Celia María. Pero, resolvióse al fin. Y se lo dijo todo. Le mostró el anillo. Contóle lo del anillo y matrimonio.

—Lléveme a vivir con usted, tía Marina. Yo le pago. Es sólo hasta que me case.

Marina se opuso. Consultó con la señora Izurieta. Y determinaron esperar. Pero Inocente paró en la calle a Marina y la sedujo. Al fin, consintió la tía. Se despidió Celia María de la familia Izurieta, y desde el día siguiente asistió a su nuevo trabajo, con gran sentimiento del escurridizo don Eleuterio, que no cejaba en sus planes de acostar en su hamaca de mocora a la sabrosa cliente.

Diez minutos antes de las siete de la mañana estuvieron Inocente y Celia María en el Aserrío "San Luis". Inocente condujo a su novia ante José Luis.

—Esta es, niño, mi novia.

José Luis la midió con una mirada sagaz. Hizo un movimiento particular con la boca, chupando los carrillos para adentro, y alargándola picarescamente. En seguida, hízola llevar a su puesto.

Allí se quedó Celia María atendiendo las instrucciones que le daban. La colocaron en la prensa. Todo su trabajo consistía en entintar la tela especial templada por el batidor. Bajarlo para imprimir el clisé que, con sumo cuidado, había otra terminado de retocar, ajustarlo bien con el rodillo; levantarlo luego e ir retirando las marcas. Era para los cajones que se construían en el aserrío. Le pareció, al principio, facilísimo el trabajo. Sin embargo, la entintada requería destreza para no hacer manchones. Y marcó tanto, que a las once de la mañana le dolía fuertemente el hombro derecho. Pero Celia María considerábase dichosa.

Ese mismo día juzgó oportuno Inocencio hablar con Baldomera. Fué temprano, a la hora del almuerzo, que lo quiso hacer. Pero Baldomera no apareció por ningún lado. Y él mismo, con gran contrariedad, hubo de servirse la comida. Esperó hasta las siete de la noche. Acostumbraban comer a las seis, pero Baldomera no llegó hasta las siete. Sintió Inocente, cuando ella subía las escaleras, asentar sus enormes pies en los escalones, esperando unos segundos antes de trepar otro. Eran gol-

pes lentos, pesados, trabajosos. Inconfundibles. Al fin la vió llegar hasta la hamaca. Allí se sentó. Venía con los ojos y la nariz rojos. Todo el semblante lo tenía acalorado.

—¿Por qué te has demorado tanto, mamá?

—¿Ah?—repuso, echando un hipo.

—¡Ya se emborrachó! ¡Maldita sea! Oiga, vieja inútil, ¿por qué bebe tanto?

—Chisss... Cállate. Pueden oír los chicos.

—Bonito ejemplo les da usted. Ya mismo me largo para siempre de esta casa. Y yo que quería hablar con usted de algo tan importante.

Trabajosamente se incorporó Baldomera y caminó hacia él.

—¿Y qué querías decirme?

—Yo no hablo con jumas. Váyase a dormir.

La cólera hinchó los carrillos de Baldomera. Le tembló la barba. Meditó un instante. Y mientras pensaba, se arrancó un pelo enorme y tieso de la barba. Al sobársela enérgicamente con la palma de la mano, se mordió los labios. Después se acercó más a Inocente. Lo agarró con ambas manos de la camiseta y levantólo de la silla en que se hallaba sentado.

—¡Borracha! ¿No? ¡Maldita sea! ¡Habla hijo de la gran perra! ¡Yo me emborracho con mi plata, carajo! Y encima te doy de comer...

—Déjeme, mamá. ¡Déjeme, le digo! O si no...

—Si no, ¿qué? ¡Mariconcito del cuerno!

Y lo zamarreó como a un pelele. Concentró todas sus fuerzas en agitarlo y moverlo. El alma se le salía por los ojos. La cabeza de Inocente parecía de trapo.

—¡Habla, negro garrapatero! ¡Desgraciado! ¡Coñón! ¿Esperas que esté buena y sana? ¡Habla ya mismo y te rompo el alma!

—Pero, mamá, déjeme para decirle...

—¡Así lo dices, condenado, o te estrangulo!

—Es que, mamá, tengo novia y me quiero casar.

Lentamente se fueron aflojando las garras de Bal-

domera. La sorpresa sustituyó a la cólera en su rostro. Inocente esperó. Baldomera, silenciosa, escuchaba, con ojos de expresión inexplicable. Inocente empezó a contar:

—...Y yo, pues, le conseguí un empleo en el Aserrío "San Luis". Desde hoy está trabajando ya. Le han ofrecido un sucre diario, por lo pronto. Este, después de unos meses, cuando hayamos ahorrado, nos casamos.

—Hum... Sí...

Baldomera no dijo más. Tosió. Se puso a ordenar la mesa. Moqueó dos o tres veces. Después, ya comiendo, moviendo la cabeza más que lo ordinario, a causa del alcohol, preguntó:

—¿Y te vas a vivir aparte?

—Claro, pues.

—Ahá. Claro. Sola me quedo con los chicos. Y Lamparita quién sabe cuándo vendrá. Está mejor Lamparita. ¿No sabías?

Efectivamente, Lamparita se encontraba mejor. Sólo tres o cuatro semanas habían transcurrido desde que entró al Hospital. Fué apenas unos días antes de que Inocente emprendiera viaje a Quevedo, cuando lo tiraron los pesquisantes en la calle Roca. Entonces casi se alegró Inocente de lo ocurrido. Pero ahora, con el buen humor que traía, y después de pasado el susto que le hizo dar Baldomera, se creyó obligado a inquirir:

—¿Cierto que está mejor? ¿Y cuándo mismo sale?

—Ni sé. Dice el doctor que tiene que operarlo. Y si sale, tiene que fugarse para que no lo metan a la cárcel.

—Ahá.

Siguió hablando Baldomera con la lengua un poco enredada. Hasta que terminó de comer. Entonces, le dió sueño. Comenzó a cabecear. Eructaba. Y antes de dormirse, allí en el banco en que tenía asentadas sus enormes nalgas, dijo entre dientes:

—Lamparita...

Lamparita, Lamparita seguía tendido en la cama número veintiocho de la sala San Miguel del Hospital General. Lentamente se restablecía. Para el médico era

un problema la mejoría de Lamparita. Al final de aquellas semanas, dijo a la hermana Leoncia:

—Es increíble la fortaleza de este hombre tan chiquito. Otro cualquiera ya había fallecido. No lo entiendo bien. ¿Cómo está comiendo?

—Con mucho apetito.

—Ajá. ¿Consiguió la lecha de burra?

—No, doctor. Ya ve que no ha sido necesario.

—Eso cree usted. Bueno, no importa. Pero con la leche de burra tal vez ya lo hubiéramos operado. En fin, ya tolera alimentos. Que siga con la leche y la colada. Démele dos veces al día extracto de carne, un consomé.

—¡Ave María Purísima! ¿Y cómo voy a conseguir yo éso?

—Pídale a la Proveeduría.

—No me han de dar, doctor.

—Pero pídalo de todos modos. Yo voy también a hablar con el proveedor.

Cuando el médico habló con el proveedor, éste repuso que necesitaba orden expresa del señor Director. El Director ofreció que sí, que cómo no, pero la orden no se dictó. Y Lamparita, a quien le habían dicho que le darían caldo de carne, se pasaba horas enteras soñando con el plato, y ya se veía sorbiendo poco a poco y chascando la lengua de satisfacción.

Al siguiente día de la conversación de Inocente, Baldomera, por la mañana, hizo su acostumbrada visita a Lamparita.

—¿Cómo está la conservación, Lamparita?

—Mejor estoy. ¿Cómo andan todos por allá?

—Bien.

—¿No te falta plata?

—¡Qué me va a faltar a mí. ¿.... para qué, entonces, trabajo? Oye, ¿no sabes una cosa?

—No. ¿Qué, ah?

—Este, Inocencio está de novio. Celia María se

llama. Se la ha llevado a trabajar al aserrío. Quiere casarse.

—Ajá. Está bueno. Así cuando salga, me dejará tranquilo.

—No digas eso, Lamparita. Si yo tengo pena.

—¡Oh! ¿Y te está dando algo ese condenado?

—Sí. Ahora sí me da—mintió Baldomera tranquilamente.

—¿No me engañas?

—No. Te lo juro. Toditos los días me da. Por eso es que también no me falta para el come.

—Menos mal. Sería, entonces, por mí que antes se hacía el vivo. Porque yo nunca creía que daba. ¡Qué me importa! Oye, Baldomera, el médico ha dicho que me den caldo de carne.

—¿No digas? Ahora sí que te vas a engordar.

—Pero ya hace dos días y no me traen ni gota hasta ahora. Dicen que todavía el Director no da la orden. Igualito pasó con la leche de burra.

—Ah.

—Oye, ¿vos no podrías traerme todos los días una tacita?

—¿Y dejará la madre?

—¡Seguro! ¿No ves que el médico ha mandado?

—Entonces, ahora le hablo. Yo te traigo.

Al despedirse, Baldomera encontró con la madre en la puerta de la sala. Venía la hermana Leoncia con su aire de siempre. Los brazos cruzados y ocultos en las anchas mangas azules. La cabeza ligeramente inclinada. El rostro transparente. Y el mismo pasó aéreo, como si no tocasen los pies en el suelo. Baldomera le llamó la atención.

—Madre, quiero decirle una cosa.

La hermana Leoncia la miró de soslayo con sus ojos sin fondo, y esperó.

—Me ha dicho mi marido que el doctor le ha mandado dar caldo de carne. ¿No?

—Así es.

—Pero como aquí no le dan, yo quería pedirle permiso porque yo le puedo traer todos los días una taza, madre.

—No se puede.

—¿Y por qué?

—Mucho pregunta usted. Lo prohibe el reglamento.

—Pero, oiga, madre.

—No insista. No tengo tiempo para seguir hablando con usted.

Y la hermana Leoncia se alejó por la sala, mientras que Baldomera ajustó los puños y exclamó entre dientes:

—¡Maldita monja!

La hermana Leoncia recorrió toda la sala. Se acercó de cama en cama. Tomó las tablas de la temperatura. Muda. Severa. Impenetrable. Se oyó una campana. La hermana Leoncia sonó las manos tres veces. Tosió. Luego, levantó la voz:

—¡Listos para el almuerzo!

Los rostros pálidos de los enfermos se iluminaron con una sonrisa.

XIII

El mero hecho de haber burlado, con singular astucia, la vigilancia de la oficina de Emigración, le dió prestigio y fama.

Nadie sabía exactamente de dónde había venido: ¡contaba tanto! Era buen charlador. Coloreaba las frases. Y bailaban sus ojos cuando describía escenas violentas del lejano mar.

—¡Vaya, hombre! Es que yo tengo afán marinero —explicaba.

Nadie como él para pintar el mar. Relataba naufragios y tormentas. Por los oyentes pasaban, tal que en un film alucinante, mares y mares: el Adriático, el mar de la China, el Golfo de Vizcaya, el Atlántico. Su narración más emocionante era la fuga de Sing-Sing, donde estuvo recluído acusado de anarquismo. Entre tiros de ametralladoras, el agudo pitar de las sirenas, los gritos de todos los presidiarios, él se había escurrido como una anguila por la canal de desagüe hasta salir libre. Fué el único salvado. Había ahorcado a un guardia en su celda para robar el uniforme. Logró otras ropas afuera. Y embarcó, en primer puerto, en un pequeño barco de carga que zarpó para el Japón.

Su auditorio lo contemplaba con la boca abierta y los ojos suspensos.

En seguida, describía el temporal. El, que iba en la bodega, tuvo que romper las puertas con puntales de madera y así poder salir a cubierta. Allí se puso a ca-

minar a gatas. Los olas enormes se abrian en abismos. Y otras se elevaban como montañas plomizas. Todo era gris ceniciento. El cielo, el mar, el viento y hasta los rostros de los tripulantes. Por la cubierta baja, tan baja que había que pasar por un puente aéreo desde las cabinas centrales a la popa, constantemente atravesaba un rollo de agua embravecida. Como gigantescos rodillos prietos, bronceados, duros, para golpear tal que troncos pulidos. El barco empezó a desmantelarse. Y él mismo, listo para ayudar, empuñó un hacha y se puso a cortar maderas, ya rotas por el mar, arrojándolas luego por la borda. El ruido de la hélice, al quedar afuera, era tétrico: como si todo el fierro de la embarcación volara hecho añicos. El palo de mesana cayó dando un ronquido. Dos hombres quedaron aplastados, con los sesos salpicando la cubierta, las piernas abiertas en obtuso ángulo de muerte. El sol declinaba ya, a juzgar por la oscuridad creciente. Y así, en la loca baraúnda de las aguas y el viento, se presentó la noche. Bailaron rayos de fuego en el horizonte ilímite. El espacio atronaba y atronaba, descargándose entero sobre el barco. Miles de cuchillos se hundían en el mar. Y parecía una noche feérica llena de luminarias. De vez en vez, un relámpago encendía el mar y la espuma, blanca y brava, se levantaba como cresta. Rugía arriba y rugía abajo. Y allá el buque sacudido, llevado como una nuez a estrellarse contra la pared inmensa que no llegaba nunca. Las puertas de los camarotes eran arrancadas de cuajo por las olas. El barco entero se transformó en un gritar desordenado. El, prófugo, que tantas veces se había visto cara a cara con la muerte, seguía luchando. Se amarraba en cubierta para poder trabajar. Recibió el foetazo de las olas, que le dejaban la piel roja y ardiendo. Pero no cejaba en su empeño. La proa de la embarcación a cada instante sepultábase entre agua y espuma y luego elevábase al infinito provocando fríos estremecimientos en el estómago. A las dos de la mañana se rompió el timón. Fué ahora un baile sin sentido. Como querían el mar y el

viento. Se acostaba el buque y parecía que los palos hincaban el vientre de los tumbos. Volvía a enderezarse de un salto y trepaba erguido como un puntal vertical. De allí cabeceaba, levantando la popa, tal que cola de ballena. Los marineros cerraban los ojos y se persignaban. Todos se creyeron perdidos. Ya nadie intentaba nada. Se defendían por inercia, físicamente agotados. El mar barría con mesas y con sillas, se metía por todas partes, cantando y gritando, destruyendo enloquecido, trepándose por las paredes, saltando sobre el puente...

Al amanecer amainó. Fueron primero más largos los vaivenes. Llegó el sol y las olas decrecieron. Después, entre la calma chicha, fatigados los marineros hasta quedar tendidos, navegaron sin rumbo, a la ventura, llevados por el viento y las corrientes. Aquí hacía una pausa. Se limpiaba los labios luego de escupir. Alguien preguntaba:

—¿Y cómo se salvaron después?

—Un barco japonés nos encontró. Si no, ¡adiós patria! Pero, qué coño, llegamos bien a Yokohama.

Por eso, Ignacio Acevedo era tan querido en Guayaquil, especialmente entre los obreros. Tenía diez años aquí. Era alto, huesudo, con espaldas apenas encorvadas, unas manos de hierro y de nariz ganchuda, que caía encima de un par de labios delgados como el filo de un puñal. Moreno de rostro, sus ojos eran verdes y sabían mirar de frente de una manera simpática. Su charlatanería no dejaba dudas acerca de su nacionalidad española. Y había conservado el tono, las interjecciones y el acento del idioma nativo. Ignacio Acevedo era un hombre pintoresco.

Como obrero, era lo más hábil de pensar. Trabajador infatigable, todo lo hacía a la perfección. Su gran capacidad imaginativa era tanta para contar aventuras como para resolver un intrincado problema de carpintería. Entendía de todo. Era herrero, mecánico, labrador de maderas, carpintero y hasta, de vez en cuando, com-

ponía relojes de amigos, por uno o dos sucres de premio.

Ahora trabajaba en el Aserrío "San Luis". Ganaba cuatro sucres diarios, fuera de los extras de sobretiempo y los trabajitos apartes del taller.

Ignacio Acevedo tenía un secreto, que revelaba a medias cuando conveníale: era miembro del partido comunista y, a la sazón, afiliado a las directivas de Guayaquil. Hacía años que él estaba vinculado a la tercera internacional. Siempre, entre la clase trabajadora, fué el mejor propagandista que el partido tuvo.

La edad de Ignacio Acevedo era cosa dificil de averiguar. Su rostro no lo indicaba. Tan pronto podia echársele encima treinta y cinco años, como cuarenta o cincuenta. Y como él no tenía mucho interés en confesarlo, nadie lo supo.

Su vigor y tenacidad eran a temple. Ignacio Acevedo, si el caso lo requería, jugaba como un mozo, alegre y más dicharachero que nunca. Por el contrario, en momentos de seriedad, hablaba como en tribuna y todos lo consultaban cuando era menester.

Su labor de propaganda comunista la hacía con mucho tino, para no infundir sospecha en los dignatarios del Aserrío "San Luis". Seleccionaba sus amigos y con ellos conversaba.

—El capitalismo agoniza, chico. Ya no se puede sostener. Llegará pronto la revolución y todos seremos iguales, viviendo de nuestro trabajo honrado. Vaya, que es posible. La igualdad por arriba, hombre.

—¿Y la crisis, pues?

—Vaya, hombre, que ya te lo he explicado en varias ocasiones. La crisis no puede existir en la sociedad sin clases ni en la dictadura del proletariado. La crisis es el resultado de la anarquía de la producción. Se produce demasiado, sin plan, en competencia. ¿Entiendes?

—Sí entiendo.

—Bien. Ese modo de producción, en grandes trusts, grandes empresas, en los países fuertemente industriales, se llama modo social de producción. Anda viendo, chico.

Fíjate ahora. Se produce socialmente, pero se aprovecha individualmente de lo producido: sólo los ricos, los propietarios se llevan el producto del trabajo.

—¡Claro!

—Esto sí que lo entiendes bien. ¿Ya lo ves, coño? Entonces hoy un desequilibrio, una anarquía. Viene la crisis, el hambre, el paro, la huelga y todos los trastornos. La gente se muere de hambre y echan la comida al mar los ricos para aliviar el exceso de producción. ¿Te fijas en la contradicción? En la sociedad comunista no puede pasar esto, porque el consumo es colectivo, por cooperativas. Ya te he explicado esto de las cooperativas.

—Sí, sí, me acuerdo.

—Bueno. No hay crisis porque no se produce más de lo que se consume, porque, vamos, la competencia no existe donde hay un solo productor: la sociedad, representada, por lo pronto, por el Estado proletario. Todo el mundo vive confortablemente, y, como no hay ricos, no hay tampoco explotación ni rivalidades. ¿Me entiendes? chico?

—Sí entiendo. Los ricos son unos sinvergüenzas, unos ladrones.

—Seguro. Algunos. Pero aprende bien esto: no hay hombres malos ni buenos. Actúan como la clase a que pertenecen. Muchos hay perversos, criminales, como Rockefeller, que ocasiona la guerra en el Chaco para adquirir más petróleo. Un ave de rapiña. Desgraciado. —Y ajustaba los puños el español—. Regala un hospital y sube dos centavos el precio de la gasolina: siempre sale ganando. ¿Por qué querrá tanto dinero? Pero hay otros que no son así: también explotan, pero lo hacen creyendo que proceden bien y pertenecen a su clase. Eso es todo. Así los educan. Tienen un sistema de ideas muy raro y no pueden entender la justicia sino como caridad. Nosotros no pedimos nada ajeno. Queremos lo que es nuestro: ¡el fruto de nuestro trabajo,

coño! Y ellos podrían seguir viviendo bien, si se avinieran con nuestras ideas.

—¿Y don Honorio Paredes?

—¡Ja, ja! Calla. No hay nadie por aquí, ¿no? Ese es un pobre majadero, chico. Un zoquete. ¡Aristócrata de segunda mano! ¡Bah! Un hombre de honor... Es malo, como un gato malcriado.

—Pero aquí nos explota.

—Seguro, chico. Cada vez está más rico con nuestro trabajo. El no ha hecho otra cosa que robar.

Todavía era reducido el círculo de los amigos de Ignacio Acevedo. De los amigos que merecían su confianza, porque, en el taller, Acevedo se llevaba bien con todos. Y prestaba ayuda a los compañeros cuando era necesario. Pronto la cosa iba a cambiar, merced a un gran acontecimiento que el español venía olfateando como perro de caza.

El había notado, sólo él, desde un par de días atrás, a don Honorio muy inquieto. Llegaba tarde a la oficina. Y en dos ocasiones lo vió venir en compañía de su abogado. Andaba preocupado, neurasténico. Ignacio Acevedo decía a sus íntimos:

—Aquí pasa algo serio, chico.

En efecto, pasaba algo muy grave. Una mañana, a eso de las diez, don Honorio Paredes había recibido un cablegrama. Contaban que se puso trémulo y le temblaba la hoja de papel entre las manos. Pálido, sentóse otra vez, que en el primer impulso habíase levantado sin saber por qué. Dobló el cable encima del escritorio. Procuró serenarse. Avanzó el cuerpo hacia adelante y, por mucho rato, estuvo con la cabeza baja, apoyado de codos, y las manos metidas entre los cabellos. Después bajó la derecha y tocó el timbre.

Había llamado a José Luis, y éste contaba a los empleados de confianza cómo don Honorio, intensamente pálido, le había indicado el cable, que estaba allí sobre el escritorio. Estiró la mano José Luis y lo leyó con las

cejas encogidas. No había dicho, al primer momento, nada. Se mordió los labios. Después exclamó:

—¡Quién iba a creerlo! ¡Una casa tan fuerte!

Unos corresponsales de don Honorio Paredes en California habían quebrado. Su cuenta, por entregas de palo de balsa, era subida.

Luego, José Luis había preguntado el monto de la cuenta. Don Honorio lo sabía exactamente y pidióle al hijo que la fuera a ver al archivo. José Luis continuaba el relato al contador, así:

—...Y entonces, cuando mi papá me dijo que viera la cuenta, fuí al archivo y estuve buscando. Quince mil dólares. Le hablé, le dije que se serenase, que no eran más que ciento sesenta mil sucres, y que teníamos más de un millón invertidos en el aserrío, y que, además, él tenía casas en Guayaquil. En fin, le estuve hablando largo rato con el objeto de calmarlo. El me repuso que todo el dinero estaba invertido y que contaba con esa suma, sobre la que iba a girar, para cubrir algunos vencimientos en los Bancos y que no tenía más que veinticinco mil sucres en caja, cantidad con la que no se movía un negocio de la magnitud de éste... Se cree arruinado, el pobre viejo—remató José Luis.

—Pero, don José Luis, su papá puede pedir prórroga en los Bancos. Con el crédito que tiene, y sabiendo las propiedades con que cuenta, no se han de negar los gerentes. Es una pérdida relativamente pequeña.

—Esto mismo le he dicho; pero él me agrega que cómo sigue trabajando sin capital en efectivo, teniendo, ahora mismo, que preparar nuevo embarque. Le he explicado que, sin duda, los Bancos le prestarán. Pero está muy abatido. Ha resuelto llamar al abogado.

Así fueron dos días de idas y venidas, exámenes de libros, acompañados del abogado y un empleado del Banco. Esto era lo que había observado Ignacio Acevedo.

Al fin llegaron a un arreglo. El Banco halló que la for-

tuna de don Honorio era respetable y sólida. Le renovó los créditos y adelantóle ochenta mil sucres, previo hipoteca de una casa, para los trabajos.

—Oiga usted —decía José Luis al contador—, me dice papá que ya todo está arreglado, pero que es necesario ahorrar para recuperar la pérdida, si es posible, en el lapso de un año.

—¿Y cómo piensa don Honorio ahorrar?

Dice que habrá que reducir los jornales, siquiera en un veinticinco por ciento. Tenemos algo más de doscientos obreros, lo que nos representa una economía de alrededor de seis o siete mil sucres mensuales, fuera de los empleados, que también es algo importante. Este es el cálculo de papá. Y ya es una resolución inquebrantable.

Fué así que el día lunes, 24 de diciembre, día de Pascua, se hizo la notificación general, por medio de circulares que pegaron en todas las secciones de los talleres.

Los obreros quedaron, al primer momento, indecisos. Hubo un murmullo, como zumbido. No los dejaron reunirse en grupos y obligáronlos a trabajar en el acto los jefes de sección.

Ignacio Acevedo se mostró más activo que nunca en su trabajo. Inclinó la cabeza y no la volvió a levantar hasta que los ojos del capataz se retiraron de él. Intentó hablar con un compañero, pero no logró pasar de dos palabras.

Ese día, Ignacio Acevedo no almorzó. Dedicóse a trabajar en el Partido. Con el pito de la sirena, a las once de la mañana, los obreros reuniéronse en corrillos en la calle. Todos comentaban. Alguno preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—¡Qué voy a saber yo! Nos han fregado.

—Y con lo caro que está todo por el alza del dólar.

—Ahá. Hay que ver qué dice el español Acevedo.

—¿Dónde está?

—No sé. Vamos a buscarlo.

Pero Ignacio Acevedo se había esfumado. No lo

pudieron hallar, por más que lo buscaron. A la una en punto de la tarde, Acevedo ya estaba trabajando.

A eso de las tres comenzó a repartir unos minúsculos papelitos que había traído en el bolsillo. Los hacía pasar de mano en mano, con gran sigilo. En un momento de descuido, los obreros leían el papelito, hacían un gesto de asentimiento con la cabeza y luego lo guardaban de prisa. Uno de esos misteriosos papelitos llegó a manos de Inocente. Abriólo y leyó estas breves palabras:

"Esta noche, sin falta, a las ocho, en el local de la Sociedad de Carpinteros."

Meditó un instante Inocente. Guardóse cuidadosamente el papel. Y en sus anchos labios morados se dibujó una levísima sonrisa imperceptible. Trabajó con afán, con apuro de terminar. A las cinco de la tarde, volviéronse a reunir en corrillos, pero Inocente se marchó directamente a su casa. Acevedo rehuyó todas las preguntas. Lo más que dijo fué:

—Es para tratar del asunto de la rebaja. No puedo hablar. Márchense tranquilos, que nos van a ver.

Esto lo había dicho frente a un grupo de cinco hombres. En seguida, con las manos en los bolsillos, la espalda ligeramente encorvada, la frente semioculta en la gorra de lana, se alejó a pasos lentos y firmes.

Inocente, presuroso, fué a comer. Afortunadamente, Baldomera estaba allí y, apurando un poco, le pudo servir antes de las seis de la tarde.

—¿No sabe lo que ha pasado, mamá?—expresó Inocente.

—No. ¿Qué, ah?

—Don Honorio ha rebajado los jornales en un veinticinco por ciento, por una pérdida que ha tenido en California, según dice.

—¡Sinvergüenza! Mentira ha de ser. ¿Y qué van a hacer ustedes?

—No sé todavía. Estamos citados a las ocho esta noche, en la sociedad de carpinteros.

—No se dejen por nada. No sean cobardes. Ese Paredes debe ser un desgraciado.

—Sí, pero a mí me conviene estar de buenas con él. Usted sabe que...

No dijo más Inocente. Leyó en los ojos de Baldomera y comprendió que era preferible callar.

—No sé que. Dime.

—Nada, mamá. Ni sé mismo qué era lo que iba a decir.

—Hum... Ja. Bueno... Tienes que portarte bien. Cuidado, Inocente.

Rióse Inocente con una carcajada franca y jovial. Tomó la americana y bajó en el acto las escaleras.

Todavía era muy temprano. Aún no anochecía del todo. Vagó un rato por las calles meditando, hasta que hizo sonar los dedos índice y pulgar con el ademán de quien hubiera hallado la repentina solución a un problema oscuro. Levantó la cabeza y se puso a caminar rápidamente.

En la casa de don Honorio Paredes se detuvo. Subió media escalera. Tocó el timbre en el portón y esperó.

—¿Quién es?

—¿Está aquí el señor Honorio?

—¿De parte de quién?

—Dígale que del aserrío. Que es urgente.

Subió Inocente a los pocos minutos y esperó en el vestíbulo. Al fin, se presentó José Luis.

—Mi papá está muy ocupado. ¿Qué es lo que te pasa, Inocente?

—Nada, que, como yo le estoy siempre tan agradecido por todo lo bueno que ha sido conmigo, quería contarle que ahora... Vea; mejor es que lea este papel que me llegó esta tarde en el trabajo.

José Luis tomó el papel que Inocente le ofrecía. Lo leyó dos o tres veces. Luego, dijo:

—Espérate un momento, que se lo voy a enseñar a mi papá.

Después de unos minutos retornó.

—Está bien, Inocente. Reunioncitas, ¿no? ¡Qué van a sacar! Está bien.

En seguida, preguntó en tono enérgico:

—¿Quién te dió ese papel?

—Iban pasándolo de uno en uno. Mi compañero me lo pasó.

—¿Pero quién los llevó al aserrío?

—No sé. Pero sospecho que ha de haber sido el español Acevedo.

—Ajá. ¿Y por qué sospechas de él?

—Este... Porque siempre está hablando del comunismo y la revolución.

—Ajá. Magnífico. Se lo voy a decir ahora a papá. Muchas gracias, Inocente. Te tomaré en cuenta y no creas que papá echa en saco roto lo que haces.

—Es mi deber, niño José Luis. Y ahora, ¿qué tengo que hacer? ¿Voy a la reunión?

—¡Seguro! Ya me lo dijo mi papá. Anda y mañana temprano vienes a informar. Procura saber todo lo que hace el español. Sigue con ellos, cualesquiera que fueren sus resoluciones, y así podremos saberlo todo.

—Muy bien. Hasta mañana entonces.

Inocente salió dichoso de casa del señor Paredes. Sin embargo, se preguntó: ¿por qué diablos que nunca se puede ver ni hablar con don Honorio?... Luego, volvió a pensar en su plan, que era más complicado. Se frotó las manos con placer. Había empezado muy bien. Caminó sin rumbo fijo, haciendo tiempo, hasta que, sonadas las ocho, encaminó sus pasos a la sociedad de carpinteros.

Ya habían llegado algunos. Poco a poco, la sala de sesiones se fué llenando. Era una sala grande, rectangular, con unas cincuenta sillas de toda condición y tamaño. Adelante, al fondo, había una mesa, junto a la cual había tomado asiento Ignacio Acevedo, en compañía del presidente de la sociedad y de un camarada que hacía de secretario. Los que llegaron temprano se apropiaron de las sillas. Los demás, de pie, en los corredores, o sentados

a medias en los marcos de las ventanas, formaban un conglomerado curioso.

Luego de unos minutos de espera, hasta que, más o menos, la sala estuvo llena, el español Acevedo tomó la palabra:

—Camaradas —eran las ocho y media en punto, y Acevedo se frotó las manos, haciendo una pausa—. Camaradas: en primer lugar, debo agradecer en nombre de todos los aquí presentes al presidente de la sociedad de carpinteros, por habernos facilitado su local, que será, desde esta noche el centro de nuestras reuniones. —Acevedo tosió ligeramente—. Todos saben el objeto de esta convocatoria, que es debida exclusivamente al sucio comportamiento del capitalista Honorio Paredes, que se ha propuesto matarnos de hambre haciéndonos pagar a nosotros supuestas pérdidas en el extranjero...

—¡Bravo!

—Es decir, en el caso de que fuera verdad lo de la pérdida, que cuando los capitalistas se despluman entre sí, nosotros pagamos los platos rotos...

—¡Bravo, Acevedo!

—Camaradas, es vergonzoso que soportemos este robo inicuo. Bastante aguantamos ya con lo que nos explota Paredes retribuyendo tan mal nuestro trabajo. Esto último es el descaro más grande y no lo debemos consentir. ¡El pulpo ha probado ya nuestra sangre y quiere seguir chupando!

—¡Viva el camarada Acevedo!

—¡Vivaaa!

Ignacio Acevedo, de pie junto a la mesa, se arreglaba los cabellos. Arrugaba las cejas y tomaba posturas severas. Eran momentos de gran felicidad para Acevedo. Estiraba el brazo, señalando el techo de la sala al par que decía:

—¡Sí, camaradas! Allá, en lo alto, están nuestros ideales y debemos conquistarlos aún con el sacrificio de nuestras vidas por el bien de la humanidad.

Una salva de aplausos lo hizo enmudecer. Esperó

tranquilo, dueño del auditorio, apoyando ambos puños sobre la mesa, los brazos estirados y el cuerpo hacia adelante, de suerte que parecía sostenido de los hombros por un par de palancas.

A las nueve en punto de la noche, Ignacio terminó su discurso con estas palabras:

—Camaradas, tenemos que irnos al paro. El paro organizado y fuerte para triunfar. El capitalista Paredes tendrá que ceder. Comunico oficialmente que tenemos el apoyo decidido del Partido Comunista. Hay que irse al paro, único recurso de defensa que nos queda a los obreros entregados a las fauces insaciables de los explotadores.

—¡Bravo!

—¡Viva la huelga!

—¡Vivaaa!

Ignacio Acevedo se había sentado. Aún tenía un ligero temblor en los labios y en las aletas de la nariz. El presidente tocó el timbre. Empezó la deliberación.

Algunos, los más violentos, opinaban por el paro inmediato. Los otros preferían una notificación a don Honorio Paredes, otorgándole una plazo de veinticuatro horas para resolver la reintegración de los antiguos jornales. Un grupo reducido de obreros, con un papel en la mano, recorría la sala obteniendo votos. Era una tabla de reivindicaciones que también querían obtener.

Inocente lo veía todo y se mostró entre los más exaltados, levantando los puños y gritando desaforadamente por el paro inmediato.

Al fin, un obrero pidió la palabra. Se hizo silencio. De pie sobre una silla, comenzó a leer:

"Los suscritos sometemos a la consideración de nuestros camaradas los siguientes puntos: 1.° Declaración inmediata del paro de actividades de todos los obreros, incluyendo a las mujeres del Aserrío "San Luis"; 2.° Se nombrará una comisión para que se entreviste con los obreros que no han asistido esta noche, y obtengan sus adhesiones; 3.° Boicot a los obreros que no se adhieran

al paro, obligándolos, si es preciso empleando medios de violencia; 4.º Designación inmediata de una comisión directiva que se encargue de organizar el paro y obtener fondos con las sociedades obreras y el Partido Comunista para el socorro de los parados; 5.º Permanencia irrestricta del estado de paro mientras que el capitalista Honorio Paredes no cumpla con las siguientes reivindicaciones: a) Reintegración a todos los obreros a su antiguo jornal; b) Trabajo más humano para las mujeres, reduciéndoles una hora de trabajo diario y concediéndoles, con jornal, dos meses de licencia en caso de preñez; c) Sábado inglés de descanso obligatorio, con jornal, por las tardes; d) Libertad de reunión dentro de la fábrica en horas libres de trabajo; e) Contribución del capitalista Paredes con una cuota mensual para obtener un fondo de socorro para los obreros, en caso de accidentes, o para sus familiares, en caso de muerte; f) Garantía absoluta de no despedir a un solo obrero de los que hubieran tomado parte en el paro; g) Obligación del capitalista Paredes de notificar con un mes de anticipación a cualquier obrero que desee despedir en otra época, abonando, además, quince días gratuitos de jornal; y h) Compromiso de aumento de jornal en el caso de que las utilidades del capitalista Paredes aumentaren, en una proporción igual al aumento de utilidades, para lo cual habrá dos delegados nombrados por los obreros a fin de que examinen las cuentas."

Largo rato discutieron este proyecto. Evidentemente, Acevedo había tomado parte en su redacción, porque se frotaba las manos lleno de orgullo. Por fin, triunfó la mayoría que estaba por el proyecto presentado, pero con la condición de hacer, de todas maneras, la notificación de veinticuatro horas a don Honorio Paredes, a quien le remitieron copia de la resolución.

Eran las doce de la noche cuando comenzaron a salir de dos en dos. Afuera caía una llovizna menuda que entraba hasta los huesos. Se levantaban los cuellos de las americanas, los que la llevaban, metían las manos en

los bolsillos y echaban a andar apurados, cada quien en opuesta dirección.

No se habían equivocado al tomar la precaución de salir de dos en dos, porque en las cuatro esquinas del edificio de la sociedad de carpinteros estaban apostados agentes de la Oficina de Investigaciones, enviados, seguramente, a solicitud de don Honorio Paredes.

Todo lo observaban los pesquisantes. Y parecía que las finas hilachas de la garúa servían de cortina para ocultarlos mejor. Empezó a correr un viento helado y fuerte. Y los obreros, temiendo el aguacero, echaron a correr y se perdieron entre los recodos de la Plaza del Centenario.

Una campanada vibró en el espacio y señaló un cuarto de hora anónimo y oscuro.

XIV

La ciudad quedó lustrosa después de aquel aguacero caído en la noche de Navidad. En las calles centrales, el asfalto brillaba, pulido y ensombrado, jugando con las luces. Por las afueras, se cuajó el lodo y la tierra se llenó de huecos. El suburbio quedó así logrado, completo. Ya los pobladores comenzaron a sacar las cañas para hacer puentes o las piedras para hacer caminos e ir saltando de una en una.

Había llovido toda la noche. A las seis de la mañana, cesó la violencia. A las ocho, eran sólo gruesas gotas y pequeños chorros que seguían cayendo de los techos, haciendo bulla por la lata de los canalones. Como el sol quedó oculto tras las nubes grises, la ciudad entera permaneció húmeda y fresca. Y de la tierra salía un vaho perfumado y fuerte que trepaba a confundirse con el aire veloz que corría por los tejados.

Era un día para quedarse dormido, arrebujado entre las frazadas, con las piernos encogidas y la cabeza oculta entre la almohada.

Afortunadamente, era 25 de diciembre, y los almacenes y fábricas no se abrieron.

Pero, a las diez de la mañana, unos hombres con ropa limpia, pantalones blancos almidonados y en forma de campana, camiseta de color rosa, americana de dril y sucio y alón sombrero de mocora, iban llegando a la sociedad de carpinteros.

No sumaban diez. Se trataba del comité directivo, designado la víspera, una vez que fué aprobado el proyecto de las reivindicaciones.

Ignacio Acevedo estaba allí. Y tácitamente fué el jefe. Todos consultaban su opinión. A las doce, luego de tomadas las más importantes resoluciones, se retiraron.

Después de media hora, don Honorio Paredes leía, apoltronado en la enorme silla de su escritorio, en su casa, el siguiente oficio:

"Tenemos a bien comunicarle, por el presente, las resoluciones reivindicativas tomadas en la gran asamblea de trabajadores del Aserrío "San Luis", que tuvo lugar el 24 de los corrientes

"De acuerdo con los puntos relatados en la hoja que adjuntamos, tiene Ud. veinticuatro horas de plazo para resolver la reintegración de los jornales a los trabajadores, así como su formal aceptación a los otros puntos allí contenidos."

Firmaba el comité directivo. Y don Honorio pudo leer las firmas de Parrales, Acevedo, Cajas, Rivera, Jalcas, Bodero y dos más que no le fué posible entender.

A los pocos minutos, subió Inocente a casa de don Honorio Y José Luis le gritó casi colérico:

—¡A buena hora vienes!

—Estuve averiguando, niño José Luis.

—Averiguando... Mi papá tiene ya en su poder, sin necesidad de ti, todo lo qué ha pasado anoche. No sirves para nada.

—Perdone, niño. No creí que vendrían tan temprano.

—¡Oh! No creí... Bueno, ¿qué has averiguado? ¿Van a trabajar mañana?

—Sí, niño. Todos van a ir a las siete, como de costumbre. Hasta las doce van a esperar.

—¡Esperar! ¡Ya verán lo que hará mi papá! ¡Atrevidos! ¿Qué van a esperar?

—La respuesta de don Honorio.

—Ja, ja. Lo verán mañana. ¿Quiénes estaban en la reunión anoche?

—Casi todos, menos las mujeres.

—¿Todos?

—Ahá. Me creo que también estaba míster John... —dijo Inocente en un tono bajo y dudoso, apuntando apenas una sonrisa.

—¡Imposible! John no puede haber ido. ¿Tú lo viste?

—Me creo que sí.

—Habla claro. ¿Lo viste o no lo viste?

—Había tantísima gente, niño, que no puedo asegurarlo.

—Bueno. Ponte a vigilar a John y avísame todo lo que haga. ¡Canalla el negro!

Inocente despidióse más gozoso que la víspera. Había ya iniciado la segunda parte de su plan. Y con éxito. Era seguro: despedirían a John y, claro, él lo substituiría. El jamaicano no había asistido a la asamblea, pero eso qué importaba. Inocente andaba con la cabeza inclinada, pensando y pensando. Se sonreía. Y con lo que ganaba de jornal el jamaicano, podría casarse en el acto y vivir feliz con Celia María.

En la tarde de ese día, don Honorio Paredes visitó al Gobernador de la provincia y al Intendente de policía, a quienes puso al corriente de los hechos. Se retiró con la oferta de los funcionarios de prestarle el auxilio de la fuerza pública, en caso necesario.

—Pierda usted cuidado, don Honorio. Mañana pondré a órdenes de usted una escolta para la fábrica. Para eso estoy en el cargo: para hacer cumplir el orden público.

—Muchas gracias. Cuento con ello—relataba don Honorio a su hijo la conversación habida con las autoridades.

—Así que le mando las policías al aserrío, ¿no?

—Sí, señor. A las siete de la mañana, por favor. Yo estaré allí.

Aquel día, cosa extraordinaria, don Honorio se dejó ver temprano. Antes de las siete de la mañana, él mismo presenció cuando abrieron las grandes puertas del aserrío. Al empezar a llegar los obreros, ya estaban los policías a la puerta. Eran seis. Todos con sables. Por la calle, frente al aserrío, pasaban, de vez en vez, hasta veinte policías montados.

Algunos obreros vacilaron al ver los policías. Pero allí estaba Ignacio Acevedo, que, resueltamente, el primero, entró. Los polizontes lo dejaron pasar. En seguida, Acevedo, inalterable, comenzó su trabajo. Los compañeros siguieron su ejemplo.

Las máquinas silbaron. Crujieron las poleas. Los motores iniciaron la marcha con un ronquido. Las sierras hincaron sus dientes en la pulpa de las maderas y chillaron los palos, modulando su canto largo de dos acordes incesantemente repetidos. Después, la fábrica entera vibró y ganaron el ruido las máquinas más potentes con su incansable y matemático repetir.

Pero esto sólo duró una hora. A las ocho, don Honorio había ordenado que se convocara a los obreros en el patio. Las máquinas prendidas, que podían funcionar por un rato sin la vigilancia de los peones, continuaron gritando.

El señor Paredes, cuando los obreros estuvieron reunidos, se presentó. Causó sensación su figura. Algunos lo veían por vez primera. Estaba allí, él mismo, en carne y hueso, alto, de pie, con semblante enérgico y modales elegantes. El, él mismo, a quien nunca habían oído hablar, al que veían, rara ocasión, como en sueños. Habló:

—Todos saben que la reducción de los jornales es meramente provisional. Acaso dentro de seis meses, o a lo más un año, otra vez volverán los antiguos salarios. Me es dolorosa esta medida, pero todos ustedes saben que me ha sido impuesta por circunstancias insalvables de fuertes pérdidas en el exterior, que yo no podía controlar. y de las cuales no soy responsable. Si continuara pagándoles como ahora, iríamos al fracaso, tendría que

cerrarse la fábrica y todos ustedes perderían su trabajo.

Don Honorio hizo una pausa. Los obreros escuchaban en silencio.

—Les he hablado francamente. El pliego que ayer me han remitido es absurdo. No lo puedo ni tomar en cuenta. No quiero hablar de las ideas extravagantes y las insólitas pretensiones que contiene y que mi mismo honor de caballero me impide tratar. Me referiré, pues, sólo a los salarios. En principio, no acepto imposiciones ni amenazas de nadie. Por un impulso generoso vengo a darles explicaciones de las cosas ocurridas, y no necesito ampliarme, porque hasta los periódicos han publicado la noticia de la quiebra de Cox Import Company, que me ha ocasionado ingentes pérdidas. Pero, si ustedes me sitúan en el terreno de las exigencias, diré, categóricamente, que no acepto ninguna condición. Si quieren seguir trabajando, pueden quedarse. Si no, los que están por la huelga, pueden marcharse. La puerta es ancha. Sólo les advierto que son instrumentos de ideas disolventes, anárquicas y extraviadas y que el único resultado de su actuación será la miseria para sus familias. Esto es todo.

Se hizo profundo silencio. Los obreros se miraron desconcertados. Ignacio Acevedo comprendió la situación. Se sacó la gorra de trabajo, dióle la vuelta entre las manos, y avanzó tres pasos.

—En nombre de mis camaradas —comenzó a decir—, me permito contradecir al señor Paredes. No se trata de ideas anárquicas, sino de todo lo contrario. Ni exigimos cosas imposibles. Estamos en nuestro derecho y resueltos a jugarnos el todo por el todo. Queremos justicia, sólo justicia. No podemos vivir con salarios tan bajos, y nosotros somos, en verdad, los que enriquecemos a usted, sin tener más premio que unos centavos para mal comer y la expectativa de ser despedidos en cualquier momento. En el caso concreto de ahora, en primer lugar, nosotros no tenemos por qué pagar los platos rotos. Y cuando los capitalistas se tragan entre sí, las pérdidas

son a nuestra costa. Esto no podemos soportarlo. Fuera de que no sabemos el origen de la noticia que han publicado los diarios y que bien puede haber sido proporcionada por usted...

Don Honorio Paredes palideció. Las pupilas se le dilataron de la ira. Gritó muy alto:

—¡Silencio, altanero!

Interrumpido Acevedo, trató de seguir hablando, pero don Honorio no se lo permitió.

—¡Policía, haga usted callar a ese hombre, y si resiste, llévelo preso!

Ignacio Acevedo sonrió. Se volvió a cubrir la cabeza con la gorra. Volteó hacia sus compañeros y, antes de salir, les dijo:

—Tenemos un compromiso. Los que sean hombres que lo cumplan. No se dejen engañar. Yo abandono el trabajo.

Centenares de cabezas, amontonadas, se irguieron. Pasó un minuto extático. Luego las cabezas se inclinaron y avanzaron en ademán de marcha. Todos ganaron las puertas, atrás de Acevedo que, a paso firme, se alejaba ya a media calle. El montón humano, apretado y enracimado, se aclaró en la vía. Alguno gritó:

—¡Viva la huelga!

Entonces los policías los dispersaron. Blandieron los garrotes y los sables por encima de las cabezas, gritándoles:

—¡Retirarse! ¡Retirarse!

Los talleres quedaron desiertos. Se pararon las máquinas con un silbido que fué decreciendo hasta desaparecer. Los motores moderaron la marcha y su tableteo se fué espaciando y bajando de tono. Las poleas disminuyeron sus revoluciones y comenzaron a mostrar las varas de acero que por dentro las cruzaban. Entonces, las transmisiones dejaron de brillar y se fueron destemplando, hasta quedar flojas, formando senos y largas curvas. Las grandes dínamos fueron las últimas en pararse. Exhalaron grandes gritos postreros, retemblaron un ins-

tante como estremeciéndose,y aquello que giraba dentro de las trompas, largas y achatadas al mismo tiempo, se vió inmóvil al través de las ventanas que parecían descomunales narices. Hacía rato que las sierras enseñaban los dientes, sucios aún de la madera que se había enredado allí como hilachas de carne.

Sólo en el departamento de mujeres quedó alguna animación. Pero no trabajaban. Asustadas, hablaban a más no poder. Eran unas ocho que no habían plegado al movimiento. Entre ellas, estaba Celia María.

Inocente siguió al grupo más numeroso y luego de informarse de la hora de citación en la sociedad de carpinteros, marchó a su casa. Era muy temprano aún. Se echó a la hamaca. A las once salió otra vez, dirigiéndose hacia el aserrío. En la esquina esperó a que saliese Celia María.

—Y, Celia María, ¿cómo anda la cosa?

—Yo ni sé, Inocente. El señor Paredes nos dice que sigamos trabajando no más y que él conseguirá otros obreros. Anda de un lado a otro, bravísimo.

Acompañó Inocente a su novia hasta la puerta de casa de la tía. Allí se despidieron.

—Bueno, pues, Celia María, ahora me han de ascender.

—¿Y por qué?

—No digas nada; pero estoy de acuerdo con don Honorio, y yo le aviso de todo lo que pasa. El puesto de míster John es el que quiero...

—¿Por qué haces eso, Inocente? A mí no me gusta.

—No seas boba. ¿No ves que así nos podemos casar bien pronto y tú no tendrás que trabajar más?

—No me gusta. Yo no quiero que seas así con tus compañeros. Quisiera que fueras como el español Acevedo.

—No digas tonterías, Celia María. Yo también soy bien hombre. Pero no soy zoquete y quiero aprovecharme del momento, ¡qué caray!

—Ah.

Celia María se puso triste. Sufrió una desilusión. Ella no era una revolucionaria. No. Ni entendía nada de las reivindicaciones. Pero, en su misma debilidad enfermiza, gustaba de los hombres leales y bravos.

—Dame un beso, Celia María.

Lo besó fríamente y se despidieron.

Inocente encaminó sus pasos a la casa. Esperó hasta las doce a Baldomera. Fué ella quien primero habló del aserrío.

—¿Cómo resultó lo del trabajo, Inocente?

—Ya se declaró la huelga esta mañana.

—Bien hecho. ¿Y cómo así?

—Este, don Honorio nos habló bien bonito, diciendo que sentía rebajar los salarios, pero que después de poco tiempo volvería a subirlos. Que era mejor para nosotros porque, si no, todo se perdería y quedaríamos todos sin trabajo, y que él no tenía la culpa de lo que había pasado en California.

—¡Mentiroso! No le deben haber creído ustedes...

—Yo sí le creo, mamá.

—¡Pedazo de bruto! Sigue contando.

—Dijo después que no aceptaba, este, ¿cómo fué que dijo. que creo que imposiciones, y que el que no quería trabajar que se largara, pues.

—¿Y qué mismo hicieron?

—Nos fuimos, pues. Ya no hay trabajo. Nos van a dar un sucre diario los del Partido, y qué sé yo.

—Está bueno eso. Y vos, cuidado con quedar como un idiota flojo. Tienes que ser bien hombre.

—Sí, mamá.

Apuróse Baldomera con la comida, porque ya era hora de ir a su puesto de la Boca del Pozo. A la una de la tarde salió. Caminó hacia el malecón, pero se detuvo en Eloy Alfaro. De allí viró a la izquierda, para tomar la recta que la conduciría hasta la tienda del italiano Landucci. Para los pasos de Baldomera esa distancia era

cosa de unos seis minutos. Y antes de la una y cuarto estaba sacando sus artefactos de la tienda.

—Buenas tardes, gringo.

—Buenas, doña Baldomera. ¿Cómo está?

—Así no más.

—Oiga, doña Baldomera, van ocho días que no paga. Debe ya ocho reales.

—Ahá.

—¿Cuándo va a pagar?

—Esta noche le hago un abono.

—De tarde mejor. Usted se va ahora a las cinco.

—¡Oh! No sea desconfiado, gringo. Me voy a las cinco a comer y a darle la comida a los chicos, pero a las siete regreso todos los días.

—Vea como la señora Dominga si me paga todos los días.

—¡Bah! ¿La serrana, esa ladrona? ¡Qué va a pagar!

—Le digo que paga, doña Baldomera.

—¡No! Ni me diga más, don Landucci. Usted dice no más para que yo me crea.

Y sin esperar respuesta, salió de la tienda. Acomodó en la esquina, junto al grifo del Cuerpo de Bomberos, el fogón. Ella había traído ya su gran bandeja con las cosas crudas. Agarró los muchines, los amasó un poco más, dándoles mejor forma, y los fué echando de uno en uno en la manteca hirviente. Después, se puso a aventar el fuego.

—¡Muchines! ¡Muchines! ¡A la carne en palito!

Poco vendía Baldomera. Sin embargo, a las tres de la tarde ya sonaba el tarrito de lata con algunas monedas adentro.

Dominga, la serrana, situada hacia el otro lado de la tienda, sí que vendía mucho más. Su fogón era más grande y tenía tres bandejas enormes con distintas cosas. Allí estaban las longanizas frescas, la sangre cuajada, salpicada de ají, el plátano verde sancochado, el sabroso hígado de puerco y los rubios chicharrones gritando en

la sartén. Además, también tenía carne en palito, muchines y tortas de plátano.

Baldomera ni siquiera la miraba. Era por no dañarse la sangre, según decía. Pero a eso de las cuatro, llegó un cliente y ya iba a comprar a Baldomera, cuando la serrana gritó:

—¡Aquí tiene las salchichas! ¡Venga, señor, venga! ¡Mondongo, tripa lavada, longanizas! Por medio no más. ¡Venga, señor, venga!

El cliente, mirando hacia la serrana, rehusó el muchín que tendíale Baldomera y se fué al otro puesto, tentado por los sabrosos comestibles que le ofrecían.

Esto sí que Baldomera no lo pudo tolerar. Se levantó furiosa. De dos zancadas estuvo frente a su competidora. La miró un instante con ojos de insulto. Después le dijo:

—Oiga, longa desgraciada, no se meta conmigo.

—¿Y yo qué le hago, pues?

—Como vuelva a quitarme un cliente, le rompo el alma, longa sucia.

—Elé, la loca lo que dice.

—¿Loca? Serrana de porra. Ahora vas a ver.

Se abalanzó sobre ella, que estaba sentada, y le hundió las uñas en los hombros. La sacudió. Luego le dió un tirón del pelo. Dominga se había levantado y pretendía defenderse al par que gritaba:

—¡Socorro! ¡Me matan! ¡La loca lo que me mata! ¡Auxilio!

Un policía separó a las mujeres. Condujo a su sitio a Baldomera, que trataba de explicarse:

—Es que me quita todos los clientes y no me deja vender. Y de paso me insulta.

—Yo no sé nada. Usted siempre está haciendo escándalo. Conocida es. No la llevo presa porque no quiero. Pero queda citada mañana a las diez ante el Comisario segundo—agregó el policía, apuntando en una libreta el nombre de Baldomera.

—Pero no sea así. Ahora me ponen multa y no tengo con qué pagar.

—Yo no sé nada. Usted tiene la culpa.

—Fíjese que mi marido está en el Hospital y sólo yo trabajo.

—No entiendo yo.

—Vea, hombre, llévese estos muchines y no me friegue.

Por fin, y ante la vista de los sabrosos muchines, sacrificando el sentimiento regional que le inspiraba Dominga, el policía cedió. Empaquetó los muchines de yuca y se marchó reconviniendo a Baldomera e incitándola a no volver a pelear con su vecina.

Baldomera volteó a ver a la serrana. Se mordió los labios. Y le hizo una seña con la palma de la mano, como diciéndole "espérate". Pero Dominga juzgó prudente no darse por entendida.

Así transcurrió el tiempo hasta las cinco, hora en que Baldomera fué a su casa para atender a Inocente. A las siete de la noche estuvo ya de regreso. Volvió a encender el fogón. Aventó la candela. Y siguió en sus gritos roncos y destemplados:

—¡Muchines para la juma!

Dominga sólo trabajaba hasta las siete de la noche. Con la última campanada de las siete, recogía sus trastos, dejábalos en la tienda de Landucci, y se iba, no volviendo hasta las once de la mañana del siguiente día. Baldomera mirábala irse jubilosa. Le quedaba el mercado libre. Y esa noche no pudo menos que decirle:

—¡Que te atropelle un auto, condenada!

—¡Elé, loca!—respondió Dominga, al par que a grandes pasos se alejaba.

Se incorporó Baldomera. No había peor injuria que esa palabra para ella. Quiso seguirla, pero vió a un policía no muy lejos. Entonces, le gritó:

—¡Vuélveme a decir éso, desgraciada!

Pero Dominga apenas se encogió de hombros, y apuró la marcha.

Quedóse Baldomera dueña del campo. Ya estaba contenta de eso, cuando, antes de las nueve, se descolgó un aguacero torrencial. Maldijo Baldomera a más no poder. Se le mojaron los muchines y las tortas, por más que corrió a guardar las cosas en la tienda. Allí, en un cajón colocado boca abajo, se sentó a esperar que amainara la lluvia.

—Oiga, gringo, bríndeme un puro—dijo al italiano.

—¿Y la cuentita?

—Ya le voy a pagar. Tome, le doy sólo de tres días, porque ahora este aguacero maldito me ha fregado. Pero costéese, pues, el puro.

—A ver. Bueno, doña Baldomera.

Chascó la lengua al terminar de beber. Pidió un cigarro grandote, que pagó con cinco centavos y volvió a sentarse. No decía una palabra. Estuvo mucho rato fumando, envuelta su cara negra y chata en el denso humo del tabaco barato. Se desdibujaban sus facciones y, a ratos, parecían más gruesas, de relieves más profundos.

A las diez y media, Landucci le llamó la atención.

—Doña Baldomera, ya voy a cerrar.

—Bueno, pues, me mojaré. No cae más que agua y de arriba para abajo.

Sin decir más, se marchó. Cruzóse la manta sobre los hombros y arrancó a andar a largos pasos.

La lluvia caía fuerte y burlona. El cielo mostraba grandes nubarrones grises. Y corría un viento helado que buscaba los huesos. Ya se habían formado charcos de agua lodosa. Y crujían las planchas de zinc de los techos en un bullicio bronco y sin embargo chillón.

Sólo un segundo vaciló Baldomera. Podía haberse ido por la Avenida Rocafuerte, buscando el asfalto, o tomar el autobús a costa de cinco centavos. Pero Baldomera, mujer de temple, no lo quiso. Tenía que seguir su camino acostumbrado y pararse, un minuto siquiera, frente al Hospital.

Las chancletas de Baldomera producían, esta vez,

un sonido especial, haciendo el vacío en los charcos, como soplándose. Y cuando las levantaba, al sacar los pies del agua llenos de lodo, parecía que destapaba botellas.

Anduvo, no obstante, lo mismo que siempre, al mismo compás, con el mismo ímpetu. Fuerte. Rápido. Sólo que se inclinaba un poco hacia adelante en el esfuerzo de sacar los pies con energía. Y la lluvia, oblicua, la cruzaba y parecía un cinematógrafo de cartones. La única, absoluta, allí iba en contra del viento y del agua, flotando las polleras y moviendo los brazos.

Ya el agua corría en ciertos sitios y las faldas de Baldomera se encharcaron. Toda ella estaba como una sopa. Se le pegaba el traje y dibujábanse sus enormes nalgas, que se meneaban lentas y pesadas como las lomas de un cetáceo.

*

* *

Al día siguiente, Baldomera madrugó. Antes de las siete estuvo, por mera curiosidad, en la esquina del Aserrío "San Luis".

Se habían congregado algunos trabajadores a objeto de no dejar entrar a las pocas mujeres que aún no se habían adherido al movimiento. Baldomera, impasible al principio, vió cómo las hablaban desde cuadras atrás. Algunas quedaron sin avanzar. Otras, resueltamente, siguieron hasta la puerta. Entre estas últimas iba Celia María.

Baldomera, por las señas que Inocente habíale dado creyó reconocerla. Adelantóse algunos pasos y cuando estuvo frente al grupo, gritó:

—¿Cuál es aquí Celia María?

—Yo soy. ¿Qué quiere? — preguntó la aludida.

Baldomera la tomó del brazo y le dijo:

—Lo que es tú no entras. La que va a ser mujer de mi hijo no se porta como una maricona.

—¿Y a usted qué le importa?

—¿No ves que yo soy la mamá de Inocente?

—¿La mamá de Inocente? — Celia María no lo había entendido bien al principio—. ¿La mamá de Inocente, dice? Pero déjeme no más: tengo que trabajar.

Ya se habían acercado los obreros y comenzaron a gritar:

—¡No entran! ¡No entran! ¡Viva el paro!

En el acto, la guardia de policía corrió desde las puertas.

—¿Qué pasa aquí? — inquirió el oficial.

—Nada pasa. Usted no se meta en lo que no le importa.

—¡Viva el paro! — gritaron los obreros.

—¡Largo de aquí! ¡Largo! — vociferaban los policías con los sables ya desnudos.

Pero Baldomera, ágil, agarró con sus manos de tenazas al policía, impidiéndole golpear con la espada y al mismo tiempo le lanzó un puntapié. Gritó:

—¡Ataquen muchachos!

No se hicieron de rogar los obreros y cayeron a piedras y trompadas sobre los policías, que, inferiores en número, tuvieron que huir.

Uno de los obreros propuso:

—¿Nos tomamos la fábrica?

—No sean brutos — dijo Baldomera—. Ya mismo viene la caballería y nos barren. Larguémonos ligero.

Doscientas cabezas se movían. Doscientas cabezas se erguían. Doscientas cabezas, altas, desafiantes, estaban allí firmes, en conglomerado vigoroso, deseosas de vencer. Luego se alzaron los brazos. Como puntales. Como palancas. Gritaron. Pidieron justicia. Las bocas se contorsionaron de furia. Con ansia de dominio, miraban las puertas del Aserrío, allí, adelante, tentadoras.

—¡Viva la huelga!

Baldomera insistía:

—¡Vámonos, que ya mismo viene la policía! ¡No sean brutos!

A lo lejos se escuchó el galope de muchos caballos. El pavimento vibraba con las pisadas de los cascos. Las cabezas se movieron. Todas se hicieron hacia adelante. Algunas esperaron firmes unos segundos. Pero, al ver huir las otras, se lanzaron también a la carrera. Los portales se llenaron de gente. La masa se separó y se hicieron claros en las filas.

Baldomera misma había puesto el ejemplo. Pero no quiso soltar a Celia María y volvió a tomarla del brazo.

—Ven. Yo te voy a dejar a la casa. Tengo que enseñarte a ser mujer.

Celia María, pálida, apenas si podía seguir con sus piernas los enormes pasos de Baldomera que, con el cuerpo inclinado, tiraba de ella como si estuviese poseída de furia.

XV

El niño José Luis, en compañía de su padre, leía tranquilamente el periódico en el despacho privado de don Honorio, en el Aserrío "San Luis". Hasta ellos llegaban los ruidos monótonos de las máquinas. De vez en cuando, un escape de vapor silbaba agudamente. En seguida, volvían el repetir bronco del acero y el chirriar estridente de las maderas.

Todo estaba en perfecto orden dentro del aserrío. Los obreros trabajaban como siempre. Ya don Honorio había notificado que era indispensable trabajar hasta las diez u once de la noche, por turnos, tres veces a la semana, pagándoles sobretiempo, a causa del atraso sufrido.

Era el primer día del trabajo después del paro. Sólo dos semanas habían transcurrido. El lunes, 10 de enero, el aserrío estaba en pleno funcionamiento desde las siete de la mañana.

A los diez días del paro, los obreros comenzaron a cansarse. El sucre diario del socorro no les bastaba para sus más premiosas necesidades. Además, las gestiones para obtener la adhesión de los otros aserríos y fábricas y lograr después un paro general, habían fracasado hasta ese momento.

Decían que don Honorio, por su parte, se hallaba desconcertado. Diez días con las máquinas paradas era demasiado. Se asustó de la pérdida. Hacía números y números. Los escándalos a la puerta de la fábrica se sucedían casi diariamente. Y, en veces, los obreros pa-

saban gritando mueras por frente a su casa. Don Honorio, según relataba José Luis a los altos empleados, vivió esos días intranquilo. Las gestiones que había realizado para conseguir nuevos trabajadores no le dieron ningún resultado, pues, con los jornales tan bajos no era tan fácil obtenerlos y fueron muy pocos los que se presentaron, y a éstos los corrieron las burlas y las pedradas de los parados. Aseguraba José Luis que fué su madre, doña Catalina, quien lo hizo resolverse:

—Pero, Honorio, esto no puede seguir así. Estos bolcheviques nos van a asesinar.

—¿Y qué quieres que haga?

—Cede un poco. Trata de arreglarlo en alguna forma.

—No puedo. Mi honor se me subleva. Ya es una cuestión de capricho.

—Déjate de tonterías. Esto es cuestión de negocio. ¿Quieres que nos prendan fuego a la casa? ¿Que me violen esos salvajes? Están desesperados y son capaces de todo. ¿Qué opina usted, Ricardo?

Ricardo Velasco, un apoderado general de don Honorio, que almorzaba con ellos ese día, correspondió a la amable sonrisa de doña Catalina, y dijo:

—Me parece, don Honorio, que debe usted ceder. Fíjese que la misma fábrica parada es más perjudicial que todo. Esta situación no puede prolongarse un día más.

—Pero, ¿cree usted que se puede llegar a algún arreglo?

—¡Seguro! Hay que hablar con el Intendente de Policía.

—Bien, vaya usted y arréglelo. Ya tengo la cabeza de este porte — agregó, llevando las manos en alto y señalando el vacío, como queriéndolo abarcar.

—Entonces — continuaba José Luis contento — mi papá, entristecido, se retiró de la sala y se sentó en el escritorio, no queriendo volver a hablar ni una palabra de la fábrica ni de la huelga.

Fué, pues, según el relato de José Luis, Ricardo Velasco quien dió todos los pasos y llevó a feliz término la situación. Cinco días empleó en solucionarla. Acompañado del Intendente, luego de ponerse de acuerdo con él, se presentó a la Sociedad de Carpinteros y comenzaron las discusiones.

La cuestión de los jornales se solucionó haciendo la rebaja efectiva — por condescender al capricho de don Honorio — sólo para la primera semana; la segunda semana de trabajo sería sólo el veinte; la tercera y la cuarta, el quince; la quinta, sexta y séptima, el diez; la novena, décima, undécima y duodécima, el cinco; y en seguida, a la siguiente semana, volverían a regir los antiguos salarios. En cuanto a los otros puntos del pliego de reivindicaciones, sólo aceptó don Honorio, representado por Ricardo Velasco, éstos: reconocimiento del sábado inglés, de acuerdo con la ley votada últimamente por el Congreso Nacional; promesa de contribución para el fondo obrero con el ½% de las utilidades, en cuanto hubiera cubierto la pérdida habida con la quiebra de los corresponsales en California; y promesa de no despedir a ninguno de los obreros que, de modo directo e indirecto, hubiese intervenido en el paro. Los demás puntos fueron rechazados, al decir de Ricardo Velasco, porque no los contemplaban las leyes del país.

Don Honorio Paredes tuvo que resignarse al trato hecho por su apoderado. Y hasta sintióse alegre de haber resuelto el problema tan fácilmente.

En cuanto a los obreros, estaban satisfechos, seguros de haber tenido un triunfo. El único que no miraba bien las cosas era Ignacio Acevedo.

—Ya volverá a fregarnos ese desgraciado. A mí, al menos. Les apuesto que se venga.

Así fué. El 11 de enero penetró una comisión de policía al aserrío y detuvo a Ignacio Acevedo.

—¿Por qué me llevan?

—No sé. Va usted a órdenes del Intendente.

—Pero hay un compromiso de don Honorio Pa-

redes de no despedir a ningún obrero. Esto es un abuso.

Los obreros dejaron de trabajar. Muchos rodearon a Ignacio Acevedo. En eso, presentóse don Honorio, infló el pecho, tosió y habló de esta manera:

—Declaro, por mi palabra de honor, que nada tengo que ver con la detención policial de Acevedo. El puede venir a su trabajo cuando guste. Y lo recibiré — cumpliendo mi compromiso como buen caballero que soy — en cuanto haya ventilado el asunto que ocasiona su detención.

—Pero, oiga usted, señor Paredes — respondió Acevedo—, yo no tengo nada que ventilar con la policía. Aquí hay gato encerrado, don Honorio.

—No sé lo que quiera usted decir. Le he dado mi palabra de honor y debe bastarle.

Era que don Honorio, al conversar con el Intendente de los sucesos del paro, con mañosa intención había señalado a Acevedo como el instigador y culpable de todo. Agregó unas cuantas palabras sobre su nacionalidad, y su posible ingreso al país violando las leyes de inmigración. Y, claro, él podía jurar ahora que mantenía su promesa de darle empleo, cuando la policía lo soltara. Sólo que el Intendente investigó la entrada de Acevedo al Ecuador, y, comprobada su inmigración clandestina, dispuso su expulsión como extranjero pernicioso.

Tres días después el español Acevedo fué embarcado en un vapor de carga que partía rumbo a Chile. Ya tendría tema para nuevas aventuras. Y, en el fondo, casi se alegraba Acevedo de probar las sorpresas de los mares del sur. Otra vez las inmensas olas grises reventando en el casco afilado. Otra vez los días nublados de tormenta. Las agonías solares en el horizonte marino, entre hemorragias de luz. Y la incierta, la extraña, la alentadora sensación de lo que no se conoce y apenas se vislumbra entre el cielo y el agua.

*
* *

Con los primeros sucres que ganó, Celia María se hizo un vestido azul. ¡Cómo le encantaba ese color! Se lo miraba y remiraba de arriba abajo, antes de salir a la calle, y, muchas veces, al paso de las vitrinas dirigía con disimulo las miradas hacia los vidrios por verse en ellos reflejada. Después, compró tres sostén-senos de mediana calidad y enaguas blancas. Ella misma se veía hermosa. El talle delgado ajustaba bien con el traje y la grupa dibujábase pequeña y tierna. Los pechos, recogidos ahora con los nuevos sostenes, se erguían poderosos. La intensa palidez de su cara mejoró con el polvo de arroz. Los labios quedaron sangrientos con la pintura. Y los profundos ojos y el cerco morado de las ojeras se relievaron con el negro pintado de las pestañas. Casi, casi que estaba guapa.

Inocente la adoraba. Era una pasión ciega. Trabajaba con el pensamiento puesto en ella. El alma suspensa de los labios de Celia María.

—Pareces una señorita — le decía a menudo.

—No digas, Inocente.

Sentíase orgulloso de ser su novio. Hasta se imaginaba un ser superior entre sus compañeros de taller. Y como tenía buenos puños, no toleraba miradas indiscretas ni bromas de doblado sentido.

Así fué cómo se peleó con Jalcas, su camarada, el que más amistad le merecía.

—¡Caray, que está buena la Celia María! — le había dicho.

—No te metas vos con ella.

—¡Adiós! ¿Qué más te quieres?

—A vos qué te importa.

—No seas tan celoso. Ya me la quisiera yo. Buen coco te vas a comer.

—Si sigues hablando así, te pego — expresó Inocente en tono amenazador.

—¿Te pego? ¿Con qué? ¿Con saliva o con goma? Pegarías en un tiempo de veranillo...

—¡Con trompones te pego! Espérame afuera si eres hombre, so hijo de una...

El rostro de Inocente tomó color ceniza. Le temblaron los labios de la rabia. Vió al Contador que pasó cerca y se calló.

A la hora de salida, a las cinco de la tarde, esperó a Jalcas en la esquina. Lo invitó a pelear.

—Vamos a jalarnos, desgraciado.

—Ya estuvo. ¿Adónde?

—Aquí a la vuelta no más.

Torcieron la esquina. Algunos compañeros los siguieron. Al llegar a un piso en el que brotaba pequeña hierba, se detuvieron. Cada quién tomó campo. Inocente comenzó a quitarse la camisa. Ambos quedaron desnudos de cuerpo arriba.

—¡Ataca, maricón!

—¡Ataca voz, hijo de perra!

Se medían. Estiraban los brazos, encogiendo los dedos, como cangrejos, y sobándose las manos uno a otro, tal que jugando, en la espera del momento propicio para descargar el golpe. El uno tenía los dedos hacia arriba y el otro hacia abajo. Hasta que Inocente tiró el primer trompón. Apenas rozó la cara al contrario. Jalcas, hábil, lo pudo esquivar, y devolvió el puñete haciendo sangrar las narices de Inocente.

Se puso furioso Inocente. Mordióse los labios. Respiró fuerte. Exhaló un ronquido, como pujando, y cayó como un tigre sobre Jalcas. Fueron dos trompones rápidos y seguros que hicieron tambalear a su adversario, quien, por no caer, se abrazó a Inocente. Comenzaron a golpearse abrazados. Los puños de Inocente se descargaban seguidos y fuertes, como un par de martillos, en los riñones de Jalcas. Después, cayeron al suelo, revolcándose en la hierba. Allí intervinieron los compañeros y lograron levantarlos.

—No se peguen en el suelo, que no es legal.

Pero la pelea siguió. Inocente habíase levantado con el labio superior roto. Sin embargo, Jalcas estaba más molido.

Volvieron, jadeantes, con la respiración cortada, veloz, a tomar campo. Atacó Jalcas. Paró Inocente, agachándose rápido. Lo empuñó, entonces, de los pantalones, levantándolo y haciéndolo caer contra la tierra. Dos suelazos seguidos le dió. Jalcas estaba extenuado, a juzgar por su palidez. En cambio, Inocente, más agresivo por instantes, seguía golpeando.

—¡Ataca, maricón!

Roncaba Inocente y tendía la mano cerrada. Esta vez le dió en el ojo. Instantáneamente el ojo derecho de Jalcas se cerró, rojo, morado alrededor e hinchado. Los compañeros exclamaron.

—Bueno, pues, ya no peleen más. Ya se han dado bien duro.

Los dos estuvieron de acuerdo en terminar de pegarse. Pero, Inocente, antes de irse a bañar al río, gritó a Jalcas:

—Esto es para que no te vuelvas a meter conmigo.

A la mañana siguiente, Celia María preguntó a Inocente:

—¿Qué te ha pasado en la boca?

—Nada. Tuve una pelea con el desgraciado de Jalcas. Por ti fué. Anda a ver cómo está él. Medio muerto ha quedado.

—¿Por mí, dices?

—Ahá. Te insultó y yo le pegué. Sólo en la boca me alcanzó. Un descuido...

No sabía Celia María si admirarlo o no. Pero en el fondo sentíase contenta. Protegida. Escudada en la robustez y valentía de su hombre.

Cuando pitaba la sirena, a las once o a las cinco, las mujeres acostumbraban cambiarse de traje y lavarse en unos pequeños cuartitos, cuyas puertas no tenían cerrojos. Esa mañana, Celia María, apurada, porqué habíase citado con su novio para salir juntos, fué de

las primeras en penetrar a uno de esos cuartitos pequeñines. La puerta quedó entornada apenas. Rápidamente levantóse el vestido. Quedó en enaguas, cogidas por los hombros con unas delgadas tiritas; al aire el nacimiento de los pechos, que, a través de la delgada tela, mostrábanse duros y redondos. Comenzó a lavarse. Después, tomó su vestido azul. Y en el momento en que iba a introducirlo por la cabeza, levantando ambos brazos, y dejando al aire las húmedas axilas, como volviera un poco el cuerpo vió a un hombre en la puerta, medio sonriente y picaresco. Fué como una sombra, rápida, veloz, que tiró la puerta y se marchó de prisa. Asustada, se puso a sostener la puerta con los dedos.

En la tarde, las mujeres quedaron trabajando hasta las siete. Había mucho que hacer, que marcar. Recibieron la noticia con alegría. Eran dos horas de sobretiempo.

A eso de las dos, José Luis llamó a Inocente.

—Oye, tu novia se está portando muy bien, y dice mi papá que le va a subir el jornal.

—Muchas gracias, niño José Luis.

—De nada. Ella se lo merece. Quería contarte no más.

—Agradézcole a su papá también.

Antes de las tres de la tarde. Celia María supo lo del aumento, por el mismo Inocente que fué a buscarla, para contarle, no obstante la prohibición de pasar al departamento de mujeres. Pero él consiguió permiso, del propio míster John, a quien no habían pensado en despedir, pese a los cálculos optimistas de Inocente.

—¿Así que me van a aumentar? ¡Qué lindo!

—Debes ir a darle las gracias.

—No, yo no voy.

—No seas tonta. ¿Por qué? Hay que agradecer.

—Porque... este... me da vergüenza, pues.

—¡Oh! Ten en cuenta que eres mi novia, que pronto nos casaremos. Los dos vamos a ganar mucho aquí.

Al negro John no lo han querido despedir, pero algún día, te lo juro, yo he de ocupar su puesto. Si no vas a dar las gracias, me haces un daño, Celia María.

—¿Y por qué?

—¿No ves que a mí me ha contado el niño José Luis que te iban a aumentar y ha de suponer que ya yo te lo he dicho? Dirá que yo no te he dejado ir. Anda. No seas tonta. A mí me gustan las mujeres resueltas.

—Pero...

—No, Celia María. Me voy a incomodar. Todavía ni casados estamos y ya ni me haces caso... ¿Vas o no vas?

—Inocente...

*

* *

El trabajo. La tela que se templa entintada. La prensa de madera, cuyos tornillos y tuercas hay que ajustar a cada instante. El recorte, con la navaja filuda, de los rebordes del dibujo de la marca. Y luego, el paso del rodillo, fuerte, pujando, impresionando bien para que no quede ni una esquina sin imprimirse. Y contar: uno, dos, tres, cuarenta, cincuenta, doscientos... Vuelta a entintar. El ruido de la prensa, monótono, incansable, y un levísimo crujir de la madera: tas-tas-tas-tas. Todo el tiempo. Desde la una hasta las cinco. Cuatro horas. El brazo duele. La espalda hinca, de tanto inclinarse. Y el hombro — ¡oh, el hombro! — es lo peor. Queda como hinchado, sin movimiento, y de noche, al revolverse en la cama, hay que buscar la mejor postura para lograr dormir.

Del otro lado, llega el rumor de las máquinas jadeantes y precisas. Las poleas se alcanzan a ver a lo lejos, brillantes y veloces. Las dínamos trabajan sin un segundo de reposo, chatas y poderosas. Las sierras chillan voluptuosamente hincando los dientes en la pulpa de la madera. Hay chillidos que, al no acostumbrado,

provocan estremecimientos y se destempla la dentadura. Es tan grande el taller, son tantas las máquinas, tantas las tablas arrimadas, los troncos, la viruta, el aceite, la grasa, el palo de balsa pulido y redondo...

Las mujeres lo miran todo con respeto. Y siguen inclinadas sobre las marcas, con los pechos colgantes y sudorosos, el descote suelto, los mechones de pelo sobre la frente plegada y los brazos estirados todo el rato del trabajo.

*

* *

Había un escritorio color caoba, de finísima madera de Esmeralda. Al fondo, en una esquina, un cuadro de colores mostraba una esbelta mujer saliendo del baño. La pierna izquierda desmontaba la tina. En la derecha, tomaba la toalla azul. Los senos dejaban colgando una brillante gota de agua. El vientre redondo se insinuaba abajo, pero esa pierna, esa pierna medio doblada no dejaba ver más.

El tintero, negro, con filos de metal dorado, era también una mujer, con los brazos en alto, el cabello disperso, sonriente. El pisapapel, una lucha de jabalíes. Luego, el gran vidrio con un papel verde debajo, sobre el centro del escritorio. A la izquierda, la canasta de alambres, llena de cartas y facturas. Y, por último, el secante, un aparato medio redondo, también negro, con los mismos filos dorados que el tintero.

La silla del escritorio era amplia, tapizada en rojo, con brazos cortos y elegantes. En medio del despacho, la mesilla de fumar, alta, flaca, sobre tres patas. Unas tres sillas más, en total, muy modernas, anchas y cómodas. Y en la esquina, al lado derecho del escritorio, un anaquel de libros y revistas.

Las seis de la tarde serían, a juzgar por la penumbra que ya se iniciaba. Dentro del despacho no había ninguna luz encendida. Una deliciosa semioscuridad lo

hacía más atractivo. En el escritorio, con la cabeza inclinada sobre el vidrio y los brazos tendidos a lo largo, un hombre pensaba y pensaba. No se escuchaba ni siquiera su respiración. Había profundo silencio. De repente, empujaron la puerta despacito y saludaron:

—Buenas noches, señor.

—Buenas, hija. Entra del todo, no te quedes allí parada.

En aquel silencio se diría que se escuchaba el palpitar del corazón de la muchacha. Tenía una mano en el pecho y la otra caía.

—Entra, te digo, y siéntate, chica.

—Gracias, señor.

Tomó asiento en el filo de la silla. Quedaron las rodillas juntas. Las piernas, al descubierto, se veían rectas y firmes hasta el tobillo. El hombre la contempló largo rato a sus anchas, sin decir una palabra. Luego comenzó a hablar, lentamente:

—Tengo mucho que hablar contigo. Mucho, mucho. Me han contado que... ¿Es cierto? Pero, mira, no debes ser tan tontita y tienes que dejar ese aire tímido. Hay que dominar la vida si se quiere triunfar y pasar por alto ciertas cosas, vamos, ser un poco tolerante.

No comprendía ella el sentido del discurso. Pero, poco a poco, con el tono de él, conciliador, suave, lento, fué cobrando confianza. Si le hablaba como un padre, como un maestro.

Haciendo una larga pausa, sin moverse del asiento del escritorio, sólo con la cabeza vuelta, siguió hablando, hablando... Mucho rato. De repente, inclinóse hacia la derecha de su escritorio, abrió una gaveta y sacó una botella y dos copas. Con lentitud destapó la botella y sirvió.

—Mira, esto lo tomo todos los días para el paludismo. Lo previene y lo cura. Te noto un poco pálida. Es mejor que pruebes. Bebe esta copa.

—Muchas gracias, señor, pero...

—Dicen — interrumpió el hombre del escritorio—,

dicen... ¡Tantas cosas que dicen e inventan de mí! Mentiras. Tú no las crees, ¿verdad?

—No señor.

—Me alegro. Yo me siento igual a todos. Soy demócrata y tú no eres la primera que viene. Pero las lenguas... ¡Ah, las malas lenguas!

—Sí, señor, son muv malas.

—Claro. Anda, toma, salud.

—Salud, señor.

—Me encanta conversar contigo. Y yo que tengo tanto que hablarte, tanto que decirte, tanto que aconsejarte para tu propio bien. En fin, tú me entiendes. ¿No?

—Sí, señor, sí.

Pero ella no entendía una palabra.

El sirvió la segunda copa.

—Toma. No te dará más paludismo.

—¿De veras?

—Seguro. Te lo garantizo. Así me conservo yo bueno y sano.

—Y tan sabroso que es.

—Muy rico. Secreto de mi médico.

Sin embargo, luego de beber la segunda copa, la muchacha sintió un calor inexplicable en su cuerpo. Experimentó en la cabeza una agradable sensación de claridad. Y tuvo ganas de reír y de bailar.

—Como te iba diciendo — susurraba él tan despacio—, no hay que hacer caso de lo que digan los otros. La vida sólo presenta una oportunidad y hay que saberla aprovechar. ¿No es cierto?

—Sí, señor.

El hombre del escritorio sirvió la tercera copa.

—Salud, chica.

Al cuarto brindis, aquella sensación de claridad se fué opacando. Pero quedaron las ganas de reír y algo extraño y dulce que le picaba en todo el cuerpo.

El hombre hablaba y hablaba sin descanso. El reloj

marcaba ya las ocho menos cuarto. A la quinta copa, él juntó su silla a la de ella.

—Yo soy muy demócrata y muy bueno. Me gustan mucho todos los hombres y todas las mujeres que saben trabajar y son honrados. Soy tan demócrata, que me abrazo con ellos.

Y al decirlo, pasó el brazo por la espalda de la muchacha. Ella lo dejó hacer, admirada, y casi inconsciente. El aliento del hombre la quemaba. Sentía su rostro encendido muy cerca al otro. Poco a poco, los labios de él rozaron las mejillas de la muchacha. Después, incontenible, la abrazó fuertemente y sus labios se prendieron voraces a la boca de la muchacha.

Ella intentó protestar y se retiró, estirando los brazos.

—No te alarmes, chica. Son impulsos demócratas. Espera. Ponte mejor. Esto te aliviará y te dará fuerzas. Toma esta copita.

—No, señor, ya no quiero más.

—¡Cómo! ¿Me desprecias? ¿A mí? ¡A mí, que te estoy tratando tan bien, con tanto cariño, con tanta franqueza! No lo puedo creer. Anda, sírvete, que me voy a resentir.

—Pero ya no me dé más, señor.

—La última. Te lo ofrezco. Tú sabes... El paludismo... Hay que curarse... Y lo que dicen las lenguas... ¡Malditas lenguas!

Después, no obstante, tomaron otra copa. Volvió a juntarse a ella. Volvió a abrazarla. Ahora, ya no había resistencia. La muchacha tuvo un dulce abandono. Y al sentir las manos de él sobre sus muslos, la tomó casi un espasmo inevitable.

La acariciaba, la acariciaba. Ella, se dejaba hacer, con la cabeza echada hacia atrás, las narices dilatadas, la respiración anhelante. Le subió los trajes hasta casi las caderas. Le palpó los pechos y los besó de uno en uno, hasta ponerla delirante. Y, allí en la misma silla, la poseyó.

Quedó la muchacha con los pechos al aire, como dos palomas frescamente adultas y ágiles.

Borracha, con las piernas descubiertas, la cabeza inclinada, se miró el vestido, y exclamó, gimiendo:

—¡Ay, mi vestido azul!

*
* *

Desde las doce de la noche comenzó a llover copiosamente. Los focos de luz se empañaron como pupilas vidriosas.

La lluvia hería los techos. Y el estrépito chillón del zinc y el ronco achatado de las tejas confundía la noche en un repetir lejano de voces truncas.

Había, sin embargo, silencio.

Un silencio que no llevaba a la meditación sino al miedo.

Los sapos y las ranas gritaban, con mil tonos diversos, desde las charcas del suburbio. Y el agua empozada en las calles sin pavimento regresaba arriba, en chispas blancas, al recibir los hilos gruesos del aguacero.

Las cosas se desdibujaron. Un velo diagonal las envolvía. Y las paredes de caña de las covachas relucían y se inclinaban siguiendo el sentido del agua.

Había fresco. Humedad. Un delicioso olor de tierra mojada. Una cosa fuerte, rijosa, que penetraba.

Y allá, bajo un poste de luz, se inclinaba en la misma dirección de todo, una sombra. Era como el señero de la noche. Tenía el brazo izquierdo apoyado contra el poste. El traje se pegaba húmedo al cuerpo y se veían los muslos mozos y apretados. La otra mano la tenía sobre la frente, como sosteniendo la cabeza. Se inclinaba. Se inclinaba en una contorsión. Y luego comenzó a salir de su boca un vómito abundante y amargo.

El reloj de la iglesia vecina dió tres campanadas solemnes.

Luego de un rato, la respiración de esa mujer se hizo más tranquila y más profunda. Quiso andar. Pero iba cayendo contra las paredes de los portales.

Al cruzar una calle resbaló en el lodo. Quedó unos segundos tendida, como refrescándose en la charca. Después, levantóse con trabajo, apoyada en los brazos, y volvió a andar.

En su cara demacrada, pálida, gris como las luces opacas, reventaban las gotas de la lluvia. Y más parecía sudor que agua. Los ojos iban casi cerrados. El rostro resultaba feo y miserable.

Siguió avanzando. Era alta. Era delgada. Pero iba tan recogida, que destacaban los hombros y el pecho se escondía bajo la barba. Sus pisadas eran lentas. Con las piernas abiertas, para buscar apoyo y no volver a caer.

Así cruzó varias calles. De rato en rato se detenía en un estante a reposar. Escupía. Y de nuevo, la trabajosa marcha entre el lodo y la lluvia.

Por fin, llegó a una casa de caña. En la puerta vaciló como un trapo echado al viento. Golpeó. Al abrirse la puerta, se perdió como en un agujero.

Y otra vez la noche quedó sola. En abandono total. Sonaban los techos. Sonaban las calles. Sonaban, como carros tirados a una velocidad vertiginosa, los desacompasados gritos del aguacero.

Y, sin embargo, había silencio.

XVI

—Se acabó ya la huelga, Lamparita.

—¿Y cómo así?

—Estaban cansados. De maricones. Los ha hecho chinos, me creo.

—Ahá. Así son todos estos desgraciados.

—Eso mismo digo yo. Ya está vuelta trabajando Inocente.

—Ajá. ¿Te sigue dando?

—Sí me da.

Baldomera, sentada al pie de la cama, conversaba con Lamparita. Lamparita tenía el semblante mejor. Ya se sentaba un poco.. él solo, apoyado en las almohadas. Pero se aburría. No tenían cuando operarlo, no ya por falta de sus fuerzas, sino porque no venía aún la orden.

—¿Y cómo te sientes vos?

—Más mejor cada día.

—Así te noto. Hasta la color te está brotando en la cara.

—Seguro, si tengo una hambre, que ni vaca parida.

—Así que comes bastante.

—Ahá. Pero la comida es mala. Un caldo flaco, frío, ralito y sin sal. Arroz aguado también sin sal. Parece engrudo. Lo mejor es la leche, y ya está bautizada. Pero no me dan más que una tacita en el almuerzo.

—Y la monja esa del diablo que no deja que yo te traiga.

—Ahá. Parece loca la monja. Ni habla siquiera nunca.

Baldomera cruzó la pierna. Subió el pie lo más que pudo. Entonces se sacó una chancleta para rascarse los dedos. Había callado un momento. Luego agregó:

—¿Y cuándo, pues, es que te operan?

—Ni sé. Todos los días me dicen que pronto. Pero al fin, nada. Tengo que esperar el turno.

—Háblale al doctor para que puedas salir pronto.

—Si yo mismo estoy aburridísimo. Quiero salir aunque me lleven a la cárcel. De repente, me huyo.

—Ahora no. Te puede hacer daño. ¿No te ha dicho, pues, el doctor que tienes las tripas con huecos?

—Ahá. ¿Y cómo puede saber? ¿Acaso me las ha visto? Lo que pasa es que ni puedo pararme bien y voy a poder irme corriendo. ¡Qué vaina! Oye, dime, cómo anda el negocio.

—Así no más. El otro día le pegué a la serrana que me hace la competencia, a esa que te conté el otro día.

—¿Y por qué le pegaste?

—Porque me quitó un cliente cuando me estaba comprando.

—Entonces, bien hecho.

La hermana Leoncia se acercó. Venía, como siempre, rígida y pálida. Con los brazos cruzados y ocultos entre las anchas mangas azules. Con las pisadas aéreas. Con los ojos sin fondo y sin nada.

—Ya debe retirarse. Ha pasado la hora de visita.

—Está bien, madre. Ya me voy — respondió Baldomera.

Retornó la hermana Leoncia, deslizándose como una sombra por la sala. Sonaban apenas los pliegues de su enorme falda azul. Y los enfermos seguían con las miradas su andar casi inadvertido. Los bordes del hábito barrían el polvo y se ondulaban como una cortina.

*
* *

Baldomera fué cobrando cada vez más cariño a Celia María. La visitaba dos o tres días a la semana y dábale consejos.

—Ya ves cómo soy yo. No se debe dejar una de nadie. Un buen trompón vale más que hablar. Nunca seas floja.

—No, doña Baldomera.

—Ahá. No es malo el Inocente. Hay que saberlo llevar no más. Eso sí, es un poco coñón.

—Conmigo no. Siempre me anda regalando.

—Ja. Eso es porque ahora está enamorado. Pero déjalo que se case. Vas a tener que aprender a lidiarlo para que te dé.

—¿No diga?

—Ahá. Y te advierto que hay que amarrarse bien las calzonarias con él. Si te friega mucho, pégale. El día en que le rompas una silla en la cabeza, te ha de querer más y no se vuelve a meter contigo.

—Ja, ja, doña Baldomera. Vea que usted es...

—¡Seguro! Ten en cuenta que...

Cierta tarde, a las seis, Baldomera halló a Celia María triste. Casi no quiso hablar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, doña Baldomera.

—A vos te pasa algo. Cuéntame no más.

—Es que... No tengo nada. De verdad.

—A mí no me engañas. ¿Has peleado con el bruto de Inocente?

—No.

—¿Entonces? ¿Se ha metido con alguna otra mujer el animal? Avísame, porque yo le pongo las peras a cuatro.

—No, doña Baldomera. No es eso...

Los ojos de Celia María se nublaron. Y tuvo que hacer esfuerzos por no soltar el llanto.

—¿Y qué es, pues? A mí me tienes que decir. Y apúrate, que tengo que ir a darle la comida al condenado ése.

—No es nada, doña Baldomera.

—¡Ah, caray! ¡Ya me vas a hacer calentar! Habla ligero.

—Es que... Ya no me quiero casar con Inocente.

—¿Cómo? ¿Estás loca? ¿Y por qué?

—Por nada.

—¿No lo quieres?

—Tal vez pueda que no, doña Baldomera.

—Hum... No te creo. Ya me tengo que ir. Es mejor que me lo digas mañana. No le vayas a decir ni una palabra a Inocente todavía. ¿Ah?

—Bueno, doña Baldomera.

Inocente seguía feliz. Por lo menos, ese día lo pasó encantado. Hasta se puso a hacer bromas con Baldomera y los hermanos menores.

Pero al siguiente día Jalcas, que había expiado a Celia María, lo miró sonriente. Andaba cuchicheando con el uno y el otro, al par que clavaba con malicia y rabia los ojos en Inocente. Inocente, al fin, se impacientó:

—¿Qué es que te pasa conmigo?

—Yo no tengo nada que ver con vos.

—Entonces, ¿de qué te ríes, desgraciado?

—Pregúntales a tu novia y a don Honorio. ¡Ja, ja!

Los que estaban cerca también rieron.

A las once de la mañana, no bien sonó la hora de salida, Inocente volvió a trompearse con Jalcas.

*

* *

Durante varios días se repitió la escena del despacho. La muchacha fué gozada a enteras anchas de su violador. Hasta que empezó a cansarse.

Celia María andaba triste. Las ojeras habíanse

pronunciado aún más y su palidez, acentuada, le daba un positivo aire de enferma. Con Inocente apenas hablaba y hacia lo posible por evitar su presencia.

—¿Qué es que mismo te pasa, Celia María?

—Nada. Es que me siento enferma. Creo que paludismo.

—Anda donde el doctor.

—Si voy a ir el sábado.

—Si quieres, le hablo al niño José Luis para que don Honorio te dé permiso para ir en seguida.

—No. Si no me siento tan mal como para eso. Y dejaría de ganar. No digas nada, Inocente.

—Bueno, pues, si no quieres está bien. Pero el sábado sin falta anda a ver al doctor.

—Si voy a ir.

No hablaba más Celia María. Y con el pretexto de sentirse indispuesta, despedíase.

Una tarde, mientras que Inocente trabajaba sobretiempo, José Luis, apostado a cuatro cuadras del aserrío, esperó a Celia María. Ya él habíase dado cuenta de las relaciones que ella tenía con su padre. La esperó tranquilamente. Y de improviso, cortóle el paso, la tomó de la mano y, al par que conducíala a un automóvil que lo esperaba junto a la vereda, le dijo:

—Ven, que tengo que hablar contigo de un asunto importante.

Toda medrosa, Celia María subió al automóvil. En el acto se imaginó que José Luis sabía sus relaciones con don Honorio y supuso que la iba a reprender. Intentó decir:

—Señor José Luis, yo no...

—Ahora, ahora hablaremos con calma. Aquí en el auto no, que el chofer nos puede oír.

Detúvose el automóvil frente a un departamento, pequeño, que daba al portal. José Luis tomó del brazo a Celia María y la hizo entrar. Atravesaron un largo vestíbulo y penetraron luego a la alcoba. Muebles rojos y bajitos: la cama, ancha, con sommier templado; el

velador también ancho; un sofá de cuero; la mesilla de fumar; tres sillas; y un pequeño y bajo armario. Era la *garçonnière* de José Luis. Volvió Celia María a querer explicarse:

—Yo no tengo, niño José Luis, la culpa de que..

—No me digas nada todavía. Espérate. No tengo prisa. Tomaremos primero una copita...

Dirigióse al armario y sacó la botella. Después, Celia María, borracha, se prestó a los caprichos del niño José Luis. Desde entonces, durante una semana seguida, cuando no la citaba don Honorio, se la llevaba José Luis. Celia María comenzó a gustar de la bebida. Ya ella misma agarraba la botella y reía.

—¡Qué rico! Tomemos otra copa, niño José Luis.

Pasada la borrachera, el dolor se le entraba muy adentro a Celia María. Y encorvaba las espaldas, miraba con los ojos cansados y tristones y decía a Inocente, sin atreverse a revelarle la verdad:

—Es que me siento medio enferma.

Hasta que, a instancias de Baldomera, se lo confesó a ella. Había vuelto la suegra a exigirle la verdad. Y Celia María, cortadas sus frases por el llanto, se lo refirió todo.

Baldomera, al instante, la apostrofó:

—¡Puta! ¡Qué me hubiera a mí propuesto algo el perro ese de Paredes! ¿No tenías fuerzas para calentarte? ¡Animal! Dejarse así...

Celia María la miró con los ojos nublados y volvió a llorar copiosamente. Baldomera, entonces, tiró la puerta, lanzándole una última mirada compasiva y se marchó.

*

* *

Inocente empezó a sospechar algo desde aquello que le dijo Jalcas. Unió esto con el aire que desde días atrás llevaba Baldomera. Y los celos se le clavaron

como puñales hasta enloquecerlo. Sin embargo, dudaba, no podía creer nada de Celia María. Tal vez sea sólo que la está carreteando, se decía. Pero determinó espiarla. Una tarde salió temprano, a las cinco, tal que de costumbre, pero volvió y quedóse oculto detrás del aserrío.

Poco a poco, la oscuridad ganó la fábrica y se encendieron los focos eléctricos. Hacía calor sofocante. El sudor corría por el rostro morado de Inocente, que oculto tras el compartimiento que dividía la Caja de las oficinas generales, podía divisar desde su escondite el despacho de don Honorio. El se había metido nuevamente al aserrío, sigiloso, luego que salió el último obrero.

Había luz en la oficina del señor Paredes. Inocente no quitaba los ojos de la puerta. Estaba en cuclillas entre la oscuridad que había por ese lado. Casi sin moverse estuvo una hora. El tic-tac del viejo reloj de pared le golpeaba los sentidos hasta hacerle rechinar los dientes. El corazón, acelerado, obligábalo a respirar con la boca abierta.

Al fin divisó la silueta de Celia María. Vió cómo se dirigía al despacho. Vió cómo abría, sin llamar, la puerta. Y cómo, después, se apagaron las luces adentro.

Tembló Inocente como un caballo brioso. Le ardieron los ojos hasta llamear. Salió de su escondite despacio, lelo, como una sombra. Frente a frente del despacho de don Honorio se detuvo, inmóvil, largo de un minuto. Después, ajustó los puños. Dió una vuelta brusca y salió a toda carrera del aserrío, como perseguido.

Llegó a su casa jadeante. Saltó los escalones.

—¡Mamá, mamá!—iba gritando al par que subía.

Pero nadie le repuso. Baldomera no había llegado Entonces, Inocente echóse de bruces en la cama y comtuvo los sollozos aplastando la boca contra la almohada.

*
* *

Esa misma tarde, Baldomera, a las cinco, luego de guardar los artefactos de su cocina en la tienda de Landucci, enderezó sus pasos hacia la casa, para dar la comida a sus hijos. Pero, al pasar frente a San Alejo, la llamaron.

—¡Ah, Baldomera!

La habían gritado desde una cantina pintada de azul, de techo bajo y angosta puerta. Dirigióse hacia allá. Baldomera tuvo que agacharse para pasar, encorvando las enormes espaldas.

Allí, sentada frente a una mesa, estaba una vieja. Una mujer envejecida prematuramente. El cabello lacio y ralito, cubríale los ojos, y la cara cetrina y grasienta, se plegaba en mil arrugas sucias. Los ojos parecían de vidrio. El labio inferior, caído como bemba de negro, era rojo vivo del alcohol y estaba humedecido de saliva, que salíale como aceite. Era antigua conocida de los tiempos de doña Serafina.

—¡Qué hay, Baldomera! Ya no me conoces, ¿no?

—¿Vos no eres la Gertrudis?

—La misma, carajo. Hoy es mi santo. Me conseguí un sucre. ¿Tienes tú plata? Bríndame un puro.

Baldomera invitó. Pidió una botella de aguardiente. Y comenzaron a hablar de los lejanos tiempos de juventud, de las juergas, de lo que a ambas les había pasado desde entonces, de tantas y tantas cosas, que hubieron de pedir otra botella.

Gertrudis, que siempre había sido pequeñita de cuerpo, estaba ahora retaca y encogida como chica de doce años. Sólo que ya no era gorda. Había quedado huesuda, con las carnes pendidas como colgajos, desde la cara, y los pechos tal que lancetas, hasta las nalgas en punta. Daba una idea de piltrafa, de carne en palito. Así lo dijo Baldomera.

—Vos estás jodida. Si pareces piltrafa.

—Ahá. Oye, es que, acércate para decirte.

—¿Qué, ah?

—Me vengo escapando del hospital. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Rompió a reír sin tener cuándo acabar. Enseñaba las encías pálidas, destrozadas por el mercurio. Baldomera, borracha, le hizo coro.

—¡Je, je, je! ¡Ve que vos eres! ¡Je, je, je!

—¡Ji, ji, ji!—chillaba Gertrudis, con los ojos lacrimosos por el esfuerzo y ahogándose ya de la risa.

Las horas fueron cayendo pesadas. Hasta que en la chingana prendieron la luz. Bebieron hasta las diez de la noche. A esa hora, el cantinero las echó.

—¿No se debe nada?—interrogó Baldomera, que se había gastado el último centavo del negocio.

—Nada. Todo está pagado.

—Entonces, ¿por qué quiere que nos vayamos?

—Es que yo tengo que cerrar. La policía no deja tener abierto más tiempo.

—¡Me cago en la policía! Traiga otra botella.

—Así me gusta, Baldomera. Pégale si no nos sirve.

—O se van o llamo a la policía. Yo no estoy para que me multen—dijo firmemente el cantinero.

—Cuidado, musaraña hambrienta. Ya mismo vas a servir o te destapo la cabeza—respondió Baldomera, amenazándolo con una botella vacía.

—¡Dale! ¡Dale al maricón!—azuzaba Gertrudis.

En ese momento entró la policía, que había sido llamada, a escondidas de Baldomera, por el mozo del servicio. Eran tres hombres al mando de un capitán. Baldomera se acordó al instante de la noche en que, a puntapiés, la hicieron abortar. Creyó reconocer al capitán.

—Eres tú, hijo de perra, el que me fregaste. Ahora verás.

—¡Hey! ¡Cuidado! ¡Yo soy el capitán Pérez! ¡Cójanla!—gritó a los policías.

—Capitán, ¿no?

Y antes de que los policías pudieran sujetarla, Baldomera de un salto se colgó del cuello del capitán y comenzó a ahogarlo.

Gertrudis se encogió toda como un conejo y quedóse mirando la pelea.

El capitán había caído de espaldas y se esforzaba en quitar de su garganta las manazas de Baldomera, que ajustaba y ajustaba con toda su alma.

Tuvieron que romperle de un palo la cabeza y amarrarle los brazos entre los tres policías para que Baldomera soltara la presa. El capitán, enfurecido, comenzó a descargar sablazos sobre la espalda de Baldomera. Así la hizo salir a media calle. Gertrudis entregóse mansamente.

Por Eloy Alfaro conducían a las dos mujeres. Baldomera, con el rostro ensangrentado, amarrados los brazos, iba gritando como loca:

—¡Capitán, maricón! ¡Maricón, carajo!

Le daban un empujón. Pero ella volvía a gritar, rabiosa:

—¡Capitán, maricón! ¡Maricón, carajo!

A la segunda cuadra, continuó sólo un policía llevando a Baldomera atada y a Gertrudis, pero iba siempre el capitán, rojo de ira, deseoso de llegar cuanto antes al cuartel, para vengarse de Baldomera, que medio loca, seguía a todo pecho con su estribillo:

—¡Capitán, maricón! ¡Maricón, carajo!

Al pasar por la Avenida Olmedo, Gertrudis hizo una seña casi imperceptible a Baldomera. Con la mano que tenía libre, que la otra teníala sujeta el policía, fué sacando despacio una piedra de su bolsillo. Y de repente descargó el puño, ajustando la piedra, en la cabeza del polizonte.

Las dos corrieron, en seguida, hacia el suburbio. El capitán desenvainó el sable y se fué tras ellas. Baldomera gritó en la carrera:

—¡Desátame, Gertrudis!

Sacó Gertrudis una navaja y sin parar la corrida cortó las piolas. El capitán ya las alcanzaba, furioso, con el sable en alto. Entonces, Baldomera, midió la distancia y, veloz como una ardilla, hizo un quite al sable, y enredó entre sus piernas las del oficial. Cayó el capitán largo a largo. Se apresuró Gertrudis a coger una piedra y machacó la cabeza del oficial, rompiendo en el acto, a reír.

—¡Ji, ji, ji!

La calle estaba desierta a tales horas. Corrieron aún un par de cuadras. Después, disminuyeron el paso y subieron ambas a la casa de Baldomera.

Allí estaba Inocente, aún en la cama, revolcándose como en cólico. Al oír pasos se levantó. Vió a su madre borracha, sangrando, y a Gertrudis que la seguía riéndose.

—¡Mamá! La he estado buscando todo el día! ¡Maldita sea! Ya está borracha.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Maldita sea usted! ¡Maldita sea mi vida! ¡Carajo! ¡Maldita la hora en que me parió! Y usted —prosiguió, dirigiéndose a Gertrudis—, ¿qué hace aquí? ¡Largo! ¡Largo! ¡Largo de aquí!

—¡Cuenta, Inocente!

—¡Qué cuenta, ni qué nada, mamá! ¡Si hoy se mete conmigo, hasta le pego! Todito el santo día buscándola... Y usted emborrachándose. ¡Maldita sea mi estampa!

—¡Oye, carajo, habla de una vez o aquí va a haber bronca!

—¡Que se largue esta vieja cabrona o la mato!

—¡No seas tan maricón! ¡De aquí nadie sale! Yo soy la que mando.

—Maricón, me dices, ¿no? ¡A mí! ¡Y ustedes las mujeres, toditas son unas putas! Hasta usted, mamá! ¡Sí, putas! ¿Sabe lo que me ha hecho Celia María?

Baldomera abrió desmesuradamente los ojos y se

le despejó un poco la cabeza. No dijo nada. Miró largamente a su hijo y lo entendió todo.

—¡Con el desgraciado de Paredes! ¡Yo la pillé! ¡Yo mismo la vi! ¡Puta!

—¡Ji, ji, ji!—rió Gertrudis.

—Y usted, ¿de qué se ríe?

—De nada —respondió Gertrudis—. Es que usted no sabe. A las mujeres, para que sean fieles, hay que pegarles. ¡Dele una paliza! ¡Ji, ji, ji!

—¡Maldita sea!

Baldomera se bamboleó de la cabeza a los pies. Sus ojos volvieron a nublarse. Y confirmó:

—Cierto. Por eso me casé con Lamparita. ¡Hay que pegarles! ¡Viva el trompón! Ese es el que manda siempre. ¿Verdad, Gertrudis?

Inocente tuvo un estremecimiento. Un rayo de locura pasó fugaz por sus miradas. Apretó los puños. Se irguió y luego encorvóse hacia adelante como fiera en celo. Lanzó sus ojos en todas direcciones, como buscando algo. En seguida, fué a la cocina. Se guardó un objeto en el bolsillo. Volvió al cuarto grande, que daba a la escalera. De allí gritó a las mujeres.

—¡Pegarles! ¡Cierto! Pero ahora no. Darles duro. Mejor es otra cosa.

Y corrió escaleras abajo, saltando los escalones, como poseído de pánico. Baldomera quedó desconcertada. No supo, al primer momento, qué hacer. Vaciló un minuto. Luego, se incorporó y salió detrás de su hijo. Gertrudis asomóse a la ventana para verlos correr una detrás de otro. Lanzó otra risita aguda y cortada y se tumbó en la hamaca. Los hijos menores de Baldomera, espantados de la bulla y de esa mujer tan rara, con rostro de bruja, la miraban desde el baúl, en cuya tapa se sentaron, el uno contra el otro, como protegiéndose.

Era imposible que Baldomera alcanzase a Inocente. Muy pronto la dejó atrás. Las calles, en el silencio, re-

sonaban como tumbas huecas de mármol bajo la carrera de Inocente.

Así llegó a casa de Celia María. De un puntapié echó abajo la puerta. Entró. Salió la novia en camisa de dormir, con el espanto marcado en los ojos enormes y en la boca abierta. Inocente la miró un instante sin decir nada. Ella, recobrada un tanto, preguntó:

—¿Qué quieres?

—¡Puta!

Celia María sintió la injuria y tembló.

—No me insultes, Inocente. Yo no he tenido la culpa. Te lo iba a contar, pero...

Inocente no la dejó terminar. Se fué contra ella y la derribó de un puñetazo. Cayó Celia María agarrándose a las sábanas, junto al lecho, que la cubrieron a medias. Celia María, con el cuerpo inclinado sobre el codo izquierdo, apretando las sábanas con la otra mano, musitó:

—Cobarde.

La camisa habíase subido y mostraba Celia María los muslos. Inocente la miró como un idiota. Repitió Celia María:

—¡Cobarde!

Esta vez lo hizo fuerte, gritando, con rabia, con dolor. Entonces, Inocente, con temblor insano, cayó sobre ella. Metió la mano a la cintura. Tomó fuerzas en el aire, al par que sujetábala con el brazo izquierdo... y el cuchillo, cubierto aún de la manteca de la cocina, penetró suavemente en el pecho de Celia María.

Exhaló un ronquido. Llevóse ambas manos al mango del cuchillo. Levantó la cabeza, miró una vez a Inocente, aterrorizada, y golpeó en seguida las tablas del piso con el cerebro. No se movió más. Inocente, ya de pie, la miraba estúpidamente. Así estuvo un momento, cuando llegó Baldomera. Entró como una tromba. Inocente, los ojos abiertos, las manos temblonas, dijo bajito:

—La he matado... La he matado, mamá... ¡Dios mío!

Y temblando, temblando, rompió a llorar.

Afuera, a lo lejos, se oían ruidos de carreras. Un pito de policía rasgó la noche. El grito de Celia María, insultando a Inocente, y luego la caida y ese ronquido extraño, que sólo pudieron oírlo los vecinos de cuarto, que vivían con una pared de caña de por medio, habían despertado a uno que otro inquilino de la misma covacha. Voló la noticia de que había pelea. El rumor se acercaba. Baldomera frunció las cejas y pareció su cara de bronce fundido. Fué sólo un brevísimo instante que meditó. En el acto, agarró de los hombros a Inocente y lo empujó.

—¡Corre! ¡Corre! Por acá, por la otra puerta, por el patio. Escóndete tras la cerca hasta que se haya ido todo el mundo. Anda, ligero. ¡Apura, cojudo, que te cogen!

Inocente salió a empellones. Entonces, Baldomera, temiendo que alguien hubiera visto entrar a Inocente al cuarto de Celia María, quiso salvarlo del todo. Pensó con rapidez vertiginosa. Miró hacia la puerta. Aún tenía tiempo. No abrigaba otra idea que la de salvar a su hijo. Se olvidó de los demás. Creyó ver, entre la noche, a su hijo apresado, y verse a sí misma luchando como una leona por quitarlo a los policías. Volvió a mirar hacia la puerta. Las pisadas se acercaban con estrépito.

Acercóse al cuerpo de Celia María. Inclinóse y arrancó el cuchillo del pecho. Corrió la sangre a borbotones. Puso, sin soltar el cuchillo, ambas manos sobre la herida caliente y encharcólas en sangre. Las restregó en el vestido, haciendo como si le hubiera salpicado al herir.

Los pasos acercábanse a la puerta. Baldomera se puso de pie de un salto. Retrocedió un par de metros. Allí se encogió, mirando el cuerpo de Celia María, con el cuchillo en la mano, en actitud de rabia y de ataque.

Segundos después los policías la amarraron. Baldomera comenzó a eructar, fingiéndose más borracha de lo que estaba. Y se puso a gritar:

—¡La muy puta! Hace tiempo quería fregarte. ¡Esta fué la que me quitó a mi marido! ¡Y después se pone a vivir con mi hijo! ¡Desgraciada!

Aún en la calle seguía gritando y dando traspiés.

Los vecinos metían una baraúnda desenfrenada. Alguna piedra cayó en la cabeza de Baldomera, y el coágulo de sangre de la herida en la refriega con el Capitán, se reventó y manchóse la cara. Le gritaban al paso:

—¡Asesina!

—¡La loca Baldomera!

—¡La mató! ¡La mató!

Ya no pudo más Baldomera. Sintió náuseas. Un sudor frío le brotó en la frente. Los fingidos traspiés se hicieron verdaderos. Y en la noche, su cabeza se tronchó como un tronco viejo partido por el hacha.

XVII

Cuando pasaron a Baldomera del cuartel de policía a la cárcel, ya Celia María estaba levantada. La herida no fué mortal. Penetró la cuchilla entre dos costillas, abrió las carnes y no tocó el corazón. Fué cuestión de ocho días. Ocho días de intensa tragedia para Celia María. Al tercero de cama, recibió este papel que Baldomera logró hacerle llegar.

"Estoy presa por lo que hizo I. No lo delates por nada. Serías una traidora. Si lo quieres, debes decir que fuí yo. Me han dicho que tengo atenuantes. ¡No me importa! En cambio, a I. lo mandarán al Panóptico por diez y seis años. Tú, después de lo que hiciste, estás obligada a salvarlo. Recomiéndale a I. que se haga cargo de los muchachos. Si no lo salvas, eres una perro, una desgraciada. Si lo dejas fregar, te juro que te mato. Soy vieja y no me importa la cárcel. Además, te juro que yo me escapo pronto. Di que te quise matar porque quisiste quitarme a mi marido. Cuidado, pues, con decir la verdad, porque te estrangulo.—*Baldomera.*"

Celia María leyó el papel con las manos temblonas. Después, lo rompió y lo quemó. Se agitó febril en el lecho. Y dudó, dudó tanto, que quedó exánime.

Poco a poco, se fué calmando. Se consoló en el rezo. Pedía a la Virgen que le aconsejase. Y cuando por fin resolvióse a salvar a Inocente, sacrificando a

Baldomera, le pareció que la Virgen cerraba los párpados en ademán afirmativo. Pensó. Pensó días y noches enteros. Ella tenía la culpa. Era una perdida. Le había gustado beber. Se había entregado como una prostituta. Inocente...

—¡Dios mío lindo!—gritó arrodillándose por vez primera en la cama, luego de un esfuerzo.

El llanto cortó el hilo de sus pensamientos. Después, algo serena, se dijo que Inocente tuvo razón. Era un hombre. Un hombre orgulloso, que la quería. Había vengado su honor. Honor... ¿Qué sabía de honor? Pero lo había oído repetir tanto al señor Paredes, que lo tenía presente como una ley, como algo escrito que no se podía borrar nunca. Además, si Inocente quiso matarla, fué precisamente porque la amaba mucho. Sí, sin duda, Inocente tuvo razón, se repetía. Sin embargo...

Un sonido de pasos quedos, como de gato, la sorprendió. Abrió los ojos con espanto. Crujió la puerta. Luego, entró Inocente, pálido, demacrado, contrahecho. Celia María quiso gritar, pero él se anticipó:

—No vengo a hacerte nada, Celia María.

Ella no respondió. Nerviosa, en el estado de postración en que se hallaba, rompió a llorar, llevando ambas manos al rostro.

Inocente avanzó despacio. Frente a la cama se detuvo. Temblaba, la respiración era fatigosa. El corazón parecía querer reventar en el pecho. Y los ojos, espantosos, grandes, fijos, redondos... Levantó las manos, ambas manos huesudas y temblorosas, con los dedos abiertos, como queriendo agarrar algo o como entregándose. No pudo más. Y cayó de rodillas. Tendió las manos sobre la cama para salvarse de algo que lo perseguía, que lo hería, que lo atormentaba y, con una voz ronca, angustiada, casi ininteligible, horriblemente gutural, suplicó:

—Perdóname, Celia María.

No contestó Celia María. Lo miró con ojos inexorables. Luego, las miradas se hicieron tiernas. Al cabo

de un rato, Inocente, un poco repuesto, siguió hablando, con las manos retorciendo los filos de las sábanas, siempre de rodillas:

—No digas que yo fuí, Celia María. No me vendas... ¡Perdóname! ¡Tengo miedo de la cárcel! Me da miedo! Sí, Celia María, no digas, no digas, no digas...

—No, Inocente, no voy a decir nada.

En seguida le contó que había recibido el papel de Baldomera. Le explicó lo que decía. Inocente asintió:

—Sí, ella se escapa, te lo aseguro. Y no le han de poner tantos años. ¡Pobre mamá!

Siguieron charlando, como antes, como en los tiempos en que la enamoraba. Pasaron unos minutos. Inocente rió. Rió. Como nunca.

—¡Celia María! ¡Ja, ja!

Luego, se puso serio. Inclinó la cabeza. La frente arrugada cayó sobre las sábanas. Lentamente, con voz desconocida, dijo:

—¿Sabes una cosa? Ya no me pareces una señorita. Ya no pienso en eso. Boté ya el trabajo del maldito aserrío. Ahora soy cargador, trabajo en los muelles, Celia María. Oye, a pesar de eso, ¿quieres venirte a vivir conmigo?

—Ahá.

*

* *

Cuando Baldomera fué sacada de la policía para conducirla a la cárcel, ese mismo día se le levantó sumario por tentativa de asesinato.

Comenzó a ventilarse el juicio. Las declaraciones de los vecinos eran contradictorias: unos afirmaban haber visto entrar a un hombre a la habitación de Celia María; otros que no, que era una mujer, cuyas señas coincidían con las de Baldomera; quienes decían haber escuchado una voz de hombre discutir con Celia María; y no faltaba el que aseguraba que había percibido cla-

ramente la voz de Baldomera gritar e insultar. Así las cosas, el juez estaba perplejo. Sin embargo, trató de ventilarse rápidamente el juicio, para llevarlo cuanto antes al jurado. Era que la prensa protestaba por la ineptitud de las autoridades, y hasta se ocuparon los editoriales de los diarios del extraño caso.

Como Baldomera, por falta de recursos, no pudo nombrar abogado defensor, fué designado, por disposición de la ley, su defensor de oficio. Era un abogado joven, estudioso, con deseos de triunfar para asentar su reputación, a quien le gustó el problema y se propuso meditarlo y sacar con éxito a Baldomera. La entrevistó. Hombre simpático, jovial, inspiraba confianza. Sin embargo, Baldomera no dijo la verdad.

—¿Por qué no me cuenta todo, buena mujer? Yo la voy a defender y la sacaré libre.

—Hum... Yo no me fío de los abogados...

—Pero, oiga, si soy su defensor. Al fin y al cabo, tiene usted razón. No siempre los abogados somos buenas personas. Pero yo no creo que usted hirió a Celia María.

—¡Adiós! ¿Me cree usted sin cojones para hacerlo? ¡Vaya! Lo que siento es que no se haya muerto.

—Bueno, bueno, vamos a ver: ¿y por qué la hirió?

—¿Y a usted qué le importa?

—No se caliente, buena mujer. Necesito saberlo. ¿Por qué lo hizo? Es para su propio bien.

—Ahá. Ya me lo voy a creer. Hace tiempo que me quiso quitar a mi marido, y se la tenía jurada. Y cuando yo juro una cosa, por Cristo que la cumplo.

—¡Pero eso no puede ser! Si es una chiquilla.

—¿Chiquilla? Revejida que es la condenada. Si sabe más que yo.

Desistió el abogado ese día. Era inútil el interrogatorio. Pero salió convencido de que existía un secreto en el crimen. No era normal la actitud de Baldomera. Además, las declaraciones que indicaban la existencia de un hombre en la tragedia...

Resolvió acelerar el juicio, y defender a esa mujer, que conquistó sus simpatías. Ordenaron tomar declaración a Lamparita, en el Hospital. Este negó todo. Aseveró que ni siquiera conocía a Celia María. No quiso decir más. Lamentó la prisión de Baldomera. Exclamó:

—Ella no ha sido. Estoy seguro. Baldomera es buena.

Siguió hablando, a la segunda vez que fué interrogado, y dijo que el hijo de Baldomera, su entenado, era el novio de Celia María, que le preguntasen. Inocente fué detenido. Dos días estuvo preso. Celia María lo fué a visitar y mostróse tan cariñosa y solícita con él, y juró tanto que nunca había disgustado con su novio, que las autoridades hubieron de soltarlo.

El día que lo tomaron, Inocente sufrió intensamente. Pálido, desconcertado, ni comía. Y cuando lo pusieron libre, respiró alegre, como un niño con permiso para jugar.

La declaración de Celia María fué bastante favorable a Baldomera. Más o menos decía que su agresora, por meras presunciones, había estado celosa de ella, creyendo que los amores con Inocente eran un biombo para ocultar su anterior vida con Lamparita. Que aquella noche se vieron desde temprano en una cantina, adonde la había dejado sola bebiendo. Que Baldomera fué de noche a su cuarto, cuando ella ya dormía. Que, dentro de él, la había insultado y pretendió pegarle. Que, entonces, ella, Celia María, habíala atacado con una silla y después con el filo de un espejo roto, cayendo Baldomera contra el fogón, adonde tomó, por defenderse, el cuchillo, que estaba allí, y con él la atacó. Hizo hincapié sobre su estado de beodez. Y como el capitán Pérez presentóse a declarar y afirmó que había estado aquel día completamente ebria, relatando los incidentes de su fuga, la declaración de Celia María tenía todos los visos de la verdad.

La declaración de Baldomera fué breve: quería vengarse, tuvo una discusión, pelearon y la atacó con

el cuchillo, sintiendo no haberla matado de verdad.. Pero había una contradicción: Baldomera afirmaba que ella había llevado el cuchillo y Celia María decía que era el suyo, de su cocina.

Llamada nuevamente Celia María, rectificó que no se acordaba bien, que ella tenía también un cuchillo que había desaparecido y que, por tanto, creyó que era el suyo. Que se lo quitaron del pecho y no lo había vuelto a ver. Se lo presentaron, entonces, y aseguró que era igualito al suyo y que le había costado un sucre.

De ambas declaraciones, cuando se reunió el jurado, sacó partido el abogado defensor. Trató de probar que Baldomera no era la agresora, fundamentándose en las declaraciones de los vecinos y en la contradicción del cuchillo. Supuso y afirmó que había un hombre de por medio, al que ambas mujeres tenían interés en ocultar. Elogió la grandeza de alma de Baldomera, al sacrificarse así. Subrayó el hecho de que la acusada ni siquiera había pretendido valerse del atenuante del derecho de defensa, que se hallaba claro en la declaración de la víctima, lo que hacía aún más misterioso el caso, dándole el convencimiento de que Baldomera quería hacer recaer la culpa en ella para salvar a tercera persona.

El abogado estuvo magnífico en su discurso de defensa. Logró enternecer al jurado. No había más pruebas que el cuchillo, los vestidos manchados de Baldomera y las declaraciones de los policías que hallaron a la acusada con el arma en la mano frente a la víctima. Una a una, el abogado fué debilitándolas: el cuchillo pertenecía, según propia confesión, a la víctima, y Baldomera —de usarlo— lo había hecho de casualidad, al hallarlo a mano, en uso de legítima defensa y sin ninguna premeditación; los vestidos manchados y la actitud en que la encontraron los policías se explicaban por el mismo deseo de Baldomera de aparecer culpable; además, en cuanto a los vestidos, todo el que estuvo cerca y tocó el cuerpo de la víctima se manchó; ¿no lo estaban también los policías?; por otro lado, ¿no

había acaso otra puerta en el cuarto de Celia María, una puerta que daba a patios interiores, por los cuales fácilmente hubiera podido fugar el asesino verdadero?; y hasta la misma acusada habría sido cómplice de la fuga. Terminó pidiendo absolución, y, en el peor de los casos, la pena menor correspondiente a cómplice, por haber encubierto al verdadero criminal.

Finalizados los alegatos del fiscal y los de la defensa, el jurado entró a deliberar. Discutieron sus miembros largo de cuatro horas. Al fin, se anunció la sentencia:

—Dos años de reclusión en la cárcel de Guayaquil.

Luego hicieron una exposición acerca de los atenuantes del crimen, tomando en cuenta el estado de beodez de la agresora, la declaración de Celia María y los otros argumentos presentados por la defensa.

Al otro día, Inocente leía, trémulo, la resolución del jurado publicada en los diarios. Celia María veía el diario por encima del hombro de Inocente. Este calló un buen rato. Después, a manera de excusa, dijo:

—A mí me hubieran puesto más años y me hubieran mandado a Quito, al Panóptico.

—Ahá. ¿Y se escapará tu mamá?

—Seguro. De eso yo te respondo.

Callaron. La mañana tibia dejó pasar el sol. Quisieron olvidarse. Tuvieron la sensación del día en sus entrañas, y se amaron otra vez, bañados de sol y del sudor que hacía brillar como bronces pulidos sus cuerpos morenos.

*

* *

Al par que llegaba, iba irguiendo la cabeza. Frente a la cárcel, se hinchó toda ella y aguzó los oídos y clavó los ojos. Miró de hito en hito la fachada color gris desteñido, tirando a amarillo.

Eran las tres de la tarde.

El sol hacía arder la tierra. Y por el rostro de Baldomera corrió el sudor a chorros. Brillaba su piel como jaboncillo prieto. Entró. En la Prevención, pintada de verde oscuro, había tres policías con fusiles y el oficial de guardia. La hicieron torcer a la derecha para entrar al despacho del director. Era una oficina cuadrada, no muy grande. Al centro estaba el escritorio. Allí la anotaron. Después, el alcaide, haciendo sonar su manojo de llaves y en mangas de camisa, se adelantó, guiándola a la celda. A raíz de la Prevención se abrió una enorme puerta de hierro, pintada también de verde, y penetraron al patio. Grande. Cuadrangular. Casi del mismo tamaño que toda la cárcel. Todo rodeado de ventanas de hierro. Y entre las rejas, montones de cabezas y de brazos, apelotonados y curiosos. No bien pisó el cemento del patio Baldomera, se armó una algarabía allí adentro:

—¡Ah, Baldomera!

—¡Baldomera!

—¡Qué pasa, negra?

Extendían los brazos. Hacían señas. Se reían. Trepaban como monos por las rejas.

—¡Ah, pelao! ¡Ahí traen a Baldomera!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ah, entenao maricón! ¡Fíjate en la Baldomera!

—¡Le llega, le llega, le llega, le llegóoo!

—¡Hiiiiii!

—¡Ah! ¡Aaaaah!

—¡Ah, don Barrera, alcaide, préstemela por esta noche, que estoy ballenero!

El alcaide sonreía. Baldomera movía los ojos furibundos, de un lado a otro. Por la izquierda cruzaron el patio, junto a las rejas de las celdas que daban allí. Al paso, los presos le hablaban.

—¿A quién te has comido, Baldomera?

—¡A la perra que te parió—respondió, encendida en cólera.

—¡La tuya!

Penetraron a un oscuro pasadizo. A la derecha, como en un hueco, un inmundo urinario con rancio hedor a ácidos. Caminaron algunos pasos más. Por allí, si se torcía hacia la derecha, una fila de celdas seguía por dentro la longitud de la pared del patio, entre un estrecho callejón, con celdas de lado y lado, que tendría escasamente metro y medio de ancho. Las unas eran las que daban al patio, del lado de afuera. Las de enfrente, oscuras, negras, se metían entre el cemento helado. Pero ellos no siguieron por aquí. Viraron ligeramente a la derecha, pero fué para tomar una escalera. Arriba se notaba mejor aire. De un lado, el borde superior del edificio, con huecos como de fortaleza, daban al cerro. Estaban en una especie de terraza, circuída de celdas. Otra vez los gritos volvieron a oírse arriba.

—¡Qué buena corvina te has comido!

—¡Hola, Baldomera!

—¿Qué tanto tendrán que ver conmigo?—se dijo Baldomera en voz alta.

Caminaron por el lado frontal del edificio, en la parte opuesta al cerro, pasando celdas y celdas. Frente a una grande, espaciosa, Baldomera vió un letrero: *Menores*. Dos más allá, había otra de iguales dimensiones, y decía: *Mujeres*.

El alcaide hizo sonar las llaves. Tomó en sus manos el enorme candado. Y la puerta giró. Pocos segundos después, Baldomera quedaba encerrada. Sus miradas recorrieron el interior de la celda. Era rectangular y medía sus cinco o seis metros por tres y medio de ancho. Siete mujeres que estaban allí sentadas, junto a una gran mesa de vieja madera sin pintura, la contemplaron largamente. Cuchicheaban entre ellas. Apenas se oyó decir:

—Es la Baldomera...

No había más en ese cuarto. Y era la única celda para mujeres. En las esquinas se veían los petates liados que, seguramente de noche, extendían en el suelo

para dormir. Baldomera no llevaba consigo más que una colcha. Silenciosa, sin fijarse siquiera en sus compañeras, tendió en el suelo la colcha y se sentó. Quedóse muda. Apoyados los brazos en las rodillas. Con la cabeza inclinada y la mirada vaga.

Mucho rato estuvo así. De repente, un grito la hizo levantar la cabeza:

—¡Ah, Baldomera, asómate!

Pero no hizo caso. Volvieron a gritarle:

—¡Baldomera, soy yo, Zarapico!

Entonces, se puso en pie de un salto. Trató de mirar lo más que pudo al través de las rejas. Allá, pasando cuatro puertas, se asomaba Zarapico.

—¡Hola, Zarapico! ¿Tú por aquí?

—Ahá. Por un año estoy fregado. ¿Y vos?

—¿Yo? No sé. ¿Qué me importa?

—¿Y por qué, ah?

—Porque herí a una desgraciada.

—Ah. ¿Y qué es de Lamparita?

—Todavía en el Hospital.

—¿Todavía? Si supe cuando lo cogieron.

—Ahá.

—¡Caray! Cómo te dejaran venir esta noche, Baldomera. Estoy falto de hembra. Aquí no hay sino maricones. ¡Yo estoy harto de ellos!

Baldomera no repuso. Lo miró y cambió de conversación.

—¿Y cómo anda la comida?

—¡Huy! Como para perro.

—¿Y nunca sale una de aqui?

—Cuando lo llevan a uno a asolear al patio no más. De no, no. Y son tan frías estas celdas puercas... Si yo mismo ya estoy me creo con reumatismo.

—Ah.

No pudieron continuar la charla. De cada celda salían cinco o seis voces alocadas. Por entre las rejas se torcían y estiraban diez o veinte brazos.

—¡Entrale, Zarapico!

—¡Hazte la paja en su nombre!

—¡Aaaaah!

—¡Hiiiiii!

Baldomera volvió a sentarse. Así estuvo, sin moverse, hasta las cinco, en que le trajeron la comida. Una taza, un pocillo sin orejas, llena de caldo frío. Y un plato de fierro enlozado repleto de arroz con menestra, junto a un plátano asado. Todo sin sal. Baldomera protestó.

—¿Y a esto llaman dar de comer a un cristiano?

—Come y calla no más. Si no, mal que te ha de ir—repuso el policía.

Baldomera lo miró arqueando las cejas. Y con desprecio insolente, le dijo:

—¡Idiota!

En seguida, se vino la noche, violenta, prieta, tan negra que ni el patio reluciente se veía. A las diez, las cornetas tocaron silencio. Minutos antes, los presos, arracimados muchos en una misma celda, gritaban y cantaban. Era una bulla indominable, desenfrenada, loca. Carcajadas e insultos. Llantos de mujeres. Chillidos de muchachos. Después, tocada la queda, se hizo silencio por cinco minutos. Luego comenzó a levantarse un murmullo como zumbido de abejas y silbar de mosquitos. Todos hablaban despacio. Se decían cosas absurdas. Planes de fugas. Enamoramientos.

—Oye, Gusarapo —decía una voz imperceptible—, mañana de noche es la cosa.

—Ahá. Ya sabe también Zarapico. Nos vamos a quedar en la cocina nueva, que tiene un boquete.

—Chiss... ¿Tienes el cuchillo?

—Sí. En el petate.

Asomados en celdas vecinas dos hombres, sentenciados a largos años de condena, se hacían el amor.

—Ojalá, pues, quiera el alcaide.

—Ahá. Como yo me porto bien, me ha de dar gusto.

—Así creo. Y, entonces, ñato, cuando estemos juntos en la misma celda...

—Ah, entonces...

—¿Piensas en mí ?

—Todo el tiempo, negro.

—Yo ya no me aguanto.

—Ni yo.

En la celda de menores, cuatro o cinco chiquillos, el mayor de catorce años, algunos de diez o doce, charlaban.

—Por meterme a punguero...

—¡Tan grandote y tan maricón!

—Es que...

—¡Calla! ¡Lo que tú quieres es que te den por el culo!

—¡Mentira! ¡Desgraciado!

—Hey, tú, ¿qué estás haciendo en ese rincón?

—¡La puñeta!

—¿Cómo, ah?—interrogó un chiquillo de no más de diez años.

—Así. Fíjate. Ahora, piensa en una buena hembra y te la comes.

Al frente, una mano salió entre las rejas. Tenía un papel doblado en doce partes. Se estiró el brazo hasta más no poder. Una voz advirtió:

—Que pase hasta donde Guayamabe.

—Bueno.

Pasó el papel a la próxima celda. De ésa continuó a la otra. Ya no decía más que:

—Guayamabe.

—Bueno.

—Guayamabe.

En voz tan baja, tan imperceptible, que había que tener los oídos afinados para escucharla.

Los brazos se extendían automáticamente como una presentación de armas. Llegó al final del patio. El papel giró a la derecha, hizo una conversión, y empezó a

andar por las celdas transversales. Hasta que llegó a su destino.

—A ver. ¿Quién manda?

—Pedro Antonio.

Guayamabe encendió un fósforo y se puso a leer.

"Zambo de mi alma: Ayer pude hacer hablar, con un recomendado, al director, y parece que ya me van a pasar a tu celda, mi machito lindo. Creo que será mañana. Y me podrás gozar. Guayamabe, como te dé la gana. Me parece que me acuerdo de los tiempos en que estaba en el burdel de la ñaruza Dolores y usaba boina colorada. ¡Ay! Ya pasaron esos tiempos felices, Entonces cantaba y bailaba y todos los amigos me iban a visitar. Había chicha y cerveza. Ahora estoy triste. Pero nada me importa la prisión si tengo tu amor, mi adorado zambito. Mañana a estas horas estaré en tus brazos y seré tuyo, tuyo hasta la muerte. He dicho que me cambien porque esa celda tiene más luz y es más ventilada. ¡Pero qué contento voy a estar contigo! ¿Habrá luna mañana? Te besa con toda el alma.—*Pedro Antonio.*"

El zambo Guayamabe había prendido varios fósforos para terminar la lectura. Dobló el papel y guardólo en el bolsillo del pantalón. Tosió. Carraspeó. Y luego de escupir, se sentó en el suelo y se puso a pensar.

Pero siquiera los de las celdas que daban al patio tenían un poco de luz y podían contemplar las estrellas. En las noches de luna, eran claritas y dulces. Y en las oscuras, se quebraban allí las luces del farol de la Prevención. En cambio, las celdas de los corredores interiores eran espantosamente negras. Se desesperaban los presos nuevos. A cada rato, en la lobreguez de la noche, se oían maldiciones.

—¡Maldita sea mi estampa!

—¡Ay, carajo! ¡Y todo por esa maldita mujer!

Otros lloraban. La cobardía humana saltaba allí con toda su brutalidad. Y los hombres, pestilentes, cuyas ropas en muchos casos estaban en el cuerpo, meses y

meses, se entregaban al vicio o a la desesperación. De repente, gritó uno sin poder contenerse, con toda su alma:

—¡Carajooo!

En el acto, a toda carrera, llegó el alcaide a imponer orden.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! Ya no puedo. ¡Maldita sea! ¡Carajo!

—O te callas o te meto al infiernillo.

Todos sabían lo que era el infiernillo. Y temblaban. Un cuartucho flaco, donde apenas si entraba un hombre de pie. Si la falta era grave, el castigado permanecía en él hasta dos o tres días. Le daban de comer por un boquete. Y así, de pie, el prisionero debía hacer todas sus necesidades en los pantalones. Salían demacrados, exhaustos, pestilentes. Pero esta vez, el preso, encolerizado, repuso:

—¡Qué me importa, carajo! ¡Haga lo que le dé la gana!

El alcaide se acercó a la puerta. Hizo sonar las llaves, al par que decía:

—Bueno, pues. No te vayas a quejar.

Mas, en el momento en que crujió el candado, el recluso, aterrorizado, suplicó:

—¡Ya no, señor alcaide! ¡Perdóneme! Ya no lo vuelvo a hacer. Es que me desespero. Tengo tres hijos que se están muriendo de hambre... Ya no... Por Dios... Por su madrecita linda...

...Baldomera continuaba inmóvil sin ver a sus compañeras, sin hablar con ellas, sentada sobre su colcha. En el fondo del cuarto, una mujer, inquieta, avispada, se paseaba a grandes pasos. Ya se había asomado varias veces a las rejas a gritar:

—¡Guardia!

—¡Alcaide!

Pero nadie le hacía caso. No la oían o fingían no escucharla. Tenía fama de loca y escandalosa esa mujer. Retornaba al fondo de la celda y continuaba su

paseo desesperado. Regresó a las rejas una vez más y profirió un tremendo grito:

—¡Alcaide! ¡Alcaide !¡Me cago!

Y como no vinieran al instante, corrió a un ángulo del cuarto, se levantó las polleras, mascando un insulto, y sentóse en el aire.

Baldomera la miró y gritóle:

—¡Cochina!

—¿Y qué quieres que haga, si no vienen? ¡Adiós! Ya no puedo aguantar más.

No respondió Baldomera. Se acurrucó, apoyando la frente en las manos. Un hedor insoportable llenó la celda. Pero las mujeres, acostumbradas ya a eso, no hicieron ningún caso ni protestaron. Comenzaron, tranquilamente, a desliar sus petates y se fueron acomodando para dormir. Dormir...

Sólo Baldomera quedó sentada. Inmóvil. Meditando. Pensando en los hijos abandonados. En Lamparita. En el pobre Inocente al que Celia María había traicionado. En...

Comenzó a cabecear. Contra su voluntad se le cerraban los párpados. La cárcel, la hedionda porquería que llegábale directamente a las narices, todo se fué esfumando en el sueño. Desaparecieron las piedras húmedas y el numerarse de la guardia al cambiar de gente.

—Un-dos-tres-cuatro...

Así estuvo quién sabe cuánto tiempo. Hasta que, sobresaltada, se llevó ambas manos al bajo vientre. Era una punzada. Quedó un dolor en las entrañas, como si se las estrujasen entre los dedos. El corazón de Baldomera aceleró su ritmo. Después, fué un dolor vago, sordo, impreciso. Respiró aliviada. Para estar más cómoda, tendió la colcha y se echó sobre ella. Abrió las piernas. Se dijo en voz muy baja:

—Parecen los ovarios. Esto no más faltaba...

Se aliviaba por momentos. Pero siempre estaba ese dolorcillo hipócrita, latente, largo. De repente, recogió

la barriga. Había sentido otra hincada adentro, muy profunda.

Afuera, por mucho rato, continuó el cuchicheo misterioso de los presos. En algunas celdas, en voz leve, charlaban y reían. En otras, si se hubiera aplicado el oído, se habría percibido rumor de besos y jadear de placer.

Y luego, poco a poco, silencio absoluto. Cuerpos amontonados. Brazos tendidos en el cemento húmedo. Piernas sirviendo de almohadas. Un enredo de miembros en racimos. Respiraciones fatigosas y tranquilas. Todo mezclado. Todo arrebujado. El sueño. El cansancio. La hora...

A las doce de la noche, Baldomera dormía profundamente. En el patio, dos hombres, armados, paseaban. Los zapatos caían precisos sobre las piedras:

—Tan-tan—tan-tan—tan-tan.

Una ligera garúa comenzó a caer, refrescando ese ambiente bochornoso. Del patio se levantó un olor húmedo y sabroso.

Baldomera dormía panza arriba. Con la boca abierta. Y soplaba, doblando los labios a la derecha. Del rostro caían gruesas gotas de sudor caliente.

Las compañeras se habían acomodado en las esquinas. Así vestidas, se echaron a dormir. Las faldas hasta las rodillas, dejaban al descubierto unas piernas flacas y torcidas. Algunas, mostraban los muslos sucios, con manchas negras. Casi todas las piernas estaban llenas de granos, supuraciones, sarna...

De vez en vez, una linterna proyectaba su luz al patio. De allí se elevaban sus ayes y recorrían las celdas. Asomaban, recortados, apergaminados, los rostros de los reclusos. Alguno despertaba un poco y con la mano quería espantar la luz, quitándola de los ojos.

El aguacero corría por el techo y se deslizaba por los canalones. Arrullaba. Arrullaba. Hilos de agua caían de los bordes del techo y herían el patio, en rumor suave.

De improviso, afuera, en la calle, se oyó un grito estentóreo:

—¿Quién vive?

—¡Paisano!

Baldomera despertó y sentóse bruscamente. Volvió a la realidad al instante. Al oír ese grito, creyó que era ella quien pasaba frente a la cárcel, luego de haber guardado sus artefactos en la tienda del italiano Landucci, como, cuando al grito de quien vive, respondía airosa:

—¡Baldomera! ¿Y qué pasa?

FIN.

Guayaquil, Ecuador, S. A.—Diciembre de 1934.
Febrero de 1935.

